TRAVIS & TRISH I

El Secreto De querte



PRISCILA SERRANO

Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

INTRODUCCIÓN. TRISH

CAPÍTULO 1. TRAVIS

CAPÍTULO 2. TRISH

CAPÍTULO 3. TRAVIS

CAPÍTULO 4. TRISH

CAPÍTULO 5. TRAVIS

CAPÍTULO 6. TRISH

CAPÍTULO 7. TRISH

CAPÍTULO 8. TRAVIS

CAPÍTULO 9. TRISH

CAPÍTULO 10. TRAVIS

CAPÍTULO 11. TRISH

CAPÍTULO 12. TRAVIS

CAPÍTULO 13. TRISH

CAPÍTULO 14. TRAVIS

CAPÍTULO 15. TRISH

CAPÍTULO 16. TRAVIS

CAPÍTULO 17. TRISH

CAPÍTULO 18. TRAVIS

CAPÍTULO 19. TRISH

CAPÍTULO 20. TRAVIS

CAPÍTULO 21. TRISH

CAPÍTULO 22. TRAVIS

CAPÍTULO 23. TRISH

CAPÍTULO 24. TRAVIS

CAPÍTULO 25. TRISH

CAPÍTULO 26. TRAVIS

CAPÍTULO 27. TRISH

CAPÍTULO 28. TRAVIS

CAPÍTULO 29. TRISH

CAPÍTULO 30. TRAVIS

CAPÍTULO 31. TRISH

CAPÍTULO 32. TRAVIS

CAPÍTULO 33. TRISH

CAPÍTULO 34. TRAVIS

CAPÍTULO 35. TRISH

CAPÍTULO 36. TRAVIS

CAPÍTULO 37. TRISH

CAPÍTULO 38. TRAVIS

CAPÍTULO 39. TRISH

CAPÍTULO 40. TRAVIS

CAPÍTULO 41. TRISH

CAPÍTULO 42. TRAVIS

CAPÍTULO 43. TRISH

CAPÍTULO 44. TRAVIS

CAPÍTULO 45. TRISH

CAPÍTULO 46. TRAVIS

CAPÍTULO 47. TRAVIS

CAPÍTULO 48. TRAVIS

CAPÍTULO 49. TRISH

CAPÍTULO 50. TRAVIS

CAPÍTULO 51. TRISH

CAPÍTULO 52. TRAVIS

Agradecimientos

Biografía

Créditos

EL SECRETO DE QUERERTE

Trilogía Travis y Trish. Primera parte

Priscila Serrano

Click
EDICIONES

A los amores que comienzan en silencio.
A los que no se buscan, pero se encuentran.
A los que te cambian la vida sin pedir permiso.

INTRODUCCIÓN
TRISH



—No puedes estar hablando en serio, mamá. —Ahogué un gemido lastimero; estaba a punto de echarme a llorar.

Mis padres se habían divorciado, y yo ni siquiera sabía que tenían problemas. ¿Cómo pasó? ¿Cuándo pasó? Vale, solo tenía doce años y, vale, no estaba pendiente de sus discusiones. Bastante tenía con ser buena estudiante e hija.

—Lo siento, mi vida —se disculpó acercándose a mí—. Te juro que lo hemos intentado…, por ti, pero no lo hemos conseguido.

No me bastaba con eso. No solo con intentarlo se arreglaban los problemas; había que hacer más, mucho más. ¿Acaso no se querían lo suficiente como para perdonarse lo que fuera? Estaba claro que no, que el amor entre mis progenitores se había acabado para siempre y que, a partir de ese momento, nuestras vidas cambiarían.

Salí corriendo y me encerré en mi habitación. Sabía que la conversación no había terminado, pero lo que tuviera que decirme podía esperar, o eso quería creer yo. Mi madre entró sin permiso y me encontró acostada boca abajo, con la cara enterrada en la

almohada. Mis lágrimas no pudieron más, y no quería llorar delante de ella. No por algo que, estaba segura, le dolería mucho.

—Cielo, siento haberte dado esta noticia, pero…

—¿Qué? Dilo de una vez, no lo retrases más —la interrumpí alzando la mirada para observarla mientras seguía partiéndome el corazón.

—Nos vamos a Atlanta. —Soltó la bomba de una vez, lo que hizo que me levantara como un resorte.

—¿En serio? ¿Por qué? No quiero irme, mamá. Aquí están mi vida, mis amigos. ¿Es que eso no te importa? —Estaba siendo dura con ella, lo sabía, pero algo arrollaba nuestra vida y nosotros no hacíamos más que huir de nuestro hogar. No era justo para ninguna de las dos.

Al final, no me quedó otra que aceptar lo que mi madre me dijo. Ella mandaba y yo debía estar a su lado. El hecho de que le hubiera salido trabajo en un instituto de Atlanta como profesora de matemáticas complicó un poco más las cosas. «Solo te las complica a ti, no a tu madre». Totalmente cierto, estaba siendo egoísta.

La llegada a nuestro nuevo «hogar» —sí, pongo comillas al escribir hogar; entonces no lo veía como tal— fue un poco caótica. Por suerte, mi madre ya conocía a un tal Travis, amigo suyo de la universidad y el culpable de que ella tuviera un nuevo trabajo.

Ese señor nos dio la bienvenida junto a su esposa e hijos. Todos con una gran sonrisa, como si fuese un regalo estar allí. Qué estupidez. Bufé antes de llegar hasta ellos y mi madre agarró mi mano para que me acercara más y que así vieran lo bonita y rubia que era su hija pequeña. ¿Pequeña? Ya tenía casi trece años.

—¡Por fin habéis llegado! —dijo la señora haciendo aspavientos con las manos.

—Hola, Paris. ¿Cómo estás? Cuánto tiempo sin vernos —la saludó mi madre con un fuerte abrazo—. Esta de aquí es Trish, mi hija —me presentó con orgullo, y a mí no me quedó más remedio que sonreír.

—Hola —habló la niña que tenía frente a mí—. Soy Taylor Hamilton, encantada. —Me regaló su más brillante sonrisa y me dio un abrazo—. Tú y yo seremos buenas amigas —afirmó, haciéndome reír.

No podía mentir: era la primera vez que me reía desde que supe la noticia. Y todo gracias a esa morenita de ojos marrones y trenzas a cada lado. Era muy risueña y graciosa.

—Travis, saluda a Trish —le escuché decir a su padre.

El hijo mayor de los Hamilton se acercó a mí y extendió su mano para que la agarrara. No era un saludo muy normal entre niños, pero deduje que era tímido o que le importaba lo mismo que a mí el habernos conocido tan repentinamente. Sin embargo, se la estreché con educación.

Esa fue la primera vez que Travis, Taylor y yo nos vimos, y después de un tiempo, nos hicimos muy amigos. Más de lo que nunca creí. Después de todo, mudarnos no había sido tan mala idea, aunque echara de menos a mi padre y a los amigos que había dejado atrás. Tal y como había dicho, nuestra vida cambió, pero no creo que haya sido malo del todo, ¿no?

CAPÍTULO 1
TRAVIS
Solo si somos amigos



Examen, estudiar, seguir estudiando más horas. Leí eso en mi agenda antes de guardarla en la mochila para ir al instituto. Después de tirarme todo el fin de semana estudiando, aún tenía que seguir haciéndolo, esa semana tenía tres exámenes y ya mi cerebro estaba a punto de explotar. ¿Por qué ponían tantos en una misma semana? ¿Qué se creían los profesores que éramos? ¿Robots? En fin, terminé de arreglarme y salí de mi habitación. Antes de bajar las escaleras, pegué tres toques en la puerta del cuarto de mi hermana, era la señal para que bajase ya. Si, ya sé, ella debía saber la hora a la que nuestro padre decidía que nos fuéramos, pues era el director del instituto, pero yo tenía que recordárselo cada mañana antes de que él gritase desde el piso de abajo y, obviamente, evitar que subiera a por ella, porque eso sería lo peor. Si no quería ser castigada sin móvil, tenía que hacerlo.

Ya lo sé, mi padre era muy estricto, pero desde que nuestra madre falleció estaba solo para cuidar de dos adolescentes y además

seguir trabajando. Y, para qué negarlo, su trabajo no era fácil. Eso de tratar con adolescentes las veinticuatro horas del día es muy jodido. Menos mal que nosotros éramos… bueno, yo era más tranquilo, porque si hablamos de mi hermana, la cosa cambia.

—¡Por fin! ¿Dónde está tu hermana? —preguntó, y antes de que yo le respondiera, lo hizo ella.

—Aquí estoy. —Se acercó a nuestro padre—. Buenos días, papi.

Negué viendo como a mi padre se le caía la baba con su pequeña y como ella conseguía que él babeara con solo decirle papi. Después de todo, no era tan duro como aparentaba.

—Venga, a desayunar, que nos vamos en diez minutos —nos apremió.

Le pegué un empujón a mi hermana y ella una colleja a mí a la vez que caminábamos hacia la cocina. Nos sentamos alrededor de la barra americana y nos servimos los cereales de colores que tanto nos gustaban. Justo cuando iba a meter en mi boca la primera cucharada, entró el otro terremoto que debía aguantar en mi casa cada día. No es que me importase, para nada.

—¡Hola, hola! ¿Dónde están los hermanos más traviesos de todo Atlanta? —gritó Trish, eufórica.

—¿Quién habla de travesuras? Porque si quieres comentamos la que liasteis la última vez que tuve que recogeros en los recreativos —le recordé; ella apiñó los labios e hizo su famosa mueca irónica, una de las tantas que me encantaban.

Podría hacer una lista con todas las muecas de Trish Evans, pero mi favorita era cuando hacía pucheros intentando convencerme de que la llevase a los entrenos del equipo de baloncesto del instituto. Claro que ella no quería venir para verme a mí, sino a mi mejor amigo, Logan. Además de esa mueca, estaba cuando achinaba los ojos intentando visualizar algo que veía con total claridad, le

encantaba hacerlo. Y mejor paro, porque no terminaría jamás de contar cada una de ellas.

—Bueno, no será para tanto —dijo al fin, tras servirse un buen tazón de cereales.

—Hola, Trish. ¿Algún día entrarás por la puerta principal? —le preguntó mi padre al verla desayunando con nosotros.

Su comentario hizo que los tres soltásemos una carcajada. Trish no hacía las cosas como normalmente había que hacerlas. Ella entraba en mi casa por la cocina y, si no, escalaba el árbol que había delante de la ventana de la habitación de mi hermana. A veces me pegaba unos sustos cuando me la encontraba saliendo de ella, como si nada, como si llevase metida en casa todo el día. La verdad es que solo le faltaba vivir con nosotros. «Eso es lo que tú quisieras», pensé a punto de escupir los cereales. Me ponía tan nervioso cuando la tenía cerca… como en ese momento, que estaba detrás de mí cogiendo una pieza de fruta del cesto y su espalda rozaba con la mía. Por poco me ahogué.

—¿Estás bien? —Me preguntó cerca, más de lo que podía soportar.

—No, acabo de echar dos cereales por la nariz. —Nos reímos.

—Estás loco, Travis Hamilton.

«Sí, pero loco por ti», dije mentalmente, porque no era capaz de decirlo en voz alta.

Nos vimos interrumpidos por nuestro padre, que ya nos estaba echando la bronca por tardar más de la cuenta.

Trish salió de nuevo por la cocina y fue a su casa; esta estaba contigua a la nuestra, así que no tardaba demasiado en llegar. Íbamos al mismo instituto y además su madre trabajaba allí como profesora de matemáticas. Era una profesora bastante guay, pero también de las que más caña daba. La queríamos mucho, y más después de que estuvo a nuestro lado cuando nuestra madre

falleció, siempre nos apoyó y nos dio su cariño sin pedir nada a cambio.

Vi a Trish subida al coche de su madre y me sacó el dedo a la vez que la lengua, lo que provocó que yo le respondiera con una sonrisa burlona.

Mi hermana se adelantó para sentarse en el asiento del copiloto junto a mi padre, dejándome a mí en el de atrás. Sí, aún no tenía mi propio coche, a mis dieciocho años tenía que seguir yendo y viniendo con mi padre, pero es que le costaba mucho eso de dejarme hacer las cosas por mí mismo, y más si se trataba de conducir por mi cuenta. Sabía que el día que terminase mis estudios en el instituto y tuviera que irme a la universidad lo iba a pasar bastante mal.

Cuando llegamos, los tres salimos del coche y mi hermana, sin decirnos nada, se fue corriendo a por Trish. A partir de ese momento, nos dejaba de lado y era como si no existiéramos.

—¿Cómo llevas el examen? —Escuché la voz de mi padre trayéndome de vuelta al mundo de los mortales, porque cuando la miraba perdía el rumbo.

Pero mirarla así solo me lo permitía fuera de las paredes que nos rodeaban por horas cada día, donde estaba con mis amigos. Ahí debía tratarla como una chica más, como si no me importase. No es que fuese un cobarde… «Sí, si lo eres, Travis». Suspiré desviando la mirada hasta mi padre para responder a su pregunta.

—Bien, papá, no te preocupes.

—¿Seguro? —Asentí.

Me giré y entré en el centro buscando a mi mejor amigo, Logan. Tras dejar mis cosas en mi taquilla, lo encontré al final del pasillo, comiéndose la boca con una compañera cuyo nombre no recordaba.

Eran tantas las chicas con las que se enrollaba que había perdido la cuenta.

Caminé hasta él y, cómo no, Trish estaba lo bastante cerca de él como para ver cada paso que daba mi amigo; y es que ella estaba locamente deslumbrada por el capitán del equipo de baloncesto. ¿Cómo no estarlo? Era el chico más popular, el chico con los ojos azules más bonitos que había en el mundo; palabras de ella, no mías, por supuesto. En cambio, yo, era moreno, demasiado moreno. Claro, que mi padre era un hombre de color y mi madre era blanca. Yo había salido a mi progenitor, y mi hermana también era morena, aunque no tanto como nosotros. Además, mis ojos eran negros y los de ella marrones. Así, ¿cómo una chica como Trish se fijaría en mí? Ella era hermosa, con el cabello dorado y largo y los ojos azules como el cielo. No, no podía hacerme ilusiones con mi amiga, porque eso era lo único que seríamos siempre, amigos. Eso mejor que nada, ¿no?

—Eh, Travis —me llamó Logan una vez que sacó la lengua de la boca de… espera.

—¿Esa era Lucy? —le pregunté, bastante sorprendido.

—Sí, esa era Lucy. —Alcé una ceja—. ¿Qué pasa? En ningún momento dije que no volvería a liarme con ella, solo que no seríamos novios —comentó, recordándome algo que me dijo en nuestra última conversación sobre esa chica.

—Anda, vamos. —Le cogí del brazo para tirar de él.

—Hola, Logan —lo saludó Trish, que fue completamente ignorada.

Me mordí el carrillo a la vez que le pegaba un codazo para que, al menos, la saludara.

—Hola, Trish, ¿verdad? —Ella asintió, emocionada.

—Te has acordado. —La comisura de sus labios se elevó tanto que si llega a tener empastes nos los habría enseñado.

—Ajá.

Eso fue lo último que Logan le respondió antes de seguir el paso, como si no fuese importante. Claro que, para él, era completamente invisible, y si se sabía su nombre era porque era amiga de mi hermana y la veía en mi casa con ella.

Taylor se la llevó del brazo diciéndole algo que no le gustó, y yo dejé de mirarla para entrar en mi aula. Debía concentrarme en el examen que, cómo no, teníamos a primera hora.

El tiempo que duraron las clases, hasta la hora de descanso, nos lo pasamos entre libros y gracietas de algunos compañeros. Abigail, la madre de Trish y profesora de matemáticas, nos ponía demasiados ejercicios y yo ya no paraba de ver números, números y más números. Odiaba esa asignatura.

Nos fuimos a la cafetería y nos sentamos en la mesa de siempre, al otro extremo de donde se sentaba mi hermana con Trish y algunos compañeros más. Algunos de ellos pertenecían al equipo de baloncesto y no me gustaba demasiado que estuvieran alrededor de mis chicas. Vale, mi hermana sabía cuidarse sola y… ella también, era solo que no quería que ningún estúpido se le acercase.

—Oye, Travis. ¿Qué te pasa? Estás muy callado, guapo. —Escuché la voz de Marina, una de las tantas chicas que se sentaban con nosotros.

—Nada, solo pensaba en el siguiente examen —le mentí, claramente.

Mi mente estaba en otro lugar y no en lo que debía, como en mis estudios, por ejemplo. Tenía que dejar de lado mis sentimientos para poder centrarme en ellos de una vez o terminaría volviéndome loco.

—Es que como no paras de mirar hacia la mesa donde está tu hermana… —mencionó con descaro, haciendo que todos a nuestro alrededor fijaran la vista en mí.

—Solo miraba un punto neutro.

Con eso zanjé el tema y desvié la mirada a Logan para hablar del siguiente partido que teníamos en contra del instituto de Dalton. Era un partido muy importante, nos jugábamos la semifinal.

—Esta tarde hay que entrenar muy duro, Logan. Ya sabes que los Dalton son muy buenos…

—Para, para —me interrumpió—. Son buenos, pero no mejores que nosotros, así que tranquilos, que ese partido está ganado —comentó a todos los presentes que éramos del equipo.

Cuando acabó el descanso, fuimos a la última clase, que se me hizo muy corta, y luego salimos del instituto. Para la vuelta siempre regresábamos con Abigail, pues mi padre acababa una hora más tarde todos los días, entre reuniones y papeleos.

Al montarnos en el coche, mi hermana, creyendo que estaba en el suyo, se adelantó y se sentó al lado de la madre de Trish, obligándola a ella a sentarse detrás, a mi lado.

—Eres una descarada, Tay —dijo ella, dándole una colleja a mi hermana al sentarse.

—Venga, vale, siéntate tú delante—dijo Taylor, arrastrando las palabras como si le costase hablar.

—Ya da igual, estoy cómoda al lado del mudo de tu hermano. —Me miró de reojo, provocando una carcajada en mi hermana.

La miré fijamente e hice que ella se diera cuenta de que lo hacía. Arrugué la frente y ella me imitó. Me mordí el labio inferior, algo que también me copió. Estaba imitándome, intentando sacarme de mis casillas, cosa que no conseguía nunca.

—Yo no soy mudo —dije al fin, después de perder el juego que Trish había empezado; era como una niña pequeña.

—Dios, creo que es la primera vez que escucho tu voz, hermano —ironizó Taylor haciéndonos reír.

—Vamos, chicas, dejad de meteros con él —intervino Abigail.

Llegamos y yo seguía ensimismado en ella, mirándola, riéndome, escuchándola. Nos bajamos del coche y me quedé un momento fuera de la casa, pues ella se había quedado también. Mi hermana corrió hasta nuestra casa tras despedirse de su mejor amiga, y su madre se metió en la suya.

—Siento haber dicho que eres mudo —se disculpó—. Ya sabes que me gusta meterme contigo, pero es en plan broma.

—Lo sé, no te preocupes. —Me acerqué a ella, como si un imán tirase de mí.

—No te has enfadado, ¿verdad? —Negué—. ¿Podré seguir metiéndome contigo?

—Solo si somos amigos —respondí, y ella asintió a la vez que se giraba para entrar en su casa.

Cuando la perdí de vista, me dirigí a mi habitación para ponerme cómodo y estudiar como loco hasta la hora de irme al entreno.

Por un momento, me tumbé en la cama boca arriba y suspiré unas mil veces, expulsando todo el aire que estaba reteniendo cuando nos quedamos a solas. Trish seguía dejándome sin aliento, como desde el día que la conocí. Seguía siendo esa niña de mirada dulce y sonrisa pícara. «Deja de pensar en ella de una vez.»

CAPÍTULO 2
TRISH
Me dejaría llevar



Me quedé pensativa, con la espalda pegada a la puerta, después de haber hablado con Travis. A veces, solo a veces, le hacía la vida imposible… Bueno, tampoco era para tanto, solo me metía con él, pero solo porque, para mí, era como mi hermano mayor. Nos conocíamos desde hacía muchos años ya, y eso, al final, crea un vínculo. No obstante, tenía que dejar de ser tan cría, si no Logan jamás se fijará en mí tal y como se fijaba en las demás chicas del instituto. ¿Qué me faltaba? ¿Acaso era fea? ¿O simplemente invisible para él? Sí, lo era y mucho.

—Hija, ¿qué haces ahí parada? ¿Pasa algo? —Mi madre me sacó de mis pensamientos y me encogí de hombros caminando hacia ella.

—Nada, solo estaba pensando. —Nos sentamos en el sofá—. Mamá, ¿soy fea?

Sí, ya sé, me estaba comportando como una niña pequeña y no como una casi adulta joven de diecisiete años. Me faltaba poco para ser mayor de edad y ya no tenía que ser tan infantil. «Ser infantil no

es malo si sabes controlarlo.» Esa frase la había leído en un libro que tenía Paris, la madre de Taylor y Travis. El libro contaba la historia de unos chicos que se conocen desde pequeños y acaban enamorados. De amigos, pasan a ser el uno para el otro. Por un momento, pensé en Travis y en mí juntos y se dibujó en mi boca una mueca de desagrado, lo que hizo que mi madre se me quedara mirando. Tras hacerle una pregunta de lo más tonta, ponía esa cara.

—Cielo, ¿de veras estás bien? —Asentí poniendo toda mi atención en ella—. ¿Por qué me has preguntado si eres fea? Eres una belleza, nunca dudes de eso. Además, ser hermosa por fuera no lo es todo.

—Eso lo dices porque soy un cardo, ¿verdad? Claro, el interior es lo más valioso y bla, bla, bla —la interrumpí e hice reír al mismo tiempo.

—No me refería a eso, cabezota. —Me revolvió el pelo—. Lo que quería decir es que eres más hermosa por dentro de lo que eres por fuera. ¿Entiendes? De todas formas, no sé a qué viene esa pregunta. ¿Alguien te ha dicho fea? —Negué sonriéndole, era la única manera de conseguir convencerla de cualquier cosa.

Desde que nos mudamos a Atlanta, mi madre ha hecho todo lo posible para que vea este lugar como mi verdadero hogar y deje de echar de menos el pasado, lo que tenía en California: mis amigos de la infancia…, mi padre… No lo veía desde hacía mucho tiempo, ya no recordaba cuánto, y no sabía si en algún momento volvería a verle. Al menos me llamaba de vez en cuando para saber si estaba bien, algo que no le importaba mucho si solo me llamaba de año en año, ¿verdad?

Aun no sé por qué se divorciaron mis padres y nunca le he preguntado a mi madre. Igualmente, no creo que tenga importancia a estas alturas. Después de todo, venirnos aquí había sido la decisión correcta o, al menos, así lo veía ahora.

—Da igual, no te preocupes, mamá. —Besé su mejilla—. Voy a ducharme y a terminar de hacer todos los ejercicios que me han mandado hoy. Luego daré un paseo con Taylor.

—Está bien, cariño.

La dejé en el salón y me fui a mi habitación. Antes de desnudarme para ir a la ducha me asomé a la ventana y vi a Travis jugando al baloncesto con su padre. Era muy buen jugador y me gustaba mucho jugar con él y Taylor, aunque ella era muy mala al baloncesto. No como yo, que siempre había sido buenísima jugadora. Claro que Travis me enseñó desde que nos hicimos amigos.

De pronto, su cabeza se elevó, clavando sus oscuros ojos en mí, y levanté la mano para saludarle. Él me sonrió y me giré para seguir con mis cosas.

Tardé unas tres horas en hacerlo todo y a las siete de la tarde Taylor vino a buscarme para ir a ver entrenar al equipo de baloncesto. Ella lo hacía por mí, para que viera a Logan y hacer lo posible para que él me viera a mí; eso quería yo, pero la realidad era otra completamente diferente.

—¿Vamos caminando esta vez? —Le pregunté en cuanto la tuve delante.

—Sí, mi padre está muy ocupado, así que nos toca ir andando. Lo bueno es que no está tan lejos y pronto estarás babeando por el estúpido de Logan. —Le pegué un empujón, riéndome.

—No lo llames estúpido, él es mucho más que eso —claudiqué, autoconvenciéndome.

El amor era completamente ciego, ¿verdad? Aunque ¿era amor realmente? Se podría decir que no tenía ni pajolera idea de lo que era sentir amor por alguien, pero cuando le veía o me miraba,

aunque fuese sin querer, me temblaban las rodillas y sentía que, si me besaba, caería desfallecida. Si eso no era amor, ¿qué lo era?

Dimos un largo paseo hasta llegar al polideportivo donde el equipo entrenaba. Entre risas, chismes y algún que otro estúpido chiste de los que Travis le contaba en la intimidad a Tay, entramos. Nada más poner un pie en su interior, el grupito de animadoras nos miró con cara de «¿qué hacéis aquí, perras?». Realmente, no nos importaban nada sus miradas y mucho menos sus comentarios hirientes.

Nos sentamos lo suficientemente lejos de ellas, pero cerca de los chicos. Mis ojos se clavaron en Logan; su rostro parecía estar tallado por el mismo Miguel Ángel. Tenía los brazos sudorosos y mis ojos no dejaban de repasar cada parte de él. Se acercó al banco donde tenía sus pertenencias y, tras quitarse la camiseta, se echó agua por el rostro, que le cayó por el torso, duro como una piedra, o eso parecía. Suspiré, lo que hizo que Taylor me sacase de mis sueños húmedos, si eso era posible, para hablarme.

—¿Por qué no le dices que te gusta? Creo que…

—¿Estás loca? —la interrumpí—. No seré capaz, además, ni siquiera me mira. ¿Cómo quieres que me acerque a él y le diga algo si cuando le saludo es como si no existiera? —Acepté la derrota como una heroína.

—Si no lo haces, nunca lo sabrás —me insistió—. ¿Crees que no puedes hacer que te mire? Eres preciosa, solo que no te sacas el suficiente partido. Yo creo que si comenzaras a vestirte de otra forma se fijaría en ti —aclaró, haciéndome mirar mi atuendo.

—¿Qué tiene de malo esta camiseta de *Juego de tronos*? —Puse una mueca de desagrado.

Vale, lo reconocía, era un poco friki y eso no ayudaba. Pero tampoco tenía que cambiar para que un chico se fijara en mí, ¿no? Al menos, no debería ser así. Sí, me gustaba muchísimo, y sí, haría

lo que fuera para que me prestara más atención… Miré a Taylor después de sopesarlo, ni siquiera había respondido a mi pregunta cuando yo misma me di cuenta. Debía vestir de otro modo, arreglarme un poco más, así como ella, que siempre iba preciosa.

—¿Aceptas que te haga un cambio de *look*? —Me quedé pensativa unos segundos, solo unos poquitos segundos, y asentí con una sonrisa de esas que iluminan hasta el cielo más nublado. Por supuesto, me dejaría llevar.

Cuando acabó el partido, vimos como Travis venía hacia nosotras, pero una morena de labios carnosos lo cogió del brazo y lo besó sin importarle nada a su alrededor. Cuando vi esa escena sentí algo extraño, pero me deshice de ese sentimiento enseguida poniendo toda mi atención en Logan, que también caminaba al lado de mi amigo.

Nos levantamos una vez que Travis pudo escapar de las garras de esa chica, a la que yo no conocía, y fuimos a su encuentro. Él me miró algo avergonzado y supuse que fue por haberlo visto besándose con alguien, como si no supiéramos que tenía sus rolletes. Rodé los ojos y me acerqué a Logan, que aún estaba sin camiseta, para hablarle. No obstante, antes de que mis labios pudiesen pronunciar palabra, Lucy, la capitana de las animadoras, se enganchó a él como un koala a su eucalipto y no pude hacer más que girarme y alejarme de ellos con el rabo entre las piernas. Claro que yo no tenía rabo, no como la zorra de Lucy, que tenía uno muy largo.

—¡Vamos! —exigí alzando la voz.

—Venga, pasa de él —dijo Taylor en mi oído.

—Te mereces algo mejor —expresó Travis, dejándome descolocada.

Era la primera vez que me decía algo acerca de su mejor amigo y eso me extrañó. Sin embargo, no le hice mucho caso y caminé con ellos, en completo silencio. Algo raro en mí, pues no callo ni bajo el agua.

Estábamos llegando a nuestra calle, el camino de regreso se me hizo más largo de lo normal. Supuse que fue por lo frustrante de la situación. ¿De verdad sería así siempre? No es que mi mundo girase en torno a ese tío, pero me hubiera gustado que fuera él quien me diese mi primer beso, al menos antes de cumplir los dieciocho y de que se marchara del instituto. Era su último año, al igual que el de Travis, y dejaría de verlo a diario para no verle nada, porque ni siquiera vendría a casa de los Hamilton una vez que mi amigo se fuera a la universidad.

—Estáis muy calladas. —Travis fue quien rompió el hielo.

—Sí, porque tu amigo es gilipollas —soltó Taylor sin importarle nada.

—¿Por qué? No es gilipollas, es solo que…

—Ya sé, no le gusta Trish, menuda novedad. Ya sabíamos eso, listillo —lo interrumpió.

—No iba a decir eso.

—Dejadlo ya, por favor —les pedí—. No gustarle a Logan es algo que ya sabía, así que mejor hablemos de otra cosa. —Taylor cogió mi mano, sabía que estaba afectada.

Travis se paró delante de mí con una seriedad que me asombró. Hizo que su hermana soltase mi mano para agarrármelas él. Sin dejar de mirarme ni un instante, abrió la boca para decirme algo, pero, como siempre, se quedó mudo. ¿Qué le pasaba?

Soltó mis manos y se giró para acelerar el paso y llegar antes a su casa. Tay y yo nos miramos y ella se encogió de hombros sin saber qué decirme al respecto. Ninguna de las dos supimos por qué actuó

así. Travis no era muy hablador, por algo le decíamos mudo. Yo sabía que se preocupaba por mí como si fuera su hermana y se lo agradecía, pero eso no quitaba que su amigo sí fuese un poco gilipollas. Aun así, iba a hacer que Logan me mirase con otros ojos antes de que acabase el instituto.

—Este niño cada vez está peor —dijo Taylor, refiriéndose a su hermano.

—A lo mejor le cuesta decirme algo sobre su mejor amigo y por eso se ha callado. ¿Tú crees que sabe algo que nosotras no sabemos? —Por un instante quise creer que Travis podría tener algún secreto de Logan y no era capaz de contárnoslo.

—No lo creo, yo lo sabría ya. —Me miró con una ceja alzada—. Créeme, lo sabría sin duda.

Soltamos una carcajada delante de la puerta de mi casa, nos abrazamos como si no nos fuéramos a ver en años y cada una se metió en su hogar. Al entrar, saludé a mi madre y la ayudé a poner la mesa para cenar. Vimos algo en la tele mientras cenábamos y cuando terminamos y recogimos, nos fuimos a la cama. Recién comenzaba la semana y siempre se me hacía eterna, así que cuanto antes me acostara, antes empezaría y acabaría el martes.

CAPÍTULO 3
TRAVIS
Quiero que siga siendo un secreto



Salí despavorido sin poder hablarle. Por un momento casi le dije lo que sentía por ella, pero al final no fui capaz. Era patético. Jamás tendría la osadía de ponerme frente a Trish y declararle mis sentimientos.

Sin saludar a mi padre, me subí a mi habitación y me tiré en la cama boca arriba. Aún respiraba con dificultad, porque me quedaba… sin aliento. Qué estupidez, yo podría estar con cualquier otra chica y terminé fijándome en la mejor amiga de mi hermana. Bueno, también era mi amiga, aunque no pasase tanto tiempo con ella como con Taylor. Me levanté como un resorte al darme cuenta de que la única manera de hacer que me viera con otros ojos era pasar tiempo con ella. «¿Qué te hace pensar que eso te ayudará? Seguirás sin ser lo suficientemente valiente para decirle que la quieres desde el primer día que la tuviste delante de tus ojos». Suspiré lleno de frustración a la vez que me pasaba las manos por el

rostro y acabé rindiéndome. «Haga lo que haga, no saldrá bien», me convencí.

Me levanté y duché rápidamente, estaba demasiado sudado por el entrenamiento. Justo cuando acabé, mi padre me llamó desde el piso de abajo para cenar. No tenía apetito, aún no podía quitarme de la cabeza el momento estúpido en el que cogí sus manos y me quedé callado como un gilipollas. Aun así, bajé porque sabía que, de no hacerlo, él subiría a por mí. O lo que era peor, mandaría a mi hermana y con ella sí que no quería hablar. ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Qué más daba eso ahora?

—Buenas noches, papá —lo saludé como era debido.

—Vaya, buenas noches. ¿Qué te ha pasado antes? —Se interesó, haciendo que mi hermana se fijase en mí—. Ni siquiera me saludaste al llegar. ¿Ha pasado algo que deba saber? —Volvió a preguntar, y tenía que darle una respuesta coherente si no quería que me hiciera el tercer grado.

Iba a hablar cuando mi hermana, en un acto de bondad por su parte, lo hizo por mí.

—Solo está cansado, papi. Ya sabes que entrena demasiado. —Me guiñó un ojo—. Además, seguramente estaría loco por ducharse, apestaba demasiado. —Nos carcajeamos.

—Cierto, olía fatal —dije sentándome a su lado y dándole un empujón cariñoso, chocando nuestros hombros.

Mi padre sirvió la pasta gratinada con la ayuda de mi hermana, que se levantó, y yo terminé de poner la mesa. Una vez estuvo todo listo, comenzamos a cenar en armonía, como siempre, como intentábamos hacer desde que la silla de mi madre se quedó vacía. A veces me quedaba mirando esa estúpida silla, recordando, creyéndome que aún estaba frente a mí, hablando sin parar, así

como mi hermana Tay; se parecía tanto a ella que muchas veces, al mirarla, era como si estuviera viendo a mi madre.

Mi padre me preguntó sobre el examen, preocupado porque no sacase la suficiente nota para ir a la universidad. Iba a estudiar Arquitectura en Nueva York y no podía fallar en ninguna asignatura. Le convencí de que iba todo bien y no era mentira, me lo estaba currando bastante y no pararía hasta conseguir mi sueño.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas los estudios? —Mi hermana se convirtió en su víctima después de mí y yo solté una risita burlona lo suficientemente bajo como para que solo lo escuchase ella. Claro que mi padre estaba en todo y siempre se daba cuenta de nuestras tonterías.

—Todo genial, papá. Ya sabes que teniendo a Trish como agenda no se me escapa una —comentó esbozando una sonrisa sincera.

Eso era completamente cierto, Trish era quien le decía los exámenes, la que le pasaba los apuntes y la obligaba a estudiar; ella siempre fue muy buena estudiante. Cierto era que no iban a estudiar lo mismo, ya que mi hermana quería ser profesora y Trish estudiaría Biología, le encantaban los animales marinos, saber sobre los tiburones, sobre todo.

Terminamos de cenar y recogí mientras mi padre se iba a su despacho a seguir trabajando; tenía que corregir algunos exámenes, ya que, además del director, también era el profesor de Química del instituto.

Estaba llenando el lavavajillas cuando mi hermana hizo acto de presencia, poniéndose frente a mí. La observé unos segundos, fijándome en su postura: brazos cruzados, media sonrisa y una ceja alzada. ¿Qué quería? Dejé de hacer lo que estaba haciendo y puse toda mi atención en ella, pues estaba seguro de que tenía algo que

decirme y que, tal y como me miraba, no me iba a gustar demasiado.

—¿Te gusta Trish? —soltó de pronto, sin amilanarse, sin pensarlo siquiera.

Tragué saliva y desvié la mirada para clavar mis ojos en la pared de enfrente. No podía mirarla y responderle a la vez o me pillaría. Si eso pasaba, tenía la certeza de que Trish acabaría enterándose y no quería que ocurriera; no así, al menos.

—El que calla otorga, hermano —refirió, cogiéndome del brazo para que la mirase de una vez.

—No digas tonterías —pude lograr decir, tras bufar un par de veces antes de enfrentarme a su mirada.

—Pues explícame qué te ha pasado antes, porque pensé que la besarías en cualquier momento. —Sonreí de lado a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Estás loca? ¿Trish y yo? —Pregunté más para mí que para ella —. Solo somos amigos, cabeza hueca.

Me metí con ella, creyendo que así desviaría el tema porque acabaría defendiéndose de mi pequeño insulto.

—¿Crees que metiéndote conmigo se me va a olvidar el tema? Qué poco me conoces, hermanito. —Chasqueé la lengua.

—Mira, Tay. Lo único que a mí me interesa de Trish es que no caiga en brazos de alguien que no le conviene, nada más. Para mí es como una hermana. —Me obligué a sonar lo más convincente posible, Taylor era demasiado inteligente como para engañarla así de fácil.

Se quedó en silencio un instante, aunque sin dejar de mirarme un solo segundo. Volví a mis tareas en la cocina mientras ella seguía dándole vueltas al tema en esa cabecita suya, tan curiosa. No volvió a decirme nada y, tras soltar un quejido de rendición, me dejó solo.

Eché el cuerpo en la encimera, miré hacia arriba y solté todo el aire que no sabía que estaba reteniendo. Tenía los músculos en tensión, y todo porque no quería decirle la verdad; eso sería un error. «Quiero que siga siendo un secreto», divagué, agachando la cabeza.

Cuando terminé, me metí en mi habitación y tras ojear el móvil por si tenía algún mensaje de Logan u otro compañero, saqué los libros para ponerme a estudiar. El siguiente examen era el miércoles y, aunque aún tenía un día por delante, debía prepararme lo máximo posible o no aprobaría.

Sobre las tres de la madrugada decidí que ya había estudiado bastante y me acosté. Si seguía, tendría unas horrorosas ojeras por la mañana, aunque no se me notase mucho dado el color de mi piel. Sonreí por mi broma y me quedé boca arriba pensando en ella, siempre en ella. Supongo que lo hacía para soñar con Trish, para soñar con el día en que fuera capaz de decirle lo que sentía.

Me despertaron de pronto unos toques en mi puerta. Miré la hora y me levanté rápidamente; me había quedado dormido y mi hermana tuvo que llamar. Me extrañó, dado que siempre era yo quien la despertaba a ella.

Abrí y me quedé bloqueado al comprobar que no, no había sido mi hermana.

—¿Se te han pegado las sábanas, morenazo? —La voz de Trish me despertó del bloqueo en el que ella misma me había metido sin darse cuenta—. Travis. —Tocó mi hombro—. ¿Sigues dormido? —Negué agachando la cabeza, no podía seguir mirándola de esa manera.

—Lo siento, me ha costado espabilar. —¿En serio, tío? ¿Me ha costado espabilar? ¿No podrías haberle dicho, no sé, lo bonita que estaba por la mañana? Por ejemplo. Deseché la idea de mi cabeza,

moviéndola de lado a lado, y volví a mirar al frente, pero ya no estaba.

¿Había sido un espejismo? ¿De verdad Trish estaba frente a mí? ¿O eran imaginaciones mías? Volví a escuchar su voz, aunque desde el inicio de las escaleras, y eso me respondió; por supuesto que ella había estado delante de mí y, por supuesto, yo me había quedado mudo para después decir una tontería. No iba a cambiar jamás.

Cerré la puerta y me vestí rápidamente, ni siquiera me había dado cuenta de que dormía en bóxer cuando abrí. Claro, que tampoco sospeché que iba a ser Trish la persona que estuviera al otro lado. De haberlo sabido, me habría vestido antes y no tendría esta vergüenza antes de volver a verla. Cogí mis cosas y salí de mi habitación acelerado. Ni siquiera me daba tiempo a desayunar, así que me llevé una pieza de fruta. Mi hermana y mi padre me esperaban ya en el coche para irnos al instituto.

—¡Vamos, hijo! —me apremió mi padre.

Me monté en el vehículo y miré hacia atrás, fijándome en que la madre de Trish ya había salido y sería la primera vez que no llegásemos juntos.

—¿Te has pasado toda la noche estudiando? —preguntó mi padre, y supuse que era a mí, pero estaba tan ensimismado en mis pensamientos que no le respondí—. Travis, despierta de una vez.

—Perdón, estaba distraído —contesté en un susurro.

—Últimamente siempre estás distraído, hermano —intervino la pesada de mi hermana.

—Lo que tú digas, pequeñaja.

El camino se me hizo bastante corto y ambos salimos del coche para dirigirnos al centro mientras mi padre aparcaba. No nos gustaba llegar con él, no por nada en particular, pero teníamos a

nuestros amigos esperándonos y mi progenitor nos daba esa libertad que sabía lo importante que era para nosotros.

Tay se fue con Trish, aunque la rubia de mis sueños me miró unos segundos y me dejó completamente quieto, como si mis pies no pudiesen moverse. Me sonrió y mi hermana agarró su brazo para tirar de ella. Mi corazón latió desbocado y justo en ese momento llegó hasta mí Logan, cosa que agradecí porque, si no, aún estaría ahí parado, como una estatua.

Nos saludamos chocando nuestros nudillos y entramos después de los más pequeños, como él decía. Eso de ser del último curso le encantaba.

—Hoy tenemos que seguir entrenando, Hamilton —me recordó, llamándome por mi apellido; solo se lo permitía a él.

—Mañana hay examen —le respondí, y él se encogió de hombros —. A ti te dará igual, pero yo quiero aprobar, Craig —lo imité diciendo su apellido.

Era un poco capullo, pero también un buen amigo y nos conocíamos desde primaria. Conocía a Logan como si fuese hermano mío y, aunque no estaba de acuerdo en alguna de sus decisiones, no me dejaba llevar por ellas, ya que yo tenía mi manera de pensar y era muy diferente a la suya, por suerte.

Entramos al final y nos metimos en el aula. La profesora de matemáticas ya nos esperaba y carraspeó en cuanto nos vio, ya estaban todos nuestros compañeros sentados y llegábamos tarde, algo que odiaba. «La impuntualidad es un defecto que tú, siendo un Hamilton, no te puedes permitir»; recordé las palabras que un día mi madre me dijo y debía darle la razón, porque era completamente cierto.

CAPÍTULO 4
TRISH
¿Acaso te gusta Travis?



Por la mañana, me desperté con una sonrisa. Bueno, ciertamente siempre despertaba así, pero ese día era diferente, ya que iría con Taylor al centro comercial a comprarme algo de ropa. El cambio de *look* estaba a punto de suceder y me sentía muy nerviosa por ello. ¿Qué pensarían al verme? Me miré al espejo, ojeando cada parte de mí, mis ojos, boca y cabello largo. Siempre me lo recogía en una coleta, pues me llegaba por la cintura. No le sacaba el partido que debía.

Salí de mi habitación con el bolso que usaba para ir al instituto y, tras saludar a mi madre, me encaminé hacia la casa de los Hamilton. Entré, como cada día, por la cocina. Era una costumbre que tenía desde hacía años, y es que eso de compartir jardín facilitaba mucho las cosas.

Cuando entré, encontré al señor Hamilton solo. Travis no estaba y mucho menos Tay, que era la que se levantaba más tarde.

—Buenos días, señor Hamilton. —Lo pillé de espaldas, y el sobresalto hizo que se le cayeran los cereales, que acabaron esparcidos por toda la encimera.

—Trish, cualquier día me provocarás un paro cardiaco. —Solté una carcajada.

—Lo siento, no quería asustarle —me disculpé—. ¿Dónde están todos? —me interesé, acercándome para ayudarle a recoger.

—Aún no se han levantado —refunfuñó—. De Taylor me lo espero cada día, pero ¿Travis? Es muy raro que aún no esté aquí —expresó, pensando igual que yo—. ¿Te importaría ir a llamarles? Ya que estás aquí, puedes servirme de ayuda, ¿no? —Me miró con una ceja alzada y asentí con una sonrisa.

Giré sobre mis talones y salí de la cocina, subí las escaleras y primero fui a llamar a Taylor, que, sorprendentemente, estaba despierta y casi lista. Le extrañó verme a mí y no a su hermano, así que me pidió que pegara en su habitación, para llamarle. Posiblemente, también estuviera levantado ya y me lo cruzaría por el pasillo.

—Eres una mandona, ¿por qué no vas tú? —Le pedí haciéndole pucheros.

No quería ser yo la que llamara a Travis y mucho menos después de que se quedara callado frente a mí, como si quisiera decirme algo y no pudiera.

—No me da tiempo, Trish. Ve tú, porfiiiii…

—Vale, vale, ya voy yo.

Hacía conmigo lo que quería, rodé los ojos y después de darle un empujón salí de su habitación para ir a tocar la puerta de Travis. Tardó muy poco en abrir. Mi boca se desencajó al verle en esa tesitura: casi desnudo, solo con unos bóxer que tapaban más bien poco su abultado… «Calla y deja de mirarle el paquete a tu mejor

amigo». Porque sí, le quería como tal, como mi mejor amigo y nada más. «¿Aunque te hayas dado cuenta de que está así de bueno?», mi cabecita no paraba de pensar solita, era ella y no yo la que pensaba así.

—¿Se te han pegado las sábanas, morenazo? —Le dije para romper el hielo y que viera en mí a la chica que pasaba horas con su hermana y no… mejor dejo de pensar—. Travis. —Toqué su hombro —. ¿Sigues dormido?

Se había quedado mudo de nuevo y ya no sabía qué pensar. Lo que fuera que pasaba por su cabeza me preocupaba bastante. Tras responderme una tontería, me giré. No podía seguir delante de él mientras estuviera así, tan… tan desnudo. «No estaba desnudo». Bueno, casi.

Cuando llegué a las escaleras, cosa que agradecí porque estaba lo suficientemente lejos de él, le grité para que espabilara y escuché cómo su puerta se cerraba de un portazo. Bajé y salí de aquella casa para irme con mi madre, tal y como hacía siempre. Alguna que otra vez, Tay venía conmigo o yo con ellos, pero íbamos a llegar tarde y prefería esperarlos en el instituto.

—Has tardado mucho, ¿estás bien?

La pregunta de mi madre me sacó del trance en el que estaba desde que vi a Travis. Negué para olvidarme de ello y asentí con una sonrisa. Sentía mis mejillas arder y no era precisamente por el calor que hacía. «¿Acaso te gusta Travis?». Claro que no, él nunca podría gustarme porque era como mi hermano mayor, así que podía seguir con mi vida y, por supuesto, seguir babeando por Logan, que sí me gustaba bastante.

Mi madre aparcó el coche y entró en el centro. Yo, en cambio, me quedé esperando a Tay para entrar con ella. No habían pasado ni cinco minutos cuando tuve a los hermanos Hamilton frente a mí. Mi

mejor amiga caminó hacia donde estaba, pero yo me había quedado mirando a Travis unos segundos, le sonreí y Taylor cogió mi brazo para tirar de mí y que así entrásemos de una vez.

La mañana se hizo bastante larga, estaba loca por salir e ir de tiendas. Yo soy un poco atípica para la moda y me gusta un solo estilo, claramente ya lo llevaba. Pero si quería que Logan se fijase en mí tendría que cambiar un poco mis *outfits*, aunque siempre con mi propio estilo.

Terminamos de comer y fuimos a la última clase. En el comedor solo hablamos de la ropa que veríamos, de lo que podría hacerme en el cabello, aunque de vez en cuando miraba a la mesa donde Logan, Travis y los demás estaban sentados. Desde que llegué a este instituto, deseé ser parte de su grupo, algo que ya no pasará. Sin embargo, me gustaba el grupo de amigos que teníamos. En nuestra mesa estábamos Taylor, Cristina, Josh, Dylan, que eran del equipo de baloncesto, y yo. No éramos muchos, pero los suficientes para salir al cine o donde fuera y pasarlo bien.

—¿Te vienes a comer a mi casa? —Escuché la voz de Taylor nada más llegar al coche de mi madre.

—No lo sé —respondí mirando a mi madre, algo que no le pasó desapercibido.

—Está bien, ve a comer a su casa, pero pobre de ti como Travis me diga que te has portado mal —me regañó como si fuese una niña pequeña.

—Mamá, nunca me porto mal. Además, Taylor se porta peor. —Soltamos una carcajada.

—Sí, pero ella está en su casa. —Agaché la mirada, asintiendo.

Una vez que llegó Travis junior —de algún modo tenemos que diferenciarlos, ¿no?— nos montamos en el coche. Esta vez me senté al lado de mi madre y dejé a Tay con la cara desencajada por no

poder ponerse ella delante. Me reí por lo bajo y ella subió refunfuñando como una señora mayor.

Por el camino, Taylor me contaba que su padre, ese día, había hecho lasaña de verduras y que por eso me había invitado. Sabía que me encantaban las comidas sin mucha carne. A ver, no es que sea vegetariana, pero si puedo evitar esa comida, lo hago. Llegamos y, como siempre, Travis estuvo todo el camino callado. A veces pensaba que tenía algún problema del habla o qué sabía yo. «Puede que no le interese hablar nada contigo». Me encogí de hombros, podría ser también eso, claro que sí.

—Sé que después te vas al centro comercial, así que no llegues tarde —mencionó mi madre antes de entrar en casa.

—Está bien, llegaré pronto, lo prometo.

¿Lo prometo? No podía prometer nada cuando salía con Taylor, podría pasar cualquier cosa, como la última vez que tuvo que venir Travis a por nosotras a los recreativos porque mi mejor amiga se peleó con el dependiente. Es que no quería aceptar nuestra tarjeta que, claramente, no era de ese salón de juegos, sino de otro que estaba en el centro. Ella se empeñó y terminamos a hostias… no literalmente, pero casi. Travis vino en el bus a escondidas de su padre, para que no nos echaran la bronca. A ver si consigue que el señor Hamilton le deje conducir algún día y así podremos pedirle que nos lleve de tiendas en el coche. Tenía el carné de conducir, pero como si no lo tuviera.

—Hola, Trish —me saludó su padre—. Sabía que hoy vendrías en cuanto supieras lo que hice de comer. —Me sonrió complacido.

—En realidad he sido yo quien la invitó, papá —dijo Tay sentándose nada más llegar; estábamos agotadas.

El señor Hamilton siempre me trató como a una hija más y agradecía tenerle tan cerca. No es que fuera a pedirle algún consejo,

no por ahora, pero es bonito saber que le importas a alguien que no es de tu familia.

Una idea descabellada se metió en mi cabecita rubia mientras pensaba en el padre de mis amigos. Una idea que no sabía cómo se la tomaría Taylor, pero que tenía que contarle en cuanto estuviéramos solas. ¿Y si salía mal? No, ¿o sí? Dios, estaba loca pensando en ello.

—¿Qué te pasa? Te has quedado alelada. —Sentí la mano de mi amiga en el hombro.

—Nada, solo pensaba. —Suspiré.

—¿En algo que deba saber? —Era una cotilla, pero aun así la adoraba.

—Solo veía lo bonito que es tener a un padre que se preocupa por vosotros. —Suspiré y, en cierto modo, no era del todo mentira.

Extrañaba que mi padre me esperase en la cocina con el desayuno antes de irme a la escuela. Extrañaba esos abrazos que solo un padre es capaz de dar. Esa sensación de protección que nos hacía falta a veces. ¿Por qué no le importaba tanto al mío? ¿Por qué pasaba de mí? No lo sabía y dado el tiempo que había transcurrido, no debía importarme. Aun así, lo hacía y mucho.

—Ya sabes que yo te presto al mío cuando lo necesites. —Me abrazó dándome ese cariño que sabía sentía por mí, como una hermana quiere a otra.

—Gracias.

Cuando llegó Travis, se sentó sin mediar palabra y nos pusimos a comer. A veces nos mirábamos, otras su hermana intentaba sacarle alguna palabra, sin éxito. Decidí ser yo la que usase el sacacorchos para lograr que hablara.

—Oye, Travis. —Me miró—. ¿Nos acompañas al centro comercial? Hace mucho que no salimos los tres solos y podría ser divertido.

Sentí la patada de Taylor por debajo de la mesa y me reí al ver su rostro moreno ponerse rojo como un tomate. «Oh, que tierno». ¿Por qué se ponía así? Ni que fuera la primera vez que le pedía salir los tres a algún sitio.

—Eh, yo… —titubeó—. Lo siento, pero tengo mucho que estudiar para el examen de mañana —explicó y acepté su negativa solo porque sabía lo importante que eran para él los estudios, algo que admiraba de él.

—Vale, pero después no te quejes si tenemos que llamarte para que nos recojas porque tu hermana se mete en problemas —se me escapó—. Ups.

Su padre nos miró con el ceño fruncido y nos reímos, haciendo ver que era solo un chiste y no una realidad. Tay me asesinó con la mirada y yo abrí tanto los ojos que sentí escozor y tuve que parpadear unas tres veces.

Casi una hora después estábamos entrando al centro comercial y ya Taylor estaba eufórica; le encantaba ir de tiendas, y si era para disfrazar a su mejor amiga, mucho más. Bueno, lo de disfrazar es cosa mía, ella no lo había dicho… no con esas palabras, al menos.

Antes de entrar en la primera tienda, cogí el brazo de Taylor para decirle lo que había pensado mientras estábamos en su casa. No quería esperar, porque era algo que necesitaba hablar de una vez. Primero por miedo a que se enfadara y, segundo, porque me parecía la mejor idea que había tenido en toda mi vida.

—¿Qué pasa? Hoy estás más rara de lo normal —dijo nada más girarse.

—¿Qué te parecería que mi madre y tu padre…? —Me quedé en silencio al ver el cambio de gesto en su rostro. A lo mejor era descabellado y no estaba preparada para ello.

Su madre falleció y mi madre también estaba sola. ¿Qué había de malo en que dos personas que estaban solas se encontraran para unir sus vidas? El señor Hamilton me parecía el mejor para estar con mi madre y ambos merecían ser felices.

—Me parece… —Se quedó callada, no pudo terminar la frase y comenzó a llorar.

Dios mío, yo y mi mente inquieta.

CAPÍTULO 5
TRAVIS
¿Buscarlas otra vez?



Que Trish quisiera que fuera con ellas al centro comercial, aunque yo supiera que era para ir de tiendas, me gustó. Eso significaba que quería hacer cosas conmigo, así como antes de que me metiera en el equipo de baloncesto. Después de aquello, todo cambió y dejé de pasar tiempo con ellas para salir con mis amigos. Era mayor que ellas, y aunque fuera solo un año se notaba. Bueno, el hecho de que yo tuviera dieciocho y ellas diecisiete ya cambiaba algo. Yo podía ir a sitios en los que los menores no pueden entrar, frecuentar ciertas fiestas y salir hasta más tarde. Al final era solo un año, pero a nuestro padre le parecían mil.

Se fueron sin despedirse y las vi desde la ventana. Me dieron ganas de ir tras ellas y unirme a su salida, pero el estudio no podía esperar y al día siguiente tenía un examen. Si no hubiera sido por eso, habría ido.

Me tiré toda la tarde estudiando, mi padre vino a traerme fruta sobre las seis de la tarde y pregunté por mi hermana. No, no estaba

preocupado, solo quería saber que estaban bien. «Eso, en mi tierra, se llama preocupación». Bueno, sí, estaba preocupado, solo un poco.

Seguí estudiando y sobre las nueve escuché gritos desde el piso de abajo, algo que me preocupó demasiado. Salí de mi habitación y bajé las escaleras de dos en dos. Mi padre hablaba por teléfono con alguien, aunque más bien gritaba, porque estaba furioso.

—Papá, ¿qué pasa? —Toqué su hombro para que supiera que estaba detrás de él.

Mi padre se giró a la vez que colgaba y se pasaba las manos por el rostro, parecía agotado y no me extrañaba para nada, trabajaba demasiado. Pero algo me decía que no estaba así por el trabajo.

—Tenemos que ir a recoger a tu hermana al centro comercial —explicó intentando mantener la calma.

—¿Buscarlas otra vez? ¿Qué han hecho ahora? —No debía haberlo preguntado, mi padre quiso saber más y me arrepentí de inmediato en cuanto su semblante cambió. Me interrogó con la mandíbula desencajada.

—¿A qué te refieres con otra vez? —Iba a hablar, pero me paró—. Bueno, me lo cuentas luego, tengo que ir a por Abigail y decírselo.

Conforme hablaba, el timbre sonó y nos miramos. Suspiró y fue a abrir, sabía quién era y no nos equivocamos. Abigail entró a la casa furiosa, también recibió la llamada del hombre de seguridad del centro comercial y eso de mantener la calma, así como estaba haciendo mi padre, le costaba un poco más.

—¿Queréis que vaya con vosotros? ¿O preferís hacerlo solos? —Pregunté, interrumpiendo sus miradas ofuscadas.

—Quédate, hijo, tienes que estudiar y Abigail me ayudará a no matar a tu hermana.

—No dejaré que mates a tu hija, pero mataré a la mía. ¿Te vale con eso? —Me reí, no pude hacer otra cosa—. ¿Cómo es posible que se comporten así con la edad que tienen ya? Dios mío, es en estos momentos cuando me gustaría que tuviera un padre que… —Se quedó callada y agachó la cabeza.

Mi padre se acercó a ella y la abrazó, algo que no me extrañó, pero… por un momento, sentí una punzada en el estómago. No sabía si me gustaba verlos así de juntos, era todo muy raro.

Se fueron al fin y volví a subir a mi habitación, claro que cogí mi móvil para llamar a mi hermana y que me contase qué había pasado. Así, al menos, podría defenderla si era defendible, claro. No me gustan las injusticias, aunque algo me decía que se iba a merecer el castigo que nuestro padre le pondría.

Un tono, dos, tres, cuatro y no lo cogió. Insistí y seguía sin descolgar. No quería llamar a Trish, pero me preocupaba que les hubiera pasado algo malo, así que me armé de valor y la llamé. Ella lo cogió al segundo tono y respondió confundida, o eso me pareció a mí.

—Trish —musité.

—Hola, Travis —me saludó como si nada, como si no estuvieran a punto de recibir a nuestros padres hechos una furia.

—¿Dónde está mi hermana? La he llamado —anuncié para que supiera por qué la había llamado a ella.

—Lo sabe, no ha querido cogértelo. —Bufé exasperado—. No te lo tomes a mal, ya se siente lo suficientemente pésima. Le daba vergüenza hablar contigo, lo hará cuando se sienta preparada —explicó, cosa que no hizo más que incrementar mi preocupación.

—Pero ¿qué ha hecho esta vez? —Volví a preguntar. Debía saberlo, aunque fuera por boca de ella. «Esa boca que me gustaría callar a besos». Negué a la vez que cerraba mis ojos.

—Te tengo que colgar, han llegado y mejor… hablamos después, Travis. Un beso.

¿Un beso? Nunca me decía eso. ¿Un beso? ¿En serio? Lo que fuera que hubiera pasado era más grave de lo que me esperaba. Me dejó tan descolocado que me costó muchísimo volver a concentrarme en el estudio.

Me asomé a la ventana, ahí me iba a quedar hasta que las viera llegar. El coche de mi padre no tardó ni media hora en asomar por la esquina. Cuando aparcó, se despidió de Abigail, que cogió el brazo de Trish y tiró de ella; seguía muy enfadada. La puerta de mi casa se cerró tan fuerte que pensé que se volvería giratoria, y eso era señal de que debía quedarme en mi habitación. No iba a ser buena idea ir a preguntar qué había pasado.

—¡Estás castigadísima, Taylor! ¡Olvídate del móvil por un mes! Y pobre de ti como vuelvas a hacer lo que has hecho hoy porque no verás la luz del sol hasta los veinticinco. ¿Queda claro? —Esta vez no era ninguna chiquillada, jamás había escuchado a mi padre así de furioso.

Esperé a que Taylor subiera a su habitación para ir a hablar con ella y que me contara lo que había hecho. No podía decir que Trish había tenido algo que ver hasta no saberlo, pero si Abigail estaba cabreada era porque ambas lo hicieron, ¿no?

Escuché acercarse unos pasos apresurados y abrí la puerta. Nada más verla, cogí su brazo y la metí en mi habitación.

—¡Joder! Que susto, Travis. ¿No podías haberme llamado antes de tirar de mí? —Estaba extrañamente tranquila.

—¿Me lo vas a contar ya? —Pregunté obviando sus quejas, que no eran importantes en este momento.

Suspiró sentándose en mi cama y terminó acostada boca arriba. Me recosté a su lado y ella reposó su cabeza en mi hombro.

—Hemos robado —dijo de pronto, aunque haciendo comillas, como si no lo hubieran hecho en realidad.

—¿Cómo es eso? ¿Lo habéis hecho o no? No me queda claro, hermanita.

Se incorporó y me miró fijamente.

—¿Si te cuento un secreto no se lo dirás a nadie? Bueno, qué tontería, no tienes a quién contárselo aparte de a mí y a Trish y ambas ya lo sabemos. —Se estaba liando de nuevo y no iba al grano. Terminé asintiendo, no me quedaba otra—. Hemos fingido un robo para que Abigail y papá vinieran juntos a buscarnos. —Enarqué una ceja.

—¡Menuda gilipollez! ¿Por qué habéis hecho eso?

De pronto, la puerta de mi habitación se abrió y Trish entró rápidamente, cerrando tras de sí como si alguien le estuviera persiguiendo.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Tu madre no te ha castigado?

—Esa boca. —Le dio un manotazo en la boca por decir palabrotas sin responder a su pregunta y me reí; eran un caso serio—. Obviamente estoy castigada hasta los treinta, pero me he escapado por la ventana. Ya sabes lo bien que se me da escalar. —Nos reímos, no podía con ella.

Trish cogió la silla de mi escritorio y se sentó frente a nosotros. Parecía que estábamos planeando el robo del siglo, con tanto misterio, y con ella debía temerme lo peor; estaban locas.

—Te cuento lo que ha pasado, Travis, mejor yo que tu hermana, que se explica como el culo. —La observó—. No me mires así. Conociéndote, ibas a dar más rodeos que un vaquero y esto es serio, hermana.

¿Hermana? ¿A qué estaban jugando?

Tras una pausa, Trish comenzó a narrar la brillante idea que habían tenido y el porqué de haber cometido el falso robo. Por lo visto, idearon un plan para juntar a nuestros padres. Querían que fuéramos todos familia, que se casaran, viviéramos juntos y comiéramos perdices para el resto de nuestras vidas. No me disgustaba la idea de tener a Trish bajo mi techo, pero tenerla como hermana no entraba en mis planes. Que nuestros padres fuesen algo más que amigos era algo que me costaba digerir, y sería extraño para mí ver a mi padre con otra mujer que no fuera mi madre. Sin embargo, debía comprender que aún era joven y merecía rehacer su vida y ser feliz, y si lo hacía con Abigail, una buena mujer, no era tan mala idea.

—¿En qué tengo que ayudar? —Fue lo primero que dije, provocando que Trish pegase un salto desde la silla para tirarse sobre mí. Ambos rodamos por la cama hasta caer al suelo y me dejé llevar tanto por el entusiasmo que la estreché entre mis brazos sin miramientos.

Si esto llegaba a salir bien, me iba a costar mucho no entrar en la habitación que Trish ocuparía para verla dormir. Si esto llegaba a salir bien, no sabría lidiar con verla amanecer en mi casa cada día. Suspiré cuando los carcajeos de mi hermana nos separaron. Sentí la tensión de su cuerpo cuando notó mis brazos rodear su cintura y sonreí al darme cuenta de que no le era indiferente a la rubia.

—Lo siento, es que me he emocionado —se disculpó, alejándose de mí.

Sentí mis brazos vacíos cuando su cuerpo escapó de entre ellos y le sonreí como respuesta. Volvimos a sentarnos para seguir maquinando el modo de hacer que nuestros padres comenzaran a verse de otro modo.

—¿Y si les preparamos una cena? —Me vino esa idea a la cabeza y ambas apiñaron los labios.

—No sé, hermano. ¿Cómo haríamos para que se quedaran solos? Lo único que se me ocurre es que Trish le hable a su madre de nuestro padre y nosotros a él de su madre. A ver si, poco a poco, conseguimos que piensen el uno en el otro.

Lo que decía no estaba mal, para empezar. Aun así, lo de la cena teníamos que planearlo bien. Entonces se me ocurrió. Era un poco infantil, pero podría funcionar. Si lo que hacían los adolescentes en el instituto funcionaba, ¿por qué no lo haría con ellos?

Le conté lo que se me había ocurrido y las dos sonrieron complacidas aceptando aquello como el plan A, porque sí, los habíamos nombrado plan A, plan B y hasta plan C y plan D, si no funcionaban los demás. Lo que estaba más que claro era que lo conseguirían. Conociéndolas, tenía esa certeza.

—Venga, Trish, vete a tu casa antes de que tu madre o mi padre se den cuenta de que estás aquí. ¿O prefieres seguir castigada hasta los cuarenta? —Habló Tay, y yo asentí para que le hiciera caso.

Por mí como si quería quedarse ya a vivir, pero mi hermana tenía razón. Se despidió de nosotros y salió de mi habitación para regresar a su casa. Cuando nos quedamos solos, Taylor volvió a la carga. No sabía de qué manera iba a salir airoso de tanta pregunta.

—¿Te gusta Trish? —Alzó una ceja—. Venga va, cuéntamelo. Te juro que no se lo diré a nadie, ni siquiera a ella.

—Eres una pesada, Tay. —Me exasperaba, y más porque tenía más razón que un santo.

—No me has respondido a la pregunta, hermanito. ¿Te gusta Trish? —Insistió, y negué mirándola fijamente.

—No me gusta, no me atrae, solo somos amigos y, si todo sale bien, seremos hermanastros. ¿Crees que me fijaría en ella teniendo

a tantas chicas guapas detrás de mí? —Debía sonar convincente y ni yo mismo me lo creía.

—Está bien, te creeré… por ahora. —Se levantó para ir a su cuarto —. Solo te digo que me encantaría que Trish y tú acabaseis juntos. —Me guiñó un ojo antes de irse y dejarme completamente descolocado.

A mi hermana le gustaría que su mejor amiga y yo fuésemos más que amigos. Nos ha jodido, a mí también me encantaría, pero eso era algo que estaba fuera de mi alcance, y más teniendo en cuenta que Trish estaba enamorada de Logan. ¿Cómo iba a competir con el capitán del equipo de baloncesto, el popular? No, prefería no tener que pasar por eso y sufrir en el intento.

«Si no lo intentas, jamás sabrás si tienes posibilidades».

CAPÍTULO 6
TRISH
Plan robo en marcha



Lo que menos quería era que Taylor sufriera por la propuesta que le había hecho. Se había puesto a llorar y ya estaba arrepentida de habérselo dicho. Cogí su mano y me la llevé a una cafetería que teníamos enfrente de la primera tienda a la que íbamos a entrar antes de mi metedura de pata, nos sentamos y pedí dos refrescos. Teníamos que hablar, tenía que disculparme y olvidarme de la estúpida idea de juntar a nuestros padres.

—Toma. —Le di el refresco y una servilleta para que se secara las lágrimas.

—Lo siento, no quería ponerme así —se disculpó, y yo la miré extrañada, pues no era ella quien tenía que pedir perdón.

—No, Tay. Soy una tonta y no debí proponerte esa locura. Perdona, no volveré a mencionarlo —negó, y me extrañé mucho más.

—No me hagas caso, Trish. —Bebió un sorbo de su coca cola—. Sé que mi padre está solo y que aún es joven y puede volver a ser feliz,

es solo que…, me cuesta aceptar que mi madre no volverá —expresó entre sollozos, porque volvió a emocionarse.

Me senté a su lado y la abracé, era lo que más necesitaba en ese momento y siempre estaría para ella. Si Taylor caía, yo me agacharía a ayudarle. Estaba segura de que ella haría lo mismo por mí.

—Te entiendo bien, tu madre era increíble. —Suspiré recordando a Paris; hasta el nombre lo tenía bonito.

Había fallecido hacía cuatro años en un accidente de tráfico. Llevábamos poco tiempo en Atlanta cuando sucedió, pero el poco tiempo que la traté fue muy bonita conmigo; era como tener una segunda madre.

Después de eso, mi madre los ayudó mucho, ya que el señor Hamilton estaba desbordado entre el trabajo y los hijos. Le costó mucho seguir una rutina en la que no volverse loco. Por eso yo creía que era muy buena idea que ambos se hicieran pareja; los dos se merecían estar con una persona buena, que los quisiera y apoyara toda la vida…, al menos, la vida que nos quedara, porque eso es algo que nunca se sabe cuándo puede acabar.

Cuando consiguió tranquilizarse, Taylor me dio un beso en la mejilla junto con un gracias de lo más tierno; a veces era como una osita de peluche. Sonreí y negué a la vez que me encogía de hombros.

—Está bien, ¿qué has pensado? —me preguntó después de coger una bocanada de aire.

—¿A qué te refieres? —Sí, muchas veces era un poco cortita.

—A nuestros padres. ¿Qué has pensado para hacer que se gusten? Porque supongo que tendrás un plan, ¿no? —Alcé las manos llena de emoción y asentí.

Tenía que reconocer que, aunque Tay era un poquito loquita, yo era culpable de muchas de las trastadas que hacíamos y esta vez

sería igual. Solo que ella tenía el coraje de hacerlo y yo de idearlo. Hacíamos un buen equipo; yo maquinaba y ella actuaba.

Le conté la idea justo cuando se estaba tomando un sorbo de la coca cola y se le salió por la nariz de la impresión.

—¿Estás loca? ¿Pretendes robar en la tienda para que nuestros padres se vean obligados a venir juntos a buscarnos? —Sí, esa era mi maravillosa idea, una que, más que juntarlos a ellos, nos separaría a nosotras. Era eso o nada—. ¿De verdad esa idea es tuya? —Inquirió con el ceño fruncido.

—Sí, ¿a quién más te crees que le he contado esto? Solo he hablado contigo. Mi intención era que tu hermano estuviera con nosotras y nos ayudara, pero como no ha querido venir… —Me encogí de hombros agachando la cabeza.

A veces me gustaría echar el tiempo atrás solo para pasar más ratos con Travis. Desde que se metió en el equipo de baloncesto ya no tenía ni un minuto para nosotras y lo extrañaba mucho; nuestras noches de juegos de mesa, de ver películas de miedo mientras nos tirábamos las palomitas a la cara… nuestras escaladas por el árbol, porque él fue quien me enseñó y ayudó a no tenerle miedo a caerme, y no podía olvidarme de cuando jugábamos al baloncesto. Yo no tenía ni idea y él insistió en que jugase. Acabé aprendiendo a base de regañinas por su parte. No importaba lo mucho que se enfadaba, me fascinaba pasar ese tiempo a su lado. Suspiré recordándolo.

—Venga, Trish, no tengas miedo. Si te caes, siempre puedes volver a levantarte —dijo desde abajo. Ja, que fácil era hablar desde tierra firme.

—Mira qué listo, como tú no estás aquí arriba... —refunfuñé yo sin ser capaz de mirar abajo, porque era hacerlo y sentir que me caía.

—Vale, vale, voy a subir para que veas que no pasa nada.

Se dispuso a escalar el gran árbol que daba a la ventana de la habitación de Taylor y, cuando llegó a mi altura, cogió mi cintura para agarrarme y que así me aferrara bien a la rama. Se me quedó mirando unos segundos y yo le sonreí; era tan guapo… pero era mi amigo, mi mejor amigo y también mi hermano, así lo veía y así sería siempre.

—¿Más tranquila? —me preguntó y yo asentí, no podía hacer otra cosa—. Ahora, agárrate a esta rama y pon el pie en esta otra. Son las que te ayudarán a entrar por la ventana.

Hice lo que me dijo y me soltó, dejándome sola en la aventura de escalar. Era como cuando te enseñan a montar en bici: al principio te agarran el sillín y, una vez que no pierdes el equilibrio, te van soltando poco a poco. Eso era lo que hacían un padre o, en este caso, un hermano mayor.

¿Lo conseguí? Por supuesto, y tras dos veces más haciéndolo sola no volví a pedirle ayuda, porque ya entraba y salía a mi antojo.

Salí de mi recuerdo gracias a Taylor, que me hablaba sin parar, aunque yo no escuchaba nada.

—¿Has entendido lo que he dicho? —Arrugué la frente.

—¿Puedes repetírmelo? Es para que me quede clarito —le pedí con una sonrisa burlona.

—Vaya, que no te has enterado de una mierda.

—Efectivamente, hermana.

Soltamos una carcajada a la vez que nos levantábamos y fuimos a la primera tienda. Mientras veíamos los trapitos que Taylor había elegido para mí, me contó lo que había pensado para el supuesto robo. Obviamente lo haríamos cuando comprásemos las cosas que queríamos; si no, nos iba a joder la tarde la ideíta.

Taylor me dio un montón de ropa para que me la probase y yo estaba desbordada porque no me gustaba nada. Me probé un

vestido corto, por encima de las rodillas, de color rojo con florecillas amarillas; era de tirante fino y, bueno, no podía negar que precioso, pero no me veía con él puesto. Salí del probador. Ella se había quedado fuera para seguir mirando ropa. Cuando me vio, su rostro se iluminó tanto que no hacían falta las luces encendidas de la tienda para poder vernos.

—¿Tu cara significa que te gusta? —Fruncí los labios, no estaba para nada de acuerdo con ella.

—Estás increíble, Trish. —Se acercó a mí—. Mírate al espejo. —Me giré con ella detrás y la vi quitándome la gomilla que agarraba mi cabello rubio—. Un poco de maquillaje y lista, y si con eso Logan no se fija en ti, es porque está ciego.

Sus palabras me emocionaron mucho y asentí convencida. Me veía bien, muy bien en realidad.

—Este vestido te lo pondrás en una fiesta que van a montar los del equipo de baloncesto. Obviamente, obligaré a mi hermano a que nos lleve. —Abrí los ojos con asombro—. Bueno, eso si nuestros padres no nos castigan para toda la vida después de la trastada que haremos hoy. —Nos reímos, porque lo que íbamos a hacer era de risa.

Terminamos de comprarnos todo lo que se nos ocurrió. Menos mal que teníamos ahorros, porque si no nos matarían también por gastar tanto. Bueno, no voy a ser tan exagerada, solo fueron tres o cuatro modelitos, y como prácticamente teníamos la misma talla, nos prestábamos la ropa. Ciertamente, yo solo le prestaba algún vaquero, porque Taylor vestía mucho mejor que yo.

Salimos de la última tienda y nos quedamos paradas delante de la de accesorios. En esa era muy fácil robar, pero también que te pillaran. Dependía de lo astuta que fuera la dependienta de ese turno.

—¿Preparada? —pregunté, y asintió agarrándome la mano.

—Plan robo en marcha.

Entramos y pasamos delante de la dependienta con varias cosas en la mano. Queríamos que nos viera, y teniendo en cuenta que la chica era bastante despistada, si no nos pillaba sería porque no quería.

Volvimos a pasar con algunos pendientes, una cartera, un bolso y carraspeamos para que nos escuchara. De un momento a otro, levantó la mirada y nos saludó con una sonrisa, acto que nos dio el empujón para caminar hacia la salida sin pagar. La alarma comenzó a sonar una vez que cruzamos la puerta y la chica que estaba en la caja salió corriendo detrás, claro que nosotras ni siquiera dimos pasos apresurados, queríamos que nos pillaran. ¿Era un plan estúpido? Sí, pero el único que se nos ocurrió en ese momento.

—Eso lo pagaréis, ¿verdad? —Nos sorprendió el hombre de seguridad.

Nos giramos y pusimos cara de no haber roto un plato nunca. Si hubiera sabido que habíamos roto la vajilla enterita...

—¿Quiere la verdad? ¿O la excusa? —Que mi amiga fuera una descarada no lo había dicho, ¿no? Pues sí, fue lo que le dijo a ese hombre que nos miraba con cara de querer llevarnos a la cárcel por ladronzuelas.

—Mejor me dais el número de vuestros padres y que sean ellos quienes me lo digan, ¿os parece? —Nos miramos y sonreímos asintiendo.

Nos llevó a una habitación llena de cámaras y supuse que era ahí adonde llevaba a las ratas ladronas como nosotras, nótese la ironía. Le dimos los números y primero llamó al señor Hamilton; menos mal que comenzó con él, aunque mi madre iba a ser igual o peor que

Travis. Los gritos que se escucharon al otro lado de la línea no auguraban un buen final para nosotras.

—¿Crees que esto ha sido buena idea? —La miré con la boca abierta.

—¿En serio? ¿Ahora me lo preguntas? Podrías haberlo pensado antes de aceptar, ¿no te parece? Ahora no nos queda más que aguantar la bronca.

—Mi padre se escuchaba furioso y tengo miedo. —Solté una risita burlona.

—¿Tú, miedo? Venga, si eres la niña de sus ojos, no te hará nada. Mi madre sí que me va a matar. ¿Y tú me ves asustada? —Pregunté enseñándole cómo me temblaban las manos—. Pues no, porque cuando le contemos a nuestros padres el motivo por el que hemos cometido esta pequeña locura, nos perdonarán.

Me autoconvencí. Sí, en cuanto supieran que queríamos que estuvieran juntos mi madre volvería a confiar en mí. «O te manda a un internado». Todo era posible.

—Si tú lo dices...

—Quedaos aquí hasta que vengan a recogeros.

Fue lo último que dijo antes de dejarnos solas en esa habitación tan fea.

No habían pasado ni veinte minutos cuando tuvimos delante al señor Hamilton y a la señora Moore, mi madre, mirándonos con ganas de asesinarnos. No nos dijeron nada, no en ese momento, pero estábamos seguras de que la bronca monumental llegaría en el interior de nuestros hogares, de donde no íbamos a salir ni para comprar el pan. Bueno, al menos podríamos ir al instituto. Lo único que eso de tener a nuestros padres trabajando allí tampoco ayudaba mucho; nos iban a controlar mucho más.

CAPÍTULO 7
TRISH
Pensé que sería peor



La tensión se podía cortar con un cuchillo en el interior del coche. El silencio reinaba mientras Taylor y yo, sentadas en el asiento de atrás, nos mirábamos. Cuando llegamos, mi mejor amiga y su padre se fueron sin decirnos nada y mi madre, tras echarme una mirada acusadora, me hizo una señal con la cabeza para que la siguiera.

—¿En qué estabais pensando? —Fue la primera pregunta nada más cerrar la puerta—. Dime, ¿qué necesidad tenías de robar? ¿No te doy lo que necesitas? —Iba a responder, pero no me dejó—. No, no digas nada. Estoy muy decepcionada, Trish… Vete a tu habitación.

Agaché la cabeza y giré sobre mis talones para irme a mi habitación. No había puesto aún un pie en el primer escalón cuando mi madre volvió a hablar.

—Trish. —La miré—. Estás castigada…, al menos, hasta los treinta. —Asentí reprimiendo una sonrisa.

«Pensé que sería peor», me dije subiendo las escaleras.

Cuando entré en mi habitación, me asomé a la ventana para ver si dejaba de escuchar los gritos del señor Hamilton. Tenía pensado escaparme para hablar con mis futuros hermanos y, si me veía mi futuro padre, todo se complicaría mucho más. «Dirás hermanastros y padrastro. Habla con propiedad, Trish». Suspiré. Tenía razón, pero deseaba una familia, personas a mi alrededor con las que compartir algo más que unos apuntes en el instituto, unos cereales en el desayuno… o un almuerzo familiar. Joder, si la familia ya la tenía, solo era cuestión de juntarnos en una misma casa y todo arreglado. ¿A quién quería engañar? No iba a salir bien, nunca conseguía nada de lo que me proponía. Como cuando quise convencer a mi madre de regresar a California, o aquella vez que le pedí ir a una fiesta, y ya si hablamos de Logan… Mejor no, dejemos a ese adonis fuera de este recuento, porque lo conseguiré.

Salí por la ventana una vez que dejé de escuchar los gritos y bajé despacio, agarrándome a las ramas que trepaban por las paredes; suerte que mi madre no es de esas a las que le gusta la jardinería, si no, me habría quitado mi ruta de escape. Llegué hasta el árbol y lo escalé hasta alcanzar la habitación de Taylor. Me extrañó no verla ahí, aunque supuse que estaría en la de Travis. Salí con sigilo y corrí por el pasillo para entrar rápidamente en la de él.

Ambos se sorprendieron al verme y me preguntaron.

—Estoy castigada hasta los treinta, pero me he escapado por la ventana. Ya sabes lo bien que se me da escalar. —Nos reímos.

Cogí la silla del escritorio y me senté frente a ellos. Parecía que estábamos planeando el siguiente robo, aunque, a decir verdad, lo que teníamos que hacer no era fácil. Así que sí, debíamos prepararlo muy bien.

—Te cuento lo que ha pasado, Travis, mejor yo, que tu hermana se explica como el culo. —La observé—. No me mires así,

conociéndote ibas a dar más rodeos que un vaquero y esto es serio, hermana.

Travis nos miraba de hito en hito completamente perplejo. Le conté todo con detalle y, aunque en un principio también le costó asimilarlo, no dudó un segundo en ofrecernos su ayuda. Me emocioné tanto al escucharle que salté sobre él y caímos los dos al suelo. Sus fuertes brazos me rodearon la cintura, haciéndome recordar de nuevo el día en que me enseñó a escalar el árbol. Por un instante me puse nerviosa, pero me separé de él excusándome y volvimos a hablar de lo que íbamos a hacer.

—¿Y si preparamos una cena para ellos? —dijo, y nosotras apiñamos los labios.

—No sé, hermano. ¿Cómo haríamos para que se quedaran solos? Lo único que se me ocurre es que Trish le hable a su madre de nuestro padre y nosotros a él de su madre. A ver si, poco a poco, conseguimos que piensen el uno en el otro.

Para comenzar, podría estar bien, pero teníamos que llegar a algo más, algo que fuera definitivo para conseguirlo.

—No me convence del todo —mencioné dubitativa.

Travis se quedó en silencio. Tenía los ojos achinados, como si estuviera cavilando. Aproveché para mirarle sin miedo a que pensase que lo hacía por otra cosa que no fuera expectación ante su idea. Me fijé en que, cuando se concentraba, se mordía el labio inferior. Antes no me había fijado, ¿por qué ahora sí? Menuda estupidez, no me interesa ver cómo se muerde esos labios gruesos. «Ya, lo que te encantaría sería mordérselos tú, ¿verdad?». ¿Qué? Claro que no.

—Se me ha ocurrido algo que puede funcionar.

—Cuenta, cuenta —le insistí.

—Podríamos enviarles cartas de un admirador. —Fruncimos el ceño—. O sea, Trish le escribiría las cartas a papá. —Miró a su

hermana—. Y tú a tu madre. Si ha funcionado en el instituto, ¿por qué no con ellos? Creo que, después de la primera, ellos mismos serán quienes las escriban, y ahí es donde entraría la cena y donde se darían cuenta de que siempre fueron ellos sus propios admiradores.

—Vale, llamemos a ese plan A y, si no funciona, hacemos planes B, C y D. Por si acaso no funciona ninguno. Pero por Dios, que funcione porque se me acaban las ideas. —Junté las manos como si estuviera rezando.

Quedamos en que esa noche yo escribiría la carta a su padre y Taylor la de mi madre. Solo teníamos que dejársela en su mesa del trabajo; eso sería más complicado, pero nada era imposible para la patrulla canina. Me reí mientras me levantaba, menos mal que no había dicho eso en voz alta.

Me despedí de ellos y salí de nuevo con sigilo, aunque esta vez, en vez de escalar por mi ventana, entré por la cocina, asegurándome de que mi madre no estuviera. Justo cuando iba a subir, escuché su voz de:

—¿Te crees que soy tan tonta que no sé que has ido a casa de los Hamilton? Hija, cuando tú vas, yo he ido y vuelto dos veces. —Fruncí los labios, acercándome a ella.

Nos sentamos en el sofá en silencio. Sabía que debíamos hablar, que tenía que pedirle perdón por el robo, aunque ella no supiera que había sido fingido. A veces me costaba sincerarme con mi madre, no porque no me entendiera, sino porque tenía tanto trabajo, tantos problemas, que yo no quería ser uno más. «Claro, y en vez de ponérselo fácil, se lo complicas más, ¿no, bonita?».

—Vale, sé que lo de robar ha estado mal, pero no me mires más así, mamá —dije reprimiendo mis lágrimas.

Que mi madre me mirase con decepción era peor que un castigo. No me gustaba, no quería.

—Está bien, explícame las cosas para que yo pueda entenderlo —me pidió en tono conciliador.

—Solo era una broma, no íbamos a robar de verdad —mentí, claramente—. Cogimos esas cosas e íbamos a soltarlas antes de marcharnos, pero sonó la alarma y ya no pudimos hacer más. No tengo ninguna necesidad de robar, mamá. —Esas palabras sí las dije con sinceridad—. Lo siento, no volverá a pasar. —Me abrazó.

Me cobijé entre sus brazos y recobré la calma que fingía no haber perdido. Pese a que pretendía hacerme la dura, lo que mi madre me había dicho me dolió mucho, aunque habíamos hecho las cosas por una buena causa, una que ella no sabía y por eso estaba castigada.

Mi madre me mandó a mi habitación para ducharme mientras ella preparaba la cena. Lo hice rápido y antes de bajar, le envié varios mensajes a Taylor.

Tay, no sé escribir cartas de amor
¿Crees que Travis querrá ayudarme?
Es que me da vergüenza preguntárselo

Dejé el móvil sobre la cama para cepillarme el cabello y, al terminar, lo cogí para ver la respuesta que me había llegado. Mis ojos se abrieron y mi boca se desencajó. Si no quería preguntarle a Travis ya era tarde, porque el mensaje se lo había enviado a él y no a Tay. Eso de que sus nombres empiecen los dos con T complica bastante las cosas. Aunque, a decir verdad, era la primera vez que me equivocaba.

Eso está hecho
¿Por qué te da vergüenza preguntarme?
Te enseñaré el arte del amor… en cartas, claro

¿Mis mejillas se pusieron rojas? Sí, lo hicieron, y no, no me hizo falta mirarme al espejo para darme cuenta, porque las sentí arder.

Solté el móvil como si me quemara en las manos y salí despavorida de mi habitación, como si me estuviera persiguiendo alguien. ¿Travis había tonteado conmigo? No, no, que va. ¿Cómo iba a hacer eso si prácticamente éramos hermanos? «Te equivocas, no sois hermanos, y por mucho que vuestros padres se unan, jamás lo seréis».

Entré en la cocina pensando más de la cuenta, y cuando eso pasaba todo iba mal. A mí quien me gustaba era Logan, no Travis. Él solo era mi amigo, el único en el que podía confiar porque sabía que no me iba a fallar. Lo que pasa es que habíamos crecido y, bueno, no podíamos negar lo evidente; era muy guapo y si no fuera por algunas cosas que habían pasado de un tiempo para acá nunca me habría fijado en él. Aun así, no quería pensar en Travis de ese modo; solo seríamos hermanastros, amigos, los mejores amigos, y nada más que eso.

—Trish, ¿estás bien? —La voz de mi madre me sacó del trance en el que estaba.

—¿Yo? Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Todo está perfectamente —titubeé nerviosa y no supe por qué.

—Vaaale —respondió sin quitarme ojo de encima—. ¿Quieres contarme algo? Sabes que podemos hablar de chicos.

Volví a ponerme colorada, porque, además de sentir un sofoco que me subió desde los pies, mi madre soltó una carcajada. Nos sentamos a comer y agaché la cabeza, casi metiéndola en el plato de patatas con queso gratinado que había preparado.

Decidí que podría preguntarle algunas cosas y, poco a poco, ir metiendo al señor Hamilton en la conversación. Así, también, dejaba de pensar tonterías.

—Mamá, tengo una pregunta. —Puso toda su atención en mí—. ¿Cómo sabes si te has enamorado? —Abrió los ojos.

—Vale, no estaba preparada para esa pregunta, pero ya que la has hecho, te diré que… esto te lo digo bajo mi propia experiencia —respondió nerviosa, provocando en mí una curiosidad que antes no había tenido—. Yo solo me he enamorado una sola vez en mi vida y…

—¿Papá? —la interrumpí, y negó—. ¡Vaya! Entonces, ¿quién es el afortunado? ¿Lo conozco? —Volvió a negar, aunque con menos ímpetu. Eso era un sí.

—No sé nada de él, hace tantos años ya que seguramente estará casado y con hijos…

—O viudo —volví a interrumpirla y, cómo no, a ponerla nerviosa.

Si me pincharan ahora, no sangraría. ¿Podía ser que mi madre estuviera enamorada del señor Hamilton? No. Si fuera así, ya lo sabría, ¿verdad?

Seguí poniendo mi atención en ella, porque deseaba que me contase con lujo de detalles todo sobre el hombre misterioso del que se enamoró, el único hombre al que había amado en su vida.

—Lo conocí en la universidad. Era amigo nuestro, tanto de Travis como mío. —Quería despistarme—. Cuando terminamos, cada uno siguió su camino y no volví a saber de él. ¿Has terminado de cenar? —Se levantó como un resorte.

—Tranquila, yo recogeré los platos, tú ve a descansar —le propuse mientras me levantaba para hacer lo que había dicho.

Debía averiguar más sobre ese hombre, sobre el amor de su vida. Seguramente guardaba cartas o fotos en su despacho. Tendría que convertirme en detective para investigar. Me haría falta la ayuda de Taylor, así que decidí que hablaría con ella sobre el tema en el instituto.

Terminé de recoger la cocina y me fui a mi habitación, ya era tarde y estaba bastante cansada. Entré con la cabeza gacha, le daba demasiadas vueltas a todo y terminaría por dolerme. Comencé a quitarme los pantalones, me gustaba dormir con camisetas anchas. Antes de que los pantalones del pijama me llegasen a las rodillas, lo escuché.

—Para, Trish.

—¿Travis?

CAPÍTULO 8
TRAVIS
¿Me colaría en su habitación?



No sabía cómo hacer para que mi hermana dejase de insistir conmigo y Trish. Al final, acabaría contándole la verdad y no estaba preparado. Además, yo sabía, aunque suene repetitivo, que ella solo tenía ojos para Logan.

Estuve en mi habitación todo el tiempo desde que se fueron, seguí estudiando pese a estar completamente distraído; solo podía pensar en ella y su abrazo. Desde aquella vez que le enseñé a escalar el árbol no había vuelto a abrazarla y volver a hacerlo fue demasiado para mis sentidos. Solo esperaba que cuando me fuera a la universidad ese sentimiento se aplacara un poco.

De pronto, mi móvil sonó y me sorprendí al ver que tenía varios mensajes de Trish. Los leí y sonreí al leerlos. Vale, se había equivocado, pensó que se los había enviado a mi hermana, pero estaba hablando de mí. «No te hagas ilusiones, solo quiere pedirte ayuda con la carta». Exacto, y podría aprovecharme de eso para acercarme más a ella. Tras responderle algo que ni siquiera supe

cómo fui capaz de escribir, fui a la habitación de mi hermana para hacer algún cambio en el plan de las cartas.

—Tay —dije sin más en cuanto crucé el umbral de su puerta.

—¿No te han enseñado a tocar la puerta, hermanito? —Ironizó incorporándose en la cama—. Menos mal que no suelo dormir desnuda, si no me pillas en pelotas. —Esbocé una sonrisa y me senté con ella.

—He pensado que tú podrías escribirle la carta a papá y Trish a su madre. —Frunció el ceño—. A ver, lo digo porque nosotros conocemos mejor a nuestro padre. —Puso un dedo en su barbilla y apiñó los labios; no parecía estar muy de acuerdo.

—Vale, pero hay un problema con eso. —Me quedé mirándola, esperando a que siguiera hablando—. Eres un tarugo. Papá conoce nuestra letra…

—Y la de Trish también. —La interrumpí—. Te recuerdo que es nuestro profesor y director del instituto.

Nos estábamos dando cuenta de que iba a ser complicado engañarles. ¿Cómo haríamos para que no supieran que éramos nosotros? Teníamos que pensar un modo de hacerlo sin que nos pillaran.

—Somos tontos —afirmó sacándome de mis pensamientos—. Las escribimos en el ordenador y listo.

—Joder, es verdad. —Soltamos una carcajada—. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Tanto estudio nos está dejando…

—¿Lerdos, tontos? —Asentí.

—Bueno, pues ponte a escribir la de papá. —Me levanté para irme.

Estaba a punto de salir de su habitación cuando sentí su mano coger mi brazo, impidiendo que me fuera. Giré sobre mis talones y me encogí de hombros.

—Hay que avisar a Trish, ¿no?

—Tranquila, yo se lo diré. —Alzó una ceja con descaro—. No es lo que estás pensando, es para que tú no pierdas más tiempo.

—Ajá.

Salí reprimiendo una sonrisa, porque si sonreía delante de mi hermana se daría cuenta de que estaba loco por hablar con ella y estaría perdido. La emoción me recorría entero y deseaba verla de una vez, aunque fuera solo para ayudarle a escribir esa carta. Bajé las escaleras y salí de mi casa con la intención de ir a la suya. Crucé el jardín para escalar hasta su ventana; ya era tarde y no creía que su madre me dejase entrar para hablar con su hija castigada. No obstante, ¿me colaría en su habitación? Sí, lo iba a hacer.

Cuando llegué arriba, creyéndome todo un Romeo, esbocé una sonrisa al comprobar que la ventana estaba abierta. Entré, pero ella no estaba. Pensé en irme, pero no podía, tenía que verla. Me senté en la silla que había en la esquina del cuarto, el típico mueble que se llena de toda clase de ropa y cosas varias que no llegas a guardar nunca por pereza. Pese a eso, el asiento estaba vacío, cosa que me sorprendió. Volví a mirar la hora, llevaba media hora esperándola y ya estaba a punto de irme cuando la puerta se abrió y una Trish con la cabeza gacha entró. No me había dado tiempo a decirle que estaba allí cuando comenzó a bajarse los pantalones del pijama.

—Para, Trish. —Dio un sobresalto y me miró.

—¿Travis?

Se subió de nuevo los pantalones y me acerqué a ella.

—Lo siento, no quería asustarte.

—¿Cómo has entrado? —Se interesó, aunque era obvio—. Vale, no me respondas. ¿Has escalado las ramas? Joder, a mí me cuesta muchísimo subirlas. —Me reí—. ¿Qué haces aquí?

—Verás, yo… —«Habla, no seas tonto»—. Es que hemos pensado que tú escribas la carta a tu madre y mi hermana la de mi padre. Ya que conocemos mejor sus gustos, ¿no te parece? —Asintió regalándome la mejor sonrisa que una chica puede tener—. Y bueno, como me has pedido ayuda, he venido a eso.

Vi cómo sus mejillas se pusieron rojas y dejó de mirarme. Se sentó en la cama y la imité, sentándome a su lado. Era la primera vez que Trish era incapaz de sostenerme la mirada. Acerqué mi mano a su barbilla e hice que me mirase. Extrañada, tanto como yo, lo hizo y le sonreí.

—Respecto a eso… no sabía que el mensaje te lo enviaba a ti, lo siento —se disculpó llena de vergüenza y negué, restándole importancia.

Me levanté y la obligué a sentarse en la silla del escritorio para comenzar con la carta de amor a su madre. Iba a ser la primera vez en mi vida que le dictase algo de amor, aunque no fuera para ella. Bueno, iba a sacar de mi corazón todo lo que sentía por mi amiga para que se lo escribiera a su madre. El plan era extraño, lo sé, pero fue el único que se me ocurrió. ¿Qué más podía hacer? Tenía que decirle lo mucho que la quería, aunque pensase que estaba ayudándola en otra cosa.

—A ver, dime qué tengo que poner —me apremió—. Como te dije, yo no sé cómo escribir estas cosas, el romanticismo no es un tema que conozca muy bien. Como sabes, jamás he besado a nadie. —Me miró, volviendo a sonrojarse.

Supuse que se había arrepentido de haberme confesado eso, aunque a mí me encantase saberlo. Nunca la habían besado. Nunca había sentido los labios de un chico rozando los suyos y quería ser yo quien los besara, quien le diera su primer beso. Podría haberlo hecho en ese momento, acercarme a ella y pegar mis labios a los

suyos y que así supiera de una vez cuáles eran mis sentimientos. Nuestros ojos se quedaron conectados unos segundos, unos que se congelaron para mí. Poco a poco, fui acercando mi rostro, y ella…, ella también fue acercando el suyo. ¿La iba a besar? ¿Lo haría? Y antes de que llegara a rozarlos, aunque nos separaba un milímetro, ella se alejó para mirar la pantalla del ordenador.

—Bueno, ¿escribimos la carta? —Asentí agachando la cabeza. Ahora era yo quien no podía sostenerle la mirada.

Abrió un archivo de Word y comencé a dictarle todo lo que debía poner. Ella estaba concentrada en la pantalla y yo solo podía observarla sin miramientos mientras le decía todo lo que, en realidad, hubiera querido decirle a la cara de no haber sido porque era un cobarde. Hubo un momento en el que volvió a sonrojarse y sonrió para después morderse el labio inferior. Se la veía tan feliz escribiéndole la carta a su madre que estaba seguro de que ya nos imaginaba como una familia. Sí, si salía bien, seríamos una familia. Recordé eso y, bueno, no me disgustaba, a pesar de que en ese caso no tendría ninguna posibilidad; solo tendría una, la única, antes de que nuestros padres picasen el anzuelo. «Si no le dices tus sentimientos, no la tendrás ni antes ni después», pensé al darme cuenta.

Estuvimos escribiendo más de media hora y, cuando terminamos, le dio a imprimir y me entregó la carta para que fuera yo el encargado de dejarla en la mesa de su madre, ya que teníamos la primera hora de clase con ella.

—Creo que ha quedado muy bien —expresó, convencida—. No sabía que… a ver, no me entiendas mal. No sabía que fueses tan romántico. —Esbozó una sonrisa—. ¿Cuántos secretos me estás guardando? ¿Eh? —Chocó su hombro con el mío y yo por poco no me ahogué con mi propia saliva.

Nos levantamos y fuimos hasta la ventana. Era hora de irme, ya teníamos que dormir; si no, por la mañana seríamos unos zombis.

—Algún día te contaré todos mis secretos —susurré muy cerca de su oído.

Trish se quedó quieta, muy quieta, y si yo hubiera sido inteligente, la habría besado. Pero no lo soy, ya lo he demostrado. En vez de eso, le di un beso en la mejilla, dejándola con la palabra en la boca, y salí por la ventana. Bajé lo más rápido que pude solo para no darle tiempo de decir nada.

Miré hacia arriba y aún seguía en la ventana, mirándome fijamente. Alcé mi mano para despedirme de ella y, tras unos segundos, los que le costó reaccionar, ella hizo lo mismo. Aceleré el paso para cruzar de nuevo el jardín y entré en mi casa por la cocina. El corazón me iba a mil, las piernas me temblaban y, por primera vez en mi vida, sentí que podía luchar por Trish.

—Se ha sonrojado, lo ha hecho —musité, suspirando como un tonto—. Casi la beso. ¿Por qué no lo hice? —Estaba hablando solo, pero no lo estaba, porque mi hermana acababa de entrar en la cocina y había escuchado todo lo que había dicho.

—¿A quién ibas a besar, hermanito? —Me encogí de hombros y pasé por su lado para subir a mi habitación. Si siempre me llamaban mudo sería así, porque no abriría la boca para nada.

Mi hermana no lo iba a dejar pasar, la conocía. Caminé con ella pisándome los talones y antes de que pudiera entrar a mi habitación, se puso delante de mí para prohibirme el paso. La miré con una sonrisa y estaba tan feliz que no sabía cuánto tiempo más sería capaz de guardar el secreto del amor que sentía por Trish.

—¿No me vas a responder? —Negué a la vez que se apartaba y me dejaba pasar—. Está bien, le preguntaré a Trish. —Me giré y ella sonrió con malicia—. Hermanito, te tengo donde quería.

Cogí su mano y tiré de ella para poder cerrar la puerta y que nadie nos escuchara. Si quería saber la verdad, la tendría. Lo único que no sería la que ella deseaba escuchar porque me iba a inventar una novia ficticia, al menos hasta que yo supiera que tenía alguna posibilidad con Trish. Si eso no llegaba a pasar, jamás se lo contaría a nadie, ni siquiera a ella.

Antes de que le contestara, mi hermana vio el folio que tenía en las manos y me lo quitó para leerlo. Esa distracción hizo que se olvidara de la pregunta que me había hecho. Comenzó a leer la carta y sonrió complacida por lo bien que había quedado. Se levantó y fue a su habitación un momento para regresar enseguida con un sobre donde meteríamos la carta. Cogió un rotulador azul del cajón de mi escritorio y, en mayúsculas, puso: PARA ABIGAIL. Me miró, tenía los ojos tan brillantes que no podía esconder su felicidad.

—Esto va a salir muy bien, hermano, y pronto tendremos a Abigail y Trish en esta casa —expresó, feliz—. Lo único... —se puso triste de pronto.

—¿Qué pasa?

—Tú te irás pronto a la universidad y solo te veremos en vacaciones. ¿Qué harás para conquistar a Trish antes de irte? —Me quedé perplejo. Iba a responderle, pero se fue antes de que lo hiciera.

Estaba claro que con Taylor no podía tener secretos, me conocía demasiado bien como para esconderle algo. ¿Eran tan evidentes mis sentimientos hacia Trish que hasta mi hermana se había dado cuenta?

CAPÍTULO 9
TRISH
Travis y yo casi nos besamos



¿En qué momento habíamos llegado a conectarnos tanto? Desde que conocía a Travis, éramos amigos, siempre me trató como a una hermana más. Entonces, ¿por qué tenía este presentimiento de gustarle? Joder, Travis y yo casi nos besamos. No podía ser, eso no podía pasar. Solo éramos amigos, solo podíamos ser amigos y nada más.

Al despedirse de mí, me dijo que algún día me contaría todos sus secretos y me dio un beso en la mejilla, algo que no recibía de él desde hacía mucho tiempo. Era la primera vez que un beso suyo me trastocaba tanto. Me estaba sugestionando con algo que no tenía ni pies ni cabeza. Por el amor de Dios, estábamos intentando juntar a nuestros padres, no a nosotros. «¿Qué tiene de malo?», esa pregunta me la hacía mi parte irracional, pero la racional le respondía que no era malo, solo que… Mierda, no tenía respuesta. Daba igual, yo quería salir con Logan, no con Travis.

Caminé hasta el escritorio y me senté delante del ordenador. Quería volver a leer la carta, no es igual escribirla que leerla. Abrí el archivo y me acomodé en la silla.

Queridísima Abigail:

Sé que esta carta te resultará extraña y más siendo compañeros de trabajo. Podría… solo podría acercarme a ti y hablarte cara a cara, pero me cuesta hacerlo. ¿Por qué tanto? Porque me gustas demasiado, eres una persona muy especial para mí, mucho más de lo que te imaginas. Ojalá tuviera las agallas de ponerme frente a ti y decirte todo lo que siento por ti.

Te preguntarás el motivo de este escrito ahora, dado que llevamos trabajando juntos bastante tiempo. Simplemente ya no puedo retrasar más todo esto y me gustaría que ambos pudiéramos ser algo más. Por eso, me encantaría invitarte a cenar en un restaurante bonito, aunque no hay nada más bonito que tú. Creo que va a ser complicado encontrar el lugar idóneo en el que declararte mis sentimientos.

Primero, esperaré una respuesta a esta carta y si es un sí, te enviaré otra con el día, hora y lugar donde nos veremos.

Recuerda, eres una persona excepcional y mereces ser la mujer más feliz de este mundo. ¿Me dejas que sea yo quien lo consiga?

Tu admirador secreto.

Era tan bonita que aún no me creía que Travis fuera tan romántico. Desde luego, había muchas cosas de él de las que no tenía ni idea. «Puede que sea el momento de conocer al verdadero Travis», pensé. Apagué el ordenador justo después de enviarme la carta al móvil. Por alguna extraña razón, quería tenerla para leerla en cualquier momento. No por nada en particular, solo porque me encantaba lo bonita que había quedado y… «Te encantaría recibir

una carta así». Pues sí, no podía negar que si un chico me escribiera esas cosas tan hermosas sería algo espectacular. Pensé en Logan y, sin querer, Travis se metió en medio, tapando al chico del cual creía estar enamorada para convertirse en el protagonista de mis pensamientos. Negué con la cabeza, como si con eso consiguiera apartar de mi mente todo lo que había sentido cuando estuvo en mi habitación, cuando recordé los momentos que habíamos vivido.

—Vamos, Trish. ¿Tú y Travis? No, no tenéis nada en común y mucho menos es quien te gusta. Olvídate ya de él y elige el modelito para mañana. —Hablaba sola; estaba loca.

Me levanté y cogí una falda vaquera corta, por encima de las rodillas, y una camiseta lila, mi color favorito, de manga corta. Tenía un escote más que pronunciado y, pese a que me veía extraña, me gustaba. Elegí las Converse blancas y lo dejé todo en la silla de la esquina para ponérmelo para ir al instituto. Sería el primer día de mi plan para conquistar a Logan, para conseguir que se fijara en mí de una vez por todas.

Regresé a la cama, cogí el móvil y abrí la carta de nuevo. Empecé a leerla y me quedé dormida.

Por la mañana, el despertador hizo acto de presencia sacándome de un gran sueño en el que me besaba con un chico cuyo rostro no pude ver. En el sueño, me sentía muy cómoda con él, como si lo conociera de toda la vida. Estaba claro que me estaba volviendo más loca de la cuenta.

Me duché en tiempo récord y comencé a vestirme. Me miré al espejo y recordé las palabras de Taylor: «un poco de maquillaje y listo». Me solté el cabello, dejando caer mis ondas sobre la espalda. Me puse rímel y un poco de *gloss* y sí, cambiaba mucho todo; me vi guapa, me sentía sexi. Cogí mi maleta y salí de mi habitación para bajar a desayunar.

Cuando mi madre me vio, abrió los ojos tanto que por poco se le salieron de las órbitas. Me hizo reír bastante, ya que era la primera vez que me veía tan arreglada y con diferente ropa.

—¿Y eso? Estás hermosa, cielo. —Me dio un beso en la cabeza—. Espero que te hayas puesto así de guapa porque te apetecía y no por un chico. —Alzó una ceja.

—Tranquila, el cambio es por y para mí —le mentí. Si ella supiera...

—¿Vas a desayunar a casa de Taylor? —Negué mientras me sentaba a su lado.

Desayunamos entre risas, comentando el día anterior como si fuera una chiquillada. Mi madre tenía algo muy especial, y era que los enfados le duraban poco y luego terminaba siempre viendo el lado bueno de las cosas. Supuestamente, de todo se aprendía y si yo había robado, habría aprendido a no volver a hacerlo. Realmente debía darle la razón, aunque ella no sabía los motivos que nos habían llevado a cometer esa tontería.

Terminamos de desayunar y guardamos los platos en el lavavajillas. Salimos de la casa y nos subimos al vehículo. Justo cuando íbamos a aparcar, Travis y Taylor salieron. Se me cogió un pellizco en el estómago en cuanto su mirada conectó con la mía y tragué saliva, me había puesto nerviosa. Tay me saludó con la mano y mi madre arrancó en cuanto todos se montaron en el coche.

Por el camino seguía nerviosa, me faltaba un poco el aire, como cuando tienes que hacer un examen oral y debes hablar delante de todos, o tienes que dar un discurso; ese tipo de nerviosismo de que todos te miren, de ser el centro de atención. Por un lado, deseaba que me vieran, que se dieran cuenta de que debajo de mis camisetas largas había un cuerpo bonito… pero, por el otro, me daba miedo hacer el ridículo. Negué. No, claro que no… «Estoy

hermosa, soy hermosa y Logan se fijará en mí», pensé a la vez que mi madre aparcaba el coche. «No solo se fijará el capitán del equipo de baloncesto, también algún que otro jugador moreno con secretos». Suspiré unas tres veces y abrí la puerta.

Taylor corrió hasta mí para verme bien, aún no se creía que hubiera ido así al instituto.

—¡Que el tiempo se pare en este momento porque hay que grabarte a fuego, nena! —Exclamó haciéndome reír—. Estás que lo rompes. —Me dio un beso en la mejilla—. ¿Verdad que está preciosa, hermanito? —Le preguntó a Travis, y sentí mis mejillas arder.

Aún no le había visto, no sabía si me estaba mirando o si había pasado de largo tras escuchar la pregunta de su hermana. Giré sobre mis talones y ahí estaba, detrás de mí. Me miró de arriba abajo y lo vi tragar saliva.

«Espera, ¿qué? ¿Travis Hamilton se había puesto nervioso?». Alcé una ceja y le sonreí. Era bueno ver cómo alguien que solo me quería como a una hermana —te mientes tú sola— era capaz de mirarme así. Eso me demostraba que no iba a ser invisible para Logan.

Justo pensaba en él y llegaba hasta nosotros.

—Hola, tío —saludó a Travis que, de no haber sido por eso, hubiera seguido mirándome.

—Hola —musitó alejando su mirada de la mía.

Logan emprendió camino, pasó por mi lado y ni siquiera me miró. ¿En serio? Observé a Taylor y ella se encogió de hombros, apenada. No habíamos conseguido nada más que hacer el tonto. Al girarme para entrar en el instituto, Logan me vio.

—¡Vaya! —Exclamó y entró, dejándome completamente descolocada.

—¿Has visto eso? —le pregunté a Taylor, fuera de control—. Dime que lo has visto, que lo has escuchado.

—Es un chulo —respondió ella, y la fulminé con la mirada—. Vale, vale, sé que a ti te gusta, pero reconoce que es un gilipollas. Lo siento, no merece tu interés… en cambio, hay otro chico que sí que merece algo más que tu atención.

—¿Qué has dicho? —La seguí, acelerando el paso, ya que comenzó a hablar a la vez que a andar y no escuché bien lo último que me dijo.

«Sí que lo has escuchado, no te hagas la loca». Joder, mi subconsciente estaba atento a todo.

No me dio tiempo a volver a preguntarle cuando la sirena sonó y tuvimos que entrar en clase. Me senté a su lado, como siempre, y le escribí una notita para que solo ella se enterara. No era plan de hacerlo en voz alta y que lo supiesen todos, ya con el cambio de *look* era suficiente. Con lo poco que me gustaba ser el centro de atención.

En el descanso tú y yo tenemos una charla pendiente.

Me miró con una sonrisa de oreja a oreja y negó. Mierda, no hay cosa que me joda más que alguien que me saque de quicio y, en eso, Taylor Hamilton era una experta.

La mañana transcurrió sin problemas de ningún tipo, quitando que mi mejor amiga pidió ir al baño para dejar la carta para su padre en su despacho, sabiendo que en ese momento estaba en clase. Además, vino diciéndome que Travis también la había dejado en la mesa de mi madre. Quería ver sus caras cuando leyeran la carta, aunque no supiera qué había escrito Tay para su padre. Sin embargo, sabía exactamente, casi de memoria, la de mi progenitora y, conociéndola, se ilusionaría.

Fuimos a comer y antes de entrar en el comedor agarré el brazo de Tay y la metí en el baño de chicas; era la mejor hora para que nadie nos escuchara, todos estarían comiendo.

—¿Qué te pasa? —Preguntó, dubitativa.

—No sé, dímelo tú.

—¿Qué quieres que te diga? —Seguía desviando el tema.

—Joder, Tay. En la puerta del instituto me has dicho algo. ¿A quién te referías? —Estaba muy nerviosa y se lo estaba demostrando.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro. No quería que me dijera el nombre de su hermano. No quería saber si le gustaba o no a Travis. No cambiaría en nada mis planes si llegaba a enterarme. La miré de nuevo y negué a la vez que me encogía de hombros, porque nada de lo que me dijera cambiaría lo que sentía por Logan. Ese chico me gustaba de verdad y por nada del mundo iba a dejar de intentar que se fijara en mí.

—Da igual, mejor vayamos a comer —le pedí cuando conseguí calmarme.

—¿Ya no quieres saber nada? —Negué saliendo del baño—. ¿Por qué?

—Porque me gusta Logan, Tay, y da igual si ahora me dices que periquito o pepito está enamorado de mí, eso no hará que deje de gustarme ese…

—Gilipollas —me interrumpió, y le pegué un manotazo en el brazo.

—Oye, no tienes que insultarme.

—Que no era a ti, Trish. Bueno, a ti también debería decírtelo, porque… —Al ver el cambio en mi semblante, enmudeció—. Da igual, conseguiremos nuestro cometido.

Le di un abrazo tan fuerte que se quejó de dolor.

—Muchas gracias, hermana, sabía que podía confiar en ti.

Entramos al comedor y escuchamos como nos llamaban desde la mesa de los populares, donde se sentaban Logan, Travis y todo su séquito. Nos dimos la vuelta y nos miramos al comprobar que sí, que era a nosotras. Nos pidieron que comiéramos con todos ellos y, aunque a Tay no le hacía mucha ilusión, lo hizo por mí. Nos sentamos al lado de Travis, yo en la silla contigua a la suya. Él me saludó con una sonrisa y yo se la devolví como buena amiga que era. Mis ojos viajaron hasta Logan que, para qué negarlo, estaba tan guapo como siempre. Abrió la boca para hablar, estaba a punto de decirme algo cuando otra persona nos interrumpió.

—Trish, ¿qué tal el día?

Miré a Travis extrañada, ¿por qué había hecho eso? Logan estaba a punto de hablarme y él no le dejó. Fuera lo que fuere que pasase por su cabeza, me escucharía en cuanto estuviéramos a solas.

CAPÍTULO 10
TRAVIS
Era como un ángel



Soñaba con ella desde que la conocí, desde que la vi por primera vez a los doce años. Soñaba con que un día podría abrazarla, besarla. Soñaba muchas cosas y todos esos sueños se esfumaban al abrir los ojos cada mañana.

Me levanté frustrado y me vestí. Escuché unos toques en la puerta y la abrí sabiendo que era mi hermana. «¿Seguro? Lo mismo te encuentras de nuevo con Trish». Aunque me habría encantado que así fuera, estaba seguro de que esta vez sí que era mi hermana. Al abrir, entró como un vendaval.

—Buenos días a ti también —ironicé—. ¿Qué te ocurre?

—Estoy muy nerviosa, Travis —expresó caminando de un lado al otro—. ¿Crees que es buena idea lo de las cartas? ¿Y si se dan cuenta de que hemos sido nosotros? ¿Sabes la bronca que nos echaría papá? —Seguía sin parar y me puse delante de ella para frenarla.

Puse mis manos sobre sus hombros para darle la seguridad que le faltaba en este momento. Sabíamos que era arriesgado y que había posibilidades de que todo saliera mal, pero teníamos que ser positivos.

—Taylor, todo va a salir bien, ¿vale? —Le aseguré—. Y si sale mal, siempre puedo echarme la culpa yo, que soy el mayor. Se supone que tengo más dedos de frente, ¿no? —Sonrió—. Eso es, hermanita. —La abracé.

—Siento haberme puesto así, aunque no es solo por eso. —Nos sentamos en la cama—. Es que… —Suspiró—. ¿Qué pensaría mamá de todo esto? —Sus ojos se humedecieron y yo le sequé las lágrimas distraídas que rodaron por sus mejillas.

—Entiendo lo que dices y créeme que yo soy el primero que lo ha pensado…

—¿Pero...? —Me interrumpió.

Me levanté, ahora era yo quien estaba nervioso.

—Papá merece ser feliz, Tay, y eso es lo único que importa en este momento. —Cogí su mano, obligándola a levantarse—. Nosotros nos iremos algún día y, cuando eso pase, él se quedará solo. No es justo.

Asintió, agachando la cabeza. Desde que nuestra madre falleció, era la primera vez que teníamos una conversación tan profunda. Ciertamente, había cosas que preferíamos olvidar antes de que nos hundieran mucho más.

La muerte de Paris Hamilton, la mujer más hermosa y buena de este mundo, fue un palo muy duro para todos nosotros, pero lo fue mucho más para nuestro padre. Al fin y al cabo, llevaban toda la vida juntos, tenían un vínculo, una familia. Perder a alguien así debe ser lo más duro que te puede pasar. Ahora teníamos la oportunidad de devolverle la felicidad a él y yo no creía que hubiese mejor mujer que Abigail. Al igual que ella, también merecía la felicidad después

del doloroso divorcio que tuvo. No íbamos a cometer una locura, solo estábamos devolviéndole a nuestros padres la ilusión, el amor que nos tenían.

Le dije todo eso a mi hermana y volvió a llorar, emocionada.

—Joder, hermano. No sabía que fueras tan romántico. —Solté una risotada—. Estás enamorado hasta las trancas. —Puse los ojos en blanco.

—No empieces otra vez o tendré que volver a enmudecer. No volverás a escuchar mi voz hasta dentro de tres años. —Me dio un empujón con su cuerpo—. Anda, vamos antes de que papá nos grite. —Conforme lo dije, lo escuchamos—. ¿Ves?

Entre risas, nos fuimos. Nuestro padre estaba esperándonos en la puerta y pasamos por su lado reprimiendo una carcajada. Nos dio un sándwich a cada uno, ya que no nos había dado tiempo a desayunar, para que nos lo comiéramos de camino al instituto. Antes de subirme al coche, miré hacia atrás y vi a Trish subida en el suyo. No la saludé, no pude hacerlo. Me subí y mi padre emprendió camino.

No tardamos demasiado en llegar; eso o a mí se me hizo corto el viaje. Cuando llegamos, mi hermana salió del coche para ir corriendo hasta su mejor amiga. Yo aún no la había visto, estaba concentrado en lo que mi padre me decía. Como siempre, me recordaba que tenía un examen más y que debía estudiar. Lo tenía claro, los estudios eran lo primero y así seguiría siendo. Al menos eso pensaba antes de bajarme del coche y pasar por su lado. Cuando escuché a mi hermana preguntarme si no estaba preciosa y me giré, me congelé, mis pies se quedaron pegados al suelo, mis ojos no pudieron apartarse de ella y no abrí la boca porque Dios no quiso. Fue como si me estuviera muriendo y un ángel viniera a por mí… Ella era como un ángel. Decir que estaba preciosa era quedarse corto. La observé de arriba abajo, tragando saliva, me estaba

poniendo demasiado nervioso. ¿Cómo no estarlo? Si estaba hermosa. Bueno, Trish era hermosa, pero lo estaba mucho más.

—Hola, tío. —La voz de Logan me sacó del trance en el que ella me había metido.

—Hola —musité, aprovechando la distracción para dejar de mirarla.

Nos pusimos en marcha para entrar en el centro y noté el cambio en su estado de ánimo al comprobar que Logan no le había hecho caso. Me jodió muchísimo que ella estuviera haciendo todo eso para que el gilipollas de mi mejor amigo pusiera un poquito de su atención en Trish. Lo que no sabía era que ese tío jamás la miraría como lo hacía yo. Ni la querría como la amaba yo. Joder, ¿por qué era todo tan complicado?

De pronto, dejándome completamente descolocado, Logan se dio la vuelta y la miró fijamente. Sí, el muy capullo miró a mi chica. Cerré los puños a cada lado de mi cuerpo y si no hubiera sido porque iba a dar un espectáculo, le habría partido la cara.

—¡Vaya! —exclamó, y entró.

Con la cabeza gacha por el cabreo, fui directo a mi aula sin decir ni media palabra. Otro día de mierda, otro día perdido.

Recordé que tenía que dejar la carta en la mesa de Abigail y me cercioré de que no había llegado aún. Sin que nadie se diese cuenta, aunque eso no era un problema porque todos estaban aprovechando los minutos mirando el móvil, me acerqué a la mesa y dejé la carta justo en medio para que, nada más sentarse, la tuviera delante.

Me senté en mi sitio y justo llegó ella. Expulsé una bocanada de aire, como si hubiese estado toda la mañana corriendo en una maratón. Abigail se sentó bajo mi atenta mirada y la vi fruncir el ceño. Aún no nos había saludado, como cada mañana, y eso me hizo

sonreír. Vi cómo guardaba la carta en su bolso y ponía su atención en los alumnos.

Después de eso, la mañana se me hizo corta, nos quedaban muy pocos exámenes para terminar y graduarnos. La fiesta de fin de curso también estaba a la vuelta de la esquina, igual que la del partido de baloncesto. Aún no sabíamos si ganaríamos, pero festejábamos igualmente, ya fuera para celebrar o para desahogarnos.

Pedí ir al servicio sabiendo que mi hermana también iría. En esa hora mi padre nos daba clase y era la señal para que Tay entrase a su despacho y dejara la carta de él.

Me la encontré en la puerta, aún no había entrado. Antes nos costaba bastante acceder, pero mi hermanita, esa que no rompía un plato, hizo una copia de la llave. Sí, esas locuras cometía ella.

—Mira qué bien nos viene ahora la llave, ¿eh? Y eso que decías que estaba loca, pues si no llego a tenerla…

—Venga, date prisa y déjate de tonterías. —Soltó un «ja» de lo más gracioso.

—Sí, sí, pero sabes que tengo toda la razón —expresó, alzando una ceja con chulería.

—Claro, hermanita, siempre la tienes —respondí, cavando mi propia tumba.

Entró y salió en cuestión de segundos y se cruzó de brazos delante de mí.

—¿Eso significa que tengo razón cuando te digo que estás enamorado de Trish? —Bufé fingiendo cabreo.

—¿No te cansas nunca? —Negó.

Iba a volver a replicarle, pero escuchamos voces que se acercaban. «Salvado por los pelos». Antes de salir corriendo me amenazó, dejándome claro que esa conversación no terminaba ahí,

y yo me reí, no podía hacer otra cosa. «Si, ríete, pero tienes un problema».

Llegué de nuevo a mi aula y puse atención al profesor, aunque sin dejar de pensar en todo lo que iba a pasar.

A la hora de comer, salimos y fuimos directos al comedor. En nuestra mesa ya nos esperaban algunas chicas, Lucy entre ellas, y otros compañeros que estaban en clases inferiores. Nos sentamos tras coger la comida y nos pusimos a comer mientras charlábamos del entreno que tendríamos esa tarde. No tenía demasiado tiempo, ya que debía estudiar, pero el partido también era muy importante y solo faltaban dos para ganar.

En ese momento entraron mi hermana y Trish, pasaron por nuestro lado y, como siempre que la tenía cerca, mi mente dejaba de pensar, no me di cuenta de que alguien las había invitado a sentarse con nosotros. Solo cuando la vi sentarse a mi lado me percaté de lo ocurrido.

Estaban nerviosas, era la primera vez que se sentaban con nosotros desde que estaba en el equipo de baloncesto y la primera que Logan la miraba como si quisiera comérsela, como si fuese un caramelo al cual hincarle el diente. «Logan, no lo hagas… a ella no», pensé cuando vi cómo abría la boca para decirle algo. No podía permitir que ambos hablasen, que se comunicasen de la forma que fuera, porque sería mi fin. Así que no me quedó otra que interrumpirle.

—Trish, ¿qué tal el día?

¿En serio? ¿No se te ha ocurrido otra cosa que decirle? Pues no, eso fue lo más rápido que mi mente pudo idear para evitarlo.

Noté la intensa mirada de Logan y, cómo no, la de Trish, que parecía cabreada. Seguramente estaría pensando que soy un gilipollas por impedir que el chico que le gustaba le hablase. Joder,

yo mismo me jodía a mí mismo. Iba a perder muchos puntos con ella.

Como no me respondía, me levanté diciendo que iría al baño. ¿Qué más podía hacer? Sentí una mano agarrar mi brazo y, antes de girarme, deseé que fuera ella, pero no. Taylor me miraba apenada.

—No te vayas, no los dejes solos ahora —me pidió en tono conciliador, y puse los ojos en blanco—. Venga, Travis. Conmigo no puedes tener secretos, y ambos sabemos que estás enamorado de Trish desde que vino a Atlanta. A ella la puedes engañar, pero a mí no. —Agaché la cabeza—. ¿Vas a dejar que ese gilipollas te la quite?

—¿Qué quieres que haga? Ella ya ha elegido, si no, míralos.

Trish y Logan se habían sentado juntos y estaban hablando animadamente, aunque yo sabía que en la cabeza de mi amigo solo había una cosa y esa no le iba a gustar a ella. Qué estúpido había sido pensando que tenía posibilidades.

Le di un beso en la frente a mi hermana y salí del comedor. Esperaría la última clase en el pasillo, se me había quitado el apetito.

Por el camino, me encontré a mi padre, que llevaba la carta en la mano. Venía directo hacía mí y yo ya me temía lo peor. ¿Nos habría pillado? Esperaba que no, porque estaríamos castigados hasta los cincuenta.

CAPÍTULO 11
TRISH
Me temblaban las rodillas



No podía creer que la única oportunidad que tenía de que Logan se fijara en mí se esfumara por culpa de Travis. ¿Por qué? No entendía el modo de actuar de mi amigo.

Le miré de mala manera y al darse cuenta de mi cambio, se levantó sin decir nada y caminó hacía la salida. Taylor fue tras él y, si Logan no hubiera aprovechado el momento para sentarse a mi lado, yo también lo habría seguido. Lo que menos quería era que mi mejor amigo se sintiera mal, pero tenía que entenderme. «Posiblemente estés un poco obsesionada». ¿Posiblemente? No lo sabía con certeza, pero solo podía sentir que se me estrujaba el estómago cuando tenía a Logan cerca.

—Estás muy callada —dijo el susodicho, trayéndome de vuelta porque no podía apartar la mirada de mis amigos; parecía que discutían algo.

—Sí, lo siento —titubeé.

—¿Vendrás hoy a vernos entrenar? No sé, parece que me das suerte —expresó con una sonrisa ladeada, una sonrisa que me puso nerviosa. Me temblaban las rodillas.

—Seguramente.

—Perdóname por no haberte prestado atención antes, es que… bueno, me imponías —declaró, y mi corazón latió desbocado.

«¿Le imponías? ¿Y tú te lo crees? Claro que te lo crees, si no, no estarías sonriendo como si estuvieras a punto de comerte tu helado favorito». Mi subconsciente tenía que joderme el momento. ¿Por qué? ¿Por qué no iba a ser verdad?

Taylor volvió y se acercó a mí para decirme algo al oído. No la oí bien, ya que Logan también me estaba hablando. Parecía que no le estaba prestando atención, pero ni por asomo era eso, simplemente me costaba escucharla con tanta gente hablando. Sin embargo, ella creyó que la ignoraba, así que se fue. Vi cómo se alejaba, cómo se iba sin mirar atrás.

—¿Me perdonas un momento? —le dije a Logan, levantándome.

—¿Volverás? —Me encogí de hombros, no lo sabía realmente.

Salí del comedor para buscarla y no la encontré. Caminé por el pasillo que daba a nuestra aula y me quedé en la esquina, ya que Travis estaba hablando con su padre; este sostenía la carta en la mano. No quería interrumpirlos, así que me giré para regresar al comedor. Con suerte, Tay habría vuelto. Justo entonces la tenía detrás y casi nos chocamos.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—¿Ahora te importa? —Fruncí el ceño. «Genial, estaba cabreada».

—¿Por qué me preguntas eso? Claro que me importa. —Soltó una risita burlona—. Antes no te estaba escuchando, pero iba a hablarte cuando te has ido. Siento que hayas pensado que no me importas —me disculpé, pero seguía con el gesto serio.

Me acerqué un poquito más a ella y abrí los brazos para que me abrazara, necesitaba a mi amiga y no sabía bien por qué. Todo el tema con Logan, Travis, nuestros padres. Joder, acabaría volviéndome loca. Lo peor era que no sabía cómo solucionar algunas cosas.

Seguía con los brazos abiertos, esperando a que Tay me abrazara. Algunos alumnos pasaron por nuestro lado, se me quedaron mirando y se rieron.

—Si no me abrazas ahora, seré la burla de todo el instituto lo que quede de curso. ¿Es eso lo que quieres, hermana? —Fue decirle hermana y estrecharme—. Así me gusta.

—Tonta. —Me reí.

—Te quiero mucho y eres muy importante para mí. No vuelvas a pensar que no es así, por favor. —Se secó una lágrima traicionera y volvió a abrazarme.

La sirena volvió a sonar y, agarradas del brazo, marchamos hasta nuestra aula. Menos mal que no quedaba nada para el fin de semana ni para las vacaciones. La siguiente semana teníamos los últimos exámenes y después solo quedaría el baile de fin de curso. De pronto pensé en Logan y suspiré: «ojalá me pida que vaya al baile con él».

Lo que quedó de hora lo pasamos en Biología y, como siempre, lo disfruté muchísimo, era mi asignatura favorita. Estaba deseando terminar el instituto para poder prepararme como bióloga marina; adoro a los animales marinos, aunque mis favoritos son los tiburones. Eso me hizo recordar la vez que le conté a Travis que me gustaba el mayor depredador del mar, o eso decía él, cuando en realidad la primera en el *ranking* es la ballena orca. Sí, me encanta leer todo sobre el mar, veo toda clase de documentales y me encantaría trabajar en el acuario, rodeada de esos animales.

Estaba en el salón, una noche en la que mi madre había invitado a los Hamilton a cenar a casa tras la muerte de Paris. Taylor ayudaba a mi madre con las patatas rellenas y, mientras, su padre ponía la mesa. Yo me encargaría de recoger todo junto con Travis, así el trabajo sería compartido.

Puse el canal de documentales para ver el de tiburones, mi animal favorito. Sentí que alguien se sentaba a mi lado, miré a mi derecha y era Travis.

—¿Qué estás viendo? —se interesó.

—Tiburones, ¿a que son una maravilla? —Me miró con extrañeza —. ¿Qué? A mí me fascinan. Es más, están los primeros en la lista de mis animales favoritos, sobre todo el tiburón blanco; es una belleza.

—¿Y cuál es el segundo?

—El pulpo. —Fruncí los labios a la vez que alzaba una ceja—. No, es broma, el segundo es el delfín.

—Ese debería estar el último de la lista, ¿no? Como es el «del fin»… —No sabía si reírme o llorar. Me había contado un chiste malísimo. Aun así y solo porque era mi amigo, me reí para que pensara que me había hecho gracia—. Mientes fatal, sé que no es divertido, pero la intención es lo que cuenta.

Pasó su brazo por encima de mi hombro y me estrechó contra su pecho. Travis era tan cariñoso, era como un osito de peluche y adoraba cuando me cuidaba y me hacía reír, como si fuese mi hermano mayor.

—Trish —escuché la voz de Taylor—. Ha sonado la sirena, ¿no la escuchaste? —Asentí levantándome a la vez que recogía mis cosas —. Entonces habrás oído también que el lunes tenemos examen de Biología, ¿verdad? —Abrí los ojos, negando.

—Joder, para una vez que tenía que atender en clase y me pongo a recordar tonterías.

Salimos del aula y arrastramos los pies por el pasillo, como si nos pesase la vida, y realmente así era, a última hora estábamos ya muy cansadas.

—¿Qué has recordado? —Se interesó.

Le conté lo de aquel día en el que Travis y yo hablamos de los tiburones. No sabía muy bien por qué últimamente mi mente viajaba tanto al pasado trayéndome recuerdos bonitos, y me daba cuenta de que, en cada uno de ellos, o más bien en todos, estaba Travis. Tay me miró con una sonrisa deslumbrante cuando escuchó todo lo que le dije, algo que me chocó bastante.

Llegamos al coche y me di la vuelta para buscar a mi madre. No sabía que Travis estaba justo detrás y choqué con él, quedando sostenida entre sus brazos. Nuestros ojos conectaron, sentí un pellizco en el estómago. Sentí su respiración cerca, muy cerca de mi rostro. Sentí que mi piel se erizaba y sentí… me quedé estática porque todo lo que estaba experimentando era como un recuerdo más de lo que un día percibí a su lado. Un carraspeo nos separó, aunque él no dejó de mirarme y, para qué negarlo, yo a él tampoco.

—Vamos, arriba —nos apremió mi madre.

Taylor se me adelantó, subiéndose delante, y no es por desconfiar, pero algo me decía que lo había hecho adrede para que yo me sentara al lado de Travis. No, si tonta no era.

Durante el camino, mi madre puso música en el coche, algo que llevaba tiempo sin hacer, y eso hizo que mirase a mi amigo. Él abrió los ojos, mirándonos a ambas, y asintió como respuesta.

—Algo me dice que la carta le ha gustado —susurró en mi oído, chocando su aliento en mi cuello. Suspiré y me alejé fingiendo una sonrisa. La realidad era que estaba hecha un flan.

—¿Te pasa algo? —Negué—. ¿Por qué no me miras? —Le observé, aunque era incapaz de sostenerle la mirada.

Llegamos y salí del coche con un adiós apresurado. Taylor me gritó que nos veríamos sobre las seis y asentí durante un segundo antes de entrar en mi casa. Escuché la puerta cerrarse y pude respirar con tranquilidad. ¿Qué cojones me había pasado? Nunca… joder, nunca me había puesto así con Travis.

Mi madre me estaba hablando, pero yo andaba tan metida en mis pensamientos que no la escuchaba. Se puso delante de mí con la carta en la mano y eso me hizo reaccionar.

—¿Qué es eso? —Quise saber.

—Es una carta de un admirador secreto. ¿Te lo puedes creer? A mis años recibo este tipo de cosas. —Se sonrojó.

—Mamá, eres muy joven aún. Qué tienes, ¿treinta? —Soltó una carcajada. Obviamente sabía la edad de mi madre.

—Eres un sol, pero a estas alturas no estoy yo para admiradores. Además, a saber quién es. —Nos sentamos en el salón.

—¿Me dejas leerla? —Por un momento se lo pensó, parecía avergonzada. Al final me la dio.

La leí por enésima vez. Cada vez que lo hacía las palabras cobraban sentido. Sonreí como una tonta, porque a pesar de que mi madre dijera que ya no tenía edad para estas cosas, yo sabía con certeza que se había ilusionado y que, con lo lista que era, estaría sospechando de alguien. Decidí preguntarle, por si se imaginaba a alguien, y esperé que dijera el nombre de la persona que queríamos.

—¿No te imaginas quién puede ser? —Negó—. ¿Seguro? Vamos, mamá. En la carta te da muchos datos.

—Bueno, no tantos.

—¿Le vas a responder? —Se quedó pensando—. Si quieres te ayudo.

—Está bien, pero la escribimos en el ordenador, como él. —Se levantó—. Ahí ha estado listo.

«Y que lo digas», pensé, y me levanté. Me subí a mi habitación para cambiarme, necesitaba ponerme cómoda. Me metí en el baño para refrescarme un poco, ya que las temperaturas estaban subiendo. Salí con una toalla rodeando mi cuerpo y por poco se me sale el corazón por la boca al verle sentado en mi cama.

—Estás cogiendo la mala costumbre de colarte en mi habitación —le dije en tono burlón.

—Lo siento, no sabía que te molestaría. —Se levantó para marcharse.

—Oh, vamos, Travis. —Cogí su brazo—. No te vayas, espera a que me vista.

Fui a vestirme y, cuando salí, no lo vi. Me asomé a la ventana y estaba bajando por las ramas.

—Joder, Travis —mencioné para mí—. No te vas a ir sin más.

Salí corriendo de mi habitación y por consiguiente de mi casa. Lo seguí por el jardín y agarré su brazo para que se diera la vuelta y me explicara por qué había venido y ahora se iba sin decirme nada. ¿A qué estaba jugando? Travis me miró a los ojos al girarse, estaba serio y no me gustaba que mi amigo estuviera así conmigo.

—¿Qué pasa, Travis?

—No es nada, Trish, no te preocupes. —Se soltó de mi agarre y cogí su mano.

Sus ojos viajaron hacia nuestras manos unidas y acarició con la yema de su dedo pulgar el dorso de mi mano. Tragué saliva cuando noté que se acercaba a mí, como si lo atrajese un imán. Sentí que caería de nuevo, que las piernas me flaquearían. Noté su mano rodear mi cintura y me pegó a su pecho. No sabía qué estaba pasando, no entendía lo que acontecía. ¿Tal vez soñaba? Sí, era eso, seguro que era eso.

Su rostro estaba muy cerca del mío, casi respirábamos el mismo aire y juro por Dios que, por un momento, deseé que me besara… pero no lo hizo, algo le hizo retractarse de lo que estuvo a punto de hacer y volvió a alejarse de mí.

—Lo siento, Trish —se disculpó y se marchó.

Me dejó en medio del jardín como una tonta. Con la sensación de que todo había sido un espejismo. Y más confundida que nunca.

CAPÍTULO 12

TRAVIS

En tus sueños está ella



De nuevo había estado a punto de besarla, de pegar mis labios a los suyos, de declararle lo que sentía por ella. Y, de nuevo, me di cuenta del error que habría cometido haciendo eso. Después de verla con Logan, de percatarme de que, por mucho que yo hiciera, ella siempre lo elegiría a él. Supuse que era mejor olvidarme de Trish, seguir adelante con mi vida, mis sueños. «En tus sueños está ella, ¿recuerdas?» Así era, hasta en mis sueños la tenía en mi mente, en mi corazón.

Fui a su habitación porque quería pedirle que se olvidase de mi amigo, que no saliera con él porque iba a sufrir, pero no pude hacerlo y mucho menos tras verla solo con una toalla cubriendo su cuerpo. En ese instante, solo quería abrazarla, meterla en mi pecho… acariciarla. Era tanto lo que sentía por ella que acabaría volviéndome loco. Al final tendría que dejar que hiciera lo que quisiera, aunque en ese plan yo no entrara.

Me pasé el tiempo que me quedaba para ir al entrenamiento metido en mi habitación estudiando, intentándolo más bien. No había visto a mi hermana por ningún lado y lo agradecí, no tenía humor para lidiar con ella y sus preguntas. Mucho menos si todas y cada una de ellas eran sobre Trish. Con haber hecho el ridículo con ella era suficiente por un día. No podía quitarme de la cabeza el momento en el jardín, cómo vino detrás de mí, cómo me acerqué a ella y la abracé. Recordé su boca, cómo me pedía a gritos que la besara. Bufé exasperado y me levanté dando un manotazo en el libro. Lo cerré y comencé a ponerme ropa cómoda para entrenar.

Estaba a punto de salir cuando mi hermana entró en mi habitación a toda prisa.

—Menos mal que estás aquí —dijo casi sin aliento.

—¿Ha pasado algo? —Negó agachándose, poniendo sus manos en las rodillas para recuperar el aliento—. ¿Has ido a correr? ¿Te perseguía alguien? —Volvió a negar—. ¿Quieres hablar de una vez? —Me estaba poniendo nervioso.

—Joder, espera que me recupere. —Se estiró—. He subido las escaleras corriendo y ya estoy mayor. —Me reí—. Es verdad, no hago nada de deporte y me ahogo con facilidad. —Fruncí el ceño, supuse que no había venido para contarme todo aquello, ¿no? —. ¿Has estado con Trish?

Me giré, no quería que viera el cambio de mi semblante. Agaché la cabeza, agotado, pues, como dije antes, no estaba de humor para hablar con Taylor sobre nuestra amiga y prefería olvidarlo de una vez.

—Os he visto en el jardín, Travis. —La miré con los ojos muy abiertos.

Me senté en la cama y escondí el rostro entre mis manos. Taylor se sentó a mi lado, puso su mano en mi espalda y la sobó con

cariño. Sabía que siempre la tendría a ella para ayudarme, apoyarme, al igual que yo estaría para mi hermana siempre.

Alcé la mirada y suspiré decaído. Nada de lo que me dijera en ese momento me haría ver el lado bueno de las cosas. Así que le pedí tiempo y me fui.

Me fui a entrenar y cuando llegué, Logan y los demás ya me esperaban. No saludé a ninguno y eso les extrañó, aunque el único que vino a preguntarme fue él. Me sentí mal por hacerle pagar algo de lo que realmente no tenía la culpa. «Claro, solo quiere quitarte a la chica de la que llevas enamorado años». Sí, eso era cierto, pero él no lo sabía y yo no se lo diría. ¿Para qué? ¿Iba a cambiar algo? No, Trish seguiría eligiéndolo a él.

—Tío, tío. ¿Qué te pasa? Ni siquiera nos has saludado. ¿Tienes algún problema? —Noté su preocupación en la forma de hablarme.

—Tranquilo, son cosas mías —me excusé. ¿Qué iba a decirle?

«No sé, ¿la verdad?». Eso jamás se lo diría. En menos de un año me iría a la universidad y todo se acabaría. Cada uno haría su vida y yo… yo seguiría con mis planes adelante.

—¿Seguro? Estás muy raro desde la hora de la comida. ¿Te ha molestado que invitemos a tu hermana y a Trish a sentarse con nosotros? No ha sido idea mía, si es por eso. —No sabía si se estaba disculpando o estaba intentando joderme aún más. Aunque, la verdad, él no haría eso, no a mí. Y justamente por eso no podía decirle nada.

—Eso me da igual… —iba a decirle algo más, pero nos llamaron para comenzar.

El entrenador había llegado, las animadoras estaban sentadas en las gradas. Seguí observando el lugar, llevando mi vista hasta la puerta, y ahí estaba ella de nuevo junto a mi hermana. Si seguía viéndola a diario, a todas horas, me iba a costar muchísimo pasar

página. «¿Por qué quieres pasar página cuando puedes hacer que ella se quede en la tuya?» ¿Cómo? ¿Cómo haría para que se quedara en mi historia, para que se quedara en mi vida?

Logan me dejó de lado y se acercó a Trish para saludarla. Llevaba en Atlanta solo unos años y él nunca se fijó en ella, no le hacía caso y siempre me decía que era una cría, que a él le gustaban otro tipo de chicas. Entonces, ¿qué había cambiado? ¿Por qué ahora se fijaba en ella? Sí, Trish estaba hermosa con su cambio, pero ya lo era antes de eso. Yo ya me había percatado de su belleza antes de que cambiara su estilo. Además, no solo había que mirar el físico, pues ella era preciosa por dentro y por fuera.

Vi que mi hermana me llamaba y me di la vuelta, haciéndole creer que no la había visto. Ya era demasiado observar a mi mejor amigo a su lado en el instituto como para aguantarle allí también.

Me concentré en el juego, en el entrenador. Solo faltaban dos días para el partido que nos llevaría a la final si ganábamos y con el capitán del equipo distraído era más que suficiente.

Las dos horas que estuvimos en el polideportivo se me hicieron eternas, y cuando terminamos no me despedí de nadie, cogí mis cosas y me marché. Ni siquiera las esperé a ellas, aunque vinieran pisándome los talones.

—¡Espera, Travis! —gritó mi hermana, pero seguí—. Travis, joder.

Agotado, giré sobre mis talones y la miré.

—Sé que tienes un día de mierda, pero ¿puedes esperarnos al menos, por favor? —Asentí a la vez que Trish llegaba hasta nosotros.

Caminamos en silencio. Ni siquiera hablaban entre ellas y lo agradecí. El silencio, en ese momento, era lo que más necesitaba. Se creó una tensión tan espesa que ni un cuchillo la habría cortado. Cuando estábamos llegando, mi hermana se paró delante de mí y me pidió que esperase a Trish, que quería hablar conmigo. Negué

varias veces, bajo su atenta mirada, sabiendo que podría estar haciéndole daño, pero es que no me sentía preparado para volver a hablar con ella, no después de lo que había pasado entre nosotros en el jardín y en su habitación.

—Por favor, hermano. Al menos escúchala, aunque tú no hables —insistió, poniendo sus manos en mis brazos—. Sé que te duele verla con otro, pero sois amigos mucho antes de todo esto, ¿no crees? —Me quedé pensando unos segundos y ella nos interrumpió.

—Da igual, Taylor. —Me di la vuelta y tenía los ojos aguados—. No importa si no quieres hablar conmigo y, aunque no sé el motivo, te respeto. Espero que se te pase pronto y seas valiente para contármelo.

Una vez que dijo eso, partiéndome el corazón, entró en su casa y cerró de un portazo. Mi hermana no me dijo nada más y también me dejó en la carretera solo, viendo cómo las dos personas más importantes de mi vida se cabreaban por algo que no era capaz de solucionar.

Arrastré los pies hasta mi casa y me senté en el escalón. Necesitaba estar solo, aunque fuera unos minutos.

—Travis. —Taylor se sentó a mi lado—. Lo siento, ¿vale?

—No, tú no tienes la culpa… la tengo yo, por ser un cobarde, por no ser capaz de intentarlo, al menos.

—¿Por qué no lo haces? A ver, sé que es nuestra amiga y vale, está colada por el gilipollas de Logan, pero puede que, si se lo dices, se dé cuenta de que tú eres el mejor. —Negué mirándola.

—¿Quieres que sea claro contigo de una vez? —Asintió—. Estoy enamorado de ella desde que la vi por primera vez, desde que supe que estar a su lado me hacía feliz… desde que entendí que no habría otra igual. —Tenía una presión en el pecho que no me dejaba respirar, y es que era la primera vez que era sincero con mi hermana

sobre Trish—. Pero también sé que, si se lo digo, la perderé como amiga y no quiero eso, Tay.

Clavé la vista al frente, perdí la mirada en un punto neutro porque me costaba mucho hablar de mis sentimientos con alguien, aunque esa persona fuese mi hermana. Me costaba ser cariñoso, aunque siempre lo fui. Cuando mi madre murió, toda mi vida se derrumbó, y tener a Trish como amiga había sido un bálsamo para mis heridas.

—Hablaré con ella —dije de pronto, y mi hermana sonrió—. No, no me entiendas mal… no le diré lo que siento.

—¿Entonces?

—Solo quiero que sepa que seguimos siendo amigos, que no quiero perderla, que la quiero mucho, sí, pero como su hermano mayor. Al fin y al cabo, si todo sale bien, eso seremos, ¿no? —Me levanté para entrar en casa.

—Travis, no se lo creerá. —Puse toda mi atención en ella—. Trish me ha contado que casi os besáis dos veces y que sabe que algo ha cambiado entre vosotros. —Tragué saliva.

—¿Le has dicho algo? —Negó—. Está bien.

Entramos a la casa y me fui a mi habitación para ducharme y descansar. Tenía el último examen de la semana e iba a repasar todo el tiempo que mi cansancio me dejara.

Tumbado en mi cama, comencé a leer el libro. No duré ni media hora. Mis ojos enseguida comenzaron a cerrarse; estaba agotado.

Sobre la una de la madrugada, me desperté tras escuchar un ruido en mi habitación. Me incorporé y al levantarme para dejar el libro en el escritorio, la vi: Trish estaba sentada en la silla, esperando a que me despertara.

—¡Joder, qué susto! —exclamé, exaltándome—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente como para ver que babeas cuando duermes —me respondió, y le sonreí moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Supongo que has entrado por la habitación de mi hermana, ¿verdad? —Asintió—. Veo que te enseñé bien a escalar el árbol. —Se rio y yo me quedé maravillado por esa sonrisa—. ¿A qué has venido?

Se levantó e hizo que me sentara a su lado en mi cama. Cogió mis manos sin dejar de mirarme y pasó una de ellas por mi mejilla, provocando que cerrara los ojos y respirase con dificultad.

—Solo quería decirte que te quiero mucho, Travis. —Mis ojos no podían apartarse de ella—. Eres demasiado importante para mí y no quiero perderte.

—Yo también te quiero mucho, Trish… eres como una hermana para mí —dije al final, haciendo que ella agachase la mirada.

—Claro, así te quiero yo también, como mi hermano mayor. —Suspiramos al unísono—. Pero ¿por qué tengo la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros? —Que me hiciera esa pregunta no ayudaba mucho a escapar de ella.

«Bésala ahora. Bésala y demuéstrale lo mucho que la quieres.»

CAPÍTULO 13
TRISH
No quiero perder a mi amigo



No podíamos seguir así, evitando mirarnos, pero deseando besarnos cuando estábamos a solas. ¿Por qué me hacía esto? ¿Por qué cuando yo no sabía ni lo que sentía verdaderamente por él y Logan?

Cuando conocí a Travis, fue tan cariñoso y gentil conmigo que se convirtió en mi *crush*, como si fuera mi cantante favorito; me gustaba, pero sabía que nunca se fijaría en mí. Entonces, conocí a Logan y él pasó a un segundo plano y, con el tiempo, empezó a ser solo mi mejor amigo, ese hermano que no tenía, y tuve la certeza de que estaría para mí siempre que lo necesitara. Y ahora… joder, ahora era como si las tornas se hubiesen intercambiado; era surrealista.

Una parte de mí quería demostrarle que me era indiferente, que no percibí nada cuando me abrazó, cuando se acercó tanto que casi respirábamos el mismo aire. Pero no podía mentirle, porque me engañaría a mí misma.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a Taylor. Necesitaba hablar con alguien, aunque con eso le tuviera que contar lo que había

pasado entre su hermano y yo.

Tay, ¿puedes venir a mi casa? Tengo algo que contarte
No puedo esperar a mañana

Su respuesta no tardó en llegar y me hizo reír; estaba loca.

No dejes para mañana el chisme que me puedas contar hoy

Dejé el móvil sobre la mesilla y me quedé acostada en la cama boca arriba, esperando a Taylor. No habían pasado ni cinco minutos cuando entró en mi habitación como una posesa.

—Cuenta, cuenta, que me has puesto nerviosa. —Se acostó a mi lado.

—Hola a ti también, eh. —Me giré para ponerme de cara a ella e hizo lo mismo.

—Vale, sí, hola. ¿Me vas a decir ya qué te preocupa? —Le sonreí; tenía un sexto sentido.

—Verás, me cuesta contarte esto porque... —Me incorporé—. No sé cómo decírtelo.

—Ha pasado algo con mi hermano, ¿verdad? —Fruncí el ceño—. Os vi antes en el jardín.

Terminé levantándome, nerviosa. Las manos me sudaban y el corazón me iba a mil. Lo que me estaba pasando era demasiado para mí, algo que creí que nunca pasaría. Joder, Travis era como mi hermano, mi mejor amigo, y no quería perder lo que teníamos por algo que no sabíamos ni lo que era.

Taylor me paró en seco e hizo que me sentara de nuevo.

—Hemos estado a punto de besarnos… dos veces. —Ella no se sorprendió, y eso sí era extraño.

¿Le habría contado algo él?

—¿Y qué sientes, Trish? O sea, si estás así es porque sientes algo por mi hermano, ¿no? —Bufé exasperada a la vez que me encogía de hombros.

—No, no lo sé, ¿vale? Mierda… esto no debería estar pasando, no ahora.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

Su pregunta fue la misma que nos hicimos cuando decidimos juntar a nuestros padres, y no, no tenía nada de malo, solo que no quería que nada entorpeciera los planes familiares que teníamos. Si Travis y yo nos liábamos, ¿qué pensarían nuestros padres si acababan juntos? No, había cosas que era mejor dejarlas así y eso haríamos. Lo único que debía hacer era hablar con él para decírselo y poder pasar página rápidamente, antes de que se quedara pegada tan fuerte que no se pudiera despegar jamás.

Le pedí ayuda para acercarme a su hermano y hablar con él. No nos pusimos de acuerdo, ya que, según ella, a mí también me gustaba Travis. ¿Me gustaba? Ciertamente, no lo sabía. Era guapo, eso no podía negarlo. Además, tenía una de las sonrisas más bonitas que había visto en toda mi vida, a pesar de que no sonreía demasiado. «Eso es porque solo te sonríe a ti.» Moví la cabeza hacia ambos lados para quitarme esas ideas que no llevarían a nada.

Salimos de mi casa para ir al entreno. Supuse que, por la hora que era, todos estarían ya allí. Cuando entramos en el polideportivo mis ojos viajaron hasta la pista y me vio, Travis me miró y cuando su hermana levantó la mano para saludarle él se dio la vuelta como si no nos hubiera visto, algo que me dolió en el alma. Precisamente eso era lo que quería evitar y ya estaba pasando.

De pronto, Logan se acercó para hablar conmigo y, en vez de sentirme feliz porque por fin me hacía caso, solo pude pensar en que estaba a punto de perder al mejor amigo que había tenido jamás.

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Yo solo quería salir con el capitán del equipo, que me diera mi primer beso… Tener un amor que me estrujase el corazón tanto que solo un beso del chico de mis sueños pudiera calmarlo. ¿Era tanto pedir algo así? Después de todo, siempre fui testigo del amor que mis padres se tenían antes de que se acabase todo. «¿Y no te da que pensar eso? Un amor tan grande como el que se tenían tus progenitores se acabó y tú crees que Logan será el que te haga sentir todo eso.» Claramente, estaba muy confundida, pero no quería averiguarlo, solo dejarme llevar.

—Trish, ¿me estás escuchando? —Tocó mi mano y reaccioné.

—Lo siento, ¿qué decías? —Miró hacia atrás y se dio cuenta de que miraba a Travis—. Nada, te invitaba a tomar algo mañana al salir de clase. —Tragué saliva, nerviosa. ¿Lo había conseguido? ¿El chico que me gustaba me estaba pidiendo una cita?

Por un momento me olvidé de todo y asentí, haciendo que Taylor cambiase su gesto por uno de desagrado; era demasiado expresiva.

—Genial. —Me guiñó un ojo y se marchó.

Durante lo que duró el entreno, Tay y yo no cruzamos palabra. Estuvo todo el tiempo resoplando y, aunque sabía que estaba desconcertada, sabía también que me ayudaría y apoyaría en todo. No obstante, también la entendía. Al fin y al cabo, hablábamos de su hermano y siempre, siempre, se pondría de parte de él. Normal.

El entrenador los felicitó a todos, pero Travis ya estaba saliendo, ni siquiera escuchó lo que ese señor dijo sobre el partido del domingo.

—Vamos a por él, que este camina muy rápido.

Salimos corriendo detrás mientras Taylor le gritaba que parase. Él siguió, no quería escucharnos y mucho menos esperarnos.

Fue al llegar a nuestra calle cuando su hermana consiguió que se girase de una vez. Escuché todo lo que ella le decía y él siguió sin

decir ni media palabra. Ante su negativa, no me quedó más remedio que intervenir.

—Da igual, Taylor. —Mis ojos comenzaron a aguarse justo cuando él me miró—. No importa si no quieres hablar conmigo y, aunque no sé el motivo, te respeto. Espero que se te pase pronto y seas valiente para contármelo.

«Claro que lo sabes, solo que no quieres aceptarlo», pensé a la vez que me encaminé hasta mi casa. Cerré la puerta tras de mí de un portazo. Mi madre se asustó y vino corriendo para comprobar qué pasaba.

—¿Qué te pasa, cielo? ¿Estás llorando? —Negué sorbiéndome la nariz—. Ven aquí, cariño. —Me cobijó entre sus brazos.

Me hubiera gustado hablarlo con mi madre, contarle el remolino de sentimientos que se concentraban en mi corazón, oprimiéndolo con fuerza. Pero si lo hacía tendría que dar más explicaciones de las que podía y preferí decirle que había discutido con Tay por una tontería y que, por culpa del periodo, estaba más sensible de lo normal. Ciertamente, no estaba segura de que se hubiera tragado la mentira. Aun así, mi madre asintió y besó mi frente aceptando mi excusa.

—¿Quieres cenar? Hice pizza casera… tu favorita. —Me guiñó un ojo, yo asentí con una sonrisa.

No hay nada como llegar a casa y que tu madre te haga tu cena favorita. Da igual si son patatas fritas o un trozo de pan, esos momentos son los más especiales.

Cenamos hablando de la fiesta de fin de curso, de lo que quería estudiar, aunque ella ya supiera lo que deseaba hacer con mi vida. Lo único que no intuía era que mi vida se estaba volviendo un caos por culpa del amor.

Al acabar de cenar y recoger todo, me dijo que ya había escrito la carta de respuesta, pero que no sabía dónde dejarla, algo que pasamos por alto cuando planeamos todo. Entonces se me ocurrió algo que no sabía si aceptaría.

—Si quieres, me la das a mí y yo…

—¿Para qué? ¿Acaso sabes quién es? —Negué eufóricamente—. ¿Entonces?

—No sé, pero conozco a todos los profesores y podría investigar, aunque creo que deberías esperar a que te enviase otra, a ver si con suerte te dice dónde tienes que mandarle la respuesta. —Sonrió asintiendo—. Bueno, me voy a la cama, mamá. —Le di un beso en la mejilla—. Buenas noches, no te acuestes muy tarde.

Subí a mi habitación con la mente a mil por hora. Tenía que ir a casa de los Hamilton para hablar con Tay y contarle la metedura de pata. Joder, ¿cómo no nos dimos cuenta antes? Queríamos que nuestros padres respondieran a la carta y no dejamos ni una pista.

Cuando escuché a mi madre irse a su habitación era casi la una de la madrugada. Entonces me escapé por la cocina, escalé el árbol y entré en la habitación de Taylor. Dormía plácidamente, así que no quise despertarla, solo esperaba que Travis sí estuviera despierto. Crucé el pasillo y entré sigilosa. Las luces estaban apagadas y él dormía también. Podría haberme ido, pero algo me dijo que me quedase allí. Me senté con el corazón bombeando fuertemente, fijándome en su rostro tranquilo. Me percaté de que había estado estudiando, lo que me hizo sonreír y recordar que pronto se iría a la universidad; lo iba a extrañar demasiado cuando se fuera. Agaché la mirada. ¿Qué iba a hacer cuando Travis no estuviera cerca?

De pronto, noté que se movía y, al levantarse y verme allí sentada, pegó un salto.

—¡Joder, que susto! ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente como para ver que babeas cuando duermes —respondí haciéndole reír.

—Supongo que has entrado por la habitación de mi hermana, ¿verdad? —asentí echa un manojo de nervios—. Veo que te enseñé bien a escalar el árbol. —Escucharle decir eso me relajó y me reí, lo que hizo que me mirase fijamente—. ¿A qué has venido?

Estaba atacada y nunca me había puesto así estando a solas con él. Me levanté de la silla y le pedí sentarnos en la cama. Cogí sus manos sin dejar de mirarle, después acaricié su mejilla. Travis cerró los ojos ante mi contacto y comenzó a respirar con dificultad, ¿o era yo?

—Solo quería decirte que te quiero mucho, Travis. —Abrió los ojos de golpe—. Eres demasiado importante para mí y no quiero perderte.

Lo que decía era real y, justamente por eso, debíamos evitar lo que fuera que estuviéramos sintiendo.

—Yo también te quiero mucho, Trish… eres como una hermana para mí.

Con eso quedaba claro lo que sentía por mí, ¿no? Noté un pellizco en mi pecho. Percibí un regusto amargo… el amargo sabor de la decepción, más bien. «¿Qué querías? Tú misma estabas negando todo.»

—Claro, así te quiero yo también, como mi hermano mayor. —Suspiramos al unísono—. Pero ¿por qué tengo la sensación de que algo ha cambiado entre nosotros?

¿Por qué le pregunté eso? ¿Por qué, cuando ni yo misma sabía lo que estaba sintiendo por él? No quería recordar, no quería pensar en él de otro modo… no quería mirarle y darme cuenta de que siempre había estado en mi corazón.

Nuestros ojos se quedaron conectados más tiempo de lo estrictamente necesario, provocando que nos volviésemos a acercar, y recé para que parase, para que no diese el paso que lo estropearía todo. Agaché la mirada, para ser yo la que rompiera el momento. Él se levantó, alejándose de mí, y lo agradecí. No sé cuánto agradecí que lo hiciera porque estaba a punto de ser yo quien diera el maldito paso. No obstante, acabar eso a tiempo era lo que debíamos hacer.

«No quiero perder a mi amigo». Iba a grabar a fuego eso en mi mente, solo así seré capaz de no desearle.

CAPÍTULO 14
TRAVIS
Volvió a rechazarme



El silencio reinaba en mi habitación. Trish volvió a rechazarme, volvió a esquivar mi mirada, mi acercamiento. ¿Qué más pruebas necesitaba para dejarla en paz y seguir tratándonos como siempre, como amigos?

Se levantó, alejándose de mí, y suspiré. Estaba a punto de marcharse a su casa y yo prefería que se quedara un rato más, aunque fuese solo para hablar, para compartir un rato juntos, así como antes, como cuando éramos esos amigos inseparables, antes de que yo dejara de pasar tiempo con ella y mi hermana. Sabía que yo mismo había sido el causante de nuestro alejamiento y ahora me arrepentía de ello.

—¿Te vas? —Quise saber. Ella negó, acercándose de nuevo.

—Te vi hablando con tu padre en el instituto, ¿te ha dicho algo sobre la carta? —Asentí con diversión al recordar el nerviosismo de mi progenitor.

—Estaba muy nervioso, no sabía cómo decirme que había recibido una carta de una admiradora secreta. —Nos reímos.

—Mi madre está igual, incluso iba a escribir la respuesta, pero hemos pasado por alto algo. —Fruncí el ceño sin entender—. ¿Cómo cojones van a responder si no saben dónde dejar la respuesta? —Abrí la boca formando una «o» exagerada, gesto que la hizo reír.

¿Cómo no habíamos pensado en eso? ¿Qué íbamos a hacer ahora para que pudieran responderse si no pusimos ninguna dirección o pista?

—Tranquilo, tranquilo. —Expresó al ver mi nerviosismo—. Le he dicho a mi madre que espere a una siguiente carta, a ver si ahí le dice su «admirador» dónde contestar.

—Muy inteligente por tu parte, yo me habría bloqueado. Es más, mi padre creo que también pretende escribir la próxima carta, pero no hemos hablado del tema más. Solo me preguntó si me imaginaba quién era.

Escuchamos unos toques en la puerta y Trish fue a esconderse cuando oímos la voz de mi hermana al otro lado. Le abrí y se sorprendió al ver a Trish en mi habitación. Frunció el ceño, mirándonos de hito en hito. Alzó una ceja después y sonrió de lado, imaginándose cosas que no eran, ni por asomo se acercaba. Qué más quisiera yo que fuese real lo que sabía, porque conocía a mi hermana lo suficiente como para saber lo que estaba pensando. Cómo me encantaría que llegase el día en que le diera la noticia de que Trish y yo estábamos juntos. Sin embargo, ese día no llegaría jamás, y era hora de aceptarlo.

—¿Qué hacéis? —Su pregunta llena de curiosidad hizo que Trish y yo nos mirásemos.

—Nada, solo hablábamos de nuestros padres —respondí yo, porque ella no podía.

—¿Has entrado por mi habitación? —La miró a ella y asintió poniendo ese gesto tan suyo, tan particular que la hacía parecer aún más bonita—. ¿Por qué no me has despertado?

—Me daba pena, estabas tan tierna con la boca abierta... —Nos carcajeamos—. Aunque tendrías que haber visto a tu hermano babeando… no sé quién de los dos estaba más tierno. —Me dio un empujón cariñoso.

—¿Esto significa que volvéis a ser los de siempre? —Volvimos a mirarnos y, tras unos segundos que se me hicieron eternos, asentimos.

Me acerqué a Trish y le di un abrazo, uno de esos que prometía no volver a joder nuestra amistad, de esos que metes en tu corazón, aunque eso fuese imposible, pues ya estaba dentro de él. Taylor se puso a llorar y se unió al abrazo. Abrimos los brazos para estrecharla.

—¿Amigos o hermanos? —Preguntó Tay.

—Hermanos —dijo ella.

—Hermanos —respondí yo, aunque fuese una mentira para mí, en mi vida podría verla como a una hermana.

Supongo que el tiempo sería el que respondiera por mí, ¿no? Supongo que, después de que el tiempo pasara, la vida cambiaría tanto que tendríamos que vivirla como viniera.

Estuvimos un rato más hablando sobre las cartas y decidimos que la próxima la escribiríamos para el lunes. Dejaríamos un poco de intriga el fin de semana, solo para que se pusieran un poco más nerviosos de lo que ya estaban. Mientras tanto, empezaríamos a hablarles del otro y, con suerte, le crearíamos algún interés.

—¿Y si preparamos una barbacoa familiar para el sábado? —propuso mi hermana de pronto.

—Pero el sábado es el partido —le recordé, y asintió con una sonrisa malévola—. ¿Qué estás planeando, hermanita?

—La barbacoa podría ser para almorzar y después, los dejamos solos porque tenemos que irnos al partido —explicó. Trish y yo asentimos, aprobando la idea.

—Pues tenemos un día para contarle cosas buenas del otro y así el sábado ya estarán un poco sugestionados —habló Trish, levantándose para marcharse.

—Espera, Trish, deja que te acompañe —le pedí en tono conciliador, y ella negó, avergonzada—. Ya es tarde.

—Pero vivo a un segundo literalmente.

—Sí, pero es tarde —repetí, y no le quedó más remedio que aceptar mi propuesta.

Se despidió de mi hermana, que se fue a dormir. Salimos por la puerta de mi casa, no era plan de volver a bajar por el árbol. Caminamos en silencio hasta la pared que daba a su ventana, por donde subían las ramas. Era cierto que estábamos tan cerca que no hubo ni un momento para hablar de nada, pero a mí el tiempo se me hizo aún más corto y exasperante. Deseé que se congelara todo a nuestro alrededor, que solo estuviéramos ella y yo en un mundo solitario, donde pudiéramos ser nosotros mismos sin miedo a cagarla. Deseé… de nuevo la deseé y no podía, quería prometerme a mí mismo que así tenía que ser, que solo podíamos ser amigos, hermanos, como ella dijo. «¿Hermanos? Jamás sería mi hermana, nunca lo será». Me repetí mentalmente.

—Bueno —musitó—. Ya hemos llegado. —Me regaló una bonita sonrisa—. Pensé que tardaríamos más —titubeó y eso hizo que cogiera su mano.

—¿Quieres que tardemos más? —Me interesé y ella se quedó callada, solo me miraba. ¿Y yo? Yo solo podía contemplar lo bonita

que era, lo hermosa que se veía bajo la luz de la luna, cómo esa tenue luz iluminaba sus ojos azules. ¿Podía ser más perfecta? Creo que no, que no había mujer más perfecta que ella, y eso sí que iba a ser mi perdición, porque jamás conseguiría encontrar a alguien que me hiciera olvidarme de Trish Evans.

Quise despedirme con un beso en esa boca que me volvía loco; en cambio, la mía fue hasta la comisura de sus labios y ahí me quedé unos segundos, aspirando el aroma que desprendía. Noté su tensión, su nerviosismo. Percibí, de nuevo… lo que queríamos evitar a toda costa y cada vez nos estaba costando más. No éramos indiferentes a nuestro contacto y eso quería decir más de lo que nuestras bocas pudieran pronunciar.

—Buenas noches, Travis —habló inquieta.

—Buenas noches, pequeña.

Hacía años que no le llamaba así y sonrió de lado al escucharme. Le guiñé un ojo y la ayudé a escalar las primeras ramas, ya que le costaba muchísimo hacerlo sola. Esperé a verla dentro de su casa y cuando se despidió de mí con la mano, me dirigí a mi casa. Subí a mi habitación y me acosté a dormir.

Por la mañana, me levanté el primero, como siempre. Me asomé a la ventana y hacía un día esplendido. Me sentía muy bien, feliz, emocionado. No sabía cómo describir cuánto. Sabía que no podía hacerme ilusiones con ella, pero después de lo de anoche no lograría evitarlo. Me di una ducha rápida, me vestí, salí de mi habitación y, tras dar unos toques en la puerta de mi hermana, bajé a desayunar.

Mi padre estaba preparando tortitas, parecía de buen humor también y eso me gustó, tal vez la carta tenía algo que ver. Era momento de proponerle la barbacoa familiar y hablarle de Abigail.

—Buenos días, papá —lo saludé y ayudé a poner la mesa.

—Buenos días, campeón. ¿Cómo has dormido?

—Bien, bastante bien, gracias. ¿Y tú? —Asintió como respuesta.

Nos sentamos a la vez que mi hermana hacía su aparición, le dio un beso a nuestro padre y se sentó a mi lado. Durante el desayuno, le pegué un golpe por debajo de la mesa a Tay para que me siguiera el cuento.

—Papá, he pensado que mañana podríamos hacer una barbacoa e invitar a Abigail y Trish. ¿Qué te parece? —Mi padre levantó la mirada del plato y me oteó, curioso—. Nos cae tan bien Abigail... ¿Verdad, Tay? Es una mujer espléndida, además de buena madre y profesora.

La discreción no era mi fuerte, debía reconocerlo, pero de algún modo tenía que venderle a mi padre la posibilidad de unir las familias, aunque fuese con mensajes subliminales.

—Pues… no sé. ¿Qué te parece a ti la idea, Tay? —Le preguntó a mi hermana, cosa que nos extrañó.

—Me encantaría, y estoy de acuerdo en todo lo que ha dicho mi hermano. —Le sonrió como una niña buena—. Es que Abigail es lo más, ¿a que sí, hermano? Es guapísima, tiene unos ojos tan bonitos y tiernos.

—Pues listo, mañana tendremos barbacoa familiar. —Se levantó para recoger su plato y meterlo en el lavavajillas—. No tardéis, que tenemos que irnos ya, ¿vale? Tenéis cinco minutos.

Lo miramos asintiendo al unísono y salió de la cocina, dejándonos solos para seguir maquinando el plan que, al parecer, iba a la perfección.

Mi hermana estaba muy emocionada y yo también me ilusioné. Habíamos sufrido tanto que volver a verla sonreír era como un bálsamo para esas heridas que aun dolían tanto.

Terminamos de desayunar hablando de lo nervioso que parecía estar nuestro padre cuando hablábamos de Abigail. ¿Sería que le

gustaba? Podría ser, aunque ¿cómo no iba a gustarle? La madre de Trish, como mi hermana había dicho, era una mujer hermosa, de ahí que su hija lo fuese también. No estaba seguro, pero todo apuntaba a que pronto mi padre tendría a una buena mujer a su lado haciéndole feliz, como merecía.

Recogimos y salimos, no tardamos más de cinco minutos y mi padre ya estaba en el coche. Abigail y Trish nos esperaban, como siempre, para salir juntos al instituto. Cada uno iba en su vehículo, pero llegábamos a la vez.

—Hijo, suerte en el examen —dijo mi padre antes de que nos bajáramos del coche.

—Gracias, papá.

Me encaminé junto a mi hermana hasta Trish y entramos juntos el instituto, como acostumbrábamos. Ese día no esperé a Logan, no me apetecía verle y menos después de comprobar lo estúpido que era por fijarse en Trish solo porque había cambiado de atuendo. Si tan solo la mirase como lo hacía yo...

—Qué tengáis una buena mañana, chicas —me despedí de ellas.

—Igualmente, hermanito —respondió Tay.

—Gracias, Travis —habló Trish, sonriéndome; tenía las mejillas sonrojadas y sus ojos brillaban tan bonito esa mañana que me hubiera perdido en ellos si no fuera porque la sirena me interrumpió.

Entré en el aula y poco después lo hizo Logan. Caminó decidido hacia mí y se sentó a mi lado.

—¿Qué pasa, tío? No me has esperado como siempre. ¿Tenías prisa hoy? —Negué—. ¿Esta tarde vas a entrenar? —Su pregunta me extrañó, ya que no se incluyó. ¿Acaso él no iría?

—Claro, como siempre. ¿Por qué?

—Yo he quedado con Trish, así que no iré.

Escuchar eso fue como si me cayera encima un balde de agua fría. Como si todo el peso del techo estuviera sobre mis hombros y no pudiera escapar de él. ¿Iba a salir con él? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué tenía que salir con Logan? Joder, con lo bonito que había comenzado mi día y venía este gilipollas a fastidiarlo.

No le respondí, ¿para qué? Encima tenía el examen, a ver si era capaz de concentrarme y responder bien todas las preguntas.

Pensé que habíamos avanzado y lo único que hicimos fue alejarnos más. Sí, era cierto que dijimos que éramos amigos, que no seríamos más que eso, pero creí que después de nuestros acercamientos algo cambió. Sin embargo, Logan estaba en medio y no tenía claro que quisiese esfumarse.

CAPÍTULO 15

TRISH

Tenía una cita a la que no sabía si quería ir



Travis había sido tan tierno conmigo que cada vez me costaba más separarme de él. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué estaba tan confundida? Habíamos dicho que solo amigos, hermanos. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo entre los dos?

Me acompañó a mi casa, caminamos en silencio unos segundos, luego besó la comisura de mis labios y sentí que las piernas me flaquearían de puros nervios. Era la primera vez que alguien me daba un beso ahí, faltando muy poco para llegar a la boca. Me temblaban las rodillas y el corazón me iba a mil por hora. Tragué saliva y volví a desear algo más. Ni siquiera me entendía, no sabía lo que quería. Sí, eso era estar confundida.

* * *

El día prometía ser bonito y más después de que Travis entrase con nosotras como siempre. No esperó a Logan, algo que me extrañó,

pues se suponía que eran muy amigos y siempre entraban juntos. Supuse que su relación se estaba enfriando desde que ese chico, el cual me había gustado desde hacía mucho, se fijó en mí. No obstante, no debía ser así, ya que no teníamos nada, solo éramos amigos. «Sí, pero quieres ser algo más, aunque no lo reconozcas», pensé.

La mañana se me hizo eterna, los exámenes estaban a punto de acabar y, aunque normalmente no me hacía falta estudiar mucho porque atendía en clase y cogía los apuntes necesarios, no dejaba de estar algo inquieta. Solo me quedaba un año para emprender mi aventura, para estudiar lo que quería y hacer lo que deseaba.

A la hora de comer, Taylor y yo nos encaminamos hacia el comedor. Entramos y Logan nos llamó para que nos sentáramos con él. No obstante, miré a nuestra mesa y comprobé que Travis nos estaba esperando; eso me hizo sonreír y le dije que no al capitán del equipo para sentarme a comer con mi mejor amigo. Por un momento me tensé: era como estar en medio de dos caminos, como si tuviera que elegir uno de ellos, y tenía miedo a equivocarme. Joder, tenía una cita a la que no sabía si quería ir.

Taylor sonrió al darse cuenta de que había elegido a su hermano antes que a Logan y nos sentamos con Travis.

—Pensé que os sentaríais con ellos. —Los señaló.

Observamos la mesa de los populares, Logan no nos quitaba la vista de encima. Volví a poner mi atención en Travis y negué.

—En cambio, yo pensé que tú estarías allí —respondí en tono burlón.

—Prefiero comer con mis chicas favoritas. —Me guiñó un ojo.

—Si queréis os traigo unas velitas y me voy —intervino Tay haciéndonos reír, aunque por dentro sentí que me moría de la vergüenza.

Me levanté y la abracé por detrás para evitar cualquier otro contacto con el chico que antes deseaba y que estaba reviviendo aquellos sentimientos.

—Venga, no te pongas celosita que para ti también tengo amorcito. —Se carcajeó.

—Pero qué tontita eres, hermana.

Aun así, apretó mis brazos con los suyos y volví a sentarme para almorzar.

Entre risas y recuerdos, comimos. Entre confidencias y planes, el tiempo pasó volando. Hacía tanto que no disfrutaba con ellos de ese modo que fue como volver a ser aquellos niños que pasaban juntos todas las horas que nuestros padres nos permitían.

De pronto, nos vimos interrumpidos por un Logan bastante confundido, o eso parecía por el gesto que traía.

—Hola, chicas —nos saludó, y Tay le regaló una sonrisa falsa que no pasó desapercibida para nadie—. Travis, ¿por qué no te has sentado con nosotros, tío? Estás muy extraño hoy —habló en un tono que no supe descifrar. Parecía entre enfadado y curioso.

—No pasa nada, solo me apetecía pasar un rato con ellas hoy. No te habrás molestado por eso, ¿verdad?

Tay y yo los mirábamos de hito en hito, como si estuviéramos en un partido de tenis. Era como si estuvieran en una competencia y uno de los dos tuviera que ser el ganador. Lo único que no me apetecía era ser el premio de ninguno, si es que ese era el motivo por el que estaban así, porque aún no lo tenía claro del todo.

—Trish —me habló, pero sin dejar de mirarle a él; eso me enfadó —. La cita sigue en pie, ¿verdad? —Clavó sus azules ojos en mí.

Me quedé en silencio y bajé la vista al suelo. No sabía qué responderle, no sabía si ir o no. ¿Qué quería hacer? Joder, no lo sabía. ¿Por qué Travis me había hecho esto? Yo estaba tranquila, me

gustaba Logan y ahora… ahora no estaba segura de si también me gustaba el hermano de mi mejor amiga.

—¿Trish? —Insistió, poniendo su mano sobre mi hombro para llamar mi atención.

—Trish, ¿te acuerdas de eso que teníamos que hacer? —Intervino Taylor y fruncí el ceño—. Sí, eso que no puede saber nadie y que tenemos que hacer hoy sí o sí.

Tay me hacía gestos para que me enterara de lo que estaba haciendo y eso era ayudarme a quitarme de encima esa cita que, por otro lado, no me apetecía demasiado. Si me la hubiera pedido dos semanas antes, el sí hubiera sido rotundo.

—Es verdad, no me acordaba. —Asentí y miré a Logan—. Lo siento, tendrá que ser otro día. No te importa, ¿verdad? —Negó con una sonrisa cínica, una que no le había visto antes.

Siempre estuve pendiente de él, me sabía de memoria cómo reía, cómo se enfadaba. Me daba cuenta cuando algo no le gustaba y mi respuesta fue una de esas cosas que, seguramente, le jodió bastante. No obstante, la aceptó y me dijo que le debía esa cita y que me la cobraría pronto. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, dejándome completamente descolocada. Mis ojos se clavaron en Travis y vi su semblante ensombrecido. Juraría que nunca lo había visto así.

Volvió a dejarnos solos y me quedé callada, no sabía qué decir. Escuché el resoplido de Taylor y las maldiciones de Travis. Quería salir del comedor e irme al baño, necesitaba estar sola unos minutos.

—Necesito ir al baño —anuncié, levantándome.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Tay, y negué.

—¿Estás bien? —Se interesó Travis.

—Sí, tranquilo.

—¿De verdad? ¿Necesitas ir a la enfermería? Estás pálida —su voz se escuchaba muy preocupada y cogí sus manos para que se tranquilizara.

Salí de allí y corrí por el pasillo hasta que llegué al baño y me encerré en el primer cubículo que vi vacío. Me senté en la taza del váter y agaché la cabeza, encerrándola entre mis piernas. Parecía que estaba exagerando, pero la tensión entre ellos me había trastocado muchísimo. No sabía con certeza si le gustaba a Travis, aunque, tras todo lo que había pasado, me hacía una ligera idea. No me lo había confesado, no me lo había dicho jamás y no estaba segura de que fuera real. Seguramente eran paranoias mías.

Ahora el chico que me gustaba desde hacía mucho tiempo se fijaba en mí, y todo gracias a que había cambiado de *look*. Tenía que darme cuenta de que Logan no me vería como a las demás. Porque si tenía que cambiar por un chico, no merecía la pena, ¿verdad? «Vaya, me sorprende tu madurez repentina». Mi conciencia siempre tenía razón y me negaba a escucharla a veces, solo a veces.

—Trish, ¿estás ahí? —La voz de Travis me sorprendió y salí rápidamente del cubículo.

—¿Qué haces aquí? Si te ve algún profesor, te la vas a cargar. —Sonrió y caminó hasta mí para abrazarme.

Me cobijó entre sus brazos, reconfortándome, dándome esa seguridad que creí haber perdido y él me estaba devolviendo.

—¿Por qué has tardado tanto? —Musité, sorprendiéndome de haberlo dicho en voz alta.

—Eh, yo… No lo sé.

—Travis. —Cogí su rostro con mi mano para que me mirase, ya que me esquivó—. ¿Yo te gusto?

¿Me había vuelto loca de remate? ¿Cómo se me ocurría preguntarle eso? A pesar de que me estaba arrepintiendo de hacerle

esa pregunta, creí que su respuesta sería la que yo, con miedo, quería escuchar. Pero ni por asomo fue esa, pues Travis enmudeció y se marchó, dejándome más confundida que nunca.

La sirena sonó y salí del baño para acabar la última hora. Estaba deseando salir y encerrarme en mi habitación. Necesitaba pensar u olvidar esa semana de locos. Necesitaba echar el tiempo atrás y hacer las cosas de otra manera. Seguramente no serviría de nada, pero tendría la oportunidad de tomar otras decisiones, ¿no?

Cuando subí al coche de mi madre, me senté a su lado en completo silencio, y Tay y él subieron atrás igual que yo. Ninguno decía nada y mi madre se asombró, porque siempre hablábamos más de la cuenta.

—Venga, ¿qué ha pasado aquí?

—Nada —susurré.

—¿Segura? —Asentí—. Entonces, ¿por qué tenéis esas caras de perrito abandonado hoy? —Me encogí de hombros—. Vaya, es la ley del silencio. Muy bien, pues no hablaremos nada de nada. Ni siquiera de la barbacoa de mañana—. La miré, extrañada—. ¿Qué? Travis me lo ha contado y me parece una idea estupenda. Creo que es muy buena ocasión para pasar tiempo juntos, ¿no?

—Sí, estamos deseándolo —escuché la voz de Taylor.

—Pues que se note, señorita —la reprendió.

—A sus órdenes, mi capitán. —Esa respuesta nos hizo reír, así que acabamos a carcajadas gracias a que mi madre era la mejor y siempre, siempre, estaba pendiente de todo.

Decir que tengo la mejor madre del mundo es quedarse corta. Por eso sabía que estar con Travis padre sería lo mejor para ella, para los dos. Ambos habían pasado por muchas cosas y sufrido mucho, ya les tocaba ser felices… estar con alguien especial. Miré atrás, a

donde mis ojos podían llegar, y observé a Travis fijamente: él también me miraba. Tragué saliva y regresé la vista al frente.

Llegamos y salimos del coche con premura, como si necesitásemos ir al baño urgentemente, aunque no fuera el caso. Me despedí de los dos con la mano alzada y entré en mi casa con mi madre pisándome los talones. Al cerrar la puerta, ella se acercó a mí y puso una mano en mi hombro. Me asusté, no lo esperaba.

—¿Me vas a contar la verdad? —Me encogí de hombros haciendo un mohín con la boca, restándole importancia a algo que, si lo pensaba bien, no la tenía—. Trish, eres mi hija y te conozco. ¿Ha pasado algo con Travis? —Mis mejillas se pusieron rojas, lo sentía por el calor que desprendían.

—No, qué va —titubeé.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? —Insistió con una ceja alzada.

—No estoy nerviosa —suavicé el gesto—. Es solo que no entiendo muy bien a dónde quieres llegar con esa pregunta.

—Solo quiero saber que no ha pasado nada grave entre vosotros, sois amigos y tenéis que llevaros bien. Además, sé que Travis y tú os queréis mucho y lo que sea que esté pasando se arreglará, ¿de acuerdo? —Acarició mi mejilla y asentí, sonriéndole.

—Gracias, mamá. —Le di un abrazo fuerte.

—Vale, vale. —Se carcajeó—. Vete a la ducha que estás sudando y así te refrescas.

Le di un beso en la mejilla y subí a mi habitación para hacer lo que me había propuesto. Una ducha fresca sonó muy bien en ese instante. Cuando terminé, me puse cómoda y me recosté en mi cama con la intención de descansar, pero el sueño me venció y me quedé dormida.

CAPÍTULO 16

TRAVIS

No sabía si era el momento de contarle la verdad



Me quedé tan bloqueado cuando me hizo esa pregunta que lo único que quise fue salir corriendo. No sabía si era el momento de contarle la verdad de lo que sentía por ella. ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía miedo de perderla para siempre, aterrado porque mi confesión fuese la culpable de ello.

Lo peor de todo era que estaba demostrando que mi cobardía era más grande que mi amor por ella, y no podía permitirlo. Debía confesarle la verdad y pedirle que no me alejara de su lado. Si solo quería que fuéramos amigos, así seguiríamos… yo solo deseaba estar a su lado, el modo era lo de menos. «No te mientas, prefieres que te diga que también te quiere»; tenía razón, era lo que quería, pero no lo que pasaría. Trish me había dejado claro que solo me quería como a un hermano y no sería yo quien la obligase a amarme como yo la adoraba a ella.

Después de todo, no puedo decir que el día fue malo, ya que Trish rechazó la cita que tenía con Logan y eso me gustó bastante,

aunque sonase fuerte, pues era mi amigo. Sin embargo, mi amistad con él se estaba destruyendo poco a poco y eso sí que no me gustaba. Si no se hubiera fijado en ella, si hubiera seguido detrás de las chicas que deseaba de verdad, hubiese sido mejor. ¿Por qué tuvo que fijarse en la única de la que yo me había enamorado? «A lo mejor si le dices a Logan eso, deja de insistir con Trish, ¿no crees?», pensé, y asentí dándome cuenta de que era una posibilidad. Si él, siendo mi amigo, se enteraba de mis sentimientos, se alejaría de ella.

Me vestí rápidamente para ir al entreno. Con suerte, estaría allí, pues ya no había cita.

—¿A dónde te crees que vas, muchacho? —La voz de mi padre interrumpió mi salida.

—A entrenar, ¿por qué? —Me acerqué a él, parecía nervioso.

—Necesito que me acompañes a comprar todo lo necesario para la barbacoa de mañana. —Alcé una ceja y agaché la cabeza—. Por favor, quiero que todo salga perfecto.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa, papá? —Me interesé.

Por un momento, creí que me respondería, pero negó alegando que eran cosas suyas. Al final, me dejó ir al entreno y le pidió a Taylor que lo acompañase ella. Mi hermana no tenía nada que hacer, así que asintió muy enérgica. Además, le pediría a Trish que fuera también y mi padre tendría que lidiar con dos adolescentes suplicando por hamburguesas, miles de hamburguesas. Es que, si echábamos la vista atrás, al pasado, podía verlas devorar las barbacoas que mi padre preparaba y, cómo no, las hamburguesas eran el plato estrella.

—¿Estás seguro de que podrás con las dos? —Se carcajeó.

—Ja, ja, muy gracioso —intervino mi hermana.

—Pues si tan preocupado estás, ven con nosotros. Mejor tres personas pidiendo hamburguesas que dos, ¿no crees? —Me pegó un codazo mientras subía y bajaba las cejas irónicamente.

—Estás como una cabra, hermanita. —Le di un beso en la mejilla —. Hoy no puedo, ya lo sabes, pero apruebo todo lo que le pidas a papá. —Le guiñé un ojo antes de salir.

—¡Te he oído! —Escuché el grito de mi padre desde la puerta.

Pasé por delante de la casa de Trish justo cuando ella salía. Se quedó parada en los escalones del porche mirándome, y no supe si acercarme. Di un paso hacia ella y me imitó; parecíamos dos niños pequeños.

—¿Vas a entrenar? —Asentí sin poder pronunciar palabra—. ¿Otra vez te haces el mudo? —Sonreí de lado a la vez que me encogía de hombros.

Ella aceleró el paso, acercándose a mí, pero pasó de largo para ir hasta mi casa. Cogí su mano para que no se marchara así, para responderle, aunque me costase la misma vida hacerlo. Mis labios querían moverse, mi mente le decía a gritos lo que ella quería escuchar; mas no lo hacía, no podía.

—Trish, yo…

—Déjalo, ya estoy acostumbrada a tus silencios —me interrumpió, haciéndome daño con su comentario.

«Tú solito te lo estás buscando, tarugo.»

Se soltó de mi agarre y entró en mi casa. Agotado, decidí irme de una vez. Total, ella tenía razón y no le diría nada; no antes de hablar con Logan.

Cuando llegué, los chicos estaban preparándose para entrenar. Me fijé en las gradas y ahí estaba mi amigo, comiéndose la boca con Lucy, y di gracias porque mi hermana y Trish no tuvieran tiempo de

venir a vernos, se habrían encontrado con ese espectáculo tan lamentable.

Bajé las escaleras y dejé mi mochila en el banco. Mi entrenador se acercó a mí y me preguntó si estaba preparado para machacar a nuestros contrincantes. Asentí, ¿qué más podía hacer? Mi respuesta le convenció, así que se fue a hacerle la misma pregunta a los demás. Estaba nervioso, todos lo estábamos, nos jugábamos llegar a la final y el otro equipo era bastante bueno.

—Hamilton —escuché la voz de Logan—. Pensé que no vendrías.

—¿Por qué? Se suponía que el que no venía eras tú —le repliqué.

—Ya ves, Trish me ha dado plantón. ¿Por qué habrá sido? Creía que le gustaba, además desde hace bastante tiempo. Noto cómo me mira cuando paso por su lado. —Alzó una ceja en modo seductor y yo puse cara de asco, aunque su ego no le dejaba ver más allá de él y su *sex appeal*.

—Bueno, ya tendrás otras oportunidades… o no, quién sabe —ironicé, dándole un puñetazo amistoso en el hombro—. Además, hoy estás muy bien acompañado. Se ve que a ti Trish no te gusta lo suficiente.

Nos vimos interrumpidos por el pitido del entrenador, aunque Logan se pasó todo el partido mirándome cabreado; lo sabía muy bien, yo le había enseñado a hacer ese gesto que cagaba a cualquier otro alumno, pero no a mí. Si creía que me iba a achantar por mirarme así, estaba muy equivocado, porque a eso podíamos jugar los dos.

El partido se volvió tenso. No parecíamos un equipo, más bien contrincantes, y es que mi supuesto mejor amigo me dio más de un empujón, incluso me tiró al suelo. ¿Quería lesionarme? No, no podía.

—¡Parad! —gritó el entrenador Smith—. ¿Se puede saber qué cojones os pasa hoy? —nos preguntó a nosotros.

—A mí no me pasa nada, es Hamilton el que no para de provocarme —mintió descaradamente.

—Para ti soy Travis —le respondí, sorprendiendo a todos—. Y yo no te respondería si tú dejaras de empujarme. ¿Es que quieres que me lesione? ¿Quitarme del camino? Porque créeme, Logan, que yo también puedo quitarte a ti en un abrir y cerrar de ojos. —Caminé decidido hacia él para darle su merecido, pero Smith me lo prohibió.

—No quiero ningún numerito aquí, si queréis partiros la cara, que no sea delante de mí, y espero que el motivo tenga solución, porque así no vais a jugar mañana ninguno…

—¡¿Qué?! —vociferó Logan—. No lo dirá en serio, ¿no? Yo tengo que jugar ese partido, vienen ojeadores y no puedo permitirme el lujo de no jugar, entrenador… —Se acercó a él, poniendo su rostro tan cerca del suyo que casi podía rozar su nariz.

—Pues si tan importante es para ti, compórtate como un hombre y no como un capullo, Craig —siseó el entrenador, entre dientes.

Cuando se separó de él, Logan me asesinó con la mirada a la vez que aleteaba su nariz; estaba furioso. Ambos sabíamos que eso no se iba a quedar así, que teníamos una conversación pendiente y que Trish era la protagonista.

Giré sobre mis talones dando por terminado el entreno. Escuché a Smith gritándome desde la pista, pero no le hice ni puto caso. Salí del polideportivo, pero no me fui, iba a esperar al gilipollas de Logan; esto se acababa hoy.

Unos largos minutos después, salieron todos y me escondí. Sabía que Logan era de los últimos, ya que le encantaba hacerle la pelota al entrenador y más después del incidente en el partido. Me quedé en una esquina hasta verle solo cerca de su moto. Se había despedido de Lucy de mala manera, porque así era él: las utilizaba y trataba como a una mierda después. Por eso, si a Trish le gustara

otro chico, preferiría mil veces que no fuese alguien como mi supuesto amigo, al menos uno que la tratase como se merecía.

—Eh, Craig. —Me acerqué a él.

—¿Tú no te habías ido? ¿Qué cojones quieres? —Me preguntó de mala manera.

—Te estaba esperando, tenemos una conversación pendiente, ¿no crees?

—No tengo tiempo para tus gilipolleces, Hamilton —se colocó el casco y se subió a la moto.

—Pues tendrás que escucharme, porque no dejaré que te vayas. —Me puse delante del vehículo para impedir que se marchara.

—Quítate de delante o tendré que pasar por encima de ti, capullo. —Arrancó, pero ni por esas me quité.

Nos quedamos mirando unos segundos sin movernos y al final, se quitó el casco, se bajó de la moto y se puso delante de mí. Sus ojos echaban fuego y tenía los puños a cada lado. Conociéndole, estaba a punto de perder el control, y no dejaría que eso sucediese. Solo le iba a dejar las cosas claras antes de que se le ocurriera acercarse a Trish en mi presencia.

—Está bien, tú dirás —endureció la voz.

—No quiero que vuelvas a acercarte a Trish —le pedí, y sonrió lleno de sorpresa.

—Así que era por eso por lo que estabas así. Qué pasa, ¿te gusta la amiguita de tu hermana? —Que la llamase así, con ese menosprecio, me cabreó mucho más de lo que ya estaba.

No me quedó más remedio que hacerle ver que no era ninguno de sus títeres y que yo no le tenía ningún miedo. Lo cogí del cuello de la camiseta y pegué mi rostro al suyo, deseando que me dijera algo más para por fin partirle la boca como se merecía, por capullo.

—¿Qué coño haces, Travis? Tío, no te pongas así por una tía que no vale la pena.

—Deja de provocarme o lo lamentarás, Logan —siseé llegando a límites insospechados—. No te lo repetiré más veces, deja tranquila a Trish y sigue follándote a las que son como tú. Ella, óyeme bien, es inalcanzable para ti y no mereces que se fije en un tío como tú. —Le solté la camiseta y me di la vuelta para marcharme de una vez.

Yo solo quería contarle a mi mejor amigo que me gustaba esa chica y terminé prohibiéndole que se acercara a ella. ¿Había perdido el norte? No, claro que no, él mismo fue quien provocó que llegásemos a eso.

De pronto, sentí su mano agarrar mi brazo y, cuando me giré para soltarme, me propinó un puñetazo en la mandíbula que me hizo caer de espaldas. Me hice el suficiente daño como para no poder jugar el partido de mañana. Pero la espalda no fue lo que más me dolió: fue saber que no me haría caso y que, en adelante, sería mucho peor de lo que ya era. Me levanté como pude y me quedé delante de él, preparado para defenderme si se le ocurría golpearme de nuevo como un cobarde por la espalda.

—Con esto ya te digo que no, no voy a dejar en paz a Trish y haré lo posible para que me veas con ella todos los días, ¿te queda claro? —Me amenazó—. Es más, en cuanto me líe con ella, se enterarán hasta en California.

—Pues entonces, esto es la guerra —respondí dando por terminada la conversación y, cómo no, nuestra amistad.

Cuando llegué a mi casa, Trish y mi hermana estaban sentadas en el porche. Al verme llegar, corrieron a mi encuentro, pues prácticamente llegué arrastrándome por el dolor que tenía en todo el cuerpo. Si no fuera porque tenía signos de pelea, podría haber dicho que había sido un accidente durante el entreno y no darles

explicaciones. Bueno, a mi padre también me tocaría contarle lo ocurrido.

CAPÍTULO 17
TRISH
¿Me lo prometes?



Pasé toda la tarde comprando las cosas para la barbacoa familiar y, la verdad, hacía mucho que no me divertía tanto. Pasar cualquier rato con Taylor era sinónimo de diversión, siempre conseguía que me olvidase de cualquier problema.

Convencimos a su padre para que comprase más hamburguesas de la cuenta y recordamos aquella vez que nos mandaron a comprar con Travis y solo llevamos eso. La barbacoa sería de diferentes carnes y no solo la que queríamos nosotras, pero le salían tan buenas que, siendo sinceras, solo él tuvo la culpa de que hiciéramos aquella locura. Vale, nos gastamos mucho dinero… todo lo que nos dieron. Ese día fue, más que divertido, especial. Conseguimos que un momento cualquiera se convirtiera en algo que empezamos a hacer una vez al mes. Era como nuestra propia fiesta de la hamburguesa. Así la habíamos llamado.

—¿No creéis que ya es suficiente, chicas? —Preguntó Travis, y ambas negamos a la vez que miramos el carrito de la compra—. Solo

somos cinco y aquí hay carne para comer dos meses. —Nos carcajeamos.

—No son suficientes, papi… créeme.

Sin poder discutir con nosotras porque éramos dos contra uno, terminó comprando todo lo que metimos en el carro. Nos fuimos a casa, guardamos la compra en la nevera y prometimos que, por la mañana, ayudaríamos a preparar todo sin rechistar. Era eso o cancelar la fiesta, y sabíamos que el señor Hamilton lo haría.

Terminamos agotadas, así que, aunque era viernes y podíamos ir a los recreativos, nos quedamos tranquilas sentadas en el porche. Hablamos de mil cosas, incluida la fiesta de fin de curso, a la que aún no tenía con quién ir. Aunque ella tampoco. Estábamos aburridas cuando, de la nada, apareció Travis tambaleándose. Su rostro tenía sangre y eso fue lo que hizo que nos levantásemos como unas locas para correr a su encuentro.

—Travis, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien? ¿Dónde te duele? —Las preguntas salieron de mi boca como un relámpago; estaba asustada.

—La espalda, me duele mucho —titubeó, le faltaba el aire.

—¿Por qué no llamaste por teléfono? Te habríamos recogido —comentó Taylor con la voz temblorosa—. ¿Quién te hizo esto? —señaló su labio ensangrentado y negó con la cabeza.

—¡Joder, Travis! ¿Ni siquiera hablarás por esto? ¿Quién ha sido? —Insistí elevando el volumen de mi voz.

—¡Logan, ¿vale?! Ha sido Logan —respondió, alterado, y palidecí.

¿Logan le había golpeado? ¿Por qué? ¿Qué le llevó a cometer esa tontería? Le ayudamos a sentarse y Taylor fue a buscar a su padre. Había que llevar a Travis a urgencias, no podía respirar bien y eso tenía muy mala pinta.

Le iba a hablar, pero no me lo permitió, puso su dedo en mis labios y no insistí, no era el momento y mucho menos el lugar.

Su padre salió eufórico de la casa y lo ayudó a subirse al coche para llevarlo al hospital. No le hizo preguntas, no le recriminó nada, solo se preocupó por su hijo, ya habría tiempo para lo demás. Así me di cuenta de que yo había sido muy insistente y que siempre podía esperar a que él fuera quien me contase lo ocurrido.

Fuimos con él y, por el camino, llamé a mi madre para contarle todo. Ella no dudó un segundo en decirnos que vendría.

Llegamos al hospital y se llevaron a Travis para hacerle unas placas. Nosotros nos quedamos en la sala de espera, un lugar bastante frío, todo hay que decirlo.

—¿Qué crees que ha podido pasar para que Logan le golpee? —me preguntó Tay al sentarse a mi lado.

Su padre fue a por un café a la máquina, los nervios no lo dejaban.

—No lo sé, pero espero que no haya sido por mi culpa —me sinceré—. Joder, Tay… si llego a saber esto, me habría olvidado de la tontería esa de salir con Logan. ¿De qué me ha servido?

—De nada, pero no es momento para eso. Además, tú no tienes la culpa. —Me abrazó—. Ellos son mayorcitos para saber cuándo parar y si no lo han hecho, ellos sabrán.

El tiempo pasaba muy lento y no sabíamos nada de Travis. Mi madre estaba junto a su padre y Taylor y yo nos paseábamos por toda la sala, de un lado al otro, como si con eso consiguiéramos que pasase más deprisa. Menuda estupidez, pues miraba el reloj cada diez minutos y era como si se hubiese parado.

Llamaron a los familiares de Travis Hamilton por el altavoz y fuimos a hablar con el doctor que lo atendió. Entraron su padre y hermana y yo me quedé afuera con mi madre.

Casi veinte minutos después, salieron junto con Travis, que iba sentado en una silla de ruedas. Verle así hizo que me derrumbara y

me pusiera a llorar como una niña desconsolada. Caí de rodillas delante de él y lo abracé con fuerza, con tanta que se quejó por el dolor que aún sentía.

—No, no puedes quedarte en silla de ruedas. Por favor, Travis, dime que no es verdad —balbuceé entre sollozos, lo que hizo reír a carcajadas a mi mejor amiga —. ¿De qué te ríes? Esto no es para reírse, Tay; eres una insensible.

—Trish, Trish. —Travis cogió mi rostro para que lo mirase—. No me he quedado paralítico, solo tengo un esguince cervical y necesito reposar un par de semanas. —Solté todo el aire que había retenido casi sin darme cuenta y me levanté del suelo poniéndome la mano en el pecho.

—Por eso me reía, taruga. —Taylor me dio un empujón cariñoso.

—¿Entonces estás bien? —Asintió—. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro. —Cogió mi mano—. Si llego a saber que te pondrías así, me habría caído de espaldas antes —declaró delante de todos, y sonrió al darse cuenta de lo que había dicho.

—Venga, no digas tonterías —intervino su padre.

Salimos del hospital y le pedí a mi madre que me dejara ir con él en su coche. No se opuso, pero pude comprobar que su gesto cambió a otro lleno de curiosidad.

Al regresar, lo ayudamos a subir a su habitación con mucho cuidado y lo dejamos recostado en su cama. Taylor se sentó a su lado y yo me quedé de pie, apoyada en el umbral de la puerta. No quería entrar e interrumpir el momento de hermanos, aunque me consideraran como tal. Me despedí de ellos y le prometí a Travis que iría a visitarle esos días.

—¿Ya te vas, Trish? —La voz de su padre me sorprendió antes de abrir la puerta para irme—. Pensé que te quedarías a cenar.

—Muchas gracias, pero esta noche tengo maratón de serie con mi madre. —Le mentí descaradamente, hacía meses que esas maratones se dejaron de hacer.

—Bueno, pues mañana nos vemos —me recordó—. Te espero aquí a las once de la mañana, no te quedes dormida. —Negué regalándole una sonrisa.

Entré en mi casa y busqué a mi madre; estaba en la cocina preparando la cena y se asustó al verme detrás de ella.

—Qué susto, hija. —Se puso la mano en el pecho—. Pensé que te quedarías a cenar en casa de Tay.

—No, he preferido venir contigo —volví a mentir.

La realidad era que deseaba quedarme, cuidar a Travis, darle cariño y estar ahí para todo lo que necesitase. Quería que supiera que podía contar conmigo, que no le reprocharía nada y que pasara lo que pasase, siempre le creería a él.

Puse la mesa mientras ella terminaba de hacer la pasta a la carbonara y nos sentamos a cenar en el salón para ver algo en la tele. Me recordó lo de las maratones de series, sería buena idea retomarlo. Pusimos *This Is Us*, una serie familiar que llevábamos tiempo sin ver y que nos gustaba mucho. Era de esas series en las que lloras en cada capítulo, pero no puedes dejar de ver por mucho que tus ojos ya no aguanten más lágrimas.

Sobre las doce y ya con todo recogido, seguíamos viendo la serie cuando mi madre le dio al botón de pausa para hablar conmigo. Estaba segura de que el tema sería Travis y su manera de tratarme en el hospital.

—¿Qué hay entre tú y Travis? —Eso, directa al grano. Fruncí el ceño y los labios a la vez.

—No entiendo la pregunta, mamá —respondí, intentando esquivarlo.

—La entiendes perfectamente, Trish. ¿Qué hay entre tú y Travis? —Me la repitió, como si con eso le fuera a responder.

—No hay nada, solo somos amigos, ¿vale? Ya sabes que él es muy cariñoso conmigo y siempre me ha tratado como a una hermana. —Le recordé algo que no era del todo mentira.

—Sí, lo sé, pero hoy he visto algo diferente. —Tragué saliva. Por fuera parecía tranquila, pero por dentro me estaba comiendo las uñas sin llegar a poner un dedo en mi boca.

—Yo no he notado nada. —Me encogí de hombros, restándole importancia.

Me levanté con la intención de escapar de su interrogatorio, pero fue en vano porque me siguió hasta mi habitación. Se sentó en la cama mientras yo me cambiaba de ropa y me peinaba para volver a recogerme el cabello. No la estaba ignorando, de verdad que no, solo esperaba que se aburriera y se fuera.

—Mira, Trish, no seré yo la que te diga que gustarle a tu mejor amigo está mal, pero es preferible que no mezcléis las cosas… sé de lo que hablo, no suele salir bien.

Sus palabras me recordaron a lo que me contó de su amigo de la universidad, el chico del cual se enamoró, su primer amor. Me senté a su lado y ella cogió mis manos sin dejar de mirarme ni un segundo.

—Eres hermosa y entiendo que Travis se haya fijado en ti. —Agaché la mirada—. Hazme caso, cielo. —Besó mi cabeza y se levantó para salir de mi habitación.

Todo lo que me había dicho, en parte, yo lo sabía. Mezclar la amistad y el amor no siempre sale bien y eso no podemos negarlo. Pero ¿qué pasa cuando te enamoras de esa persona hasta el punto de olvidarte de todo lo demás? No es que fuera mi caso… bueno, no lo tenía claro, no aún.

Me acosté en mi cama boca arriba y suspiré mil veces. Miré la hora: ya era la una de la madrugada. Tenía muchas ganas de verle, así que comprobé que mi madre estuviera dormida y me escapé por la ventana. Me metí por el jardín y llegué hasta el árbol para escalarlo. Entré, como siempre, por la habitación de Taylor y me la encontré dormida como un tronco, nunca mejor dicho. Sonreí y tuve que ponerme la mano en la boca para que no me escuchara, porque parecía una niña buena, aunque claramente era un trasto como yo.

Salí de su habitación y crucé el pasillo sigilosamente hasta abrir la puerta de la de Travis, y luego la cerré despacio, creyendo que estaba dormido.

—Trish —escuché su voz.

Giré sobre mis talones y le sonreí.

—¿Qué haces aquí? Estás cogiendo la mala costumbre de colarte en mi habitación —repitió aquello que le dije yo sin dejar de mirarme ni de enseñarme su bonita dentadura.

—¿Cómo estás? —Me senté a su lado—. Estaba muy preocupada por ti y no podía esperar a mañana para verte —declaré en un hilo de voz. Estaba tan nerviosa que las palabras se me atascaban.

Alzó una mano y la llevó hasta mi mejilla para acariciarla. Me puso un mechón de pelo tras la oreja y volvió a rozar mi rostro con la yema de sus dedos, que llevó hasta mis labios. Mis ojos no podían apartarse de él y, por estúpido que pareciera, deseé que esa vez sí me besara.

Comencé a acercarme con impaciencia, hasta dejar mi rostro muy cerca del suyo. Sus ojos negros brillaban gracias a la luz de la luna que se colaba por la ventana y noté cómo su respiración se aceleraba. Estaba a punto de rozar mis labios con los suyos, casi ya notaba su aliento chocar con mi boca y recordé las palabras de mi madre. Cerré los ojos y me alejé de él… otra vez.

CAPÍTULO 18

TRAVIS

Si el mundo se partiera ahora mismo en dos



No me esperaba que viniera de noche, que volviera a colarse por la ventana de la habitación de mi hermana para verme, y ni mucho menos volver a tenerla tan cerca que con solo un pequeño movimiento pudiera besarla. Pero otra vez se apartó, de nuevo se alejó de mí, y ya no aguantaba más la presión en mi pecho. Tenía que contarle la verdad, contarle el secreto que llevaba guardando tanto tiempo. El secreto de quererla como lo hacía, de adorarla en silencio, a escondidas. ¿Qué más podía hacer? La necesitaba como el que necesita respirar cuando está bajo el agua y debe salir a la superficie. La necesitaba tanto que ya no sabía cuánto resistiría. Si el mundo se partiera ahora mismo en dos, habría deseado que los dos estuviéramos en el mismo lado. Lo más jodido de todo era estar seguro de que hasta eso nos apartaría.

—¿Por qué te alejas? —Esa pregunta salió de mi boca sin permiso.

Me miró con ese cariño que sabía que me tenía y se acercó de nuevo, se acercó lo máximo posible y depositó un beso en mi

mejilla.

—¿Me vas a contar ya qué ha pasado entre tú y Logan? —Cambió de tema y, aunque no me gustó porque hablar de él me cabreaba, la entendí.

—No ha sido nada, solo he tenido que pedirle que no se acerque más a ti —declaré, sorprendiéndola.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Ojalá hubiera podido levantarme de la cama para abrazarla, estrecharla entre mis brazos todo lo que la vida nos dejara.

—No debiste, Travis. ¿Por qué te importa tanto que él se fije en mí?

Podía responderle que estaba celoso, que me moriría si la viera besándose con ese hijo de puta, que dejaría de verla si eso llegaba a pasar, pero volví a esquivar la verdad y a taparla con otra que, posiblemente, no le hizo mucha gracia.

—Lo vi besándose con Lucy. —Abrió los ojos, sorprendida—. Me cabreó muchísimo que quisiera salir contigo mientras se lía con otras tías. No mereces un tipo así a tu lado, Trish.

Caminó hasta mí y se recostó a mi lado, echando la cabeza en mi pecho desnudo. Le pasé un brazo por encima y la apreté contra mí. Estaba tan nervioso que seguro notó cómo me estremecí con solo tenerla cerca. Posó su mano en mi estómago y suspiró.

—Siempre me has cuidado, Travis —musitó—. Siempre has estado ahí para mí y cada recuerdo que tengo contigo es de los más felices de mi vida.

La miraba mientras hablaba; si en ese momento me hubieran dicho que estaba a punto de morir, no me habría importado, pues la tenía a mi lado. Joder, es que la amaba con locura. Alzó la mirada, clavando sus océanos en mis ojos, y enmudecimos. Fue como si todo a nuestro alrededor se hubiera congelado, como si no existiera

nadie más que ella y yo. Esta vez fui yo quien se adelantó, cogí su barbilla para acercar mi boca a la suya, deseando morir en sus labios. Estábamos a milímetros de distancia, respirando con dificultad y deseosos de besarnos. Justo cuando mi boca iba a probar la suya por fin, el móvil de Trish comenzó a sonar y volvimos a separarnos. Miró la pantalla y era su madre. Tenía que volver a su casa.

—Buenas noches, Travis —dijo antes de salir de mi habitación.

—Buenas noches, pequeña —respondí, pero ya no me escuchó.

Si contara todos los besos que había intentado darle sin éxito, nadie me creería. Por Dios, qué difícil era poder hacerlo.

Me costó bastante tiempo coger el sueño y no solo por el dolor que tenía en la espalda, también porque no podía parar de pensar en ella y en lo cerca que la había tenido. Olía tan bien, era tan hermosa. Suspiré agotado y el sueño me venció.

Por la mañana, la luz del sol me dio de lleno en los ojos, haciendo que despertara de inmediato. Me giré despacio en la cama para mirar el reloj que tenía en la mesilla: solo eran las ocho de la mañana. Escuché unos toques en la puerta y pronuncié un «pase» bastante bajo, pues tenía la garganta seca. Entró mi padre.

—Buenos días, campeón. ¿Cómo has pasado la noche? —Me ayudó a incorporarme.

—Bueno, he tenido noches mejores. —Le sonreí—. Gracias.

—¿Quieres desayunar? Tu hermana está preparando tostadas, beicon, huevo y zumo de naranja. —Fruncí el ceño, no me lo creía—. Sí, yo he puesto la misma cara cuando he entrado a la cocina y la he visto. Eso sí, para volver a verla limpia habrá que quemarla y pintar de nuevo. —Nos carcajeamos a la vez que entraba Tay con una bandeja en las manos.

—Qué graciosos son los hombres de esta casa. —Caminó hasta mí —. Te hice el desayuno, hermanito. El médico ha dicho que no puedes hacer movimientos bruscos, así que hoy no saldrás de esta cama para nada. —Negué con la cabeza a la vez que bebía un sorbo de zumo.

—Hoy es la barbacoa y no pienso perdérmela por nada del mundo —le recordé, como si no lo supieran ya.

—Me da igual, si hay que cancelarla…

—No podemos, Tay. —Abrí los ojos mirándola fijamente para que entendiera y recordase el motivo de esa barbacoa.

Se suponía que la hacíamos para juntar a nuestro padre con la madre de Trish y no íbamos a cambiar los planes porque yo no pudiera hacer «movimientos bruscos». Ella se encogió de hombros e iba a responderme, pero carraspeé y moví la cabeza en dirección a nuestro progenitor que, por suerte, estaba recogiendo mi habitación y no pendiente de lo que hablábamos. No obstante, se sentó a mi lado para preguntarme más de cerca.

—¿Qué más da ya? No podemos dejarlos solos, porque tú no irás al partido —explicó, y no le faltaba razón.

—Pero podemos decir que estoy cansado y venirnos los tres para arriba —respondí. Había estado rápido.

—¿Qué cuchicheáis ahí? —se interesó el señor Hamilton con esa mirada curiosa tan suya.

Nos encogimos de hombros y sonreímos como si no hubiéramos roto ni un plato, aunque destrozáramos la vajilla entera.

Seguí desayunando mientras mi hermana ayudaba a mi padre y me dio apuro verlos recoger mis cosas. Se estaban portando tan bien conmigo que hasta me sentía culpable por meterme en una pelea con el que era mi mejor amigo solo porque no soportaba la idea de ver a Trish con el capullo de Logan Craig.

Cuando terminaron, mi padre le pidió a mi hermana que fuera a buscar a Trish para empezar a preparar la carne. De no ser porque era algo que debían hacer, hubiera pensado que mi padre quería quedarse a solas conmigo.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de que tú y yo hablemos de lo que pasó ayer. —Vale, me equivocaba, sí quería estar a solas conmigo—. Y espero que seas sincero y no me digas que nada, porque he oído cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté, algo inquieto.

—Fui a hablar con tu entrenador para contarle que no podías jugar por un tiempo y me dijo que te vieron discutir con Logan. ¿Qué ha pasado entre vosotros? —Joder, mi entrenador y su buena manera de guardar un secreto.

—No ha sido por nada en particular —mentí, y él se dio cuenta de que lo hacía.

—Mira, Travis. Te conozco lo suficiente como para saber que no te pelearías con tu mejor amigo por nada en particular —repitió lo mismo que dije yo—. Sé que lo que sea que ha pasado es lo bastante grave como para que Logan te haya golpeado…

Suspiré como respuesta y se encaminó hacia la puerta para irse, sabiendo que no me sacaría nada más de lo que ya le había contado. Me echó una última mirada y me dijo que subiría a por mí a la hora de comer para ayudarme a bajar. Cuando se fue, pude volver a respirar con tranquilidad. Si no estaba preparado para decirle a Trish lo que sentía, tampoco para decírselo a mi padre, ¿no?

La mañana pasó muy despacio, tanto que intenté levantarme de la cama, aunque con mucho dolor. Conseguí ponerme de pie y caminé despacio por la habitación, al menos para dar un paseíto. Llegué al armario y cogí ropa para cambiarme. Ni siquiera me había duchado y necesitaba una ducha con urgencia, así que en cuanto tuve la ropa

en la mano me fui al baño. Me duché con cuidado, se suponía que no debía moverme durante dos semanas para que el esguince dejara de doler, pero joder, no podía estar quieto. Con cuidado, me puse una toalla alrededor de la cintura y salí del baño. Encontré a Trish sentada en mi cama.

—Oh, joder, no sabía que había alguien —dije, avergonzado.

—¿Qué haces levantado? Deberías estar descansando, Travis. —Cogió mi brazo y me ayudó a sentarme en la cama, con tan mala suerte que la toalla se cayó al suelo y quedé completamente desnudo delante de ella.

—Mierda, mierda. —Intenté agacharme, pero Trish lo hizo por mí, aunque con los ojos cerrados.

—No veo la toalla —mencionó, haciéndome reír. Era un momento muy incómodo y divertido a la vez.

—Si abres los ojos… —le sugerí.

—¡No! ¿Cómo voy a abrir los ojos? Estás desnudo, Travis. ¿Te has vuelto loco de remate? —Habló tan deprisa que por poco se queda sin aire—. Aquí está. —Alzó la mano para que la cogiera y se la quité de la mano—. ¿Ya estás tapado? —Preguntó, abriendo primero un ojo, como si estuviera viendo una película de miedo.

—Sí, ya puedes mirar.

Los abrió del todo y se puso las manos en las mejillas; estaba colorada como un tomate y, seguramente, si no fuera porque mi color de piel era oscuro, también se me hubiera visto bastante rojo.

—Solo venía a ayudarte a bajar, pero voy a esperar afuera para que te vistas, ¿vale? ¿O necesitas ayuda con algo?

—Bueno, si me ayudas a vestirme... —Sí, estaba coqueteando con ella.

Trish se dio la vuelta sin responderme y antes de salir de mi habitación alzó el dedo de en medio, haciendo que soltase una

carcajada tan fuerte que tuve que quejarme por el dolor.

Me vestí como pude, despacio y con mucha paciencia. Cuando acabé, grité que ya estaba listo y entró mi hermana junto a Trish. Tay alzó una ceja al verme sin camiseta y Trish tragó saliva. «Vale, lo confieso. Me había quedado sin camiseta para que ella me viera.»

—¿Qué pasa, hermanito? ¿No puedes ponerte la camiseta? —me preguntó en tono burlón y negué—. Pues ya te ayudo yo.

Me la puso como si fuera un niño pequeño, y con ayuda de las dos, salí de mi habitación y bajamos las escaleras para ir al jardín. Ya estaba todo listo, incluido mi padre en la parrilla. Abigail vino a mi encuentro, me preguntó cómo me encontraba y me dio un beso; había estado bastante preocupada por mí.

Quería preguntarle a Trish si su madre se enfadó con ella por haberse escapado de casa a esa hora, pero no hubo ni un momento para que pudiéramos hablar sin que hubiera nadie cerca.

—Bueno, ¿estáis preparadas para mis famosas hamburguesas? —preguntó mi padre, emocionado.

—¡Sí! —Gritaron Tay y Trish.

—Chicas, ¿ponemos música? —dijo Abigail, y asintieron.

No podía ayudar en nada, no podía levantarme y me fastidiaba tener que estar tumbado o sentado. Solo esperaba que las dos semanas no se me hicieran demasiado largas, porque acabaría volviéndome loco.

CAPÍTULO 19
TRISH
Nunca será igual que nuestra historia



No le cogí el teléfono a mi madre, solo me fui corriendo, sabiendo que estaría esperándome. Entré por la puerta en vez de por la ventana, ya me había pillado así que sería una estupidez por mi parte. Nada más entrar, la encontré al otro lado con cara de «te voy a castigar hasta los ochenta años». Carraspeó esperando una explicación y me llevó hasta el salón para sentarnos.

—¿Se puede saber dónde estabas? Me has pegado un susto de muerte, Trish —dijo en tono conciliador—. Cuando he entrado a tu habitación y no te he visto, por poco me da un infarto. Hija, no vuelvas a hacer estas cosas, por favor —me pidió, abrazándome.

Más que enfadada, estaba preocupada por mí y no la culpaba; no debí escaparme de mi casa para ir a ver a Travis.

—Lo siento, mamá, no volverá a pasar… Lo prometo —dije con sinceridad.

—Fuiste a ver a Travis, ¿verdad? —Agaché la mirada y asentí—. Trish, Trish. —Acarició mi cabello—. ¿Qué está pasando con

vosotros? ¿No ha sido suficiente para ti lo que te dije antes? Las relaciones entre amigos no salen bien y terminan peor…

—¿Por qué? A mí no tiene que pasarme lo mismo que a ti, mamá —la interrumpí, estaba cansada ya—. No sé qué me pasa con Travis, ni sé si lo que estoy sintiendo por él es algo más que simple cariño de hermanos y nada más, pero debo ser yo la que lo averigüe, ¿no crees? —Mi madre negó, levantándose.

—No lo entiendes, hija, y si para que lo hagas tengo que contarte mi historia al completo, lo haré —insistió, y yo me encogí de hombros—. Mejor lo dejamos para mañana, ya es tarde.

Me dirigí a las escaleras para subir a mi habitación y mi madre cogió mi brazo, no había terminado aún de hablarme. La miré y se quedó pensando unos segundos.

—Buenas noches, hija.

Fue lo último que me dijo antes de que me fuera a dormir, por fin.

Estuve dando vueltas en la cama más de una hora, no conseguía quedarme dormida, no conseguía dejar de pensar en él y en lo cerca que habíamos estado de besarnos, y cada vez tenía más ganas de que llegase ese momento, sin miedo a perder lo que teníamos. Pero, a lo mejor, mi madre tenía razón y no debíamos ir más allá. Mierda, no podía seguir pensando en ello.

Por la mañana, el sonido del despertador me hizo dar un salto en la cama, no me acordaba de que lo había puesto. Miré la hora y eran las nueve. Me levanté y fui a asearme. Cuando terminé de vestirme, bajé a desayunar antes de ir a casa de Taylor para preparar todo lo de la barbacoa. Mi madre estaba tomándose una taza de café cuando entré en la cocina. La saludé con un beso en la mejilla y me serví otra taza, necesitaba espabilarme con urgencia o no sería persona en un par de horas. Me hice un bocadillo de jamón y queso y me senté a desayunar.

—¿Has descansado algo? —dijo de pronto, y asentí—. ¿Estás enfadada conmigo? —La miré y negué con la cabeza—. ¿Y por qué no me hablas? —Preguntó sentándose a mi lado.

—Lo siento, mamá —respondí. Iba a hablar y no la dejé—. Dejemos el tema por hoy, ¿vale? Mejor disfrutemos de un día en familia, porque eso es lo que seremos siempre con los Hamilton, ¿de acuerdo? —Asintió con una sonrisa.

—Venga, acábate el desayuno mientras guardo algunas cosas que voy a llevar a la barbacoa.

Miré mi móvil, hacía días que no miraba las redes sociales. Me entró la curiosidad y abrí el perfil de Logan. Lucy lo había etiquetado en una foto en la que estaban besándose en el polideportivo. Recordé lo que me dijo Travis, eso fue lo que él vio. Yo ya le creía, pero me terminé de convencer. Se escuchó el timbre de la puerta y dejé el móvil en la mesa para ir a abrir; estaba segura de que era Tay.

—Buenos días, ¿preparada para la barbacoa familiar? —Entró como un vendaval.

—Hola, loquita. —Le di un beso—. Acompáñame, estoy terminando de desayunar.

Entramos en la cocina y nos sentamos. Mientras yo comía, ella se percató de que estaba ojeando el perfil de Logan en el móvil y, al ver la foto de él con Lucy besándose, me lo señaló para que me diera cuenta de una vez de que ese chico no era el que yo debía tener en mi mente, y mucho menos en mi corazón. Asentí dándole la razón, la tenía e iba a olvidarme de la tontería de querer salir con el capitán del equipo de baloncesto; no merecía la pena perder más el tiempo con alguien como él.

—Esto fue ayer, antes de la pelea —afirmé, sorprendiéndola—. Me lo contó anoche Travis.

—¿Anoche? ¿Has vuelto a colarte por mi habitación mientras dormía? —Alcé las cejas con diversión—. ¿Ha pasado algo que deba saber? —Quise responderle, pero me callé en cuanto sentí la presencia de mi madre.

—No te cortes por mí y cuéntale, al menos a ella, lo que ha pasado entre Travis y tú. —Ambas la miramos y volvió a dejarnos solas.

—Parece que tu madre no es la única que se ha dado cuenta —musitó Tay.

—Joder, no para de preguntarme y no quiero hablar del tema. ¿Es tan complicado de entender? Además, mi madre piensa lo mismo que he pensado yo todo este tiempo…

—Vamos, Trish. ¿Crees que por ser amigos no podéis enamoraros? No digas tonterías, por favor —me interrumpió y me sorprendió la capacidad de entendimiento de mi mejor amiga—. Te conozco lo suficiente como para saber que es eso lo que te ocurre con mi hermano y, aunque no estoy de acuerdo, te entiendo.

Terminé de recoger lo que había utilizado para el desayuno y salimos de mi casa para ir a la suya. Tal y como le prometí al señor Hamilton, fui a ayudar a preparar todo, así que nos pusimos manos a la obra. Arreglamos el jardín, abrimos la carpa y pusimos las mesas. Sacamos el altavoz grande para poder escuchar música y cuando terminamos entramos en la cocina para colocarles los palos a algunas carnes. Mi madre y Travis padre reían mientras cortaban el pan y el queso. Le di un pequeño empujón a Tay para que los viera y sonreímos al darnos cuenta de que esa pareja estaba a punto de unirse y nosotros seríamos quienes lo consiguieran.

Me escabullí para ir a ver a Travis antes de que bajara. Entré en su habitación y no lo vi, pero escuché ruido en el baño. Sabía que estaría duchándose y me senté. No podía esperar a verle, teníamos

una conversación pendiente y había que aclarar algunas cosas, aunque no fuera el momento ni mucho menos el lugar. «Solo se te ocurre a ti subir a la habitación del chico que supuestamente "no te gusta" estando vuestros padres en el piso de abajo», pensé a la vez que él salía del baño con solo una toalla alrededor de la cintura. Tragué saliva.

—Oh, joder, no sabía que había alguien —dijo, notablemente avergonzado.

—¿Qué haces levantado? Deberías estar descansando, Travis. —Cogí su brazo para ayudarle a sentarse y, no sé cómo pasó, pero la toalla se le cayó al suelo, dejándolo completamente expuesto ante mis ojos.

No quería mirar, claro que no, así que los cerré de inmediato, aunque me dio tiempo a ver más de lo que debía. De solo pensarlo me entraba un calor en el cuerpo que quien me tocara notaría que estaba ardiendo. Joder, había visto a Travis completamente desnudo y… no, no podía pensar con claridad.

Me agaché para buscar la toalla, pero con los ojos cerrados estaba siendo una tarea bastante complicada.

—No veo la toalla —mencioné, haciéndole reír.

—Si abres los ojos… —sugirió, como si fuera tan fácil.

Me quejé, claro que no iba a abrir los ojos, con haberle visto una vez había sido suficiente como para sentir cosas. Cada vez más, si soy sincera.

—Aquí está. —Alcé la mano para que la cogiera y me la quitó—. ¿Ya estás tapado? —Pregunté abriendo primero solo un ojo, como si estuviera viendo una película de miedo.

—Sí, ya puedes mirar.

Los abrí del todo y toqué mis mejillas; sentía que me ardían y juraría que estaba roja como un tomate.

Le comenté que había ido a ayudarle, no era el momento para hablar de nada. Iba a salir de su habitación y, antes de hacerlo, le pregunté si necesitaba ayuda con algo y no pudo responderme otra cosa, no. Quería que le ayudase a vestirse. «¿Estaba coqueteando conmigo?». Pues claro que lo hacía, y resultaba bastante descarado. Le saqué el dedo de en medio sin mirarle y salí de allí escuchando sus carcajadas.

Unos minutos después, Taylor apareció ante mis ojos y frunció el ceño a la vez que se cruzaba de brazos.

—Por fin te encuentro, desertora —se quejó—. ¿Qué haces aquí? ¿Pretendes que mi padre se entere de vuestras movidas?

—No sé de qué movidas hablas, yo solo he venido a ayudarle a bajar, pero aún no está vestido. —Alzó una ceja con diversión, y todos sabíamos lo que pasaba cuando Taylor Hamilton ponía esa cara.

Cuando le escuchamos decir que ya estaba listo, entramos a la habitación. Le faltaba la camiseta. Tay se acercó a él con una sonrisa malévola y a mí no me quedó otra que seguirla.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿No puedes ponerte la camiseta? —Preguntó en tono burlón, y Travis negó—. Pues ya te ayudo yo.

No quería reírme, de verdad que no, pero ver a Taylor vistiendo a su hermano como si fuera un niño pequeño fue muy cómico. Solo le faltó hacerle carantoñas como a los bebés.

Lo ayudamos a bajar las escaleras despacio y salimos al jardín. Su padre estaba en la parrilla, y cuando dejamos a Travis sentado, fuimos junto a él. Mi madre se acercó a mi amigo para darle un beso y saber si estaba bien. Sentí la mirada de él todo el tiempo, como si quisiera preguntarme algo, acercarse a mí o besarme, yo qué sabía. Lo que fuera tendría que esperar hasta que pudiéramos vernos de nuevo a solas.

—Bueno, ¿estáis preparadas para mis famosas hamburguesas? —Escuché la voz de su padre, lo que me hizo dejar de mirarle.

—¡Sí! —Gritamos Taylor y yo.

—Chicas, ¿ponemos música? —propuso mi madre, y asentimos entusiasmadas.

La música comenzó a sonar y no pude seguir esquivando su mirada, por lo que clavé mis ojos en los suyos. Me fijé en que podía sentarme a su lado, nuestros padres estaban lo suficientemente ocupados como para no estar pendientes de nosotros, así que me levanté y lo hice. Travis agarró mi mano por debajo de la mesa y me acarició los nudillos con la yema de su dedo pulgar. Tragué saliva, estaba nerviosa y quería abrazarle.

Las palabras de mi madre entraron en mi mente como un huracán y negué expulsándolas porque no, nada de lo que me dijera me impediría averiguar lo que sentía por Travis. Quería saberlo. Porque lo que le pasó a ella nunca será igual que nuestra historia.

CAPÍTULO 20
TRAVIS
Espero que esto no sea un sueño



Llevábamos un rato con las manos agarradas por debajo de la mesa. Escuchaba sus suspiros y yo la imitaba a cada tanto. Era más que evidente que cada vez nos costaba más estar separados y, si seguíamos así, al final conseguiría que Trish aceptara lo que sentía por mí.

Comimos en familia, el día fue espectacular y yo me sentía bien y feliz. Tenía a las personas que más quería a mi lado y eso era como medicina. Ni siquiera notaba el dolor de espalda, aunque también se debía a que me pusieron un cojín en la silla para que estuviera cómodo. Me trataban como a un enfermo y, aunque me molestaba un poco, tenía que agradecerles todo lo que estaban haciendo por mí.

A nuestros padres cada vez se les veía más a gusto el uno al lado del otro, algo que no pasó desapercibido para ninguno de nosotros tres, que nos mirábamos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quieres otra hamburguesa? —Trish me guiñó un ojo—. También puedo dejar que le des un mordisco a la mía. —¿Estaba coqueteando conmigo?

—Estaría encantado de morder la tuya. —Se sentó a mi lado y me la acercó para que la probara, claro que no sabía que le había puesto más picante.

El picante hizo que pegara un grito pidiendo algo para beber, me estaba calentando la lengua y la garganta tan deprisa que seguro echaría fuego. Tay, carcajeándose, me pasó un vaso de batido, ya que era lo único que calmaba el ardor.

—Ups, lo siento —se disculpó—. No sabía que te calentaría tanto. —Sonrió de lado.

—¿Pretendes matarme? —Pregunté en su oído, chocando mi aliento en su cuello, y noté cómo se le erizaba la piel por mi contacto—. Porque moriría por ti si me lo pides.

La vi tragar saliva y tuve que separarme de ella porque noté que nuestros padres nos estaban mirando. Entonces le dije algo gracioso para que comenzara a reírse y así no pensaran mal de nuestro acercamiento. Tay nos ayudó sentándose al otro lado y hablando de tonterías.

Abigail se sentó enfrente de nosotros sin quitarnos la vista de encima y eso me hizo dudar de si se había dado cuenta o no de lo que estaba pasando entre Trish y yo. Ciertamente, no me importaba lo que pensara nadie, pero tal vez a ella sí, y tenía que comportarme para evitar que tuviera cualquier problema con su madre.

La tarde llegó y ya no podíamos comer más, por lo que le pedimos a mi padre que dejara de hacer más comida. Obviamente se quejó, ya que Tay y Trish le habían hecho comprar demasiada. Al final tuvimos que convencerle de que haríamos otra barbacoa con la carne que había sobrado para que se quedara tranquilo. Eso sí,

repartiríamos las sobras para guardarlas entre las dos casas, a nosotros no nos cabía todo.

—Ha sido un día maravilloso, Travis —le dijo Abigail a mi progenitor, y él cogió su mano con cariño—. No sabes lo mucho que disfruto estas cosas con vosotros… sois mi familia.

—El amor es mutuo, Abigail. —Él besó su mano con dulzura.

Taylor y Trish me miraron y volvieron a mirarlos a ellos, sonreían con una felicidad contagiosa.

Escuché mi móvil, era un mensaje de Derek, un compañero del equipo de baloncesto. Supuse que sería para decirme el resultado del partido, pero ciertamente me daba igual si ganaban o perdían, había decidido abandonar el equipo y no iba a cambiar de opinión.

Pensamos que era el momento de dejar a nuestros padres solos, pero no quería ir a mi habitación a acostarme, así que le pedí a las chicas que fuéramos al salón para sentarnos cómodamente en el sofá mientras veíamos algo en la tele. Me ayudaron a levantarme y mi padre se preocupó, pensando que me dolía algo.

—¿Estás bien, hijo? ¿Necesitas algo?

—No, solo necesito sentarme un poco en el sofá, nada más. Vosotros seguid disfrutando de la velada. —Asintió y entramos por la cocina.

Ya en el salón, mi móvil volvió a sonar y no me quedó otra que ver todos los mensajes que Derek me había dejado. El partido había acabado hacía ya un par de horas.

> Hola, Travis. ¡Hemos ganado!
> Vamos a la final, tío.
> Travis, ¿vendrás a la fiesta de Logan?
> Venga, sé que os habéis peleado, pero él está
> arrepentido y quiere pedirte perdón.

Mientras leía los mensajes, Trish recibió también uno, lo leyó y me miró. Así me percaté de que Logan la estaba invitando a su fiesta.

—Es Logan, ¿verdad? —Asintió—. ¿Te está invitando a su fiesta? —Volvió a asentir.

—¿Vamos a ir? —Intervino mi hermana y la miré de mala manera —. ¿Qué? Me gustaría ir a una fiesta, aunque sea del gilipollas de Logan. Además, no tiene por qué pasar nada y ya teníamos pensado ir, ¿no te acuerdas? —Asentí agachando la cabeza.

—Pero yo no puedo ir así y papá no creo que me deje hacerlo en este estado, Tay —expliqué haciéndola entrar en razón, aunque me jodió ver que se podían perder la diversión por mi culpa—. Bueno, id vosotras si queréis.

Tay se levantó de un salto y gritó un sí que emocionó a Trish; ella también tenía ganas de ir. Sin decirnos nada, mi hermana fue corriendo para pedirle permiso a nuestro padre y, aunque al principio se negó, escuché cómo Abigail lo convencía de que las chicas podían divertirse llegando a una hora prudencial.

Trish y yo estábamos solos en el salón, mi hermana había subido a su habitación para arreglarse y después acompañar a Trish para que se arreglase también.

—Así que irás a la fiesta de Logan —dije algo enfadado, bueno, celoso.

—No voy por ver a Logan, créeme —se excusó.

—No tienes que darme ninguna explicación, Trish. Si ese chico te gusta y quieres intentarlo, adelante. —Las palabras salieron de mi boca sin pensarlas siquiera y me arrepentí nada más soltarlas.

—¿Qué quieres decir con eso, Travis? ¿Acaso no te importa que salga con él? —La miré a los ojos y me encogí de hombros—. Pensé que… —Se quedó callada—. Nada, no pensé nada. ¿Quieres que te ayude a subir a tu habitación? —Negué, levantándome.

Sí, me estaba comportando como un capullo, y sí, lo aceptaba. Pero, joder, estaba muy celoso y saber que iba a estar con ese tipo cerca en una fiesta, en su casa, donde había habitaciones en las que meterse para liarse... Negué eufóricamente para quitar esos pensamientos de mi cabeza, no lo soportaba.

Si llegaba el momento en el que tuviera que ver a Trish besándose con otro chico, solo esperaba que no fuera con Logan Craig. Sería como haber perdido contra un cabrón que las utilizaba a todas.

Ambas se despidieron de nuestros padres y me fui despacio hasta mi habitación con la intención de acostarme.

Estuve un rato suspirando, agobiado y harto de estar así. No aguanté más y me levanté, me cambié de ropa y salí de mi casa sin que se dieran cuenta. No sabía cómo iba a llegar a casa de Logan sin agarrarme a nada, pero estaba cerca y, con suerte, llegaría antes de que ocurriera algo entre ellos.

Entré en aquella casa unos larguísimos minutos después, la música estaba en todo su apogeo y la gente, al verme, vino a saludarme y a ofrecerme algo de beber. No acepté ninguna bebida, no hasta que hablase con el que había sido mi mejor amigo desde que tenía uso de razón. Le pregunté a Derek si lo había visto y me dijo que estaba en la cocina. Por el camino, miré a todos lados y no vi ni a mi hermana ni a Trish por ningún sitio, así que supuse que no habían llegado o que estaría en el jardín.

—¿Travis? —Dijo Logan al verme—. No pensé que vendrías, ¿estás bien? —Negué mirándole con el ceño fruncido.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo? —Le pedí, y aceptó.

Subimos al piso superior y entramos en su habitación, donde me senté nada más llegar; estaba bastante dolorido y cansado.

—Tío, siento haberte golpeado ayer, no debí hacerlo. Cuando me enteré de que te había hecho tanto daño, me sentí fatal —quise creer en sus palabras. Parecían sinceras, pero había perdido la confianza en él.

—No sé, Logan. Desde que empezaste a fijarte en Trish has cambiado conmigo y debes saber algo…

—Lo sé, no hace falta que me lo digas —me interrumpió—. Sé que estás colado por Trish y, aunque a mí también me gusta, no quiero volver a pelear contigo y menos por una chica. —Fruncí el ceño—. De verdad, créeme.

Le iba a responder cuando hubo un apagón en toda la casa. Me levanté, pero Logan me dijo que esperara, que iría a mirar qué había pasado.

Unos minutos después alguien entró en la habitación, pero no logré vislumbrar quién era. Cuando estuvo más cerca reconocí el perfume, y lo confirmé cuando escuché su voz: Trish estaba frente a mí.

—¿Logan? ¿Estás ahí? Necesito hablar contigo sobre Travis. —Quería responderle, pero las palabras se me atascaron.

Chocó con mi cuerpo y se disculpó; ella seguía pensando que yo era Logan, no podía imaginarse que era yo a quien tenía enfrente. Cogí su mano y la llevé hasta mis labios, y aunque me habría gustado que me rechazara, no lo hizo. Joder, si hubiera sabido que era yo no habría dejado que me acercase tanto, ¿no? «¿Cómo puedes decir eso cuando habéis estado a punto de besaros tantas veces?» Mi voz interior tenía razón, fueron tantas las ocasiones que tuvimos para besarnos y tantas las interrupciones que a lo mejor ese era el momento de hacerlo sin miedo a que alguien volviera a separarnos.

—Logan, ¿qué haces? —Repasé su mejilla con mi mano—. ¿Por qué no hablas?

Se dio la vuelta para alejarse y eso fue lo que hizo que tirase de su brazo y, por fin, mi boca rozó la suya en un intento fallido de no besarla. Dios, sus labios eran pura fantasía y estaba a punto de morir en ellos. Trish se dejó besar, Trish dejó que mi lengua entrase en su boca y la recibió gustosa. Yo creí que moriría en ese momento y no pude más que aferrarme a su cuerpo con miedo a que terminase. «Espero que esto no sea un sueño.»

Disfruté de su contacto, de sus labios. Disfruté de su olor mientras que ella subía sus brazos para entrelazar los dedos en mi cabello. No era un sueño, era real. Trish y yo nos estábamos besando y quería que durara para siempre.

De pronto, la luz volvió a encenderse y abrimos los ojos. Trish me miró, confundida, y salió de la habitación corriendo. No era para nada lo que quería que pasara y fue lo que conseguí besándola sin que supiera que era yo. Iba a perderla del todo, por estúpido conseguiría que no quisiera volver a verme, y ahí sí que moriría de verdad.

Volví a sentarme en la cama y encerré mi rostro entre mis manos, abatido. Decidí que era el momento de regresar a mi casa y descansar como debía. Al bajar las escaleras, me encontré con mi hermana que, nada más verme, alzó una ceja, cabreada.

—Espero que tengas una buena excusa, hermanito —me regañó, y no le respondí.

Pasé por su lado sin decir ni media palabra y ella me siguió hasta la salida. Agarró mi brazo haciéndome girar, pero no quise mirarla.

—Travis, ¿estás bien? —Asentí, mintiéndole con descaro.

Claramente, no estaba nada bien. Tay aceptó mi respuesta y me dejó ir sabiendo que no conseguiría nada más de mí en ese

momento. Volví a mi casa despacio, tanto que el camino se me hizo mucho más largo.

Cuando llegué, mi padre me estaba esperando y, aunque no me regañó por haberme ido sin avisarle, me miró mal. «Estupendo, está cabreado», pensé a la vez que subía las escaleras. Me ayudó a recostarme en mi cama y ahí dejé que mi mente hiciera de las suyas dando vueltas sin parar. No podía apartar de mi mente el beso, cuando por fin sentí su lengua y la apreté contra mi pecho sin miramientos. ¿Qué pasará ahora?

CAPÍTULO 21

TRISH

Sabías que era él



Pensé que no me dejaría ir a la fiesta, que se opondría y haría lo posible para convencernos de que era una mala idea, pero su manera de actuar me dejó completamente descolocada. ¿Qué había pasado con el chico que me cogió la mano por debajo de la mesa, el que coqueteó conmigo antes? Por el amor de Dios, habíamos estado tan cerca de besarnos, de decirnos todo lo que sentíamos que ahora me decepcionaba.

Cuando Taylor bajó arreglada, fuimos a mi casa para que yo me vistiera. No sabía qué ponerme y, aunque no tenía muchas ganas de ir a esa bendita fiesta, era una buena ocasión para pedirle explicaciones a Logan por lo ocurrido con mi mejor amigo… Mi mejor amigo, el mismo al que deseaba besar, el que me hizo recordar lo que sentía por él cuando era tan solo una niña de doce años. Había pasado tanto tiempo de aquello y lo tuve guardado tanto tiempo en el fondo de mi corazón, esperando el momento oportuno para que saliera a la luz.... ¿Por qué ahora? ¿Por qué, si siempre había

pensado que solo me veía como una pequeña a la que debía aguantar por ser amiga de su hermana?

—¿Estás bien? —La voz de Tay hizo que saliera de la espiral en la que me metí no sabía cuándo. Asentí fingiendo una sonrisa y me enseñó el vestido lila que habíamos comprado cuando fuimos al centro comercial.

Me lo puse y ella me maquilló, aunque no demasiado, sabía que a mí no me gustaba ir tan extravagante. Un poco de rímel, sombra de ojos del mismo color que el vestido y *gloss*. Me solté el cabello, dejando caer las ondas sobre mi espalda, y me miré al espejo; estaba muy guapa, así me sentía.

—Joder, si mi hermano te viera ahora mismo se caería de espaldas. —Le di un pequeño empujón cariñoso—. Venga, Trish, ambas sabemos que entre Travis y tú están pasando cosas y estáis sintiendo cosas. ¿O me lo vas a negar? —Negué y ella frunció los labios.

—No quería decir que no. —Suspiré—. Tienes razón, Tay, en todo. Travis ha hecho que recuerde que una vez le miré con otros ojos, que lo veía y se me iluminaba la cara. ¿Cómo voy a hacer ahora para volver a guardar todo eso? Ya has visto que, para él, no soy más que una amiga. —Me senté en mi cama, abatida.

—Mi hermano jamás podrá verte solo como una amiga, créeme. —Me encogí de hombros.

—Bueno, dejemos los momentos tristes por ahora, ¿vale? Vamos a ir a esa fiesta y a pasarlo bien, ¿te parece?

—¡Así se habla! Además, hoy vamos a ligar… ya sabes, estoy buscando acompañante para la fiesta de fin de curso. —Se puso un dedo en la barbilla, como si estuviera pensando en quién podría ser el candidato perfecto—. De todas formas, si no encontramos a nadie, iremos juntas y listo. —Me abrazó—. Vamos, a pasarlo bien.

Salimos de mi casa y caminamos calle abajo hasta llegar a la de Logan. No tardamos más de cinco minutos y, cuando llegamos, vimos a un montón de gente en la entrada, la música sonaba tan alta que nos costaría escucharnos. Entramos con decisión y Tay se paró para saludar a algunos chicos del equipo de baloncesto, entre ellos Derek. Se quedó un rato hablando con él y yo me puse a buscar a Logan, tenía que hablar con él de una vez, no podía retrasarlo más, necesitaba quitarme la espinita. Pregunté a varias personas y me dijeron que lo vieron subir al piso de arriba. Miré las escaleras y las subí despacio, viendo la decoración, mirando algunas fotos que colgaban en las paredes. En el piso de arriba, encontré varias puertas, no sabía cuál de todas me llevaría a él.

Las fui abriendo una a una, en alguna habitación había parejas besándose o algo más. Me sonrojé al comprobar que en la última les corté el rollo.

—Lo siento —me disculpé.

Solo me quedaba una puerta y supuse que allí estaría Logan. Justo cuando cogí el pomo, la luz de toda la casa se apagó. Abrí y entré en aquella habitación oscura.

Arrastré los pies con miedo a golpearme con algún mueble y noté que había alguien en silencio, podía oírlo respirar.

—¿Logan? ¿Estás ahí? Necesito hablar contigo sobre Travis —pregunté, pero no respondió.

Seguí el camino hasta la respiración y choqué con alguien que supuse que era Logan. ¿Quién si no? Cogió mi mano y se la llevó hasta sus labios. Me puse nerviosa. ¿Qué estaba haciendo?

—Logan, ¿qué haces? —Acarició mi mejilla a modo de respuesta —. ¿Por qué no hablas?

Estaba cansada de ese jueguecito y no iba a dejar que jugara conmigo. Aunque sabía que era Logan, su olor me recordaba a otra

persona… me recordaba a él, pero no podía ser, Travis no había venido a la fiesta, ni siquiera era capaz de caminar por sí solo. Además, estaba peleado con Logan. No, no podía ser Travis, eran imaginaciones mías.

Me di la vuelta con la intención de salir de la habitación antes de que pasase algo de lo que me arrepintiera después, porque, por más que Logan me gustase, por más que antes quisiera que él fuera el que me diera mi primer beso, las cosas habían cambiado. Sentí su agarre en mi brazo, tiró de mí y sin darme tiempo a reaccionar, estampó sus labios contra los míos, dejándome con la cabeza dando vueltas vertiginosamente. Sus labios eran blanditos, daban ganas de morderlos, y no recordaba que él los tuviera así. Le había mirado tanto durante mucho tiempo y me sabía su rostro a la perfección. Logan ni siquiera tenía vello en la cara y la persona que me estaba besando, sí. Su lengua pidió permiso para entrar en mi boca y yo, dejándome llevar, dejé que lo hiciera. Era mi primer beso, el primero, y hubiera jurado que estaba besando a Travis. Al menos es lo que me habría gustado. Pero él no se atrevería a besarme sin decirme que era él, ¿verdad?

Disfruté de su contacto, me dejé llevar por sus labios. Disfruté de sus brazos apretándome contra su pecho y sentí cómo su corazón latía desbocado. Alcé los brazos y entrelacé los dedos en su nuca, agarré su cabello; lo tenía corto, rizado, no había ninguna duda. Todas las pistas me llevaban hasta él.

De pronto, la luz volvió a encenderse y abrimos los ojos. Al confirmar mis sospechas, me sentí tan engañada que no pude hacer otra cosa que salir corriendo. ¿Por qué no me habló? ¿Por qué no me dijo que era él? ¿Qué hacía en la fiesta si no podía ni caminar sin ayuda? Joder, se había cabreado porque vendría yo y al final, vino él

y estaba segura de que fue para vigilar que Logan no se me acercara.

Bajé las escaleras de dos en dos y fui hasta la cocina para coger algo para beber. Necesitaba refrescarme, tomar algo que me enfriara el alma, esa que él con solo un beso había calentado tanto que estaba segura de que comenzaría a arder en cualquier momento.

—Trish, has venido —escuché la voz de Logan en mi espalda—. Estás guapísima —dijo cuando me giré.

—Gracias —musité. Aún me temblaban las rodillas.

—¿Quieres una cerveza? —Asentí, aunque yo no bebía alcohol, aún no lo había probado y no sabía si me haría bien. A pesar de eso, acepté.

Me dio la cerveza y me la bebí entera de un sorbo, con cara de asco porque no me gustó el sabor.

—Vaya, sí que tenías sed. ¿Quieres otra? —Alcé la mano para cogerla—. ¿Has visto a Travis? Vino para hablar conmigo, pero lo dejé arriba por el apagón. —Negué, mintiendo claramente.

—No debió venir y menos en el estado en el que lo dejaste.

Si con dos cervezas le había dicho eso, no me quería imaginar lo que le soltaría cuando llevase dos más. Seguí bebiendo como si no importara nada, estaba cabreada y a la vez frustrada por culpa de Travis Hamilton. Mierda, había sido nuestro primer beso sin yo saber que era él. «Pero te lo imaginabas, así que prácticamente sabías que era él». Negué, mi conciencia no tenía derecho a ponerse de parte suya.

—¿Qué haces bebiendo así? Para, Trish. —Taylor me quitó la cerveza de las manos.

Había perdido la cuenta de cuántas me había tomado ya.

—¿Por qué la dejas beber así? ¿No ves que ella nunca ha bebido, gilipollas? —Comenzó a discutir con Logan.

—Tay, Tay… déjalo. —Arrastré las palabras; estaba borracha—. Yo quería beber. Yo soy culpable de todo.

—¿Qué dices? Anda, vámonos ya antes de que tu madre te vea en ese estado y no te deje salir nunca más.

Sentí su brazo agarrar mi cintura y me arrastró hasta la salida donde, gracias al aire que chocó contra mi rostro, vomité como si no hubiera un mañana. Estaba agachada y alguien agarró mi cabello para que no me lo manchara. Al levantarme, casi me caí de bruces a causa del mareo, y si me hubieran preguntado quién me ayudó, no habría podido asegurarlo, ya que me imaginaba a Travis en todas partes, también en el momento en que lo abracé creyendo que era él. ¿O era él de verdad?

—Travis, ¿eres tú? —Toqué su nariz—. Qué guapo eres y qué tonto. ¿Por qué me has besado sin decirme que eras tú? —Lloriqueé —. Me habría gustado saber que eras tú el que me estaba dando mi primer beso. —Eso fue lo último que dije antes de que mis ojos se cerraran.

Notaba un dolor de cabeza inmenso, tan fuerte que me costaba abrir los ojos. Poco a poco fui abriéndolos, aunque los cerré de nuevo para acostumbrarme a la luz que se colaba por la ventana. Miré a mi alrededor cuando por fin desperté y me di cuenta de que no estaba en mi habitación, si no en la de Taylor. ¿Cómo había llegado hasta allí? Me levanté despacio, las náuseas me provocaban un asco en la garganta que, si no tomaba agua con urgencia, acabaría vomitando de nuevo.

La puerta se abrió y Taylor entró con un zumo de naranja y unas tostadas con mantequilla. «Mi salvadora», pensé, mirándola como un perrito abandonado.

—No sé qué pasó anoche, pero perdón por lo que haya podido decir o hacer —me disculpé antes de tiempo.

—Mejor lo hablamos después, ¿vale? Primero tómate esta pastilla con el zumo y cómete las tostadas antes de que te vayas a tu casa. Porque no creo que quieras que tu madre te vea así, ¿no? —Negué a la vez que me tomaba el zumo y me comía las tostadas.

Me dio ropa para que me la pusiera después de darme una ducha y eso hice. Agradecí el agua fresquita. Cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos venían a mi mente como flases, como si estuviera viendo recortes de una película. Llevé mis manos hasta mis labios y fue cuando recordé el beso que Travis me había dado en aquella habitación. Aún sentía arder mi cuerpo, aún sentía mis labios calientes, como si me hubiera besado hacía dos minutos y no horas. Terminé de ducharme, me sequé y me vestí antes de salir del baño.

—Travis —susurré su nombre al verle sentado en la cama de Taylor—. ¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estás bien —musitó; estaba nervioso, lo notaba—. Anoche bebiste demasiado y… lo siento, fue mi culpa —se disculpó.

—Será mejor que dejemos este tema para otro momento, ¿vale? Necesito pensar. —Caminé hacia la puerta con la intención de marcharme de una vez.

Pero, como hacía un rato, volvió a coger mi brazo. Giré sobre mis talones y mis ojos viajaron desde sus ojos hasta sus labios. Intenté no observarle así, no hacerle ver lo mucho que necesitaba que volviera a besarme, lo mucho que me gustó el beso que me había dado. Porque había sido él, y me había besado… haciendo que mi corazón casi explotara de tanto que percibí, de tanto que sentí. Se acercó peligrosamente, quedó a escasos milímetros de mi rostro y comencé a respirar con dificultad.

—No te pido perdón por haberte besado porque debía haberlo hecho hace mucho tiempo, solo por… —Cerró los ojos un momento

—. Te pido perdón por no haberte dicho que era a mí a quien besabas.

—Disculpas aceptadas. ¿Algo más? —Quería evitarle porque sabía que, si seguía un minuto más frente a él, no podría irme.

Se quedó en silencio unos segundos, pero sin dejar de mirarme a los ojos de esa forma tan especial y bonita con la que siempre me miraba.

CAPÍTULO 22
TRAVIS
No me arrepiento de haberla besado



No debí haberme ido de la fiesta sin hablar con ella, tendría que haberla seguido y pedirle perdón. No podía dejar que pensara de mí que la había engañado. Joder, me levanté como un resorte, suspirando por el movimiento brusco. El móvil me sonó justo antes de salir de mi habitación. Era un mensaje de mi hermana.

> Travis, necesito que regreses a la fiesta
> Trish está muy borracha y no puedo con ella
> sola.

Vale, tampoco es que yo pudiera coger mucho peso en ese momento, pero decidí ir. Salí de mi habitación despacio y bajé las escaleras sigilosamente para que mi padre no me escuchara. Si se llegaba a enterar que volvía a escaparme de casa, iba a tener un problema con él.

Caminé lo más rápido que mi cuerpo me permitía y, cuando llegué, Taylor y Trish estaban saliendo de la casa de Logan. Vi cómo

Trish se agachaba para vomitar y me acerqué para agarrarle el cabello.

—Menos mal que has llegado, no ha parado de beber desde que… ¿Qué ha pasado entre vosotros? Porque ella subió a buscar a Logan y cuando yo fui a buscarla a ella te vi bajar a ti…

—No es el momento, Tay —la interrumpí—. Te prometo que cuando todo esto pase te lo contaré, ¿vale? —Hablé en tono conciliador y aceptó.

Trish se levantó tambaleándose, por lo que tuve que agarrarla para que no se cayera de bruces. La apreté y ella alzó la cabeza para mirarme. Comenzó a balbucear cosas y, de no haber sido porque ya no me importaba nada, le habría puesto la mano en la boca para que nadie se enterara. Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, ¿no?

—Travis, ¿eres tú? —Tocó mi nariz—. Qué guapo eres y qué tonto. ¿Por qué me has besado sin decirme que eras tú? —Lloriqueó, haciendo que me sintiera mal—. Me habría gustado saber que eras tú el que me estaba dando mi primer beso.

Y eso fue lo último que dijo antes de que sus ojos se cerraran. Miré a mi hermana y vi decepción en los suyos, negó y arrastró los pies hasta nosotros para ayudarme con Trish.

Por el camino, ninguno dijo nada, no podíamos. Al menos a mí me resultaba imposible, no me salían las palabras. Llegamos a nuestra casa y decidimos que era mejor que Trish se quedara a dormir con mi hermana para evitarle una bronca con su madre, no podía permitir que eso también pasase por mi culpa.

La subimos y dejamos acostada en la cama de Tay. Iba a salir de la habitación cuando mi hermana me paró, alegando que teníamos que hablar y que no iba a esperar a mañana.

—Está bien, te espero en mi habitación —respondí, y ella asintió.

Se quedó sola para quitarle la ropa a Trish y que durmiera más cómoda, y en tan solo diez minutos la tenía frente a mí, mirándome con cara de pocos amigos. Si no hubiera sido porque estaba convaleciente, tal vez me habría pegado.

Se sentó a mi lado en la cama. Ambos estábamos en completo silencio, pensando cómo comenzar esa conversación que tanto me estaba costando.

—¿Besaste a Trish? —Rompió el hielo con la gran pregunta.

Alcé la cabeza y asentí, sin poder esconder más mi rostro lleno de culpabilidad.

—¿Por qué no le dijiste que eras tú? Podrías haber impedido todo esto, Travis. —Puso una mano sobre mi hombro—. Sé que la quieres y…

—No lo entiendes, Tay —no dejé que terminara—. Vale, cometí el error de no decirle que la persona que le estaba dando su primer beso era yo, pero no me arrepiento de haberla besado y nunca lo haré. ¿Sabes lo que sentí? ¿Sabes lo que fue para mí haberlo hecho por fin? Joder, Trish siente algo por mí, lo noto, lo sé —hablé sin parar, autoconvenciéndome de que era así de verdad.

—Sí que te entiendo, hermanito, y no sabes lo feliz que me haría que por fin os deis una oportunidad, pero es algo que… no sé. Trish tiene miedo de estropear vuestra amistad y más ahora que estamos haciendo lo de nuestros padres. —Suspiré, aceptándolo. Sabía que era así, entendía su miedo, pero estaba cansado de estar en el banquillo esperando mi oportunidad y no iba a desaprovechar cada momento en que tuviera a Trish a mi lado.

Mi hermana se despidió de mí y salió de mi habitación para dejarme descansar. Además, ya era bastante tarde y ambos estábamos cansados.

Me costó mucho quedarme dormido sabiendo que la tenía en la habitación de enfrente, que, si quería, podía ir a verla. No obstante, no era lo más adecuado, y menos estando con Tay. Si mi hermana me veía, se cabrearía mucho más.

Por la mañana me levanté temprano, me aseé y vestí. No me dolía tanto la espalda, claro que con toda la medicación que el doctor me había dado era imposible que me doliera. Quise salir de mi habitación para ir a ver a Trish, pero escuché a mi hermana diciéndole que se tomara el desayuno. Cuando oí la puerta cerrarse, salí y entré en el cuarto donde había dormido el amor de mi vida.

No la vi por ningún lado, así que supuse que estaría en el baño. Me senté en la cama para esperarla. Al salir susurró mi nombre, y eso hizo que la mirase.

—¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estás bien —musité. Tenía las palabras atascadas en la garganta y solo podía desear volver a besarla—. Anoche bebiste demasiado y… Lo siento, fue mi culpa.

Ella no quería hablar del tema, y no la culpaba. Me dijo que necesitaba pensar y se encaminó hacia la puerta con la intención de marcharse, de escapar de mí, pero yo no iba a permitirlo, no cuando aún teníamos tanto de lo que hablar. La entendía, de veras que sí, y le daría el tiempo que necesitase, pero solo si primero me dejaba explicarle, decirle todo lo que sentía por ella.

Cogí su brazo con delicadeza y la hice girar. Me miró fijamente dejando caer, de vez en cuando, los ojos en mi boca. Estaba nerviosa, ambos lo estábamos, y no pretendía hacerla sentir mal, incómoda. Me acerqué a ella como si tuviera un maldito imán que me atrapaba, me atraía de un modo exagerado, dejando mi rostro a escasos milímetros del suyo. Casi respirábamos el mismo aire y, si era valiente, algo que aún me costaba mucho, la besaría de nuevo,

porque me moría por ella, por rozar mis labios con los suyos, por beberme sus gemidos… Por hacerla sentir especial, preciosa, perfecta. Porque ella lo era, y mucho.

—No te pido perdón por haberte besado porque debí haberlo hecho hace mucho tiempo, solo por… —Cerré los ojos un momento buscando valor en mi interior—. Te pido perdón por no haberte dicho que era a mí a quien besabas.

—Disculpas aceptadas. ¿Algo más?

Me quedé en silencio unos segundos, pero sin dejar de mirarla a los ojos. El mundo volvió a pararse a nuestro alrededor. La tierra se bloqueó justo en el momento en el que seguí acercándome, no aguantaba más tenerla cerca y no volver a probar su boca, como la noche anterior, como había soñado desde que la tuve frente a mí por primera vez. Solo éramos unos niños, pero yo la amé desde el minuto uno.

—Trish, tu madre… —Mi hermana entró en la habitación sin avisar, interrumpiendo el momento en el que casi volví a besarla—. Travis, ¿no deberías estar descansando? —preguntó, y asentí sin mirarla siquiera. Mis ojos aún seguían clavados en Trish.

—¿Qué pasa con mi madre? —Ella desvió la mirada para hablarle a mi hermana.

—Está abajo, ha venido para saber si ya estabas levantada. —Asintió a la vez que se soltaba de mi agarre, dejando un vacío a mi alrededor que casi dolió.

—Espera, Trish —la llamé antes de que se fuera al fin—. ¿Vendrás a verme de nuevo? —Me miró y no supe descifrar su mirada.

Al final asintió y salió, dejándome con mi hermana. Tay puso su mano derecha en mi hombro y también se marchó. Me quedé solo en la habitación y sentí que me hundiría en cualquier momento, que había perdido la confianza de Trish, que no volveríamos a ser los

mismos, y eso me hizo entenderla aún más. Si quería estropear nuestra amistad, lo había conseguido besándola. Mierda, ojalá pudiera echar el tiempo atrás para no cometer esa cagada. «No te retractes ahora», pensé, y tenía razón, no podía engañarme.

Me acosté de nuevo y estuve mirando las redes sociales un rato. Entré en el perfil de Logan y vi todas las fotos que había subido de la fiesta, incluida una en la que él abrazaba a Trish. ¿Cuándo cojones pasó eso? ¿Y por qué no me lo ha dicho ella? ¿Estaría borracha en ese momento? Tiré el móvil de mala manera sobre la cama y me levanté. Necesitaba salir de estas cuatro paredes, salir de mi casa. Necesitaba hablar con ella, que pudiéramos charlar sobre lo ocurrido. ¿Por qué era todo tan difícil?

A la hora de comer, mi hermana me preguntó si quería bajar para almorzar juntos, y asentí tan rápido que le hice reír.

—¿Estás harto de la camita?

—No sabes cuánto —respondí—. ¿Sabes algo de… ella? —Titubeé, creyendo que mi hermana me regañaría por seguir pensando en Trish.

—Sí, y está bien —respondió, sentándose a mi lado—. No me ha contado aún qué ha pasado, pero por lo que escuché anoche no hace falta —me aclaró, y agaché la cabeza.

—Soy un estúpido, Tay. Tendría que haberme declarado y ya, en vez de hacer estas tonterías de adolescente…

—Pues lo que somos, hermanito —me interrumpió, y nos reímos.

—Bueno, yo soy mayor de edad, aquí las pequeñas sois vosotras. —Le guiñé un ojo.

—Para el carro, que solo nos llevas un año. Además, el mes que viene los cumplo yo y Trish dos meses después —me recordó, y volví a replicarle.

—Yo cumplo diecinueve este año, hermanita. Siempre te llevaré un año y siempre seré el hermano mayor.

Entre risas, salimos de mi cuarto para bajar a comer con nuestro padre. Este, al verme entrando en la cocina, me miró de mala manera. Tuve que prometerle que me sentía bien para que me dejara quedarme abajo y no tener que acostarme de nuevo. Por Dios, estaba cansado de estar acostado todo el tiempo y solo llevaba así dos días.

Comimos lasaña, el plato favorito de nuestra madre. Eso me recordó que pronto llegaría el día más triste de nuestras vidas, cuando murió. Mi padre estaba algo melancólico, y ¿quién no? Todos extrañábamos a mamá y la necesitábamos, ahora más que nunca. Estaba seguro de que solo ella hubiera sido capaz de aconsejarme sobre lo que debía hacer con respecto a Trish, y también tenía la certeza de que me hubiera apoyado fuera cual fuera mi decisión.

—¿Cómo te sientes? Seguro que estás agotado, Travis —escuché la voz de mi padre. Me había quedado pensando en todo y en nada —. No debiste salir anoche a esa fiesta, ¿por qué fuiste?

—Eh, yo…

—Yo lo llamé, papá —intervino mi hermana, salvándome el culo como siempre—. Teníamos tantas ganas de ir a esa fiesta que no verle con nosotras me hizo cometer la locura de pedirle que viniera. —Le mintió, pero fue tan convincente que él la creyó—. Ahora me siento fatal, lo siento.

—No pasa nada, pero la próxima vez piensa que tu hermano no puede hacer movimientos bruscos, no hasta que el médico le diga que todo está bien, ¿de acuerdo? Y por supuesto, olvídate de ir esta semana al instituto. —Eso iba dirigido a mí.

—¿Cómo? No hablas en serio, tengo que ir… Te recuerdo que esta semana son los exámenes finales y no puedo permitirme un

suspenso o no me dejarán entrar en la universidad de Nueva York. —Expresé, inquieto, pensando en ese futuro que tenía planeado desde hacía mucho tiempo, un futuro que, si era sincero, esperaba compartir con ella.

Mis argumentos no lo convencieron, pero me tranquilizó cuando me explicó que él se encargaría de hacerme los exámenes en casa. Hablaría con los profesores y todo iría sobre ruedas. Ventajas de que mi padre fuese el director del instituto, ¿no?

CAPÍTULO 23
TRISH
¿Qué sentía por él?



No sabía qué habría pasado si Taylor no nos hubiera interrumpido y, siendo sincera conmigo misma, me jodió bastante que eso ocurriera. Estaba a punto de volver a sentir sus labios, de besarle, esta vez siendo consciente de que era él y no un desconocido. ¿Cómo sería besarle con luz, sabiendo que, al abrir los ojos, sería Travis a quien vería? Cada vez estaba más confundida, más cansada de todo. ¿Qué sentía por él? ¿Era amor? ¿O un cariño especial? No lo sabía, aun no podía aceptarlo… tenía miedo de aceptarlo.

Mi madre llamó para comer y bajé enseguida. Aún llevaba la ropa que me había prestado Taylor. Me sorprendí al ver que había lasaña y supuse que se la había dado el señor Hamilton. Siempre la hacía cuando se acercaba el día en que falleció su esposa, Paris.

—Lasaña, qué rica. —Me relamí los labios a la vez que mi estomago comenzó a rugir, alarmando a mi madre.

—Hija, veo que tienes hambre. ¿No has desayunado? —Se interesó.

—Sí, Tay me ha dado tostadas, pero sigo hambrienta —expresé, metiéndome el primer trozo en la boca y tragándolo casi sin masticarlo siquiera.

—Trish, te vas a ahogar. —Nos reímos—. No sabes cómo recuerdo a mi amiga, Paris. Esta lasaña era su favorita, y cuando llega el momento siento que la vida es muy injusta, siempre se lleva a las personas buenas, ¿no crees? —Asentí reprimiendo las ganas que tenía de llorar.

No sabía si era porque recordaba lo buena que era la madre de Tay y Travis o porque aún seguía pensando en él y el maldito beso, que me había dejado mucho más alterada de lo que ya me sentía estando a su lado.

—A mí me da mucha pena el señor Hamilton, se ha quedado tan solo… y aún es joven y guapo. Se merece una buena mujer a su lado, ¿no crees, mamá? —Vale, no era el momento, pero debíamos seguir con el plan si queríamos que saliera bien.

Ella se quedó callada, ni siquiera movió un átomo y eso me hizo sospechar. ¿Por qué mi madre se ponía tan nerviosa cuando hablábamos de Travis? Algo me decía que mi madre sentía algo más que amistad por ese hombre. «Mira, igual que tú con el hijo. Madre e hija con el padre y el hijo. ¿No es cómico?» Conciencia, no es el momento para tus comentarios fuera de lugar.

Después de un rato en completo silencio, mi madre volvió a hablar, pero para preguntarme cómo había ido la fiesta, si me lo había pasado bien.

—Bueno, normal —musité echa un manojo de nervios. Si hubiera sabido que me emborraché porque Travis me besó, no me habría dejado salir y mucho menos verle.

Por lo poco que me dijo, supe que no le gustaría que él y yo estuviéramos juntos. Siempre ponía como excusa la misma historia

que no me terminaba de contar. ¿Sería un buen momento para preguntarle? Lo pensé varios minutos, unos larguísimos minutos en los que no supe cómo sacar el tema. Cuando me decidí a hacerlo, Taylor entró por la puerta de la cocina. Joder, esta chica tenía un don para interrumpir.

—Hola —nos saludó.

—Mierda, Tay, cualquier día nos matas del susto —mencionó mi madre haciéndonos reír a carcajadas.

—Eso mismo dice mi padre cuando ve a Trish en mi cocina —le contó ella—. Pasamos tanto tiempo de una casa a otra que deberíamos unirlas. —Mi madre casi se atragantó con el agua que estaba bebiendo cuando escuchó el comentario de mi mejor amiga.

Yo la miré abriendo los ojos y ella se encogió de hombros, como si con eso pudiera arreglarlo todo.

Me levanté para ayudar a mi madre a recoger y nos fuimos a mi habitación. Ella tenía que corregir unos exámenes y se metería en su despacho.

—Joder, eres una descarada. —Le pegué un empujón—. Yo estaba hablándole de tu padre, pero de otra manera. No como tú, que te ha faltado pedirle que se case con él sin más.

Sus ojos me observaron con descaro y cerró la boca de una manera muy cómica. Eso hizo que soltásemos una carcajada y que me llevara las manos a la cabeza, que aún me dolía bastante.

Nos acostamos en mi cama boca arriba y en silencio. Estaba segura de que Tay quería preguntarme por todo lo que pasó, pero algo la frenaba. Me giré, quedando frente a ella, y alcé una ceja, dubitativa, esperando que hablase de una vez. No podía tardar tanto en atreverse, había suficiente confianza entre nosotras.

—Vale, ¿qué pasó anoche con mi hermano? —dijo al fin—. Si tantas ganas tenías de que te preguntara, haber empezado a

contármelo sin más. —Suspiré a la vez que cerraba los ojos, buscando calma.

Le conté todo, desde que entré en aquella habitación hasta que alguien me besó. Le expliqué lo que sentí, lo que aquel beso me hizo percibir y lo que me enfadó confirmar que fue Travis y no me dijo nada. Taylor me entendió, siempre lo hacía, y eso me ayudaba muchísimo. No obstante, tenía claro que también entendía a su hermano y no podía reprochárselo.

—No sé qué decirte, Trish —declaró; eso no me ayudaba—. Bueno, te aconsejo que habléis, que aclaréis de una vez todo, sobre todo tú. —Puse un dedo en mi pecho a modo de pregunta—. Sí, Trish, tú. Sientes algo por mi hermano, pero no te atreves a aceptarlo por miedo a perderle. ¿Me equivoco? —Negué, poniéndome boca arriba.

—A ti no puedo engañarte, Tay. —¿Estaba preparada? ¿De verdad lo estaba? —. Claro que siento algo por Travis, siempre lo he sentido, pero… para mí era inalcanzable —solté sin miedo—. Era el hermano de mi mejor amiga, el chico más amable, humilde, guapo y amoroso que había conocido en mi vida, y me tenía completamente enamorada…

—¿Pero? ¿Qué hizo que todo eso cambiara? —Volví a mirarla.

—Nuestra amistad —musité—. Para mí, tener a Travis a mi lado es muy importante y saber que estamos a punto de romper eso me da miedo. No estoy preparada para perderle, Tay. —Me levanté con inquietud.

Es que no solo era que pudiéramos romper algo que habíamos creado con tanto cariño, también estaba el hecho de que pronto se iría a la universidad. ¿Qué pasaría entonces? ¿Se quedaría por mí? No, jamás le pediría que abandonase sus sueños por mí, al igual que no me gustaría que él hiciera lo mismo conmigo. Ambos teníamos

muchas cosas que queríamos hacer en nuestra vida y ambos sabíamos que lo nuestro, aunque me doliera decirlo, no tenía futuro.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, salieron sin permiso, al igual que mis palabras. No me creía que hubiera sido capaz de contarle a Taylor lo que sentía por Travis. ¿Sería capaz de decírselo a él también?

—Trish, ¿por qué lo complicáis tanto? —Fruncí el ceño sin entenderla—. ¿No podéis amaros y ya? El amor no puede ser motivo de tristeza. —Suspiró—. He visto a mis padres amarse con locura, pero también los he visto discutir por cosas muy fuertes. ¿Y crees que eso hizo que dejaran de amarse? —Me encogí de hombros—. Pues claro que no, tonta.

—Pero esto es distinto, tu hermano y yo somos muy jóvenes aún, ni siquiera sabemos dónde estaremos dentro de cinco años.

—¿Y quién lo sabe? Dime, ¿quién? Ni siquiera tu madre es capaz de saberlo, Trish.

—No sabía que fueras tan madura.

—Ni yo que fueras tan infantil. —Me hizo reír, como siempre conseguía.

—¿Me das un abrazo? —Asintió y me apretó tan fuerte que solté un grito.

Caímos en mi cama y comenzamos a hacernos cosquillas, como cuando éramos más pequeñas. La vida me apartó de personas que fueron muy importantes en mi vida, pero me puso enfrente a otras mucho más especiales. Adoraba a Tay, era mi hermana, y alejarme de ella sí que no lo haría jamás.

Decidimos pasar el día viendo series. Al ser domingo teníamos que exprimir todo lo posible las últimas horas que nos quedaban. Menos mal que estábamos a solo dos semanas de acabar el instituto y tendríamos vacaciones.

Recordé cuando me dieron las primeras vacaciones en el instituto actual, cómo me quedé una semana llorando porque mi padre me prometió que vendría a por mí para estar juntos un mes. Después de ese año dejé de esperarle, porque nunca cumplía sus promesas. Envidiaba eso de Tay, tenía un padre maravilloso que daba todo por sus hijos, y yo sabía que solo por eso era él quien debía ocupar el lugar del mío y hacer feliz a mi madre.

—Por cierto, tenemos que escribir las cartas para mañana —le recordé.

—Es verdad, le diré a Travis que escriba la de tu madre y te la daré mañana para que la dejes tú en su mesa.

—¿Por qué? ¿No lo hará Travis? —Me interesé, y negó.

—Mi padre no le deja ir al instituto esta semana, dice que tiene que descansar. —Formé una «o» exagerada.

—Voy a echarle de menos estos días. —¿Eso lo había dicho en voz alta? La miré de reojo.

—Sí, lo has dicho en voz alta, amiga mía —ironizó, cogiendo palomitas y tirándomelas a la cara.

—¿Cómo haces para leerme la mente? A veces me das miedo —afirmé, respondiendo a su ataque de palomitas.

Sobre las ocho se despidió de mí y se fue a su casa, era hora de descansar. Yo preparé la maleta del instituto y la ropa que me pondría. Vi alguna de las prendas que me había comprado y las dejé en el armario. No iba a vestirme así por nadie, solo porque yo quisiera. Escogí unos vaqueros cortos, una camiseta ancha y mis zapatillas de deporte.

Cené con mi madre algo rápido, me duché y me acosté temprano; estaba cansada, pero ni siquiera por eso fui capaz de quedarme dormida. Cada vez que cerraba los ojos le veía a él, notaba sus labios en los míos y mi corazón se aceleraba tanto que casi se me

salía por la boca. Me incorporé hasta quedarme sentada en la cama y cogí el móvil para mirar las redes, al menos algo de entretenimiento para conseguir dormirme. La primera foto que me salió fue una mía abrazada a Logan en la fiesta, y no recordaba haber hecho aquello. ¿Cuándo le abracé? Estábamos muy juntos, no me gustó saber que me abrazó mientras yo estaba borracha. ¿Cómo se atrevía? Y lo que es peor, ¿por qué cojones había subido la foto a su red social? Pensé en Travis y en lo que creería si llegaba a ver esa maldita imagen.

Eso hizo que me levantara. No podía esperar al día siguiente para hablar con él, para verle de nuevo. Volví a escaparme por mi ventana, volví a hacerlo aun habiéndole prometido a mi madre que no lo haría. Volví a escapar para ir a verle porque no aguantaba las ganas de que me dijera de nuevo que no se arrepentía de haberme besado.

Esta vez, cuando entré por la habitación de Tay, la encontré despierta y, cuando pensé que me regañaría, sonrió asintiendo.

—Pensé que llegarías antes —afirmó, dejándome completamente descolocada.

—Eres una bruja —comenté, y ella me sacó el dedo de en medio.

Salí de su habitación y crucé el pasillo con sigilo. Lo que menos quería era que me pillase el señor Hamilton y se lo dijera a mi madre. Entré en su cuarto, todo estaba oscuro, pero no lo suficiente, así que pude ver a Travis durmiendo plácidamente. Caminé hasta su cama y me senté a orillas de esta. Llevé mi mano hasta su incipiente barba y la acaricié con delicadeza, no quería que se despertara. «Pero si has venido para hablar con él, tendrás que despertarle, ¿no crees?», pensé a la vez que él comenzaba a abrir los ojos. Ni siquiera hizo falta llamarle porque, con mi caricia, lo desperté.

Sus ojos se abrieron y me escrutaron con confusión. Como si, aunque los hubiera abierto, creyera que seguía soñando. No era capaz de decir una palabra.

—Hola —le dije, lo que hizo que despertara del todo.

—¿Estás aquí de verdad? ¿No es un sueño? —preguntó con premura, y yo asentí sin poder esconder mi sonrisa, esa que solo salía cuando lo tenía frente a mí.

Cogió mis manos y las llevó hasta sus labios para después depositar un casto beso en ellas.

—Trish, mi Trish —susurró mientras subía su mano a mi mejilla y me acariciaba.

Ya no recordaba lo que quería decirle, él me hacía perder el rumbo y esa sensación era más intensa desde que había probado sus besos. Nunca más volvería a verle sin necesitar sentirlos de nuevo.

CAPÍTULO 24

TRAVIS

No puedo dejarla escapar



Tenerla frente a mí después de todo me demostraba lo que no creí que pasaría jamás, Trish sentía algo por mí y eso me hacía inmensamente feliz.

Estaba sentada en la cama y me incorporé para estar en igualdad de condiciones. Aún no habíamos dicho nada, las palabras no salían, no podían. Solo éramos capaces de mirarnos a los ojos, suspirar y desear volver a besarnos. Quería hacerlo, quería acercarme a ella y probar de nuevo su boca, que me pedía a gritos que no lo retrasase más.

—Espera, Travis. —Puso su mano en mi pecho y suspiré—. Primero tenemos que hablar, ¿no crees? —Asentí, entendiéndola.

—No sé cómo empezar —musité, nervioso.

—Por el principio estaría bien —propuso sin dejar de observarme.

—Tengo miedo de que este sea el comienzo de… —Puso un dedo en mis labios para callarme.

—No termines esa frase, por favor —suplicó con la voz cargada de agonía—. Yo también tengo miedo de que todo se acabe estropeando y creo que no debemos seguir adelante. —Abrí los ojos, sorprendido.

Cuando me dijo que teníamos que hablar no imaginé que sería para pedirme que dejáramos de lado lo que sentíamos. No podía… no puedo dejarla escapar. No tras haber descubierto a qué sabían sus labios, tras haber confirmado que no era indiferente para ella. ¿Cómo iba a ignorar todo eso? No lo aceptaba, no lo haría.

Tragué saliva a la vez que me levantaba. Caminé hasta la ventana, necesitaba respirar. Estaba siendo tan injusto todo... ¿Qué había de malo en que pudiéramos tener algo?

—Perdóname, Travis, por favor —se disculpó y sentí sus brazos rodear mi cintura por detrás.

Giré sobre mis talones, quedando a escasos milímetros de su rostro, pegué mi frente a la suya y cerré los ojos. Percibí el aroma que desprendía y disfruté de su contacto.

—No tengo nada que perdonarte, Trish, pero tampoco puedo seguir escondiéndote lo que siento por ti, el secreto que te he ocultado desde que nos conocemos. —Abrí los ojos y ella los tenía cerrados, algo que me ayudó a seguir observándola sin vergüenza—. Te quiero, Trish. Te he querido desde que nos conocimos y me duele tenerte cerca y no poder hacer esto. —La besé, lo hice antes de que pudiera replicar.

La besé porque lo necesitaba, porque la adoraba y era la única manera de hacerle entender que, para mí, era mucho más que una amiga, que una hermana. ¿Cómo iba a pensar en ella de ese modo cuando se me salía el corazón cuando la veía? Era imposible no enamorarse de alguien como Trish, de alguien que te hacía sentir tan especial.

Atrapé sus mejillas con ambas manos, deseando profundizar el beso, y cuando ya pensaba que se apartaría, subió sus manos hasta mi cuello para acercarme mucho más. Metí mi lengua en su boca, buscando el contacto con la suya, pidiéndole a gritos que me amara así como yo la amaba a ella. Bajé mis brazos hasta su cintura y la apreté contra mi pecho sin dejar de besarla, no podía apartarme de ella. No podía apartar mis labios de los suyos y, si seguía así, no podría dejar que se marchara nunca más de mi lado.

Mordí su labio inferior, arrancándole un gemido lastimero que hizo que mi miembro diera un brinco, algo que ella notó. Abrió los ojos y me miró, le brillaban de una manera especial. Me observaba de un modo diferente, como si me pidiera que aquello pasara, como si deseara que siguiéramos. Y, si era sincero, yo también quería lo mismo, y no veía la hora de poder acariciar cada parte de su inmaculada piel.

—No sabes cómo he soñado con este momento —declaré en un susurro casi inaudible—. No sabes cómo me ha costado guardar el secreto de quererte, de amarte como lo hago, Trish.

Se quedó en silencio, un silencio que me destrozó. Agachó la cabeza, no podía seguir mirándome y eso me mató por completo, fue como si un cuchillo me atravesase el pecho. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso ella no sentía lo mismo por mí? No, no creía que fuera eso, me había demostrado lo contrario, yo lo notaba.

—Trish, dime algo, por favor.

—Yo… no sé qué siento por ti, Travis. —Volvió a clavar sus ojos azules en mí—. Siempre había soñado con el momento en el que tú te fijaras en mí, pero era una niña. Te veía como alguien inalcanzable y ahora… ahora necesito tiempo.

Dijo cada palabra con lágrimas en los ojos, unas lágrimas que no me habría gustado ver y que, sin querer, me había contagiado. Miré

de nuevo por la ventana, no quería que me viera llorar, no después de haber sido valiente y haberle confesado mis sentimientos.

Ella se fijó en mí cuando nos conocimos y yo, como un estúpido, no me di cuenta. De haberlo hecho, ahora todo sería diferente, ¿no?

—Lo siento —se disculpó poniendo una mano en mi hombro.

—No, lo siento yo. —Me di la vuelta con la cabeza gacha—. No debí haber esperado tanto para decirte lo que siento.

Agarró mi rostro con sus manos, obligándome a mirarla, y fue ahí donde mis ojos se aguaron. Miré hacía arriba, no lloraba desde la muerte de mi madre.

—No quiero que esto nos aleje, es todo lo que te pido. —Me abrazó—. Por favor, no te alejes de mí, Travis…

—Tranquila. —Acaricié su cabello—. Jamás podría alejarme de ti, aunque me echaras de tu vida para siempre. —Besé su cabeza.

Estuvo un rato más a mi lado, hasta que se despidió y se marchó dejándome solo, triste y con unas ganas inmensas de desaparecer. A pesar de todo eso, no lo haría, no cuando tenía que conseguir que ella aceptara que también me quería. Porque sí, ella sentía lo mismo por mí, pero el temor a romper lo que habíamos construido y lo que estábamos intentando crear la alejaba de todo eso. No la culpaba, pero no dejaría de recordarle, día a día, que podíamos ser algo más.

Unos minutos después, mi hermana entró en mi habitación sin permiso y se sentó a mi lado. Al percatarse del estado en que me encontraba, me abrazó.

—Lo siento, hermanito —dijo cuando nos separamos—. Pensé que el que viniera a verte era señal de algo bueno, pero no lo parece. —Negué y me encogí de hombros a la vez.

—Le he dicho lo que siento, la he besado y he notado que el sentimiento es mutuo, pero no quiere aceptarlo y yo… yo no sé qué hacer. —Me sequé las lágrimas, que cayeron al fin.

—Al final lo hará, yo sé que lo hará…

—¿Y qué pasará cuando lo haga? Da igual que estemos juntos, Tay —dije, levantándome abruptamente—. En menos de un año me iré a la universidad de Nueva York, ¿qué ocurrirá entonces? —No respondió. ¿Qué más podría decirme si ya lo había dicho yo todo? —. Exacto, lo que tengamos estos meses se romperá cuando me vaya y creo que es uno de los motivos por los que no quiere que seamos más que amigos.

Mi hermana quiso consolarme, pero no lo consiguió. Estuvimos un rato en silencio y luego, para olvidar un poco lo ocurrido, le propuse continuar con las cartas para nuestros padres y nos pusimos a escribir. Era lo que teníamos planeado y no podíamos olvidarnos de ello.

Quedamos en que yo me encargaría de la carta para Abigail y mi hermana haría la otra. Por la mañana, ellas dos tendrían que asegurarse de dejarlas en su sitio sin ser vistas. Conmigo en el instituto era más fácil, pero mi padre no me dejaba ir y realmente yo tampoco me veía con fuerzas para ver a Trish allí también.

Cuando acabamos de escribir me acosté y, aunque me costó muchísimo volver a quedarme dormido, el cansancio me ganó y, soñando con ella, lo conseguí.

* * *

—Buenos días, campeón.

Me desperté sobresaltado al escuchar a mi padre, que casi me mata del susto.

—Lo siento, pensé que estabas despierto —afirmó mientras dejaba el desayuno en el escritorio.

—Papá, no hace falta que me traigáis el desayuno a la cama, me siento mejor y puedo bajar yo —le aseguré, pero no le convencí.

—Si lo que pretendes es que te deje ir al instituto, vas de culo —respondió, y me reí.

—Tranquilo, acepto que tengo que recuperarme. Además, me vendrán bien unos días de descanso, aunque tenga que seguir estudiando. —Me levanté con algo más de agilidad.

Era cierto que aún me dolía la espalda, que había momentos en los que me daban unos tirones que veía las estrellas, pero después de dos días en la cama me sentía un poco mejor y podía bajar solo.

Mi padre salía de mi habitación para ir a despertar a mi hermana y se sorprendió al verla en la puerta, a punto de entrar a darme los buenos días. Nos miramos y soltamos una carcajada que hizo que ella se enfadara, aunque ya la conocíamos y sabíamos que sus cabreos duraban muy poco.

—Vaya, veo que el humor mañanero de los hombres de la casa sigue intacto —ironizó dándole un beso a él en la mejilla—. Y tú, ¿qué haces levantado? ¿No deberías estar en la cama? —Caminó hacia mí.

—Tranquila, mamá. —En cuanto dije eso, enmudeció y se puso triste, algo que yo no pretendía—. Lo siento. —Cogí su mano—. Sé que la extrañas, yo también… todos los días, y jamás me voy a olvidar de ella. —Sequé sus lágrimas.

Menos mal que nuestro padre ya se había ido y no nos escuchó, lo pasaba bastante mal cuando el nombre de nuestra madre salía en alguna conversación.

—En dos días será…

—El aniversario de su fallecimiento —terminé por ella—. Lo sé, aún duele muchísimo, pero piensa que a ella no le gustaría vernos

así. Mamá será feliz si nosotros lo somos, aunque no esté para decírnoslo.

—¿Crees que a mamá le gustará que queramos reemplazarla? No sé si ella aprobaría la relación de papá con la madre de Trish —susurró secándose las lágrimas.

Me quedé pensando unos instantes, buscando las palabras adecuadas que decirle a mi hermana.

—Creo que a mamá le gustaría que papá fuera feliz, que no se quedara solo, y ciertamente no sé si la madre de Trish es la indicada, porque eso no podemos saberlo. Lo único que sé es que ambos necesitan a alguien bueno a su lado y es lo que vamos a darles, ¿vale? No te preocupes por nada más. —Asintió, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Yo casi salí tras ella, porque quería despedirme en la puerta. Iba a ser el primer día en mucho tiempo que me quedaría en casa, ya que nunca me había puesto tan enfermo como para faltar al instituto. Salí al porche y vi cómo se montaba en el coche y alzaba la mano para decirme adiós. También vi el coche de Abigail, y apareció ella, clavando sus ojos en los míos. Me puse nervioso al ver que venía hacia mí.

—Buenos días, Travis. ¿Cómo te sientes? —Me saludó como si nada, parecía nerviosa.

—Mejor, Trish. ¿Y tú? ¿Estás mejor? —Asintió desviando la mirada hacia otro punto—. Espero que tengas un buen día, y suerte al dejar la carta.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, Travis —me dijo al oído, dejándome completamente confundido—. Después vendré a verte. —Le sonreí.

¿A qué había venido eso? ¿Qué quería decir? Joder, ahora iba a estar toda la mañana pensando en ella. ¿Me quería? Me había dicho

«te quiero», pero ¿con qué significado? Ya me lo había dicho otras veces, muchas, a decir verdad. No obstante, ninguna otra había sonado como esa.

CAPÍTULO 25
TRISH
Estaba enamorado de mí



Travis me quería, estaba enamorado de mí y siempre lo estuvo. ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué esperó tanto para declararse? «¿Habría cambiado algo haberlo sabido entonces?», pensé, y realmente no lo sabía, solo tenía la certeza de que mis sentimientos hacia él eran tan fuertes como los suyos hacía mí. Y yo cada vez tenía más claros los míos. Porque, a pesar de todo, siempre estuve enamorada de él, pero tenía miedo… me aterraba la idea de tenerle y perderle. Por el amor de Dios, pronto se iría. Además, estaba el tema de nuestros padres. ¿Qué pasaría si comenzábamos a ser familia? ¿Cómo iba a lidiar con lo que sentía siendo hermanastros? ¿Qué dirían nuestros padres? Bueno, en la ecuación tenía que quitar a mi madre, pues ella ya me había dicho que no estaba de acuerdo.

Cuando salí de su habitación, pegué mi espalda a la puerta. Me quedé ahí unos minutos, hasta que Tay salió y me vio ahí, llorando con el corazón encogido y a punto de volver a entrar.

—Trish, ¿estás bien? —La miré y negué, por lo que ella me abrazó —. Tranquila, ya verás que todo tiene solución.

Me llevó hasta su cuarto, pues corríamos el riesgo de que nos viera su padre y era mejor no seguir dando problemas.

—No sé qué hacer, Tay… Travis me ha dicho que me quiere, que siempre me ha querido y yo… yo no he sido capaz de decirle que siento lo mismo por él. ¿Cómo? Me aterra perderle. —Me sequé las lágrimas—. No podemos estar juntos, por mucho que deseemos estarlo, es imposible y cuanto antes lo aceptemos, mejor.

Fue lo último que le dije antes de salir por su ventana para bajar por el árbol. Corrí por el jardín y entré en mi casa por la cocina. La luz estaba encendida y mi madre me vio.

—Volviste a escaparte —afirmó acercándose a mí.

Iba a regañarme, lo sabía, pero al verme llorando me abrazó. Nos sentamos y cogió mis manos. Me conocía muy bien y sabía que estaba así por Travis, pues la última vez que me escapé había sido para ir a verle, y tras darse cuenta de que algo pasaba, solo tenía que hilar los hilos.

—¿Qué ha pasado? ¿Me lo quieres contar? —No le respondí, no sabía que hacer—. Mira, Trish… yo ya te he dicho lo que puede pasar, pero entiendo que, si hay sentimientos de por medio…

—¿A qué te refieres con eso? —La interrumpí y ella sonrió.

—Estás enamorada de Travis, siempre lo has estado y en el hospital me di cuenta de que él lo está también de ti. No hay que ser un lince para percatarse de ello, solo hay que ver cómo te mira. —Asentí, aunque sin decir palabra.

Pensé en la manera de contarle a mi madre todo lo que había pasado entre nosotros, porque, aunque me dijera todo eso, era complicado para mí hablar de mis sentimientos con ella. Confiaba en ella, claro que sí, pero me daba corte y más después de los besos

que nos habíamos dado Travis y yo. No obstante, tenía que intentarlo y posiblemente eso me ayudara a tomar una decisión.

—Eh… Travis me ha besado —dije al fin, y ella abrió los ojos desorbitadamente—. Me ha dicho que me quiere y yo solo he podido escapar porque no sé qué decirle.

—¿Le quieres? —Asentí—. ¿Entonces?

—Tengo miedo a perderle, a que esto no salga bien y ambos salgamos heridos. Tengo miedo a que se vaya y me quede aquí, sin él. —Mi madre apretó mi mano—. ¿Qué puedo hacer, mamá? Yo le quiero, le quiero muchísimo.

—Yo no puedo decirte lo que debes hacer y, aunque me ha costado darme cuenta, ya eres mayorcita para tomar tus propias decisiones —expresó con sinceridad—. Lo único que puedo decirte es que, hagas lo que hagas, sea siempre con el corazón. Sé que te dije que los amigos no pueden ser algo más por lo que me ocurrió a mí, pero lo tuyo es completamente diferente. —Fruncí el ceño.

Se levantó con la intención de alejarse de mí y la pregunta que pudiera hacerle acerca de su pasado, pero esta vez no se me escaparía. Se sirvió un café, demostrándome así que la conversación iba a ser larga, que me contaría su historia y, no sabía por qué, pero presentí que el padre de Travis era el protagonista de esa historia.

Comenzó a narrarme el día que conoció a ese muchacho; era alto, moreno, ojos oscuros y cabello rizado. Prácticamente estaba describiendo a Travis padre. Se enamoró de él desde el principio, pero se hicieron los mejores amigos. Ella siempre quiso tener algo más, pero él parecía no percatarse de ello. Eso o que no quería, que también podía ser.

La noche que decidió decirle lo que sentía, la última noche antes de volver cada uno a su casa por navidad, él le presentó a su novia,

Paris. Miré fijamente a mi madre y ella asintió, confirmando lo que yo había sospechado.

—Estabas enamorada de Travis. —Puse una mano en mi boca—. ¿Y ahora?

—¿Qué? Ahora nada, somos amigos, compañeros de trabajo y nada más. —Volvió a sentarse—. Él nunca se fijó en mí de esa manera y por eso tenía miedo de que te pasara a ti lo mismo, pero ya veo que no, que lo tuyo no tiene nada que ver con mi pasado. —Se secó unas lágrimas traicioneras y yo agarré su mano para darle apoyo.

—Mamá, ¿por qué no le dices lo que sientes? —Me observó, perpleja—. Es decir, si aún estás enamorada de él.

—Nunca dejaré de amarle, fue y será el amor de mi vida. —Dejó la taza en el fregadero—. Aun así, hay cosas que no pueden ser y yo ya lo he aceptado. Además, ahora tengo un admirador secreto y, quién sabe, lo mismo es el hombre que yo siempre he estado esperando. De todas formas, el amor no es algo que esté buscando. —Alcé una ceja con ironía.

—Si no buscas el amor, ¿por qué te emocionas con el admirador secreto? —Se rio—. No importa, mamá, y si el señor Hamilton no es capaz de ver lo hermosa que eres, es porque no vale la pena. —Me abrazó con todo su cariño—. Te quiero, mamá.

—Yo más, cielo.

Me encaminé hacia la puerta para irme a la cama, pero antes de salir de la cocina, volvió a hacerme la pregunta.

—¿Qué harás con Travis? —Me encogí de hombros—. Cariño, disfruta de cada minuto y después, ya se verá. —No entendí lo que quería decir y se dio cuenta por la cara que puse—. A Travis le quedan varios meses para irse, Trish. —Formé una «o» exagerada y nos carcajeamos.

Le di las buenas noches y subí a mi habitación con el corazón en un puño, la mente a mil por hora y el deseo de aceptar lo que viniera sin miedo a lo que pudiera pasar.

Por la mañana, me levanté antes de que sonara el despertador, tan cansada que no estaba segura de que fuera a aprobar el examen de ese día. Me había pasado toda la noche pensando en él, en sus besos, en sus palabras y en cómo me abrazaba. Estuve recordando los momentos que habíamos pasado juntos, cada risa, caricia, cosquillas y confidencias. Me miré al espejo y sonreí. Por alguna extraña razón me sentía feliz, estaba feliz porque una de las cosas que me separaban de él era mi madre, y ahora me apoyaba. El único impedimento era el tiempo, y pensaba disfrutarlo todo lo posible con él. Estaba segura de que iba a sufrir, ambos lo haríamos cuando llegase el día de su marcha, pero merecía la pena cada segundo a su lado.

Bajé a desayunar en cuanto terminé de arreglarme y mi madre ya estaba esperándome con una sonrisa. Se la veía diferente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima y, para qué negarlo, yo estaba igual. Poder hablar con ella de nuestros secretos fue liberador.

—Hoy tienes un examen muy importante —me recordó—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien —musité antes de darle un sorbo a mi zumo de naranja.

—Ese bien no ha sonado muy convincente, hija. —Le sonreí.

—Tranquila, mamá, voy a aprobar —le aseguré, y con un «eso espero» terminamos y recogimos.

Salimos de la casa y vi a Tay subiéndose al coche con su padre. Miré hacia la puerta y ahí estaba Travis, mirándome, esperándome, o eso fue lo que percibí. No podía irme sin decirle nada, sin hacerle ver lo mucho que me importaba, así que le dije a mi madre que iría

a saludarle. Ella aceptó y se quedó esperándome en el interior del vehículo.

—Buenos días, Travis. ¿Cómo te sientes? —Fue lo único que pude decirle, estaba muy nerviosa.

—Mejor, Trish. ¿Y tú? ¿Estás mejor? —Asentí, desviando la mirada hacia otro punto—. Espero que tengas un buen día, y suerte al dejar la carta.

Me acerqué a él con la intención de besarle, pero mi boca tuvo que pegarse en su mejilla. Su padre podría vernos y no estaba segura de lo que pudiera pensar él. Antes de alejarme, le dije al oído que le quería y que iría a verle después. Se quedó mudo, pero me sonrió de ese modo tan especial.

Salí corriendo para irme, mi madre me estaba esperando.

Por el camino, agradecí que no me sacara el tema y, cuando llegamos, me despedí de ella y fui hasta Tay para entrar al centro. Agarré su brazo mientras me miraba con el ceño fruncido, los labios apiñados y la mente divagando. Sí, estaba loca por preguntarme qué le había dicho a su hermano, pero eso tendría que esperar. Sin que nadie se diera cuenta, me dio la carta que debía dejar en la mesa de mi madre y corrí hasta su aula lo más rápido que pude para hacerlo antes de que ella llegara.

Entré y suspiré al ver que aún no había nadie. Giré sobre mis talones y, al salir, choqué con el cuerpo de Logan, que me miraba extrañado.

—Trish, ¿qué haces aquí? Esta no es tu clase. ¿O acaso has venido a verme?

Por un momento no supe qué decirle, pero pronto recordé la maldita foto y fue la excusa que le puse. De igual manera, iba a reclamarle lo que hizo y era el mejor momento para hacerlo.

—Sí, he venido para hablar contigo —le confirmé lo que él creía y sonrió con superioridad.

—Soy todo tuyo. —Hizo un intento de acercarse a mí, pero me alejé antes de que llegase siquiera a entrar en mi espacio personal —. ¿Qué te pasa? Pensé que yo te gustaba. ¿Es por Travis? Ya le pedí perdón.

—No es por eso, Logan. —Cogí mi móvil y busqué la foto para enseñársela—. ¿Por qué? —Pregunté, mostrándosela—. ¿Por qué me abrazaste? Yo estaba borracha, ni siquiera me acuerdo de nada. Además, no debiste publicar la foto y te pido, por favor, que la borres antes de que la vea mi madre y se entere de que bebí aquella noche.

Puso un dedo en su barbilla, como si estuviera pensando, y negó enseguida. Parecía no estar de acuerdo con lo que yo le había pedido y eso me cabreó de tal manera que me acerqué a él para encararle. ¿Cómo se atrevía?

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —Fruncí el ceño—. ¿Ni siquiera de que estuvimos a punto de besarnos? Si no fuera porque llegó Taylor, ahora mismo estaríamos juntos y no sabes cómo me quedé con las ganas de hacer esto.

No me dio tiempo a reaccionar. Pasó su brazo por mi cintura y me besó sin permiso, sin que yo lo aceptara. Me robó un beso como si no importase, como si fuera solo pegar unos labios y ya está. No duró mucho, porque en cuanto pude zafarme de él le di una patada en la entrepierna que le hizo caer de rodillas al suelo. Miré a mi alrededor y no estábamos solos, había bastantes compañeros que lo habían visto todo, y también estaba mi madre que, nada más verme allí, cogió mi brazo para sacarme del barullo.

—Espera, mamá, tengo que hacer una última cosa. —Me solté de su agarre.

Me agaché a la altura de Logan para hablarle.

—Esta te la debía por lo de Travis y ahora también por haberme besado, capullo, y como no borres esa estúpida foto, te dejaré sin huevos. ¿Me has entendido?

—¡Trish Evans! —La voz del director nos sorprendió—. A mi despacho. —Alcé las manos, desconcertada—. Ahora.

Agaché la cabeza y seguí al padre de Travis hacia su despacho.

Sabía que me iban a castigar ayudando en el comedor, pero no me importaba porque, por primera vez, alguien ponía en su sitio a Logan. Joder, ¿cómo había estado tan ciega? Tay tenía razón, era un gilipollas y tenía que haberle pegado antes, por abusador.

CAPÍTULO 26
TRAVIS
Solo quiero estar contigo



Me pasé toda la mañana dando vueltas de un lado al otro, pensando en Trish, en lo que me dijo antes de irse. Una parte de mí deseaba que ese te quiero fuese el que yo esperaba y no el de una amiga. Por otro lado, entendía su miedo, su desconcierto. Si analizábamos con tranquilidad todo, en unos meses me iría y estaríamos a trece horas de distancia en coche. ¿Cómo íbamos a mantener una relación así? Yo y mi estúpida idea de pedir plaza en la universidad de Nueva York… Ahora me arrepentía, si quería estar con ella, ¿qué haríamos?

Era la hora de comer cuando me llegó un mensaje de Derek con un vídeo. Pensé que sería algo estúpido de TikTok y no lo abrí. Me calenté un poco de lasaña que había sobrado y me senté a comer viendo la tele; tenía que coger fuerzas para cuando llegase mi padre con todo lo que tendría que hacer del instituto, incluido el examen de matemáticas que tenía a primera hora.

A la hora de la salida del insti, volví a recibir un mensaje de mi compañero, pero esta vez me había escrito.

¿Has visto el vídeo?
Creo que deberías verlo

No respondí, solo hice lo que me pidió y abrí el maldito vídeo. Al principio creí que se trataba de alguna pelea entre dos compañeros de nuestra clase, jamás pensé que vería a Logan besando a Trish… mi Trish. Sin terminar de verlo, tiré el móvil de mala manera en el sofá y me pasé las manos por el rostro lleno de frustración. ¿Cómo se atrevía a besarla? Joder, tenía que haber ido al instituto, de haberlo hecho no habría pasado.

Cogí de nuevo el móvil, que seguía sonando. Derek no paraba de escribirme. Decidí terminar de verlo y solté una carcajada al ver la patada que Trish le dio en la entrepierna al egocéntrico de Logan Craig, el capitán del equipo de baloncesto. El tío más popular había sido humillado por una chica menor delante de todos nuestros compañeros. Aunque me encantó ver que se había defendido, no lo iba a dejar pasar, tenía que darle su merecido a ese gilipollas.

¿Ya?

Comencé a teclear mi respuesta con un cabreo tan monumental que no sabía cómo esconderlo ante mi familia.

Sí, ya lo he visto
Dile a Logan de mi parte que cuando lo vea le
voy a patear los huevos yo
Y no, no es una broma. Lo estoy diciendo
completamente en serio.

Derek estaba escribiendo su respuesta, pero dejé el móvil al escuchar la puerta de mi casa; mi hermana había llegado ya.

—¿Travis? ¿Dónde estás? —Escuché la voz de Taylor desde el pasillo.

—¡En el salón! —le respondí alzando la voz.

Sus pasos se aproximaban acelerados y supuse que estaría loca por contarme el chisme del día, aunque ya lo hubiese visto. Lo bueno era que ella tendría más detalles, ya que Trish se lo habría contado.

Llegó hasta mí casi sin aliento y, antes de saludarme, se sentó a mi lado en el sofá. Se puso las manos en el pecho y respiró profundamente, llenando sus pulmones.

—Necesitas hacer más ejercicio, hermanita —me burlé de ella.

—Lo sé —musitó—. Joder, es que tengo que contarte algo muy fuerte y no sé cómo te lo vas a tomar…

—Logan ha besado a Trish —la interrumpí antes de que acabara la frase. Abrió los ojos, asintiendo.

—¿Cómo te has enterado? Joder, las noticias vuelan, y yo que quería contártelo antes que nadie... —Se cruzó de brazos, fingiendo enfado.

Le dije que Derek me había enviado el vídeo, y aunque al principio me cabreé muchísimo, tanto que me costó terminar de verlo, al final lo miré entero y me reí al ver la patada que le dio Trish. Nos carcajeamos viéndolo de nuevo. Aún me costaba observarla en brazos de otro, mirar cómo otro tipo la besaba. Me tranquilizó saber que ella no le correspondía, así que habíamos dado un paso adelante, dejando a Craig atrás por fin.

—Lo que más coraje me ha dado ha sido no verlo en directo, pero cuando me lo contaron y me enseñaron el vídeo no podía esperar la hora en que Trish llegase y me diera detalles. —Se tuvo que agarrar la barriga porque no podía parar de reírse—. Eso sí, está castigada toda la semana por agredir a un compañero, aunque a él lo quieren expulsar. —Fruncí el ceño.

—¿Expulsarlo? ¿Por besar a una compañera? —Negó enseñándome una captura de pantalla de la foto de Logan y Trish abrazados, la misma que vi yo y que él mismo publicó después de la fiesta—. ¿Por la foto?

—Sí, Trish le contó a papá que Logan había subido una foto sin su permiso. Claro, que al contar lo de la foto, también dijo que estaba borracha. —Me puse los dedos en el puente de mi nariz a la vez que negaba—. Pero tranquilo, ella ha alegado que Logan abusó de su embriaguez para hacerle esa foto, y no solo ha tenido que borrarla, han pedido hablar con sus padres para decidir si lo expulsan.

Me quedé callado unos minutos, pues el tema no era una tontería, era más grave de lo que pensábamos. No solo la besó sin permiso, algo que ya se podría considerar abuso, también publicó una foto de ella borracha donde él la abrazaba, y dudo que Trish se hubiera dejado abrazar por Logan de haber estado con sus cinco sentidos. Mierda, Logan era un hijo de puta y yo no tendría que haberme ido de allí y dejarla sola. «No te culpes, no sabías que tu supuesto mejor amigo sería capaz de hacer algo así.» ¿Hasta dónde llegaba su estupidez? Desde que lo nombraron capitán del equipo se fue haciendo más popular y creyéndose el rey del mundo, pero hasta los reyes podían caer.

—¿Cómo está ella? —Me preocupé—. Me dijo que vendría a verme, pero si está castigada, dudo que pueda hacerlo. —Suspiré, abatido.

—Tranquilo, hermanito, Trish solo está castigada en el instituto, y créeme, papá no la hubiera castigado si no fuera porque había pruebas del golpe —explicó poniendo una mano sobre mi rodilla—. Ella vendrá a verte, estoy segura.

Al decir eso, se levantó para ir a su habitación a ponerse cómoda; tenía mucho que estudiar.

Media hora después, ya tenía a mi padre en casa dándome todo lo que tenía que hacer. Empezamos por el examen. Lo hice en su despacho, sin móvil ni nada, como si estuviera en clase, así no tendría la oportunidad de copiar. Lo bueno de hacerlo en mi casa fue que me dio más de una hora para terminarlo. Al final todo eran ventajas.

El examen estaba tirado, así que lo terminé antes de tiempo. Salí del despacho de mi padre y se lo di para que él mismo se lo llevara a Abigail, pero él me lo devolvió.

—Ve a llevárselo tú ahora, está en su casa. —Me emocioné, aunque no lo demostré.

—Voy ahora mismo. —Le sonreí.

—Espera, espera. —Cogió mi brazo—. ¿Cómo te sientes? ¿Estás mejor? Veo que aún te cuesta un poco caminar, mejor lo llevo yo. —Comencé a negar eufóricamente.

—Papá, estoy bien, te lo prometo —le tranquilicé—. Además, está aquí al lado y, aunque me duela todavía la espalda, tengo que caminar, ¿vale? —Frunció los labios, no estaba de acuerdo con mi argumento.

—Hazme caso, hijo, y déjame a mí llevarlo. —Bufé exasperado y le devolví el examen—. Vuelvo enseguida.

«Mi gozo en un pozo», pensé. Con las ganas que tenía de verla, aunque no pudiera acercarme a ella como cuando estábamos a solas. Me conformaba con escucharla, estar cerca, a pesar de lo mucho que deseaba besarla y encerrarla entre mis brazos.

Subí a mi habitación para hacer los ejercicios que tenía y con los que tardé más de dos horas. Mi padre llegó, pero lo supe porque escuché la puerta y no porque viniera a decirme algo. Terminé y guardé todo en la carpeta para entregárselo y que se lo llevara a mis

profesores. Cuando me disponía a salir, me encontré a Trish a punto de tocar en mi puerta.

—Trish —susurré su nombre.

Ella entró y cerró tras de sí para después, sin previo aviso, caminar hasta mí y besarme como si estuviera deseándolo desde hacía horas. No pensé, no podía hacerlo. Sus labios eran pura fantasía, su boca me calentaba el alma… su lengua buscó la mía y comenzaron a darse el calor que nuestros cuerpos pedían a gritos. La abracé con fuerza, apretándola contra mi pecho a la vez que ella subía sus brazos para cruzarlos tras mi cuello.

De pronto, escuchamos unos pasos acercarse a mi puerta y nos separamos de golpe antes de que nos pillaran. No obstante, quien fuera pasó de largo, así que cogí su mano y la puse a la altura de mi corazón.

—¿Esto quiere decir que me aceptas? —Formulé la pregunta, aterrado.

—Esto quiere decir que te quiero, Travis, y creo que siempre te he querido —declaró en un hilo de voz—. No sé lo que pasará, cómo lo haremos… solo quiero estar contigo y seguir disfrutando de tu amor.

Pegué mi frente a la suya y suspiré aliviado, ya que pensaba que seguiríamos siendo solo amigos y no lo que me estaba diciendo. Me quería, Trish por fin aceptaba que me quería.

—No sabes cómo he soñado con este momento, pequeña. —Besé su frente—. Lo mucho que he necesitado tenerte así, cerquita de mí, y poder hacer esto cada vez que me apeteciera. —Cogí sus mejillas con ambas manos y, tras darle un beso en la punta de su nariz, volví a atacar su boca tras un intento fallido de controlarme.

Ya no tenía voluntad para esconderme, para parar. Ya no podría dejar de besarla aunque quisiera y ya, si ella me dejaba, la amaría

por el resto de mi vida. Antes de que el beso se volviera más intenso, ella paró y se dirigió hasta la puerta para poner el pestillo.

—Muy acertado —dije sin poder soltar su mano.

Tiré de ella y la llevé hasta mi cama, donde nos recostamos y seguimos besándonos como si no importase nada más que ella y yo. Tenía la necesidad de acariciar su cuerpo, de sentir su piel más allá, pero me daba miedo a estropear algo que empezaba a ser lo más bonito que me había pasado en la vida.

De pronto, Trish cogió mi mano y la puso sobre su estómago, dejándome libre albedrío para tocar. Metí la mano por debajo de la camiseta e hice círculos con mis dedos sobre su piel caliente, porque estaba igual que yo, ardiendo de deseos porque la tocase. Me alejé de sus labios para dejar un reguero de besos por su rostro y seguir mi camino por su cuello donde, primero, aspiré su aroma, embriagándome de lo bien que olía. Repasé su piel con mi lengua, arrancándole un gemido que me calentó sobremanera.

—Travis, Travis —jadeó mi nombre de un modo espectacular, de una manera que jamás iba a olvidar.

Clavé mis ojos en los suyos, quedándonos prendados el uno de otro. Me regaló la mejor de las sonrisas, y me enamoré más de ella si podía, era completamente imposible adorarla más.

—Te amo muchísimo, pequeña.

Si me hubieran dicho que llegaría este día, el día en el que tendría al amor de mi vida entre mis brazos, que podría besarla, abrazarla y decirle todo lo que me hacía sentir, no me lo habría creído, porque… me parecía imposible que una chica como ella se hubiera fijado en mí.

CAPÍTULO 27
TRISH
No volveré a negar lo que siento



No me podía creer que tuviera que ir al despacho del director solo para defenderme de un chico que se creía con el derecho a hacer y deshacer a su antojo. Pero no iba a dejar que se saliera con la suya, que siguiera cometiendo estupideces sin castigo alguno.

Entramos y el señor Hamilton hizo que me sentara frente a él. Iba a hablar, pero vio la carta de su admiradora secreta, algo que le puso nervioso. Se sentó y rápidamente la cogió para guardarla en un cajón de su escritorio. Si supiera que la carta estaba escrita por su propia hija...

Me miró fijamente, con las cejas alzadas; se le notaba el cabreo que tenía y, aunque me parecía injusto, tenía que aceptar que golpear a alguien, aunque fuera a Logan Craig, tenía su castigo, y no me quejaría por ello. No obstante, conseguiría que a él también lo castigaran.

De pronto, entró mi madre y se sentó a mi lado sin permiso, acto que al director no le hizo mucha gracia, pero no dijo nada al

respecto.

—Trish, ¿sabes por qué estás aquí? —Asentí—. No puedes golpear a un compañero…

—¿Aunque ese compañero le haya hecho algo a ella? No me digas tonterías, Travis —lo interrumpió mi madre con una confianza arrolladora.

—No me has dejado terminar, Abigail —le respondió él—. Entiendo lo que dices y conociendo a tu hija sé que habrá tenido un motivo. Aun así merece un castigo, ¿no crees? —A mi madre no le quedó otra que asentir, pues tenía razón.

Pedí permiso para sacar el móvil sabiendo que, en cuanto enseñase la estúpida foto, mi madre se cabrearía conmigo por haberme emborrachado. No es que fuera una niña pequeña, pero aún era menor de edad y a ella no le gustaba que perdiera la conciencia por culpa del alcohol; se evitaban muchos problemas, ¿no?

Le di el móvil y el señor Hamilton frunció el ceño mientras se lo pasaba a mi madre que, tras mirarme con los ojos como platos, me devolvió el teléfono.

—Cuéntanos qué ha pasado con detalle, Trish —me pidió él en tono conciliador.

Le narré lo sucedido desde el día de la fiesta con todo lujo de detalles, incluida la borrachera. Como supuse, mi madre se enfadó, pero también se puso de mi parte al darse cuenta de que Logan me hizo la foto abrazándome sin permiso y la publicó en su red social, algo que se consideraba un delito. Además, vieron el vídeo que habían grabado y lo que no pudieron ver en directo: el beso de ese estúpido y lo poco que me había gustado. No tenía derecho a hacerme nada de lo que hizo y aquello no se podía quedar así.

—Entiendo que te has defendido, Trish y, aunque como director debo castigarte por tu comportamiento, como amigo de tu familia te digo: «bien hecho». —Mi madre le sonrió—. Ayudarás toda la semana en la limpieza de la cocina del comedor, ese será tu castigo.

—¿Y qué le pasará a él? —Intervino mi progenitora.

—Hablaré con sus padres y solicitaré la expulsión por unos días del centro, algo que no le va a ayudar en nada de cara a la universidad, pero muy necesario para que aprenda la lección. —Ambas asentimos.

Nos levantamos para irnos de una vez, mi madre tenía clase y yo también; ya llegaba tarde. Antes de salir, me llamó de nuevo.

—Trish, la próxima vez que te ocurra algo así, quiero que veas en mí algo más que tu director, ¿de acuerdo? Eres como una hija para mí y no me gustaría que volviera a suceder algo parecido. —Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla, dejándolo completamente confundido.

Salimos al fin del despacho y mi madre me acompañó a mi aula. Antes de entrar, me paró para darme un abrazo.

—No creas que me ha gustado saber que has bebido, pero me alegro de que hayas sabido defenderte, cariño. —Asentí agachando la cabeza—. Ah, eso sí… estás castigada. —Le sonreí a la vez que negaba con la cabeza y entraba en clase.

Nada más entrar, me dieron el examen. Mis compañeros estaban a punto de acabar, pero yo necesité más tiempo.

Tay no paraba de mirarme, buscando la manera de enterarse de lo que había pasado, aunque ya hubiese visto el vídeo, estaba segura de ello. Seguimos en silencio, con los cambios de profesor y anotando los ejercicios, que no eran pocos. Para estar cerca el final de curso, se estaban pasando bastante.

Durante toda la mañana, no paré de pensar en Travis y en las ganas que tenía de que acabase el castigo para correr a sus brazos y poder decirle la verdad.

Llegó el descanso y salimos, claro que Tay primero me llevó al baño para que le contase todo sin que nadie nos escuchara. Tal como yo sospechaba, había visto el vídeo.

—¿Eres consciente de lo orgullosa que estoy de ti? Joder, le has pegado una patada en los huevos a Logan. —Su comentario me hizo reír—. Ahora sí, ¿qué ha pasado?

—No es más de lo que has visto en el vídeo… —Enmudecí al percatarme de algo—. ¿Lo habrá visto tu hermano? Espero que no, me gustaría ser yo quien se lo contase y no que se enterara por un chisme.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro, me había puesto nerviosa. No quería que solo supiera que Logan me había besado y que pensase que no quería estar con él. Taylor se puso delante de mí, prohibiéndome seguir con mi caminata. Puso sus manos sobre mis brazos y me miró con una ceja alzada.

—Tranquilízate, ¿quieres? Mi hermano no va a pensar nada malo de ti, al contrario. Cuando sepa todo lo que ha pasado, creerá que le has dado su merecido a Logan —me tranquilizó—. Es más, creo que él también querrá dárselo.

Solo me quedaba enseñarle la foto, pero cuando fui a verla ya no aparecía. Me alegró saber que la había borrado, pero quería enseñársela a Tay. Entonces ella puso su móvil delante de mi cara y me reí a carcajadas al comprobar que estaba en todo, como siempre; le había hecho una captura de pantalla antes de que ese estúpido la borrase.

La abracé y salimos del baño para ir a comer. Cuando entramos en el comedor, todos me miraron y murmuraron, lo que hizo que me

sintiera incómoda. Logan estaba en su sitio y no paraba de clavar sus ojos en mí, observándome de un modo que daba un poco de miedo.

—Creo que ya le han dado lo suyo —comentó Tay.

—Lo quieren expulsar. —Formó una «o» exagerada—. Eso no le ha debido de gustar nada y a sus padres menos, pero que se joda, por gilipollas.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga? —Preguntó mientras nos sentábamos en nuestra mesa de siempre.

Comimos tranquilamente, hablando de todo un poco, incluido su hermano. Le dije que quería estar con él, que le quería y que había sido una estúpida por no aceptar antes lo que sentía por Travis.

—No volveré a negar lo que siento —expresé soltando un suspiro, y ella cogió mi mano.

La sirena sonó y Tay se fue corriendo para ir al baño antes de entrar a la última clase. Cuando me disponía a salir de allí, sentí la mano de alguien agarrar mi brazo, giré sobre mis talones y me encontré con la mirada oscurecida de un Logan muy enfadado. Me solté de su agarre de un tirón a la vez que alzaba una ceja, incrédula.

Iba a decirme algo, pero no pudo, ya que mi madre llegó al lugar y se puso delante de mí para pedirle, amablemente, que se fuera a su aula. Él no se achantó ante ella, a pesar de que era su profesora. No obstante, asintió y pasó por mi lado, chocando su hombro contra el mío para irse al fin. Me había asustado, por mucho que yo me hubiera defendido de él, me asustó su modo de encararse a las dos como si no fuéramos importantes, como si le dieran igual las consecuencias.

—¿Estás bien? —se preocupó mi madre al verme temblar.

—Sí, sí, tranquila.

—Anda, vamos. —Puso su mano en mi espalda—. Creo que debo hablar con el director para pedirle una reducción de tu castigo, no te mereces estar toda la semana limpiando la cocina mientras que ese tipejo se comporta de ese modo. —Comencé a negar.

—Déjalo estar, mamá. No liemos más las cosas, yo acepto mi castigo. —Apiñó los labios—. Además, es solo una semana, ¿qué puede salir mal?

Después de todo, el tiempo pasó volando y terminamos de limpiar enseguida, ya que las limpiadoras eran muy rápidas. Tay quiso ayudarme, pero no la dejé y le pedí que se fuera a casa con Travis. Él estaba solo.

Al salir, pensé que sería mi madre la que estaría esperándome, pero era el señor Hamilton quien me llevaría a mi casa, pues él salía a la misma hora que yo.

El camino lo hicimos en completo silencio y, aunque me hubiera gustado hablar con él de mi madre, de la carta o de lo que fuera, no era muy conversador y tampoco iba a estar preguntándole cosas que pudieran hacerle sentir mal.

Llegamos a nuestra calle y, después de darle las gracias, entré en mi casa. Lo primero que hice fue ir a mi habitación a hacer los ejercicios. Tardé más de una hora. Me duché rápidamente, me vestí con lo más cómodo que tenía y bajé las escaleras de dos en dos con la intención de ir a verle. No aguantaba ni un segundo más sin besarle.

—Eh, eh, eh. ¿A dónde te crees que vas, señorita? —Mi madre me sorprendió antes de salir.

—¿A ver a Tay? —Le respondí con una pregunta irónica, la cual no se creyó, y no la culpaba, no había sonado muy convincente.

—No me mientas, sé que vas a ver a Travis. —Puse los ojos en blanco—. No pasa nada, ve si quieres, pero no llegues tarde, ¿vale?

Recuerda que estás castigada y que no deberías salir. —Asentí reprimiendo una sonrisa—. Esta vez haré que no te he visto, ¿de acuerdo?

Corrí hacia ella y le di un abrazo tan fuerte que se quejó de dolor. Nos carcajeamos y le di un beso en la mejilla.

—Gracias, mamá.

Salí de mi casa como alma que llevaba al diablo y, aunque sabía que podía entrar por la puerta, preferí escalar el árbol como una vulgar ladrona. Aunque, si lo mirábamos en el plano romántico, más parecía Julieta a punto de verse con su Romeo a escondidas de todos. Entré en la habitación de Tay y agradecí que no estuviera, ya que me hubiera hecho mil preguntas y no podía perder más tiempo. Salí y, antes de tocar en su puerta, él abrió y por fin nos encontramos.

Entré y cerré tras de mí con deseos de hacer algo que ni pensé: me acerqué a él y antes de que dijera ni media palabra, pegué mis labios a los suyos con desesperación, con el deseo reprimido de todo el día. Lo que no me esperaba era que, tras declararle mis sentimientos, acabaríamos en su cama besándonos. Estaba muy nerviosa, más de lo que creí que estaría, pero aun así puse su mano en mi estómago, deseando sentir sus dedos sobre mi piel, rezando para que pudiéramos llegar a más, a pesar de que no era el momento, y mucho menos el lugar.

—Travis, Travis —jadeé su nombre cuando empezó a hacer círculos en ese lugar.

Mi piel era sensible a su contacto.

Clavó sus ojos en los míos, nos quedamos prendados el uno del otro y le sonreí, le regalé la mayor de mis sonrisas, la misma que se esfumó cuando me dijo lo siguiente:

—Te amo muchísimo, pequeña.

—Yo… yo también te amo, morenazo. —Se rio por mi comentario y volvió a atacar mi boca sin piedad.

CAPÍTULO 28
TRAVIS
Yo tengo miedo del tiempo



Escuchar de sus labios ese «te amo» fue como un bálsamo para las heridas que no eran visibles, las del corazón. No solo estaba triste porque recordaba a mi madre, también porque había pensado que ese momento no llegaría jamás, y estar así con ella me pareció un sueño hecho realidad.

Seguíamos besándonos. Perdí la cuenta del tiempo que llevábamos dándonos tantos besos y caricias y estaba a punto de perder la puta cordura… Trish haría que perdiese la cabeza en cualquier momento.

Cogió mi mano con delicadeza, con vergüenza, y la subió hasta uno de sus pechos, dándome permiso para tocarla más allá de lo permitido. Clavé mis ojos en los suyos, viajé hasta sus labios hinchados y rosados por mis besos y suspiré como un tonto enamorado, porque así me tenía, enamorado hasta la médula.

Toqué por encima de la tela de su sujetador; su pezón se endureció con el contacto y me dieron ganas de saborearlo con mi

lengua, algo que me daba miedo hacer, pues no sabía si ella estaría preparada. No obstante, llegaríamos hasta donde ella quisiera, sin prisas, porque con Trish quería que todo fuese pausado, lo más lento posible, para disfrutarlo al máximo. Ella no era solo una chica con la que acostarme, era mucho más, y se lo demostraría.

—No hace falta que hoy hagamos nada, pequeña. —Besé la punta de su nariz—. Lo importante ahora es poder estar juntos y amarnos como lo hacemos, nada más, ¿de acuerdo? —Asintió sin dejar de mirarme con ese brillo tan especial.

—Estoy algo nerviosa —declaró en un hilo de voz—. Es la primera vez que un chico me toca, la primera vez que siento esto por alguien… que quiero así a alguien. —Se incorporó, quedándose sentada frente a mí.

Trish cogió mis mejillas, besó mi frente e hizo que reposara mi cabeza sobre su pecho a la altura del corazón. Este latía frenético y, aunque pareciera una locura, estaba seguro de que el mío latía de igual manera.

—Así late por ti, Travis, y no sabes lo que me aterra todo esto —musitó echa un manojo de nervios.

Alcé la cabeza, dejando mi rostro muy cerca del suyo, tanto que prácticamente estábamos respirando el mismo aire. Subí mi mano y acaricié su mejilla con cariño, con todo el amor que mi corazón se permitía sentir.

Podía quedarme horas y horas así, observándola sin vergüenza, acariciando su piel, besándola de tanto en tanto, quitándole ese miedo para siempre. Podría pedirle a la luna que se anclase, que no volviera a hacerse de día solo para tener esas horas para estar juntos.

—Yo tengo miedo del tiempo —dije en un susurro casi inaudible—. Miedo de que pase muy rápido y esto se acabe antes. —Le sequé las

lágrimas que se derramaron justo en ese momento—. Tengo tanto miedo de irme… no sé si quiero separarme de ti. —Frunció el ceño sin entender mi mensaje.

—¿Qué quieres decir con eso? —Su voz se escuchó bajito, como si no quisiera saber mi respuesta en realidad.

—Que no sé si quiero irme a Nueva York. Que no me quiero separar de ti ahora que sé lo que es tenerte entre mis brazos, lo que es besarte y oírte decir «te amo» —dije cada palabra con un nudo en el estómago—. Si me voy, sé que esto se acabará, y no estoy preparado para perderte, Trish.

Sabía que mis palabras le hacían daño, que ella misma me dijo eso muchas veces y yo no quise oírla, pero si éramos sinceros, la realidad era la que teníamos delante. Nos queríamos, deseábamos estar juntos, pero un día se acabaría y tendría que marcharme. Entonces, ¿de qué habría servido tanto secretismo? No podía, más bien, no quería dejarla e irme sin mirar atrás. Joder, ¿cómo iba a hacerlo? Ahora sus palabras cobraban más sentido que nunca, aun así, no cambiaría ni un segundo a su lado ni por todos los miedos que teníamos.

Trish se levantó como un resorte al escuchar mis palabras y ahí supe que no le habían gustado ni una pizca. Sin embargo, no podía engañarla y tenía que saber que estaba de acuerdo en todo lo que ella misma me dijo días atrás.

—No puedes decirme eso, Travis. ¿Cómo crees que me siento sabiendo que dejas escapar tus sueños por mí? No, no voy a dejar que lo hagas —expresó haciendo aspavientos con las manos.

Caminé hacia ella y la abracé con la necesidad de tranquilizarla. Trish escondió su rostro en mi pecho y suspiró.

—¿Por qué todo es tan complicado? Ahora que por fin acepto lo que siento por ti, tengo miedo a que dejes tu futuro por mí. —Cogí

su barbilla para hacer que me mirase.

—No pienses en eso ahora, ¿vale? Lo importante es que tenemos mucho tiempo por delante y que sabremos qué hacer cuando llegue el momento, ¿de acuerdo? —Asintió a la vez que me sonreía—. Así me gusta verte, sonriendo siempre… aunque solo a mí. —Alzó una ceja coqueta y me besó, volviendo al principio, volviendo a enloquecerme.

Llevábamos más de una hora juntos y aún no le había preguntado lo que había pasado con Logan. Sí, realmente no me interesaba saber más de lo que ya me habían contado y enseñado, pero quería escuchar de sus labios cómo le había pateado las pelotas a ese gilipollas. Además, tampoco sabía si entregó la carta de su madre, y si ella le había comentado algo. Ya eran dos cartas y teníamos que comenzar a hacer algo más contundente para que nuestros padres dieran el paso.

Cogí su mano y la llevé a mis labios sin dejar de observarla. Ella tenía su cabeza sobre mi pecho, aún estábamos acostados, en silencio, entre besos y caricias.

—Vamos, dilo ya —dijo de pronto, y me miró.

—¿El qué? —Me hice un poco el loco, aunque supiera exactamente a qué se refería.

—Llevas un ratito en silencio y, aunque sé que eres de pocas palabras, sé que quieres saber lo que ha pasado hoy con…

—No digas su nombre, por favor —la interrumpí, haciéndola reír—. Vale, sí, lo confieso. Si te sirve de ayuda, he visto la foto y también el vídeo y mi hermana me ha contado un poco lo que ha pasado, pero…

—Quieres oírlo de mí —terminó la frase por mí y asentí—. Pues básicamente ha sido lo que has visto, cuando fui a dejar la carta en la mesa de mi madre me lo encontré y se puso un poco pesado. —

Me cabreó escuchar eso—. Yo quise pedirle explicaciones por la foto que me sacó y publicó sin permiso, además de abrazarme estando yo borracha, y fue cuando me besó. Sé que no debí golpearle y que por eso estoy castigada, pero se la debía y no solo por mí, también por lo que te hizo a ti.

—Mi heroína. —Cogí sus mejillas para acercar su boca a la mía y besarla de nuevo, ya llevaba muchos minutos sin rozar mis labios con los suyos.

A pesar de que no queríamos que se acabase el día, había llegado el momento de que regresara a su casa. Su madre le había enviado un mensaje pidiéndole que volviera. Se levantó y caminó hacia la puerta para marcharse, pero antes de salir cogí su brazo y la pegué a mi cuerpo. Llevé mis labios hasta su cuello y lo besé con delicadeza, con una parsimonia que nos mató a ambos. Iba a separarse de nuevo y seguí sin dejarla ir; me estaba costando horrores alejarme de Trish unos milímetros y fue cuando el miedo me inundó de nuevo, llenando todo mi cuerpo.

—Te amo, pequeña —musité pegando mi frente a la suya—. Aún no te has ido y ya te extraño. —Soltó una preciosa risita que me llenó el alma.

—Yo también —respondió.

—Tú también, ¿qué?

—Yo también todo. —Le guiñé un ojo.

Estaba a punto de salir por la puerta de mi habitación, aún tenía su mano agarrada, nuestros dedos entrelazados. Suspiré unas cuantas veces antes de soltarla, hasta que lo hice y la vi salir al fin.

Giré sobre mis talones y me asomé a la ventana para verla marchar y volver a despedirme, como si fuera la última vez. «Bueno, en unos meses será así, ¿no?», me recordó mi conciencia, como si no pensase en ello una y otra vez. Cuando por fin la vi salir de mi

casa, ella me miró, llevó su mano hasta su boca y me lanzó un beso. Hice como si me lo llevara a mi corazón e hice lo mismo que ella. Se carcajeó y corrió a su casa, pues su madre comenzó a llamarla.

Suspiré unas cuantas veces, a pesar de no haber parado de hacerlo desde que supe que me quería. Me di la vuelta y me asusté al ver a mi hermana frente a mí moviendo las cejas sugestivamente.

—¡Vaya, vaya, hermanito! —exclamó sin dejar de mover sus cejitas.

—¿Quieres parar de moverlas? Me pones nervioso. —Soltó una carcajada.

—Vale, ya paro —respondió—. Pero cuéntame, ¿qué ha pasado? Aunque por tu cara, ha sido una tarde maravillosa, ¿me equivoco? Que, por cierto, menos mal que la madre de Trish me ha dicho que estaba aquí y he podido hacer que papá esté entretenido…

—¿Por qué? ¿Ha venido a mi habitación? —No la dejé terminar.

—No, pero casi. —Solté el aire que no sabía que había comenzado a retener—. La próxima vez, avisadme con tiempo para poder planear mejor mis excusas —expresó esbozando una gran sonrisa—. Lo he puesto a hacer un bizcocho, conseguí que se sentara conmigo a ver una serie que sabía que no le iba a gustar, pero que a mí «supuestamente» me daba pavor, y recalco lo de supuestamente, porque sabes que las series de miedo no me asustan lo más mínimo.

No podía parar de reír con todo lo que mi hermana me contaba. Ya me imaginaba a mi padre pasándolo mal con su hija toda la tarde detrás de él para hacer cosas que no le apetecían nada. Pobre, si supiera que lo hizo todo para que Trish y yo no fuéramos descubiertos... Y menos mal, porque si llega a pillarnos lo hubiera hecho en un momento bastante caliente. Mi hermana me pegó un golpe en el hombro cuando le conté eso y volvió a carcajearse, pero esta vez tapándose el rostro con las manos, algo avergonzada.

—Por dios, Travis. ¿Qué has hecho con mi mejor amiga?

—Pues nada que no vayas a hacer tú cuando encuentres a alguien que te guste. —Moví las cejas sugestivamente, imitándola—. Además, Trish ya no es solo tu mejor amiga o, bueno…, no le he pedido que sea mi novia, no hemos hablado de eso.

Mi hermana puso una cara muy graciosa e hizo referencia a todo lo que habíamos hecho, como para estar pensando en ser novios.

Tras dejar las bromas de lado, me abrazó feliz por haber conseguido a la chica de mis sueños. Ella sabía lo mucho que yo quería a Trish y lo que sufría por no tenerla conmigo. Me di cuenta de la suerte que tenía, pues mi hermana es una de las personas más importantes de mi vida, la única que me entiende. No obstante, también es la única que tiene la facilidad de sacarme de quicio. Aun así, la adoro con todo mi corazón.

Bajamos a cenar y mi padre volvió a ponernos lasaña. Ambos fruncimos el ceño, acto que no le pasó desapercibido, y nos miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué? Tu hermana no me ha dejado hoy ni a sol ni a sombra, no me ha dado tiempo de preparar nada y, como había lasaña, pues la he calentado. —Tay y yo nos miramos—. Como os quejéis os dejo sin cena, así que, a callar y a comer, ¿vale? —Asentimos a la vez.

La cena fue como siempre: mi hermana hablaba sin parar, mi padre me miraba desesperado y yo me reía por todo. Era en estos momentos cuando comprobaba lo unidos que estábamos y lo mucho que nos queríamos.

«Los voy a echar de menos cuando tenga que irme.»

CAPÍTULO 29
TRISH
Ojalá el tiempo se congele



Si me costaba despedirme de él sabiendo que lo vería al día siguiente, ¿cómo haría cuando supiera que no volvería a tenerle frente a mí? Esa pregunta no dejaba de martillear mi mente desde que salí de su casa, y no encontraba la respuesta… No había respuesta.

—Trish, Trish. ¿Me estás escuchando? —mi madre tocó mi mano y pegué un brinco, asustada.

—Perdón, mamá. ¿Qué decías?

—Que si están ricas las verduras —Asentí, cabizbaja—. ¿Qué te pasa, cielo? ¿Todo bien con Travis? —Tragué saliva, nerviosa al recordar lo que había pasado en su habitación.

Mi madre me miró con una sonrisa irónica, estaba segura de que me había puesto roja como un tomate.

—Veo que ha ido mejor que bien. —Me encogí de hombros—. No pasa nada si no quieres contármelo, pero yo sí te lo voy a contar. —

Se levantó y salió de la cocina pegando saltitos como una niña pequeña a la que le acaban de dar su regalo preferido.

Regresó con la carta en las manos y abrí los ojos, fingiendo sorpresa. Me la dio para que la leyera y eso hice, sacándola del sobre:

Querida Abigail:

Discúlpame que no te haya escrito antes, pero no encontraba las palabras adecuadas para volver a escribirte. Me di cuenta de que no te había puesto una dirección donde poder recibir tu respuesta y por eso me he atrevido a enviarte una nueva carta. Espero que no te moleste y que podamos conocernos pronto.

Puede que te suene disparatado, pero ¿podrías dejarme tu carta en el buzón de quejas del instituto? Yo iré a buscarla. No te diré cuándo iré, no quiero que vengas y me veas en el trabajo, prefiero que nuestro encuentro sea más bonito e inolvidable para ambos.

Si me la dejas mañana, sabré que quieres conocerme y ojalá que así sea, porque yo me muero por decirte lo mucho que me gustas.

Tu admirador secreto a la espera de noticias.

La dejé sobre la mesa y subí la mirada para indagar sobre su estado. Abigail Moore estaba ansiosa, colorada y diría que hasta acalorada. Verla así me hizo soltar una risilla irónica y levantar las cejas. Mi madre, que no podía esconder más su alegría, cogió la carta y se la puso en el pecho como si fuera una adolescente que recibe una carta de amor del chico que le gusta. «Ver para creer.»

—¿Qué harás? ¿Le vas a responder? —Asintió eufóricamente—. ¿Quieres que te ayude? —Eso se lo pensó unos segundos, supuse que le daría corte que su hija le ayudase a escribirle a su admirador

secreto. Terminó negando y me encogí de hombros. ¿Qué más podría hacer?

—No te lo tomes a mal, hija. Es que me da un poco de vergüenza que leas lo que le voy a escribir. —Solté una carcajada.

—No te preocupes, si estuviera en tu lugar tampoco podría enseñártelo.

El tema de la carta hizo que dejásemos de lado lo de Travis, cosa que agradecí. Podía contarle a mi madre que todo iba bien, que él y yo estábamos enamorados y, para qué negarlo, juntos. ¿Estaba feliz? Mucho, y esperaba que esta felicidad no se esfumara pronto.

Cuando acabamos de cenar me dispuse a recoger todo, pero ella se negó. Volvió a salir de la cocina y regresó segundos después con unas hojas que parecían un examen. Me las dio y leí el nombre escrito a pie de página: Travis Hamilton.

—Es el examen de Travis, ¿puedes llevárselo? —Me guiñó un ojo —. Eso sí, te quiero aquí en media hora como mucho. —Asentí feliz por tener una excusa para verle de nuevo.

Salí corriendo por la cocina con el examen en la mano y fui directa a la cocina de los Hamilton. No sabía si estarían ahí todavía, pero miraría antes de tener que ir a la puerta principal. Sí, podría ir directamente hacía allí, pero entonces perdería la costumbre de colarme en su casa por cualquier lugar menos por la entrada principal.

Miré por la ventana y Tay pegó un grito al ver mi cara pegada al cristal. Solté una carcajada y ella me abrió la puerta.

—¿Me quieres matar del susto? Loca, que estás como una cabra. —Me pegó un manotazo en el brazo.

—Lo siento, no quería asustarte. —Le mentí, claramente sí quería.

—No mientas, que se te ve el plumero, Trish. —Seguí riéndome como si se me fuera la vida en ello. Tuve que agarrarme la barriga, y

la risa era tan escandalosa que Travis y el señor Hamilton entraron a la cocina para ver qué pasaba.

—Trish, cari… —Travis enmudeció antes de terminar la frase al darse cuenta de que su padre estaba delante—. Carita de buena, ¿qué haces a estas horas aquí?

Travis padre miró a su hijo con un gesto de lo más cómico, algo que no hizo más que incrementar mis carcajeos, y Tay se unió al darse cuenta de por qué me reía.

—¿Carita de buena? Hijo, qué mal te relacionas con las chicas.

Su comentario fue bastante acertado para el momento y al final terminamos los cuatro riéndonos. Aún no había dicho para qué iba, aunque al ver el examen en mis manos se hicieron una idea. El señor Hamilton se acercó a mí y lo cogió para ver la nota que le había puesto mi madre a su hijo. En cuanto lo vio, esbozó una sonrisa llena de alegría al comprobar que había aprobado el último examen de Matemáticas con la nota más alta. Se lo mostró y Travis abrió los brazos para estrechar a su padre.

—Gracias por traernos el examen, Trish —me agradeció su padre.

—No hay de qué —respondí, algo más calmada tras tanta risa.

—Bueno, os dejaré solos un ratito, y luego regresa a tu casa, que ya es tarde, ¿vale? —Asentí, respondiéndole que mi madre me había dado media hora como mucho.

En cuanto salió de la cocina, Travis vino hasta mí e, importándole muy poco que su hermana estuviera delante, cogió mis mejillas y me besó con desesperación, como si llevase sin hacerlo días y no horas. Taylor soltó un «puag» que nos hizo separarnos para mirarla. Metió los dedos en su boca fingiendo asco y ambos la empujamos de modo cariñoso.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a ver a las dos personas más importantes de mi vida besarse como si no hubiera nadie más a su

alrededor —ironizó—. Pero tranquilos, os dejaré unos minutitos a solas para que podáis seguir metiéndoos la lengua hasta la campanilla.

Travis cogió mi mano y tiró de mí para ir al jardín. Se sentó en una de las hamacas e hizo que me sentara delante de él, en medio de sus piernas. Reposé la cabeza en su pecho y nos quedamos unos minutos en silencio, mirando las estrellas; la luna esa noche brillaba más que nunca, o eso me pareció a mí. Él me apretó y yo solo pude suspirar. No hacía ni un día que había reconocido que lo amaba, y ya era como si llevásemos juntos toda la vida.

Me levanté para sentarme a horcajadas sobre él. Sus ojos me deseaban, su boca me pedía a gritos que la besara y sus manos, Dios, quería tenerlas en todas partes. Acerqué mis labios a los suyos a la vez que él rodeaba mi cintura con sus brazos y nos besamos sin miramientos, como si no estuviéramos en el jardín a merced de que nuestros padres nos vieran. No nos importaba nada, solo nuestro amor.

—¿Tienes idea de lo mucho que me encantas? —Sonreí sin poder despegar mis labios de su cuello, donde me quedé unos segundos aspirando el olor de la colonia que usaba, la que reconocería sin necesidad de verle.

—¿Y tú tienes idea de lo mucho que deseo sentirte? —Abrió los ojos llenos de sorpresa, pero pronto cambió su gesto a uno de picardía.

Sus manos bajaron hasta mi trasero y lo apretó con la intención de hacer que me moviera hacia adelante y así producir una fricción con nuestros sexos. Rápidamente noté su abultada erección, algo que me puso cardiaca. Empecé a moverme despacio, adelante y hacia atrás, para que nos rozáramos más. Travis, mientras tanto,

seguía con sus manos en mi culo, ayudándome con el movimiento, aunque no hiciera falta.

Nuestros labios seguían pegados, no podíamos separarlos ahora. Mis movimientos cada vez eran más rápidos, estaba llegando a niveles de excitación que en mi vida había experimentado. No sabía cómo parar, no quería parar y eso que llamaban orgasmo estaba a punto de hacer que perdiera el rumbo.

Llevé mis manos hasta su cabello y tiré de él mientras seguía con esos vaivenes que nos estaban llevando al infierno, donde acabaríamos abrasados por las llamas. Travis llevó su lengua hasta el inicio de mi escote, lamiendo esa parte de piel que tenía visible. Sus manos se metieron por dentro de mi camiseta y con destreza, llevó sus dedos hasta mis pezones, que ya estaban duros. Él me tenía demasiado excitada, a punto de explotar.

—No puedo más —titubeé tras un jadeo incontrolable.

—Pues termina, pequeña —susurró en mi oído.

Su aliento chocó con mi cuello, su lengua volvió al ataque y cuando vio que iba a llegar al orgasmo, me besó para beberse mis gemidos de placer.

Mis ojos seguían cerrados segundos después de acabar, mi respiración estaba agitada y me costó recomponerme. Era la primera vez que llegaba a esos límites con alguien, la primera vez que alguien hacía que me volviese loca y quisiera que me viera y tocase en todos los sentidos.

—Eres hermosa, ¿lo sabías? —Sonreí abriendo los ojos—. Quiero hacerte mía, Trish.

—Yo ya soy tuya y siempre lo seré. —Besé la punta de su nariz—. Lo único es que… —Puse un dedo en mi barbilla—. Tú no has terminado, ¿verdad? —Titubeé llena de vergüenza.

Haberme comportado así hizo que me sonrojara; me había vuelto una descarada. Él mordió mi labio inferior y negó despacito.

—No te preocupes, en otro momento. —Me abrazó.

—Debo regresar.

—¿Ya? —Hizo pucheros y asentí—. Está bien.

Nos levantamos tras darle un beso casto, porque sabía que si volvía a besarle como antes no tendría voluntad para irme.

Se quedó en el jardín hasta que llegué a la puerta de mi cocina. Le di un último vistazo y entré en mi casa antes de que a mi madre le diera por venir a buscarme. Agradecí que estuviera ocupada, parecía estar hablando por teléfono en su despacho. Por lo poco que escuché, estaba conversando con el padre de Travis sobre el examen, así que asomé mi cabeza por la puerta y le dije que ya estaba en casa. Me dio las buenas noches y subí a mi habitación. En cuanto me encerré, pegué mi espalda a la puerta con unas ganas de gritar enormes. Estaba demasiado feliz para poder ocultarlo.

Corrí hasta mi cama, me tiré boca abajo, cogí la almohada y escondí mi cara en ella para, después, gritar y reír como una posesa.

No estuve mucho tiempo así, lo poco que me pude permitir, ya era tarde y tenía que descansar para estar fresca por la mañana. Fui al baño a asearme y, mientras me miraba al espejo, recordé todo lo que habíamos hecho en esa hamaca. Suspiré muchas veces, me abaniqué otras y me fui a la cama sin poder borrar la felicidad de mi rostro.

Boca arriba y con la vista clavada en un punto, solo podía pensar en Travis y lo mucho que había soñado con ese momento. Mi cabeza comenzó a trabajar sin descanso, hasta que me di cuenta de que nuestro amor tenía fecha de caducidad. «Ojalá el tiempo se congele», pensé a la vez que me giraba. Tenía que dejar de pensar en lo que pasaría cuando se fuera, aún faltaba mucho para eso y

debíamos disfrutar del tiempo que teníamos por delante, aunque este se acabase a cada minuto que pasaba.

CAPÍTULO 30
TRAVIS
¿Quieres ser mi novia?



Cada momento a su lado era más intenso que el anterior. Cada beso que nos dábamos prometía más instantes inolvidables. Cada vez que nos mirábamos, el mundo se paraba… lo único jodido era que el mundo seguía girando y nosotros no podíamos hacer nada.

Por la noche, tuvimos un encuentro de lo más caliente para ambos y, aunque yo no acabé, verla a ella en esa tesitura hizo que se grabase en mi retina cada gesto de su inmaculado rostro.

Me pasé toda la jodida noche excitado, recreando en mi mente el momento en el que comenzó a moverse sobre mi erección. Si no fuera porque estábamos al aire libre, que podían vernos, la habría desnudado y hecho mía. Sin embargo, me contuve. No supe cómo, pero logré contener mis ganas.

Di mil vueltas en mi cama. Mi mente iba a mil por hora, recordándome cada segundo de nuestros encuentros, desde el principio. Cómo estuve a punto de besarla la primera y segunda vez y cómo me rechazó cada una de ellas. Sonreí como un niño al darme

cuenta de que todas esas cosas me habían llevado al presente: Trish y yo juntos, siempre juntos. Necesitaba verla, volver a tenerla entre mis brazos. Quería poder salir con ella a dar un paseo, agarrados de la mano, como una pareja de enamorados más. No obstante, algo me decía que a mi padre no le iba a gustar la idea de verme con ella, o eso creía yo.

Al final, después de mirar la hora unas quince veces, la última vez a las cuatro de la madrugada, me quedé dormido.

Por la mañana, mi hermana volvió a despertarme con el desayuno. Abrí los ojos y prácticamente los volví a cerrar lleno de frustración, poniéndome la almohada en la cara. Le agradecía inmensamente que me cuidara, que estuviera pendiente de mí en todo momento, pero yo estaba harto de estar en esa maldita cama como si no pudiera moverme.

—Venga, no seas tonto y desayuna —dijo poniendo la bandeja en la mesilla de noche—. Además… Joder, Travis, mírame. —Me quitó la almohada de la cara e hice lo que me pidió—. Voy a convencer a papá para que vuelvas al instituto, ¿vale? —Me incorporé tan rápido que me dio un tirón en la espalda—. Pero tranquilo, fiera, no te lesiones. —Soltamos una carcajada.

—¿En serio harás eso por mí? —pregunté con incredulidad.

No es que no confiara en su palabra, pues estaba seguro de que lo haría. Taylor se preocupaba por mí igual o más que nuestro padre, y por eso dudaba de que quisiera que volviera al instituto.

—Por ti haría eso y más, hermanito. ¿Por quién me tomas? —Comencé a negar con una sonrisa.

—No me entiendas mal, lo decía porque tú no quieres que me mueva. Solo hay que verte trayéndome el desayuno a la cama. —Me dio con la almohada en la cara y comenzó a reírse.

—Pero porque quiero que te recuperes, veo que estás mejor y creo que venir al instituto no hará que empeores. Además, no vas a jugar al baloncesto, solo ir a clases. —Asentí a la vez que cogía una tortita y le daba un mordisco.

—No creo que papá me deje ir —respondí con sinceridad.

—¿Qué te apuestas a que lo consigo? —Me reí a la vez que ella salía de mi habitación.

Desayuné rápidamente, por si acaso Taylor conseguía ablandar a mi padre y así no tener la excusa de que no estaba listo. Me vestí incluso, y bajé con mi mochila para irme directamente, sin esperar respuesta.

Cuando estaba a punto de poner un pie en el último escalón, mi padre me miró desde la puerta con una ceja alzada y los brazos cruzados.

—¿A dónde te crees que vas, jovencito? —me preguntó sin cambiar ni un ápice de su gesto.

—¿Al insti? —Comenzó a negar yendo para la cocina—. Oh, vamos, papá. Estoy mucho mejor, ¿no me ves? Solo quiero ir a clase, dime qué chico de mi edad le pide a su padre ir al instituto, por Dios… ninguno —dije al final, cuando conseguí que me mirase.

—Eso es cierto. Me asombran tus ganas de ir a clase, pero sigues mal, Travis, y el doctor dijo que tenías que estar en reposo dos semanas y no llevas ni una completa. ¿Cómo pretendes mejorarte así? —Lo que decía tenía razón, pero yo quería ir, no podía aguantar un segundo más metido entre esas cuatro paredes—. Ni siquiera podré estar pendiente de ti, hoy tengo mucho trabajo.

—Por eso no te preocupes, papá —intervino mi hermana—. Yo me haré cargo y no dejaré que cometa ninguna estupidez. —Mi padre volvió a enarcar una ceja, no se creía ni media palabra—. Qué

poquita confianza tienes en mí, papi. —Le hizo pucheros, el talón de Aquiles del señor todopoderoso Hamilton.

Mi hermana se acercó a él, poniéndose delante con esa carita de niña buena que la caracterizaba y que tan blando volvía a nuestro progenitor. No le quedó más remedio que bajar la cejita y asentir a la vez que le daba un beso en la frente a su pequeña traviesa.

—Te dije que lo conseguiría —musitó Tay pasando por mi lado.

—Eres la mejor. —Chocamos las manos bajo la atenta mirada de nuestro padre.

Salió de la cocina negando y riéndose por cómo lo habíamos convencido y volví a emocionarme al saber que estaría muy cerca de Trish, que la vería más y podría comer con ella.

Estaba a punto de subirme al coche cuando ella salió. Al verme, corrió hacia mí y cuando llegó, paró en seco antes de cometer la locura de besarme frente a todos. Ese tema teníamos que hablarlo, aclarar lo que haríamos con nuestra relación secreta. ¿Seguiríamos fingiendo ser amigos para luego amarnos en la soledad? Yo quería que todo el mundo lo supiera, que vieran lo feliz que era con Trish a mi lado.

—Travis, ¿vas al instituto? —Asentí cogiendo su mano a escondidas.

Trish me sonrió y vi cómo sus mejillas se coloreaban de un rosado precioso a juego con sus bonitos y apetecibles labios, que me moría por morder.

—Hemos conseguido convencer a nuestro padre —dijo mi hermana—. ¿A que tú me ayudarás a cuidarle, Trish? —Formuló la pregunta lo suficientemente alto como para que él lo escuchara.

—Claro, no le quitaré ojo de encima —respondió sin dejar de mirarme.

—¡Trish, vamos! —La voz de Abigail se escuchó alto y claro, lo que hizo que soltase mi mano y se fuera a su coche.

Me subí y mi padre arrancó, aunque sin dejar de recordarme que no estaba de acuerdo con que regresase tan pronto. Aún tenía que mejorarme de la espalda y bla, bla, bla. Dejé de escucharle, solo podía pensar en lo que me esperaba ese día.

Llegamos y, sin despedirme, salí junto a mi hermana y nos dirigimos hacia la puerta para esperar a Trish y entrar juntos. Desgraciadamente, la sirena sonó muy rápido y no me dio tiempo a estar con ella ni dos minutos. Me acerqué y le dije algo al oído.

—Te espero detrás de las gradas a tercera hora, en el cambio de profesores.

No pude ver su respuesta, aunque intuí que aceptaba. Entré en el centro y con el primero que me encontré fue con Logan. Al verme hizo amago de venir a saludarme, pero yo le ignoré y no dejé que lo hiciera. Choqué mi hombro con el suyo en cuanto pasé por su lado y me encaminé hacia el aula. El profesor de ciencias estaba esperándonos, fui el primero en entrar. Me acerqué a él y le pedí cambiar de sitio, ya que no quería estar sentado al lado de Craig. En un principio se negó, pero insistí y no le quedó otra que aceptar lo que le propuse.

—Está bien, siéntate al lado de Derek.

—Gracias, profesor.

—Emily, siéntate al lado de Logan, por favor —le pidió desconcertándola, aunque no solo a ella.

—¿Ni siquiera te quieres sentar conmigo, Hamilton? —Escuché su voz quejosa—. ¿Qué estamos, en primaria?

Lo asesiné con la mirada sin responderle, ¿para qué perder el tiempo? Aunque sí podía decirle algo:

—Ciertamente, pensé que ya te habrían expulsado, pero se ve que tu papaíto vino a salvarte el culo, como siempre. —Eso hizo que se levantase como un resorte con la intención de venir a mi encuentro.

—Chicos, chicos, por favor —habló el profesor en tono conciliador —. Logan Craig, siéntate ahora mismo si no quieres que avise al director.

—Por supuesto, profesor, no vaya a venir su papaíto para sacarme del centro de una oreja —respondió sin dejar de observarme.

No paramos de retarnos con la mirada lo que duró la clase. Derek me pedía que lo dejara estar, que no merecía la pena, y tenía razón. Sin embargo, le debía muchas a Logan y no iba a dejar que siguiera comportándose como un capullo.

La segunda clase pasó y llegó la tercera. Cuando estábamos cerca de terminar las clases solían darnos quince minutos de descanso en los que podíamos ir al baño o a fumar los que lo hacían, claro. Yo tenía planes para ese tiempo y no dudé en salir de mi aula para apresurarme a llegar a las gradas, donde esperaba que Trish estuviera.

Por el camino, vi a mi padre poniendo un sobre en el buzón de quejas del instituto y sonreí; había picado. Ni siquiera me comentó que había recibido la carta. Lo vi marcharse y seguí mi camino.

—Trish, ¿estás ahí? —pregunté bajito, entrando por la parte de atrás, donde nadie podría vernos.

—Aquí estoy, morenazo. —Cogí sus manos y tiré de ella para encerrarla entre mis brazos.

—Cómo te he extrañado, pequeña. —Besé sus labios con pasión.

Ella subió sus brazos para aferrarse más a mí y, despacio, la empujé hasta que quedó pegada a la pared más cercana, donde seguimos dándonos ese calor que tanto necesitábamos del otro.

Nos besamos sin pensar en nada más, nos abrazamos y tocamos, aunque sin llegar al extremo, ya que, aunque estábamos escondidos, no éramos los únicos que usaban las gradas para hacer estas cosas y podía vernos cualquiera. Alejé mi boca de la suya y besé su frente sin dejar de abrazarla.

—Por cierto, hay algo que aún no te he pedido. —Alzó una ceja, viéndose más sexi si cabe—. ¿Quieres ser mi novia? —Formó una «o» de lo más cómica y asintió esbozando una de las sonrisas más bonitas que había visto en ella en los cinco años que nos conocíamos.

—¿Cómo no voy a querer ser tu novia si es lo que siempre he soñado desde que te conozco? —Volví a besarla como respuesta.

El momento de separarnos llegó y teníamos que regresar a nuestras aulas. Le pedí que saliera ella primero, así no nos verían salir juntos, y antes de que se fuera cogí su mano y volví a tirar de ella con delicadeza, hasta que su cuerpo chocó con el mío.

—¿No dejarás que me vaya?

—No puedo dejar que te vayas sin un último beso. —La besé y, pese a que teníamos que regresar, volvimos a perder el control.

Seguíamos besándonos, sin importarnos apenas que la sirena llevase unos segundos sonando tan fuerte que cualquiera se quedaría sordo. Nosotros no escuchábamos nada, no queríamos irnos, no queríamos separarnos. Ella hizo amago de alejarse, pero no pudo, ninguno podía.

La sirena dio un segundo aviso y ahí tuvimos que parar de una vez. Nos miramos y soltamos una carcajada. Teníamos que conseguir controlarnos antes de que fuéramos el nuevo chisme del instituto. Faltaba tan poco para que acabasen las clases y debíamos ser unos alumnos ejemplares o, al menos, intentarlo. Se encaminó

hasta la puerta y me guiñó un ojo antes de salir. Conté hasta diez y me decidí a salir de la pista de baloncesto.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero que tenemos aquí? —La voz de Logan me sorprendió.

Giré sobre mis talones y ahí estaba, mirándome con cara de querer partirme la cara y una sonrisa de suficiencia que le borraría en cuanto tuviera oportunidad.

—Qué calladito te lo tenías, Hamilton. —Fruncí el ceño—. No te hagas el tonto, estás liado con la mejor amiga de tu hermana, la misma a la que no querías que me acercara. Qué casualidad, ¿no?

—No sé de qué me hablas y no tengo tiempo para tus juegos absurdos. —Me di la vuelta para irme de una vez.

—Bueno, creo que a muchos les puede interesar lo que tengo aquí. —Subió su móvil moviéndolo de un lado al otro.

Justo cuando me iba a acercar a él, las puertas del gimnasio se abrieron y el jefe de estudios nos pidió que volviéramos a nuestras aulas.

No sabía cómo lo haría, pero tenía que conseguir el móvil de Logan como fuera antes de que el muy gilipollas hiciera algo que pudiera perjudicarnos a Trish y a mí.

CAPÍTULO 31

TRISH

Soy la novia de Travis Hamilton



Cada vez me costaba más alejarme de él, sobre todo cuando estuvimos tras las gradas del gimnasio del instituto, besándonos y dejándonos llevar por lo que sentíamos.

Al salir de aquel lugar me encontré a Tay en el pasillo que daba a nuestra aula. Parecía estar esperándome y, cuando me vio, se cruzó de brazos a la vez que movía su pie de manera repetida, como si tuviera un tic.

—¿Qué te pasa? —le pregunté y cogió mi brazo con la intención de hacerme entrar.

—Llevo un ratito esperándote, ¿dónde te has metido? No me has dicho nada. —Le sonreí alzando las cejas con picardía—. Oh, estabas con mi hermano —afirmó, y yo asentí sin dejar de enseñar mi dentadura, porque no podía.

Estábamos paradas en la puerta, aún no habíamos entrado porque nuestro profesor no había llegado. Justo en ese momento vi pasar a Travis y seguidamente a Logan. Mi novio ni siquiera me miró, pero

Craig cruzó sus ojos con los míos elevando una ceja que no me gustó nada.

No sabía exactamente qué habría pasado, aun así, no había que ser un lince para darse cuenta de que estaba cabreado por algo. Tay me miró y me señaló a su hermano; estaba tan inquieta como yo y se nos harían eternas las horas que nos quedaban hasta llegar a la comida para poder preguntarle. Solo esperaba que Logan no tuviera nada que ver con todo aquello.

—¿Qué habrá pasado? —Escuchamos la voz de mi madre.

Giré sobre mis talones y la tenía justo detrás.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Me interesé al ver cómo daba un paso para entrar en mi clase.

—Vuestro profesor no puede venir y me ha pedido que lo sustituya —informó con formalidad.

Aunque fuera mi madre, tenía que guardar las composturas para que nadie creyese que había favoritismos. De todas formas, solo la llamaba profesora cuando había personas delante que pudieran escucharnos.

Nos hizo entrar y nos sentamos en nuestras respectivas sillas. Tay y yo siempre estábamos juntas, aunque a mi madre se le ocurrió que cambiásemos de sitio para rotar un poco entre todos y no sentarnos siempre al lado de nuestros amigos. Todo para que no estuviéramos hablando la hora que teníamos de clase.

El tiempo iba demasiado lento y ya no aguantaba más, necesitaba ver a Travis para preguntarle lo que había pasado y por qué no me miró cuando se cruzó en mi camino. Vale, aún no habíamos hablado de si haríamos pública nuestra relación, pero tampoco era para ignorarme así, ¿no? Todo eso me frustraba y preocupaba a partes iguales. ¿Y si se había arrepentido de estar conmigo? «No digas tonterías, Travis se muere por ti.» Ojalá sea así, porque ahora que

ya había probado sus besos, sus caricias, ahora que sabía lo bonito que se sentía oírle decir «te amo», me aterraba que se acabase antes de que pudiera acostumbrarme a llamarle novio. «Joder, soy la novia de Travis Hamilton», pensé sonriendo, como una bobalicona.

Cuando acabaron las clases, nos fuimos al comedor, yo solo esperaba que Travis estuviera en nuestra mesa.

—Tranquila, Trish. Ya verás como no es nada de lo que tengas que preocuparte. —Tay intentaba tranquilizarme desde que pudo hablar conmigo.

—¿Cómo estás tan segura? Tay, que ni me ha mirado y Logan iba detrás. ¿Y si él nos ha visto? —Caí en la cuenta de esa posibilidad.

—No creo, habría dicho algo ya. —Frunció el ceño—. Aunque…

—¿Qué? —La interrumpí.

—Nada, no me hagas caso.

Entramos en el comedor y Travis no estaba, lo que me preocupó sobremanera. Miré a Tay y ella cogió mi mano para ir en busca de su hermano. Donde quiera que estuviera, teníamos que encontrarle.

Íbamos por los pasillos por los que él pasaba normalmente, ya que nuestro instituto era bastante grande y había demasiadas aulas. Cuando estábamos llegando al gimnasio, encontramos las puertas abiertas y, cómo no, escuchamos la voz de Logan, que hablaba con alguien. Bueno, más bien parecía estar discutiendo.

Aún no habíamos visto a la otra persona, no queríamos que nos vieran. Nos quedamos afuera, aunque lo suficientemente cerca como para escuchar lo que estaban diciendo.

—¿Hablarás con tu padre? —preguntó Logan con desdén.

—No creo que me haga caso.

Tay y yo nos miramos en cuanto escuchamos la voz de Travis. Quise entrar, pero ella me agarró antes de que consiguiera poner un pie en el interior de ese sitio.

—Oh, vamos, Hamilton. Estoy seguro de que te las ingeniarás para convencer a tu papi de que decline su idea de expulsarme —escupió con asco.

—¿Y si no quiero? Porque no me puedes obligar, no cuando puedo partirte la cara ahora mismo y quitarte el estúpido móvil. —Asomé mi cabeza y Travis estaba muy cerca del que fue su mejor amigo. Ambos se miraban con un odio desmesurado.

¿A qué se refería Travis con quitarle su móvil? ¿Por qué lo haría? Todo era muy extraño y no aguantaba más, tenía que saber lo que estaba pasando. Justo cuando me disponía a entrar, los escuché de nuevo. Tay agarró mi brazo y tiró de mí con premura para escondernos tras las gradas y así poder escuchar mejor todo lo que estaban hablando y si, llegaban a las manos, poder impedirlo, ¿no? No obstante, esperaba que eso no ocurriera, ya que Travis aún no estaba recuperado y podría empeorar su situación.

—Tienes cinco minutos para ir al despacho de tu padre y convencerle, si no todo el mundo verá el vídeo que grabé cuando estabas con Trish, y no sé si a tu padre le gustará saber que su hijo está tirándose a la mejor amiga, menor de edad, de su hija. —Tay y yo no dábamos crédito a lo que estábamos escuchando.

Logan no solo nos vio, también nos grabó, y pretendía hacer público el vídeo si Travis no conseguía que le quitasen la expulsión. ¿Se podía ser más rastrero que él?

Cansada de estar escondida, le dije a Tay que esto se acababa ahí. No iba a dejar que el gilipollas de Logan se saliera con la suya después de todo lo que me hizo. ¿Cómo se atrevía a chantajear a mi novio?

No esperé ni un segundo más, salí de mi escondite y caminé hasta ellos con decisión. Al verme, Travis comenzó a negar y a pedirme con la mirada que me marchara.

—Bueno, ya estamos todos —ironizó el muy estúpido de Logan.

—Eres un cabrón, Logan Craig —siseé cerrando los puños a cada lado de mi cuerpo.

—Yo seré un cabrón, pero bien que querías que este cabrón se fijara en ti, ¿no, Trish? —Achiné los ojos, apreté los dientes y de no haber sido porque sabía que me haría daño, le hubiera dado un puñetazo.

—Trish, déjame a mí arreglar esto, ¿vale? —Negué.

—De aquí no me voy, Travis, y lo que tenga que pasar, pues que pase —dije mirándole fijamente—. No voy a dejar que este… no sé ni cómo llamarle, consiga librarse de su castigo.

Tay tampoco pudo esperar y vino a nuestro lado y, ciertamente, lo agradecí. Ella siempre había sido más fuerte y no se achantaría ante Logan. Se puso delante de él sin dejar de mirarle con dureza y alzó la mano para que este le diera el móvil. Él sonrió con ironía y negó. La respuesta de mi mejor amiga fue darle una patada en la rodilla, importándole muy poco que él pudiera hacerle algo o que también la castigaran.

—Tay, Tay. —Su hermano la cogió y la alejó de allí—. ¿Estás loca? No puedes pegarle a la gente sin más, sin saber cómo puede actuar la otra persona, ¿entiendes?

—Oh, mierda —musité cuando los móviles comenzaron a sonar, y abrí el vídeo que había comenzado a viralizarse entre todo el instituto.

—Te he dado la oportunidad de borrarlo, pero no me has dejado otra opción. —Logan habló como si nada, como si lo que hubiera hecho no fuera nada malo.

—Lo siento, hermano… Joder, lo he estropeado todo.

Tay hablaba, yo miraba los comentarios de nuestros compañeros y Travis se fue directo a Logan y le pegó un puñetazo con tanta fuerza

que cayó al suelo chillando como un niño pequeño; le había roto la nariz. Comencé a ponerme nerviosa, comencé a quedarme sin aire, se me nublaba la vista. Llevé mis manos hasta mi pecho, me faltaba el aire. No podía pensar con claridad, no podía con tanta presión. Noté las manos de Travis, alcé la mirada, pero veía borroso. Sus labios se movían, pero no era capaz de entender lo que me decía.

Cuando empecé a recobrar la conciencia escuché la voz de Travis. Tay estaba llegando a donde estábamos con mi madre.

—Tranquila, pequeña. Solo ha sido un ataque de ansiedad. —Me abrazó—. Eso, inhala y exhala. —Le hice caso—. Otra vez.

—Trish, ¿qué te ha pasado? —Travis le respondió por mí, ya que yo no podía pronunciar palabra.

Solo cuando el padre de Travis llegó al gimnasio y vio a Logan con la nariz ensangrentada pude por fin recobrarme. Me levanté y me acerqué con ganas de patearle por haber enviado el vídeo a todo el mundo. Era la segunda vez que me jodía y no iba a dejarlo pasar. Mi madre cogió mi brazo para no dejarme hacer lo que sabía que estaba a punto de hacer: patearle las pelotas de nuevo, por hijo de puta.

—Déjame, mamá. ¿No ves lo que ha hecho? No puede quedarse así, debe tener su castigo —bramé entre sollozos.

—Tranquila, Trish, por favor —suavizó su voz para que no me preocupara, pero eso era imposible.

—Travis, ¿le has golpeado tú? —preguntó su padre, y él asintió—. Ahora entiendes por qué no quería que vinieras hoy, ¿verdad? —Volvió a asentir—. Esto tendrá consecuencias para ti y no podré hacer nada. —Agachó la mirada.

—¿Solo él? ¿Y Logan? —intervine—. Él se merece un castigo mayor, no solo la expulsión.

Mi madre apartó de nosotros al director para hablar con él y, cómo no, ponerlo en contexto de por qué yo decía eso. Le enseñó lo que Logan había hecho y le explicó que ese era el motivo por el que su hijo le había golpeado. Lo que vimos en el señor Hamilton no nos gustó para nada. Miró a Travis de mala manera, mostrándole lo cabreado que estaba con él, no sabíamos si por haberle pegado a alguien o porque en el vídeo aparecíamos nosotros dos besándonos tras las gradas. Fuera lo que fuera, mi novio iba a tener problemas.

—Travis Hamilton, a mi despacho. ¡Ahora! —Gritó, asustándome—. Logan, estás expulsado del instituto. Antes de que terminen las clases, te daré un escrito para tus padres con toda la información. —Iba a quejarse, pero no le dejó—. No quiero ni una maldita replica más, has expuesto a una compañera borracha, la besaste sin permiso y, para terminar, volviste a exponer a tus compañeros —le recordó punto por punto lo que había hecho—. Por no mencionar que golpeaste a un compañero provocándole un esguince cervical. No obstante, eso no lo pondré en el informe porque ocurrió lejos del centro. Aun así, la decisión está tomada.

Salieron de allí y Tay se fue detrás de su padre y su hermano para intentar ayudar en algo. No iba a dejar que fuese injusto con Travis, que no había hecho nada malo.

Me senté en el banquillo y mi madre me imitó. Pasó su brazo por encima de mis hombros y me llevó hasta ella para abrazarme. Las caricias en mi cabello y los besos en la frente me tranquilizaron un poco, pero no lo suficiente.

—¿Qué crees que pasará ahora, mamá? —pregunté llena de inquietud.

—No lo sé, cariño —respondió con sinceridad—. No me ha gustado la cara que ha puesto Travis cuando le he enseñado el vídeo, no augura nada bueno. —Comencé a llorar.

—¿Crees que se opondrá a que estemos juntos? No hemos hecho nada malo, mamá, solo… —enmudecí, no tenía fuerzas para seguir.

—Yo hablaré con él, ¿de acuerdo? Le haré ver que no tiene nada de malo que nuestros hijos se hayan enamorado. —Le di un abrazo en modo de agradecimiento—. Ahora, vamos a comer.

Nos levantamos, pero no me atrevía a salir de allí, no cuando todo el mundo había visto el vídeo y comentaban cosas como: «Mírala qué listilla la mojigata», «Menuda zorra», «Qué calladito se lo tenía», «¿Travis con esa niña?». No, no me gustaron los comentarios y, aunque debían darme igual, no dejaría de ser el centro de atención en todo momento y no quería pasar por eso.

—¿Puedo irme a casa? —Mi madre me miró—. Por favor, mamá —le supliqué.

—Está bien, cielo —respondió—, pero yo te llevaré. Venga, vamos.

Salimos al pasillo y comenzamos a caminar hacia la salida. No quería que nadie me viera, pero con tantos estudiantes era matemáticamente imposible. Nos encontramos a algunos que me señalaron, lo que hizo que acelerara el paso para salir cuanto antes.

Me encerré en mi habitación en cuanto llegamos y me acosté boca arriba con el móvil en la mano, sin dejar de leer los comentarios de todo el mundo. No podía creer que un estúpido vídeo estuviera a punto de joderlo todo. «Maldito Logan Craig.»

CAPÍTULO 32

TRAVIS

Nada ni nadie hará que eso cambie



Mi padre llevaba más de quince minutos mirándome sin decir ni una palabra, algo que me puso más nervioso de lo que ya estaba. Quería ser yo quien comenzara a darle algunas explicaciones, pero antes de hacerlo, mi hermana se adelantó intentando ayudarme, como siempre. No obstante, no creía que, en esta ocasión, consiguiéramos que fuese más benévolo.

—Papá, Travis no ha hecho nada malo, ha sido el maldito de Logan el que ha estado fastidiándole hasta que ha conseguido lo que quería: joderle —expresó Tay haciendo aspavientos con las manos, como si con eso resultara más convincente.

Pero nada, ni con eso hablaba mi padre. Solo me miraba fijamente, con decepción, y eso no me gustó. Sentir la decepción de tu padre es una sensación horrible.

Estaba cansado de estar así, de que solo me observara sin hablar. Joder, tampoco había cometido un crimen. Sí, le pegué un puñetazo

a un compañero y sí, estaba saliendo con la hija de su mejor amiga, ¿y qué? ¿Acaso era un delito? Me había enamorado.

Me levanté con la intención de salir de su despacho, total, sabía que estaba castigado y a peor no iba a ir.

—No te he dado permiso para que te vayas —dijo al fin.

—En realidad no has dicho nada, papá —repliqué mirándole con la misma intensidad con la que él lo hacía.

—¿Qué quieres que te diga? No entiendo nada. —Echó su cuerpo hacia atrás, pegándolo al respaldo de la silla. Tenía los brazos cruzados y una cara de mala leche que daba miedo.

—¿Qué es lo que tienes que entender? ¿Qué es lo que más te ha molestado de todo esto? Porque, que yo sepa, no hice nada malo —todo lo dije de pie, moviéndome de un lado al otro.

Mi hermana se mantuvo callada. En ese momento era lo mejor, pese a que estaba loca por meterse en la conversación; era única en eso.

Volví a sentarme y bufé exasperado, estaba cansado y quería salir de allí de una maldita vez. Mi padre cogió su móvil y lo puso delante de mis ojos para mostrarme el vídeo en el que se nos veía a mí y a Trish besándonos. Yo aún no lo había visto, no me había dado tiempo. Parecía que estábamos algo acalorados, como a punto de tener sexo, y no era así. Vale, nuestros besos eran intensos, pero no éramos tan inconscientes como para hacer algo indebido en el instituto; algo que sí había hecho Logan Craig con alguna que otra animadora. El muy hijo de puta siempre tenía la suerte de no ser visto.

—¿Qué me dices de esto? ¿Desde cuándo estás con Trish y por qué yo no lo sabía? —Suspiré, asintiendo. Había llegado el momento de contarle a mi padre todo.

—Solo se ve una pareja enamorada, papá. ¿Qué tiene de malo? —dijo Taylor, y mi padre frunció el ceño.

—¿Crees que estoy enfadado porque tu hermano esté con Trish? —preguntó, confundiéndome.

Ambos asentimos y mi padre se levantó a la vez que soltaba un suspiro. Cogió una silla que había en la esquina y se sentó a mi lado para estar más cerca. En ese instante, su gesto de enfado se apaciguó y comenzó a observarme de otro modo menos asesino.

—Hijo, no me importa que estés con Trish. Es más, siempre supe que tú estabas enamorado de ella. —Mi hermana soltó una risita irónica.

—¿Tan evidente era? —Formulé la pregunta confundido.

—Sí, hijo, creo que la única que no se dio cuenta fue la propia Trish —comentó con diversión.

—Entonces, ¿por qué te has enfadado? —Quise saber. No entendía nada.

—Porque no has tenido confianza para venir y contármelo. —Agachó la mirada para observarse los zapatos.

Puse una mano sobre su hombro e hice que volviera a mirarme. Yo pensando que mi padre se opondría a mi relación con Trish y lo único que le había molestado era que no fui capaz de contárselo antes de que se enterara por otros.

—Lo siento, papá —me disculpé—. Sinceramente, pensé que te molestaría. —Comenzó a negar.

No le hizo demasiada ilusión enterarse de que su hijo tenía novia por un vídeo y que esa chica fuera la misma de la que estaba enamorado. Lo entendí y debería confiar más en él a partir de ese momento. Mi hermana le dio un abrazo, ya que pensó lo mismo que yo: lo habíamos juzgado mal y antes de tiempo.

El castigo que me puso por golpear a Logan fue quedarme en casa toda la semana. No me estaba expulsando como director, me estaba castigando como padre, y si me había dejado ir ese día, se arrepintió en el mismo instante en el que vio a mi compañero con la nariz rota. Cierto era que el muy capullo se lo merecía, y también tendría algo más que una expulsión por castigo. Sus padres no iban a estar de acuerdo, pero mi padre era el que decía la última palabra.

—Entonces, ¿qué pasará con Logan? —preguntó mi hermana—. Lo que ha hecho ha sido muy fuerte y…

—Mejor quédate callada, señorita. —Enmudeció—. Sé que le pegaste una patada en la rodilla, pero aun así no te castigaré —afirmó, y ella sonrió—. Y Logan, pues será expulsado del instituto lo que queda de curso, y también del equipo de baloncesto. —Mi hermana y yo abrimos los ojos, sorprendidos—. Puede que sea un castigo muy duro, pero lo que ha hecho se puede considerar delito y ya es mayor de edad. Si Trish quiere denunciarle, puede hacerlo. Incluso tú, hijo. No obstante, no te lo recomiendo porque tú le has roto la nariz.

Tras la conversación, nos pidió que volviéramos a casa, pues, con todo el revuelo, habían terminado las clases. Al salir del despacho, Logan estaba afuera esperando a entrar junto a su padre. Este al verme, se levantó para encararme. Mi padre se puso en medio de los dos y lo miró con una ceja alzada; esa familia no tenía principios y yo había sido amigo de él toda la vida. ¿Cómo podían cambiar las personas tanto?

—Señor Craig, le aconsejo que no complique más las cosas —habló el director.

—¿Más? Tu hijo le ha roto la nariz al mío y encima lo van a expulsar del instituto…

—Y del equipo de baloncesto —le interrumpió mi padre.

Logan se levantó como un resorte al escuchar eso y comenzó a escupir todo tipo de improperios que iban directamente a mi padre y a mí. Me estaba conteniendo, pero si seguía así, iba a partirle algo más que la nariz.

—No pueden expulsarle por una chiquillada —replicó el señor Craig.

—¿Chiquillada? —pregunté, metiéndome en la conversación—. Una chiquillada, como usted lo llama, es ponerle la zancadilla a un compañero de broma, pero no lo que ha hecho su hijo. ¿O es que no le ha contado todo?

—Hijo, espera afuera con tu hermana, por favor —me pidió mi padre con tranquilidad, alejándome del problema.

Miré por última vez a Logan y salí con mi hermana del centro. Caminamos hasta los bancos que teníamos en el jardín y nos sentamos a esperar.

* * *

Cuando llegamos a casa, Tay se fue directamente a hacer los ejercicios que tenía y a estudiar para el último examen. Esa semana era la última y a mí también me quedaba un último examen que, cómo no, haría en mi casa, porque mi padre no me dejaría volver.

Nada más soltar las cosas en mi habitación, bajé las escaleras y fui directo a la puerta para salir. Mi padre estaba allí, pendiente de cada movimiento que hacíamos mi hermana y yo.

—¿Travis? —Giré sobre mis talones a la vez que bufaba y ponía los ojos en blanco—. Anda, ve a ver a Trish. —Se carcajeó—. ¿Pensabas que no te dejaría salir?

—Papá, no juegues conmigo. —Nos reímos.

—Eso sí, no vengas tarde que tienes que estudiar para el examen.

—Tranquilo, volveré pronto —afirmé acercándome a él—. Por cierto, ¿qué pasó con tu admiradora secreta? —Sonrió de lado enseñándome la carta que Abigail había escrito.

—Pues le dejé una carta en el buzón y me encontré con esta. No pone nada en el sobre, solo que es para mí —manifestó con ella entre las manos, moviéndola con nerviosismo.

—Léela y después me cuentas, ¿vale? —Asintió y me fui.

En menos de dos minutos estaba en la puerta de la casa de Trish esperando a que me abrieran, y fue Abigail la que lo hizo. Me saludó con cariño dejándome pasar y me dijo que Trish estaba en su habitación desde que habían llegado. Eso me preocupó, se había puesto tan mal con todo lo ocurrido que casi me morí al verla así. Me dolió en el corazón observarla tan vulnerable, casi desmayada, y no poder hacer nada para calmarla.

—¿Quieres tomar algo? —Se interesó, y negué.

—Si no te molesta, me gustaría subir a verla.

Abigail se quedó unos segundos callada y ya pensé que se negaría.

—Está bien, puedes subir.

Le di un beso en la mejilla con un gracias incluido y soltó una risotada. Subí las escaleras todo lo rápido que mi cuerpo me permitía; aún me dolía la espalda. Entré sin tocar, no había ruido y supuse que podría estar dormida. La encontré acostada de lado, de espaldas a la puerta. Cerré tras de mí despacio, para no asustarla. Arrastré los pies hasta el lado de la cama en el que estaba y me arrodillé para besar sus labios con delicadeza, lo que hizo que despertase.

—Hola —musitó.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te encuentras? —Se echó a un lado para dejar que me acostase cerca de ella y me abrazó.

—Ahora que estás aquí, mejor. —Me apretó y yo acaricié su cabeza.

Escuché cómo lloriqueaba y cogí su barbilla para que me mirase. Verla llorar era como si me clavasen un puñal en el corazón y no lo soportaba. No me dejó decirle nada, solo me pidió que la abrazara y no la soltara nunca.

—Eh, eh, ¿qué te pasa, cariño? —No podía separarme de su cuerpo.

—Esto se acabó, ¿verdad? —Fruncí el ceño.

—¿Esto? ¿El qué?

—Lo nuestro… no podremos estar juntos —dijo entre sollozos—. Me di cuenta por cómo nos miró tu padre y estoy segura de que te ha pedido que termines conmigo.

La alejé de mí y besé sus labios con dulzura, la misma dulzura que toda ella desprendía, porque así era Trish Evans, puro amor y pasión. Puro deseo y calma. Era como el fuego y el hielo unidos en una misma persona y por eso la amaba con todo mi corazón. Ella intentó hablar, pero mi boca no dejó que la suya se alejara ni un segundo, no soportaba la idea de tenerla enfrente y no poder besarla a mi antojo, adorarla con pasión.

—Que me beses así no ayuda en nada —se quejó.

—Te beso porque te amo, porque eres mi novia y porque nada ni nadie hará que eso cambie. ¿Lo entiendes? —Fijó su mirada en mí, sorprendida—. Mi padre no me ha pedido que te deje, Trish, y aunque así fuera, no lo habría hecho. —Volvió a abrazarme fuerte, tanto que me quejé de dolor.

—¿Estás bien? ¿Te hice daño? —Me miró de arriba abajo, buscando dónde me dolía, y me reí—. Ponte serio, Travis, y dime dónde te duele. —Llevé el dedo a mi nariz.

Ella, dándose cuenta del juego, se sentó a horcajadas sobre mí y la besó. Luego puse el dedo en mi mejilla y la besó también.

—¿Dónde más te duele, mi amor? —Y cuando me dijo mi amor, no me aguanté, cogí sus mejillas con ambas manos y volví a atacar su boca con desesperación.

Nuestros encuentros eran cada vez más fogosos. Nuestros besos más pasionales, y no sabía cuánto tiempo iba a durar esa tortura de tenerla encima de mí y no poder hacerla mía.

CAPÍTULO 33
TRISH
No tengo nada que perdonarte



Estuve mucho rato mirando el móvil, no solo para leer los estúpidos comentarios de nuestros compañeros, los mismos con los que habíamos crecido y que ahora juzgaban sin ton ni son solo porque fue Logan, el capitán del equipo de baloncesto, el que publicó el chisme del curso. Joder, parecíamos la única pareja que se besaba en ese lugar y todos lo hacían. También estaba esperando un mensaje de Travis, una llamada de Tay, algo que me dejase tranquila y no con esta inquietud que no soportaba.

Cansada de todo, dejé el móvil sobre la mesilla y me giré para perder la vista por la ventana y así conseguir relajarme. Siempre lo hacía cuando quería dormir y no podía, la diferencia es que ahora no había estrellas, solo nubes blancas con la forma que mi mente pudiera imaginar.

Al final y después de ver un perro, un cerdo y un unicornio, me quedé dormida. Las nubes son fantasía y la imaginación lo es mucho más.

* * *

Sentí el roce de unos labios sobre los míos y su olor se metió en mis fosas nasales, haciendo que mis ojos se abrieran poquito a poco. Cuando vi que era él, lo saludé y dejé que se acostara a mi lado para poder abrazarle. Lo había necesitado tanto ese tiempo que no quería separarme de él ni un milímetro.

Entonces recordé la mirada de su padre y estuve segura de que era el fin para nosotros, lo que provocó que me echase a llorar como una niña pequeña. No obstante, me equivocaba, el señor Hamilton no se opondría a nuestra relación. Eso me puso feliz, tanto que le hice daño por culpa de mi efusividad en el abrazo. Una cosa llevó a la otra y acabé sentada sobre él, y nos besamos con esa pasión desmedida que solo Travis había sido capaz de provocar.

Siempre que estaba con él, el tiempo se congelaba a nuestro alrededor y, aunque el mundo siguiera girando, nosotros no nos movíamos. Sus manos se colaron por debajo de mi camiseta, rozando mi espalda con suavidad, de esa manera tan especial y bonita que me hacía sentir tanto. Mi piel se erizó a la vez que su boca seguía dándome calor. Por mí, nos habríamos quedado así durante horas, pero estábamos en mi habitación y mi madre podía subir en cualquier momento.

—Tenemos que parar —musité sobre sus labios.

—Un poquito más, por favor —suplicó, besando mi cuello.

—Si seguimos, no podremos parar y no creo que a mi madre le guste pillarnos en esta tesitura. —Me reí bajito.

—Está bien, paremos entonces, porque no voy a poder controlarme mucho más. —Cada palabra que decía iba con un beso detrás.

—Si dejas de besarme, será mejor, ¿no crees? —Me guiñó un ojo y volví a recostarme a su lado—. Quería hacerte una pregunta —dije, recordando lo que sucedió en el instituto—: ¿Por qué no me miraste esta mañana cuando pasaste por mi lado?

—Lo siento, no quería hacerte sentir mal. Es que había discutido con Logan y estaba tan metido en mis pensamientos, buscando la manera de quitarle el jodido móvil, que no te hice caso —explicó, mirándome—. ¿Me perdonas? Ya sabes que tú eres lo más importante para mí.

—No tengo nada que perdonarte, mi amor —respondí, provocando en él una sonrisa sincera, la más bonita que tenía.

—Me encanta cuando me dices mi amor. —Me besó de nuevo, pero me levanté para separarme de él y las ganas de que me hiciera suya.

Travis fingió enfado mientras yo me escondía detrás de la silla, porque ya se había levantado para seguirme. Al final, abrí la puerta y corrí por el pasillo con él detrás de mí; parecía que estábamos jugando al pillapilla. Nuestras carcajadas se escuchaban en toda la casa y me encantaba esta sensación de felicidad que solo Travis Hamilton era capaz de provocarme. Bajamos las escaleras y salimos al jardín del mismo modo, él aún me seguía.

—En algún momento tendrás que parar, pequeña —habló casi sin aire.

Miré hacia abajo y me encontré con la manguera. El tiempo ya era bastante bueno, así que no lo pensé; lo veía tan acalorado... Abrí la llave de paso, apunté hacia él y le eché agua en toda la cara.

—¿Trish? ¡Estás loca! —Vino hacia mí y me abrazó con la intención de empaparme a mí también.

Acabamos jugando con el agua, correteando como si fuéramos unos niños y divirtiéndonos después de tanto tiempo. Un poco

después, Tay y mi madre se nos unieron, y comenzamos una guerra de agua en la que Travis y yo saldríamos ganadores.

Estábamos formando tal escándalo que su padre vino a mirar lo que estábamos haciendo. Claro, que no contábamos con que mi madre iba a ser tan mala como para mojarle sin dejar de reírse. El señor Hamilton cambió su gesto a uno cabreado, pero le duró unos segundos, enseguida corrió en dirección a mi madre e intentó quitarle la manguera. Ella no se lo puso fácil y se la pasó por detrás, obligando a Travis padre a pasar sus brazos alrededor de su cuerpo, lo que hizo que se pusiera roja como un tomate. Por unos instantes, unos pequeñísimos segundos, se miraron fijamente sin decir una palabra, y cuando pensamos que se iban a besar, mi madre fue la que comenzó a moverse entre sus brazos para escapar de él y seguir con la guerra.

Vi cómo el señor Hamilton se unía a ella, mojándonos a nosotros y riéndose como si no le preocupase nada más que no fuera ese momento y pasarlo bien con su familia.

Estuvimos así un rato, hasta que, agotados, nos tiramos en el césped. El padre de Travis fue a cambiarse, aunque prometió que esa noche prepararía una cena para todos en el jardín. Había que aprovechar los planes esporádicos. Mi madre haría un postre, así que también se marchó para adentro.

—Esto marcha estupendamente, ¿verdad? —Expresó Tay, mirándonos a nosotros a la vez que se incorporaba para sentarse.

—¿Habéis visto lo mismo que yo? —pregunté, y ellos asintieron—. Casi se besan y por poco me da un infarto. Quiero gritar, esto es como ver una novela en vivo.

—Pues grita, ¿quién te lo impide? —dijo mi novio, animándome a hacerlo.

Sin pensarlo dos veces, pegué un grito tan fuerte que nuestros padres se asomaron por la ventana de la habitación que daba a la parte del jardín.

—¿Qué te pasa, Trish? —preguntó mi madre.

—¿Por qué gritas? —preguntó él.

—¡Porque soy feliz! —les respondí, y volvieron a meterse en el interior.

Estaba en medio de mis dos personas favoritas: Travis, mi novio y Tay, mi mejor amiga. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

—Deberíamos ir a cambiarnos, ¿no? Es que… he tenido una idea —dijo Tay.

Travis la miró con el ceño fruncido y yo con uno de mis gestos que no se entendían. Bueno, él sí que lo hacía. Me dio un beso en el cuello y Tay volvió a poner cara de asco; no se acostumbraba a vernos así.

Nos contó lo que había pasado por su cabeza después de ver a nuestros padres. Al principio, Travis no estaba muy convencido, pues tendríamos que confesarles lo que habíamos hecho. No obstante, y solo porque quería que mi madre por fin tuviera su oportunidad con el hombre del cual estaba enamorada, acepté. Creí que era momento de contarles la historia de mi madre y así lo haría.

—Tengo que contaros algo que ayuda un poquito en todo nuestro plan.

—Somos todo oídos, hermana. —Me reí.

—Mi madre está enamorada de vuestro padre —solté sin miramientos, ¿para qué dar rodeos?

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no lo has contado antes? —Sí, mi Travis hizo tres preguntas, a las cuales respondería sin problema.

—Ella le quiere desde la universidad, pero vuestro padre comenzó la relación con vuestra madre y ella se apartó e intentó olvidarse de

él —expliqué sin dar mucho detalle—. Es cierto que yo me imaginaba que algo sentía por él y que todo se parecía mucho a nuestra historia. —Miré a Travis—. Creo que ha llegado el momento de que ellos también hablen de la suya, la que no ocurrió porque así lo quiso el destino.

—¿Y si mi padre no siente nada por tu madre? —intervino Tay, y yo le sonreí.

—Si has visto lo mismo que yo, ha sido tu padre el que casi besa a mi madre.

—Eso es cierto —comentó Travis.

—Sospechoso. —Puso sus dedos en la barbilla haciendo una mueca muy graciosa.

Soltamos una carcajada y nos levantamos para ir a cambiarnos. Travis me preguntó al oído si podía acompañarme a mi habitación para ayudarme a quitarme la ropa mojada. Tay, que lo escuchó todo, cogió a su hermano del brazo para alejarlo de la tentación.

—¡Anda, vamos! —Seguí riéndome, cogiéndome la barriga.

—Espera, deja que me despida de mi novia —se quejó él a la vez que se soltaba de su agarre.

—Joder, parece que no va a verla más. —Su comentario hizo que nos pusiéramos serios, recordando que lo nuestro tenía fecha de caducidad—. Lo siento, no quise decir eso —se disculpó Tay—. Pero vamos, no me miréis a mí y comeos la boca de una vez, por Dios.

Era única para hacer que un momento duro se convirtiera en algo especial.

Travis se acercó a mí rápido, aunque yo me quedé tan prendada de él que parecía que caminaba a cámara lenta. Solo cuando lo tuve frente a mí, todo lo cerca que mi cuerpo le dejaba, fue cuando desperté de esa fantasía. Él cogió mis mejillas con sus manos y pegó sus labios a los míos con dulzura, una que nos mató y revivió en

milésimas de segundos. ¿Podía ser más especial? Ser la mejor amiga de Travis siempre me pareció lo más bonito que me había pasado en la vida, pero ser la novia era como haber llegado a la luna sin necesidad de volar.

Nos besamos todo el tiempo que Tay nos permitió, ya que acabó interrumpiéndonos para que no se nos hiciera tarde. Nos reímos con los labios aún pegados y eso fue lo que hizo que nos separásemos de una vez.

Entré en mi casa y fui en busca de mi madre. Aproveché que estaba en la ducha para buscar las cartas entre sus cosas.

—Llegó el momento, mamá —murmuré cuando las encontré.

Salí corriendo para meterme en mi habitación y las guardé en el cajón para que no las viera. Me duché y vestí en tiempo récord, terminé de hacer los pocos ejercicios que me quedaban y bajé para ayudarla con el postre.

—Mamá, ¿necesitas ayuda con algo? —Miré por la ventana y Tay ya estaba preparando las mesas.

—Anda, ve mejor a ayudar a Tay, que está liándola ya.

Y así era, mientras Taylor estaba cogiendo las sillas apiladas algunas se le cayeron, provocando un gran estruendo. Fui a ayudarla a levantarlas y ponerlas alrededor de la mesa, cogimos un trapo y comenzamos a secarlas, ya que las habíamos mojado antes. Me burlé de ella, aunque con cariño.

—No se te puede dejar sola. —Alzó una ceja y se cruzó de brazos —. Vale, no he dicho nada. —Elevé mis manos en modo de rendición.

—¿Has cogido las cartas? —Se interesó, cambiando de tema, y yo asentí, las tenía en el bolsillo trasero de mis pantalones. Se lo mostré moviendo el culo delante de ella—. Vale, no hacía falta que menearas tu culo.

Cuando acabamos de poner la mesa completa, Travis salió más guapo que nunca, si es que era posible serlo más; llevaba unos vaqueros descoloridos y rotos en las rodillas con una camisa de botones de color celeste. No babeé, pero casi.

Pusimos las cartas en medio de la mesa antes de que salieran nuestros padres y nos sentamos en medio, para dejar que fueran ellos los que la presidieran.

Una vez que los vimos salir, comenzamos a ponernos nerviosos, Tay y yo las que más. Se acercaban despacio, completamente ajenos a lo que les esperaba esa noche. Al llegar a la mesa, dejaron sobre ella lo que habían preparado sin percatarse de que las cartas de sus admiradores estaban en medio.

Mi madre fue la primera que las vio, y cuando Travis padre lo hizo, ambos se miraron fijamente. Observamos cómo él tragaba saliva y cómo ella se sonrojaba. Pero enseguida sus ojos se clavaron en nosotros, y ahí fue cuando comenzó todo de verdad.

CAPÍTULO 34
TRAVIS
Solo queríamos que fueran felices



Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien, y todo gracias a mi chica. «Mi chica, qué bien suena eso», pensé mientras me vestía.

Dejé que mi hermana se encargara de las cartas y las pusiera en la mesa con Trish. Estábamos bastante nerviosos, y más sabiendo que lo primero que querrían nuestros padres cuando las descubrieran sería matarnos. Y los entendería, aunque ellos también tendrían que comprender que solo queríamos que fueran felices.

Bajé a la cocina y vi a mi padre con el delantal que le regalamos el día del padre de hacía un par de años, en el que ponía: «El mejor hamburguesero del mundo mundial». Sí, fue mi hermana la que decidió poner lo de «hamburguesero». Obviamente, se inventó la palabra, aunque a él le hizo mucha gracia. Desde entonces, siempre se lo ponía cuando la ocasión era especial.

—Vaya, veo que la cena de hoy es importante para ti —mencioné, asustándolo. Me miró con una ceja alzada y yo señalé el delantal.

—Bueno, ya sabes que me gusta ponérmelo…

—Pero solo en ocasiones especiales, y te recuerdo que eres tú quien lo ha recalcado siempre —le interrumpí, y él sonrió algo nervioso—. Hoy lo hemos pasado bien, ¿verdad? Ha sido muy divertido.

—Sí, no me esperaba terminar empapado, pero Abigail siempre ha sido un poco… ¿cómo decirlo? Espontánea —respondió, sentándose en la silla unos minutos para seguir hablando conmigo.

—Cuéntame más, ¿cómo os conocisteis?

No sabía si estaba haciendo bien metiéndome en la vida de mi padre, pero necesitaba hacerle ver lo especial que era Abigail Moore y lo bonito que sería tenerla como madrastra, aunque esa palabra suene tan fea.

Él se quedó en silencio, imitando mi mutismo cuando me ponía nervioso. De tal palo, tal astilla, ¿no? Si es que, al final, nos parecíamos demasiado.

—No sé, hace ya tanto tiempo… —respondió con evasivas.

—Vamos, estoy seguro de que te acuerdas perfectamente de cuándo fue la primera vez que la viste e incluso lo que pensaste. No me creo que mi padre tenga tan mala memoria. —Su mirada me pedía que no ahondara más en ello, así que me quedé callado para no molestarle. Era lo que menos quería.

Decidí salir al jardín para ayudar a las chicas y, cuando lo hice, mi novia se me quedó mirando con una sonrisilla de lo más tierna. Estaba tan bonita con unos vaqueros y la camiseta de su color favorito. Si ella supiera que sabía todos sus gustos, que la conocía mejor de lo que pensaba... Sus flores favoritas eran las violetas. Su comida favorita, la lasaña de verduras de mi padre. Le encantaba la música de Benson Boone y Lauren Spencer Smith. Podría decir hasta la canción que más amaba de esos dos cantantes, y solo esperaba que, el día que nos casáramos, lo hiciéramos con *That Part*, de

Lauren. Vale, estaba soñando demasiado, pero la amaba tanto que me veía casado con ella y con hijos en la casa que yo mismo diseñaría para nosotros.

Nos sentamos antes de que nuestros padres salieran; las cartas estaban en medio de la mesa y no tardaron en verlas en cuanto soltaron la comida que habían preparado. Primero se miraron entre ellos y luego sus ojos se clavaron en nosotros tres, cosa que nos puso bastante inquietos.

—¿Qué significa esto? —preguntó mi padre, señalando las cartas.

—¿Esa carta no es la que yo puse esta mañana en el buzón? —preguntó la madre de Trish.

Volvieron a mirarse y a respirar con dificultad. Abigail estuvo a punto de meterse en la casa, pero Trish fue más rápida y se lo impidió. Le dijo algo que no pudimos escuchar, ya que fue muy bajito, y eso hizo que su madre se diese la vuelta y se sentara. Mi padre, en cambio, miraba a su amiga y a nosotros como si estuviera en un partido de tenis. Terminó sentándose también, nervioso como un niño pequeño y a punto de estallar, se le notaba a leguas.

—¿Podéis explicarnos qué es todo esto? —dijo en tono conciliador, algo que agradecí.

Me levanté con la intención de ser yo quien les explicara todo, ya que era el mayor y al que le echarían la culpa por ser más «responsable». Vale, lo aceptaría si así me lo decían.

—Papá, Abigail. —Los miré a los dos—. Puede que esto os cabree, pero lo hemos hecho con buena intención y solo porque queremos lo mejor para vosotros. —Mi padre iba a responderme, pero no le dejé —. Por favor, papá, déjame acabar y luego si quieres nos castigas o lo que estimes conveniente. —Agachó la mirada y yo fui a sentarme a su lado.

Sabía que hablarle de mi madre iba a sacar una parte de él que no le gustaba exponer, pero era mejor hacerlo así para que entendiera el motivo por el que habíamos cometido esa locura. No me miraba, no podía. Además, tenía un tic nervioso, no paraba de mover una pierna de arriba abajo sin descanso y muy rápido.

—Llevas mucho tiempo solo, papá, y mi hermana y yo creíamos que salir con alguien te iba a hacer muy bien y, vale, entiendo que para ti puede ser difícil olvidarte de mamá. Sin embargo, creo que a ella no le gustaría que te quedaras solo, ¿no crees? —Expresé, poniendo mi mano sobre su hombro—. Entonces, Trish pensó que la indicada sería su madre, que también está sola. Sois los dos tan buenos y os queremos tanto, que nos encantaría poder veros felices… juntos.

Lo que dije hizo que mi padre mirase a Abigail que, por otro lado, no paraba de observarle a él.

—Puede que hayamos metido la pata y que solo queráis ser amigos. Solo queríamos que supierais... —la miré a ella— que no nos opondríamos. ¿De acuerdo? Ahora, os dejaremos solos para que habléis y paséis un rato juntos.

—¿Y vosotros? —intervino Abigail.

—Nos iremos a dar un paseo. ¿Qué os parece, chicas? ¿Nos vamos a los recreativos? —Ambas asintieron con una sonrisa.

Los tres nos levantamos para irnos y, antes de hacerlo, mi padre nos llamó a mi hermana y a mí. Nos acercamos a él y nos abrazó sorbiéndose la nariz, lo que nos hizo intuir que estaba llorando.

—Sois los mejores hijos de este mundo y estoy orgulloso de vosotros —mencionó, emocionado—. Os agradezco mucho todo esto, y entiendo vuestra preocupación, pero Abigail y yo somos amigos y ella… bueno, no sé qué piensa al respecto.

Miramos a la madre de mi novia, estaba tan nerviosa que no podía pronunciar palabra. Vi como Trish le daba un beso en la mejilla y nos pedía que nos marchásemos ya.

Antes de desaparecer por el jardín, echamos una última mirada y aún seguían en la misma posición, aunque sin dejar de mirarse. Si todo salía como esperábamos, pronto estarían juntos. Cuando vimos cómo mi padre se levantaba para sentarse al lado de ella, decidimos que había llegado el momento de dejarles a solas e irnos a divertirnos un rato, al menos para dejar de pensar en ellos y centrarnos en nosotros.

Llegamos a los recreativos. Como era un día entre semana no había mucha gente, así que aprovechamos para pedir una mesa y comer unas pizzas. El lugar era famoso por tener alimento y juegos en un mismo lugar y los fines de semana se llenaba.

—¿Qué creéis que estará pasando? —preguntó mi hermana, hecha un manojo de nervios.

—No lo sé, pero será mejor que dejemos de pensar en ellos y lo pasemos bien, ¿vale? —dijo Trish, cogiendo un trozo de pizza para llevárselo a la boca.

—¿Jugamos a algo después? ¿Unos bolos, tal vez? —Mi pregunta hizo que las dos me miraran con una mueca graciosa, ya que eso tenía su historia.

Cuando salíamos los tres juntos, veníamos cada sábado a jugar a los bolos y mi hermana siempre acababa enfadada porque decía que ayudaba a Trish a ganar, pues de otro modo jamás lo haría.

Los recuerdos de una de esas noches se proyectaron en mi mente, llevándome, por un instante, a un pasado muy especial.

Jugar a los bolos con mi hermana y Trish era sinónimo de guerra entre ellas. No porque se llevasen mal o se pelearan, es que mi pequeña era muy mala jugando y yo siempre le ayudaba para que

ganara. Eso a mi hermana no le hacía mucha gracia y nos llamaba tramposos.

—Venga, Tay, tira de una vez —la apremió Trish, desconcentrándola.

—Si dejas de hablarme, podré hacerlo —se quejó.

—Vamos, chicas, no discutáis.

Mi hermana se giró después de marcarse un strike *y vino hacia mí con cara de asesina en serie. Puso un dedo en mi pecho, aunque sin llegar a clavarlo. Parecía enfadada; pese a eso, sabía que no lo estaba y que era todo fingido.*

—A ver si ahora no ayudas a tu favorita, hermanito.

—Shh, Trish te va a oír decir eso y va a pensar lo que no es.

En ese tiempo, Tay ya sabía que estaba enamorado de Trish. Nunca me lo dijo con palabras, pero sus gestos eran muy convincentes.

Trish cogió su bola y se puso en la pista para tirarla. Ciertamente, no me gustaba ver cómo perdía, y si le añadíamos que me encantaba abrazarla, aunque fuera como amigo que ayuda a amiga a ganarle a su hermana, mucho mejor.

Me puse detrás de ella, rodeé sus brazos con los míos y cogí la bola con ella. Le ayudé a tirar e hizo un strike*. Eso hizo que me diera un beso en la mejilla para agradecérmelo y, cómo no, me quedé anclado al suelo y mudo, como siempre. Había cosas que nunca cambiarían.*

—Te has quedado lelo, hermanito —comentó Tay con diversión tirándome un trozo de servilleta hecha pelotita.

—¿En qué pensabas? —dijo mi novia, cogiendo mi mano por encima de la mesa.

Estábamos sentados uno enfrente del otro, pues mi hermana no se alejaba de ella, y no podía decirle nada; estaban muy unidas.

—Solo recordaba una de las tantas tardes que veníamos a jugar y que te ayudaba a ganarle. —Señalé a mi hermana con la mirada y esta volvió a tirarme una servilleta.

Comenzamos a reírnos y seguimos cenando, hablando de mil cosas, recordando otras tantas y rezando porque no cambiaran nunca. ¿Y cómo iban a cambiar si nos adorábamos? Aunque la vida nos deparara otras cosas, siempre llegaría el día en que cogeríamos unas horas para venir a este lugar y pasar el rato, como acostumbrábamos.

La vida me iba a cambiar mucho y sabía que mi futuro era un poco incierto… Mi relación con Trish iba a pasar por muchos baches, que esperaba que saltásemos sin miedo y cogidos de la mano. No quería pensar en eso, pero era inevitable, más cuando solo teníamos unos meses por delante. Concretamente, poco más de dos, ya que yo tendría que irme a Nueva York a finales de agosto. Sin embargo, disfrutaría de todo ese tiempo a su lado.

Terminamos de cenar y fuimos a jugar un poco a los bolos. Tampoco podíamos regresar muy tarde, ya que aún teníamos clases. Menos mal que faltaban tres días y llegarían la graduación y la fiesta de fin de curso.

—Espero que esta vez la dejes que juegue solita, eh —dijo mi hermana después de tirar la bola y hacer *strike*; era demasiado buena.

—Vale, lo haré solita y te voy a demostrar que siempre te he ganado limpiamente.

Trish tiró y no le dio ni a una. Se dio la vuelta, nos miró y comenzó a reírse como si no hubiera un mañana, soltando una de esas risas contagiosas y escandalosas. Todo el que pasaba por nuestro lado acababa riéndose.

—Sabía que hacíais trampas. —Nos señaló con el dedo.

Fui hasta mi novia y la abracé y besé sin importar nada ni nadie. Total, ya no teníamos que escondernos, y la amaba tanto que no podía pasar más de cinco minutos sin besarla.

—Podéis dejar de comer delante de los hambrientos —ironizó Tay haciendo que nos separásemos de golpe.

—Tengo que buscarte una pareja, hermana. —Ella negó, poniéndose colorada—. ¿Por qué no? Sé de un chico llamado Derek que siempre ha babeado por ti.

—No digas tonterías, Travis. Derek y yo solo somos amigos. —Elevé una ceja, sonriéndole de lado—. Vale, vosotros también erais amigos y ahora dais mucho asco.

—No seas mala, cuñadita —intervino mi Trish.

—Por favor, prefiero que me digas hermana, amiga, loca, pero no cuñadita. —Juntó las manos como si estuviera rezando un rosario.

—Es lo que somos. —Le dio un empujón cariñoso—. Pero siempre serás la loca de mi mejor amiga y futura hermana.

Una hora después, nos volvimos a casa. No sabíamos qué había pasado entre nuestros padres, pero todo apuntaba a que había ido bien. De no haber sido así, nos habrían llamado por teléfono. Al llegar, Tay se metió en la casa y yo acompañé a Trish a la suya para despedirme de ella. Besé su nariz, su mejilla y terminé en su boca, donde me quedé más tiempo del permitido. Me había vuelto adicto a ella, a toda ella.

CAPÍTULO 35
TRISH
Nuestro futuro



Busqué a mi madre por todas partes y no la encontré. En el único sitio en el que no había mirado era el jardín y, cómo no, ahí estaba aún junto a Travis. Tenían varios álbumes de fotos sobre la mesa y hablaban y reían animadamente. Me gustó ver que estaban muy juntos, que de vez en cuando rozaban sus dedos y se miraban con una conexión especial. ¿Habría funcionado el plan? Todo apuntaba a que sí. Miré la hora en el reloj de la pared de la cocina y era bastante tarde, así que decidí irme a la cama, aunque antes haría una videollamada con mis dos personas favoritas para hablar de nuestros padres.

Subí las escaleras y mientras me cambiaba, marqué el número de Tay; esta lo descolgó enseguida y le pedí que añadiera a su hermano.

—¿Cómo voy a añadir a mi hermano si estás en pelotas? ¿Es que quieres que le dé un infarto? —Me reí.

—¿No ves que me estoy poniendo el pijama? Además, tu hermano y yo…

—¿Habéis follado? —me interrumpió, provocándome una vergüenza monumental que se me notó en la cara. Cerré el pico y negué eufóricamente.

—No iba a decir eso… O sea, aún no hemos..., ya sabes —titubeé, hecha un manojo de nervios.

—Sí, Trish, follar. Puedes decirlo, es una palabra como otra cualquiera, aunque también se le dice echar un polvo, hacer el amor y no sé, tiene miles de apelativos. —No pude controlarme más y solté una carcajada poniéndome frente a la cámara.

—Anda, añade a tu hermano, que ya estoy vestida, y dejemos esta conversación para otro momento.

Me tumbé en la cama boca arriba con el móvil entre mis manos y Travis apareció en la pantalla con solo unos bóxer, lo que hizo que suspirara de pura frustración por no tenerle a mi lado para… no sé, hacer todas esas cosas que se me venían a la mente y que no era capaz de decir porque me daba reparo.

—Joder, hermano, he esperado a que Trish esté vestida para llamarte y coges el teléfono así… Así no se puede.

—¿Estabas desnuda, pequeña? —Se mordió el labio inferior.

—¿Podéis parar? Guarros. —Nos reímos porque otra cosa no podíamos hacer, aunque mi imaginación comenzó a volar como un cohete al ver cómo se mordía el labio.

Le pregunté si habían visto a nuestros padres en el jardín y asintieron. Reconocimos los tres que habíamos pensado lo mismo, que todo iba genial y que pronto seríamos una única familia. Los Hamilton Moore. Sonaba bastante bien.

Me recosté un poquito más para seguir hablando con ellos mientras cogía el sueño. Eso de ver a mi novio a punto de dormirse,

aunque no estuviésemos en la misma cama, me gustó mucho y deseé amanecer con él por el resto de mi vida. Tay llevaba un rato dormida, así que aprovechamos para hablar entre nosotros de lo mucho que nos amábamos, de que no podíamos estar separados y de que quería llevarme unos días a la casa de la playa.

La idea me encantó. Hacía mucho que no íbamos a esa casa; era de sus abuelos y la heredó su padre. Siempre íbamos en vacaciones, pero llevábamos un año y sería bonito regresar a ese lugar. Estaba en Isla Tybee, un lugar mágico que te hacía soñar.

—Tengo ganas de que lleguen las vacaciones ya —dije antes de bostezar.

—Vamos a dormir, pequeña, y sueña con la primera noche que estemos en la playa —me dijo con cariño—. Te amo.

—Yo también te amo.

* * *

Los días siguientes fueron un poco desastre y ni tiempo tuve para hablar con mi madre sobre la noche de las cartas. De lo único que me había dado cuenta era de que se veía más feliz de lo habitual y su sonrisa resplandecía por donde quiera que pasara. Eso decía mucho al respecto.

Terminamos los exámenes con buenas notas y, aunque yo seguía siendo el centro de atención, no tener que ver a Logan esos días me ayudó bastante a no pasar un mal rato. Solo extrañaba tener a Travis a mi lado en el instituto, pues era su último año y me habría gustado pasar con él esos días. No obstante, al acabar las clases nos escapábamos para vernos. Si no venía él a mi habitación, iba yo a la suya; era como nuestra propia rutina, una que no podíamos parar… que no queríamos parar.

—¿Te das cuenta de las ganas que tengo de hacerte el amor? —me dijo un día.

Era el último viernes y por fin habíamos terminado las clases. Estábamos oficialmente de vacaciones.

Nos encontrábamos en su habitación, en su cama, y yo encima de él, aprovechando que era más alto que yo y que me encantaba calentarle. Besé sus labios a modo de respuesta, dándole carta blanca para hacer conmigo lo que quisiera. Siempre había querido perder mi virginidad con alguien especial, con la persona de la cual estuviera enamorada, y saber que sería con él me hacía inmensamente feliz.

—Si sigues así, no respondo, pequeña —musitó entre mis labios.

—No quiero que pares —respondí, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Estás segura? —Asentí mordiéndome el labio inferior—. Está bien, pero no será ahora. —Fingí tristeza, poniendo una de mis caras aniñadas que tanto le gustaban—. Es que quiero que tu primera vez sea especial e inolvidable.

—Que seas tú ya lo convierte en especial e inolvidable, Travis. —Me abrazó con fuerza, aunque sin llegar a hacerme daño—. No tienes idea de lo mucho que te amo, de lo que he soñado con estar así contigo —declaré, y fui completamente sincera.

Porque, a pesar de haber pasado por un momento de confusión, él siempre fue el chico del que estaba enamorada, y conseguir tenerle así, abrazado a mí, besándome sin descanso y diciéndome a cada momento lo mucho que me amaba, era un regalo que me iba a costar mucho soltar.

—Eres maravillosa.

Me tumbó en la cama con una destreza increíble y se puso sobre mí, apoyándose con sus manos. Su boca fue directa a mi cuello, que se quedó unos minutos besando y lamiendo sin reparo. Mis jadeos

comenzaron a resonar en su habitación y terminó pegando su boca a la mía para acallarlos y que no nos escucharan. Se puso de lado, apoyándose con su codo derecho para acariciarme con la otra mano. Todo lo hizo sin dejar de besarme, de mirarme. Su mano comenzó su viaje desde mis mejillas, bajando por mi cuello, paseándose por mis pechos y aterrizando en mi sexo. Antes de meter la mano en el interior de mis pantalones, me miró para pedir permiso y asentí dándole acceso a todo. No me hizo esperar y cuando noté sus dedos en mi sexo, me arqueé buscando más, pidiéndole más sin necesidad de decirlo. Lo rozó por encima, lo acarició con delicadeza y yo creí que iba a explotar en cualquier momento.

—¿Te gusta? —me preguntó en el oído. Yo solo asentí entre jadeos silenciosos—. ¿Quieres más? —Mordió el lóbulo de mi oreja e hice la misma acción—. Estás empapada.

—Te quiero a ti, Travis. Te necesito a ti.

—Me tendrás, te lo prometo. Pero ahora disfruta, mi amor.

Con sus dedos, hizo que llegara al límite, que terminase explotando en un orgasmo increíble. Mi cuerpo convulsionó y él me besó con desesperación, metiendo su lengua en mi boca para terminar de volverme loca, si fuera posible estarlo más.

—Estás hermosa con las mejillas rojas por el deseo —me piropeó, aunque nunca dejaba de hacerlo.

—Y tú acabarás conmigo en cualquier momento. —Solté una risita burlona.

Nos quedamos un ratito más mientras yo recobraba la cordura y, cuando casi era de noche, me levanté de la cama para regresar a mi casa, ya que teníamos que madrugar al día siguiente.

—No te vayas todavía —me pidió como un niño pequeño.

—Tienes que descansar, mañana es un día muy importante para ti. —Se encogió de hombros—. Deberías estar feliz, por fin te gradúas y

con unas notas impecables. ¿No te parece increíble? El tiempo pasa volando. —Suspiré, sentándome de nuevo a su lado.

—No me hace feliz, porque cada día que pasa es un día menos para estar contigo. —Se levantó—. ¿Por qué no te vienes conmigo? —Fruncí el ceño—. Vale, sé que aún eres menor de edad, pero estás a punto de cumplir los dieciocho y podremos vivir juntos en Nueva York…

—No puedo, Travis —le interrumpí—. Lo deseo con todo mi corazón, pero a mí aún me queda un año de instituto, y después quiero estudiar biología marina, y…

—Lo sé, sé que tu sueño es trabajar en un acuario —terminó por mí—. Lo siento, no pensaba lo que decía —se disculpó—. Vamos, te acompañaré a tu casa.

Por el camino, permanecimos en silencio y no me gustó. Antes de entrar en mi casa me di la vuelta y le abracé con fuerza, como si estuviera a punto de perderle, aunque eso fuera imposible. Sabía que algún día nos separaríamos, pero nuestro amor se quedaría intacto, esperando el momento de volver a estar juntos. Esperando el momento de crear nuestro futuro.

—Disfrutemos de este tiempo sin pensar en nada más, ¿de acuerdo? —Le pedí mirándole a los ojos—. No quiero que nada ni nadie estropee nuestro verano.

—Está bien, perdóname. —Besó la punta de mi nariz—. Prometo que, a partir de este momento, dejaré de pensar en lo que tú ya sabes. —Asentí, regalándole la mejor de mis sonrisas—. Nos vemos mañana, pequeña. Nos espera un día muy movidito, así que descansa —me recordó.

No solo teníamos su graduación, sino que por la noche era la fiesta de fin de curso, y saber que iría con él me tenía flotando en una nube. Si me hubieran dicho que ese año acabaría siendo la

novia de Travis y que iría con él a nuestro baile más importante, no me lo habría creído.

Nos dimos un beso de despedida y entré en mi casa. Mi madre estaba en su despacho hablando por teléfono, la escuché cuando pasé por la puerta para ir a la cocina. Estaba entreabierta, así que me quedé detrás para intentar oír lo que decía y así descifrar con quién se reía tanto.

—Lo sé, lo sé, pero creo que debemos esperar. —Alcé una ceja—. No, no sospecha nada.

Se quedó callada unos segundos, supuse que escuchando lo que decía la otra persona.

—Nos vemos mañana —se despidió—. Y yo, y yo. —Sonrisa de enamorada.

«Oh, vaya. ¿Quién será? ¿Será Travis? Dios, que sea él, que sea él», pensé mientras corría hasta la cocina antes de que me pillara in fraganti. Cuando entró, yo estaba poniendo a calentar una olla con agua para hacer pasta. No sabía qué menú tenía pensado mi madre para cenar, así que improvisé.

—Cielo, ¿cuándo has llegado? —se interesó a la vez que se acercaba a mí y me daba un beso en la cabeza.

—Hace unos minutos, ¿por qué? —pregunté esperando a que me dijera algo.

—No, por nada. Es que no te oí llegar. —Me sonrió.

—¿Estabas hablando con alguien? —dije al fin, y me arrepentí al instante, pues no quería meterme en sus cosas.

—¿Yo? No, claro que no —me mintió descaradamente, lo que me hizo ver que no me diría nada.

Terminamos las dos de hacer la cena y nos fuimos al sofá para comer y ver series. Durante el tiempo que duraron los cuatro capítulos que vimos de *This Is Us*, estuve más tiempo mirándola a

ella que a la tele y, pese a estar concentrada, sabía que yo la observaba. Mi madre era muy buena guardando secretos, pero yo lo era aún más descubriéndolos. ¿Cuánto me costaría enterarme de este? «Si contamos lo que tardaste en darte cuenta de que Travis estaba enamorado de ti, no creo que seas demasiado buena.» Mi conciencia me mostró la realidad y tuve que reírme, aunque en el capítulo que estábamos viendo estuvieran llorando a mares.

Sentí su mirada y me encogí de hombros agradeciendo internamente que no me preguntara por qué me reía sin motivo. Una vez que terminamos de ver la serie, le di las buenas noches y me fui a la cama a descansar o, al menos, a intentarlo, porque mi cabeza no paraba de pensar y pensar en todo y nada a la vez.

CAPÍTULO 36
TRAVIS
La mejor noche de mi existencia



Este día que era el principio de mi futuro, estaba a punto de ser el peor de mi vida. No es que estuviera triste por haber acabado el instituto y no me quedara nada para irme a la universidad, eso era algo que siempre había querido hacer. Pero recordar que perdería a la única mujer de la que me había enamorado me hacía infeliz.

Le prometí a Trish que dejaría de lado esos pensamientos, que disfrutaríamos de nuestro verano, aunque fuera el último que pasáramos juntos. Joder, ¿por qué tenía que irme a Nueva York? No sabía cuándo volvería, aunque intentaría hacerlo a menudo.

—Hijo, ¿estás listo? —Mi padre entró en mi habitación sin tocar, claro que la puerta estaba entreabierta.

—Casi, me faltan la toga y la borla —respondí poniéndome la chaqueta del traje.

—Estás muy guapo, hijo —me piropeó entrando para ponerme bien la corbata—. Si tu madre te viera, estaría orgullosa de ti. —Se emocionó.

—Lo sé, papá. —Me abrazó—. Te quiero muchísimo.

—Eso no vale, yo quiero un abrazo familiar —dijo mi hermana, que acababa de entrar.

Cuando mi padre se separó de mí y me miró, se puso a llorar como una magdalena y corrió hacia mí para abrazarme.

—Hermanito, qué guapo. —La apreté entre mis brazos.

Mi padre se nos unió y nos dimos ese abrazo familiar que ella quería.

Bajamos para irnos, teníamos que llegar al instituto y solo faltaba una hora para que comenzara la graduación. Al salir, Trish estaba a punto de tocar el timbre. Cuando me vio, se mordió el labio inferior, lo que me hizo entender que le gustaba mi atuendo. Me acerqué a ella y besé sus labios a la vez que ella me abrazaba delante de nuestros padres, sin importarnos nada de lo que pensaran. ¿Para qué? Teníamos la bendición de ellos y no teníamos que seguir escondiéndonos.

—Anda, vamos ya —mencionó la madre de Trish, haciéndonos reír.

Nos fuimos todos en un mismo coche, algo que no pasó desapercibido para nosotros. Abigail se sentó al lado de mi padre. Mi hermana y Trish se miraron y sonrieron dándose cuenta de que había algo que se nos estaba escapando. ¿Estarían juntos ya? Si así fuera, ¿por qué no lo decían? Aquí había gato encerrado.

Cuando llegamos al instituto fuimos al patio, donde habían puesto un escenario y todas las sillas. Ya habían llegado muchos padres, profesores y algunos alumnos. Derek me vio y vino a mi encuentro para saludarnos. No era su graduación, pero había venido a ver a su hermano, que estaba en mi clase. En cuanto vio a mi hermana, se acercó a ella para decirle algo y Trish y yo nos quedamos expectantes para ver lo que era.

—Hola, Tay, ¿qué tal? Estás muy guapa —titubeó, nervioso.

—Hola, Derek. —Mi hermana nos miró.

—Verás, yo quería haberte pedido esto antes, pero me daba mucho corte y por eso he tardado tanto… ¿Quieres ser mi acompañante esta noche en el baile? —Tay volvió a mirarnos, esta vez roja como un tomate. Nosotros asentimos para que aceptara y, aunque se lo pensó, al final lo hizo.

—Vale, recógeme a las nueve. —Derek se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Nos vemos después, Tay.

Fue lo último que le dijo para después desaparecer entre la gente y sentarse junto a sus padres. Taylor caminó hacia nosotros y casi nos pega por haberla animado a aceptar una cita con ese chico que, por otro lado, sabíamos que le gustaba un poquito, o eso decía ella.

—Ahora las dos tenemos pareja para el baile, y tú que decías que iríamos solas... —Le dio un empujón cariñoso.

Se escuchó a mi padre llamando a todos los alumnos, pidiendo que nos sentáramos ya porque la ceremonia estaba a punto de empezar. Al ser el director, daría él los diplomas. Empezó pronunciando un discurso motivacional, en el que añadía lo orgulloso que estaba de todos los graduados y que nos esperaba un futuro brillante. Miré atrás y fijé mis ojos en ella; Trish estaba dos asientos más atrás, atenta a lo que él decía, pero en cuanto sintió mi mirada clavó sus ojos azules en mí, regalándome una sonrisa y enviándome un beso volado.

El discurso duró unos quince minutos y llamaron a los graduados por orden alfabético. Cuando dijeron mi nombre y me levanté, mi hermana y mi novia también lo hicieron y vitorearon felices, lo que me hizo reír. Las miré y les mandé un beso a la vez que subía las escaleras del escenario. Los profesores me felicitaron y, cuando

llegué a mi padre, me dio el título y, como era su hijo, también un efusivo abrazo.

—Tu vida está a punto de cambiar, hijo. Enhorabuena. —Asentí fingiendo felicidad.

«Sí, mi futuro está a punto de cambiar, pero será un futuro sin Trish», pensé bajando las escaleras por el otro extremo, y volví a sentarme.

Una hora después, terminó la graduación y, aunque estuve un rato más en el lugar hablando con otros padres y alumnos, el tiempo pasó volando. Regresamos a nuestra casa y las chicas se fueron a casa de Trish a ponerse guapas para el baile.

Estaba en la cocina, tomando un poco de zumo de naranja porque necesitaba algo fresco, cuando mi padre entró y se sentó frente a mí. Parecía querer hablar conmigo, contarme algo, pero no se atrevía. Pensé en ser yo quien rompiera el hielo, pero dejé que fuera él el que decidiera hablarme cuando se sintiera preparado.

—Hijo —musitó—. Me gustaría decirte algo, pero quiero que me guardes el secreto.

—Claro, papá.

—Prométeme que no se lo dirás a tu hermana ni a Trish. —Asentí con el ceño fruncido, pues el tema parecía grave—. Abigail y yo estamos intentándolo. —Abrí los ojos, perplejo, y sonreí ampliamente feliz por él.

—Joder, qué bien, papá. —Me levanté para darle un abrazo—. Estoy muy feliz por vosotros, de verdad.

—Gracias, hijo. La verdad es que nos ha costado aceptar que sentíamos algo el uno por el otro, pero una vez que lo hablamos, todo marchó adelante —expresó lleno de nervios, lo que me hizo mucha gracia.

—¿Por qué no quieres que se enteren las chicas? Te aseguro que se pondrán felices.

—Lo sabemos, pero queremos que sea en la playa, cuando nos vayamos a la casa de los abuelos. Así que ya sabes, nada de contar nada hasta la semana que viene, ¿de acuerdo? —Levanté las manos asintiendo y nos reímos.

Me despedí de él y fui a recoger a mi novia cuando llegó Derek. Abigail fue la que abrió la puerta y nos dejó pasar hablando de lo guapos que estábamos con los esmóquines. Quiso hacernos unas fotos antes de que bajaran las chicas y llegase la limusina que ella misma se había pedido para esa noche; todo tenía que ser perfecto. Escuchamos risas en el piso de arriba, y nos anunciaron que estaban a punto de bajar. El sonido de los tacones chocando por el mármol de las escaleras hizo que nos pusiéramos nerviosos.

Primero vimos a mi hermana, que llevaba un vestido largo y azul oscuro de tirantes. Se había recogido su larga melena en una cola de caballo; estaba muy bonita. Se lo hice saber cuando le di un beso en la mejilla y me aparté para que Derek la saludara y le pusiera el ramillete en la muñeca. Mientras que ellos estaban entretenidos con las fotos que Abigail les hacía, mi novia bajó, y me pareció como si estuviera caminando a cámara lenta; estaba hermosa. Trish llevaba un vestido morado de palabra de honor que se ceñía a su figura. Me fijé en su rostro: el maquillaje no era excesivo, aunque a ella no le hacía falta porque ya era una diosa. Se dejó el cabello semirrecogido y algunos mechones sueltos. Caminé hasta ella y antes de ponerle el ramillete de violetas en la muñeca, besé sus labios.

—Estás preciosa, pequeña. —Suspiramos a la vez, sonriendo como dos tontos enamorados.

—Y tú… tú estás guapísimo.

—No veo la hora de quitarte ese vestido —susurré en su oído, antes de que su madre viniera a echarnos mil fotos. La miré a los ojos y se mordió el labio inferior, provocándome.

—Hija, pero qué guapa estás. —Le dio un beso—. Venga, poneos que os haga fotos, muchas fotos. —Soltamos una carcajada.

—Venga, mamá, pero no tardes que queremos irnos ya —la apremió.

Justo entonces llegó la limusina. A Abigail le dio tiempo de hacernos unas diez fotos; aunque nosotros creíamos que eran suficientes, ella no. Nos despedimos y salimos los cuatro para irnos de una vez al baile de graduación. Este año no sabíamos cómo había quedado la sala donde se preparó el baile, ya que habíamos estado tan metidos en nosotros mismos que no preguntamos a los organizadores, como otros años. Sin embargo, sabíamos que iba a ser increíble.

Llegamos a la sala de fiesta que el instituto había cogido para la noche y entramos saludando por el camino a algunos compañeros. La música comenzó a sonar, el dj estaba en todo su apogeo y cuando entramos, miramos a nuestro alrededor. Las paredes estaban llenas de luces doradas, como si fuera el cielo lleno de estrellas. Los cortinones eran del mismo color y en una parte estaban la mesa con las bebidas y otra con cosas divertidas, como sombreros, máscaras y muchas más cosas.

—¿Queréis beber algo? —Le pregunté a las dos, y asintieron.

Derek me acompañó a la mesa para coger ponche para las chicas y ahí estaba Logan con Lucy. Al verme, me lanzó una mirada llena de rabia, aunque no dijo ni una palabra. En cambio, se acercó a Derek para hablar con él mientras Lucy venía para hablar conmigo, como si fuéramos amigos íntimos.

—Hola, Travis. Estás muy guapo esta noche, ¿has venido solo? —Metió su mano en la solapa de mi chaqueta. Mis ojos se clavaron en el lugar y ella, incómoda, la soltó.

—No, he venido con mi novia. —Abrió los ojos, sorprendida—. Sí, Trish, mi novia —le repetí señalando a donde estaba ella.

—Vaya, la mosquita muerta se ha quedado con el más guapo del equipo —comentó, y antes de que pudiera responderle, se dio la vuelta y se fue.

Negué cogiendo los vasos y regresó Derek que, sorprendentemente no me dijo nada de lo que había hablado con Logan. Llegamos a donde estaban las chicas y les dimos los ponches.

La fiesta estaba siendo muy divertida. No siempre me gustó venir a estas cosas, pero este año era diferente. Pusieron una música lenta y cogí la mano de mi novia para bailar con ella en la pista. Mientras la canción sonaba, rodeé su cintura con mis brazos y la apreté contra mi pecho, momento que aproveché para susurrarle algo al oído. Ya no podía esperar más para llevármela de la fiesta.

—¿Lo pasas bien? —Asintió con una sonrisa—. ¿Quieres que nos vayamos? —Me miró fijamente.

Justo era el instante en el que debía besarla, el ambiente así lo pedía, y su boca… me lo pedía a gritos. Acerqué mi rostro y rocé mis labios con los suyos en un intento absurdo de contenerme, pues era imposible hacerlo cuando la deseaba tanto. Metí mi lengua en su boca, buscando enamorar a la suya y lo conseguí, conseguí que Trish al completo se enamorara de mí. Habíamos pasado de ser amigos a dos personas que se amaban por encima de todo.

Me alejé de ella para decirle a Derek que se llevara él a mi hermana, me despedí de Tay y cogí la mano de mi chica para salir corriendo de la fiesta. Fuimos a mi casa rezando porque no hubiera

nadie y así pasó. No sabía dónde estaba mi padre, pero me alegré de que no estuviera. Al cerrar la puerta, la besé con desesperación, con el deseo contenido de hacerle el amor toda la jodida noche. Subimos a mi habitación a trompicones, besándonos a cada segundo.

Cuando entramos, cerré la puerta con pestillo y cuando me di la vuelta, Trish me esperaba ansiosa de seguir hasta el final. No la hice esperar, no podía alargar más el momento de tenerla entre mis brazos, de hacerle sentir con besos y caricias lo mucho que la amaba. La desnudé despacio, besando cada trocito de piel que iba apareciendo. Noté cómo su cuerpo se erizaba por mi contacto y cómo necesitaba más de mí, y yo… Dios mío, yo la necesitaba para siempre, para toda mi vida. Comenzaríamos con algo perfecto, la primera vez juntos, y sería la mejor noche de mi existencia.

CAPÍTULO 37

TRISH

No quiero a otro que no seas tú



Sus besos me hacían flotar y sus caricias delirar. Travis sabía cómo tratarme, cómo hacer que volara sin necesidad de tener alas, él lo conseguía con su ternura.

Nos fuimos de la fiesta a toda prisa, deseando llegar pronto a un lugar donde pudiéramos estar solos y demostrarnos que esa noche sería la más especial de todas. Llegamos a su casa, por suerte no había nadie y subimos a su habitación. No paramos de besarnos en todo momento, fue lo más bonito de mi vida. Comenzó desnudándome despacio, besando cada trocito de piel que iba apareciendo, y cuando me tuvo completamente expuesta ante sus ojos, se mordió el labio inferior.

—Eres hermosa, pequeña. —Atacó mis labios de nuevo mientras yo desabotonaba su camisa.

Acabamos los dos desnudos sobre su cama y, aunque estaba muy nerviosa, también estaba ansiosa por sentirle por completo, porque me hiciera suya de una vez.

Toqué su cuerpo con manos temblorosas, como si no tuviera la libertad completa para hacerlo, y él las rodeó con las suyas, bajándolas hasta su miembro. Comprobé que estaba preparado y me puse mucho más nerviosa. No tenía miedo, claro que no, pero era mi primera vez y a pesar de que iba a ser la más importante de toda mi vida, no podía evitar sentirme así.

—Tranquila, pequeña —musitó en mi oído, besando después mi cuello.

Repasó mi piel con su lengua, quedándose un ratito en mis pezones, poniéndolos duros al instante. Mi cuerpo temblaba como una hoja debajo del suyo, ardía como si estuviéramos delante de una hoguera. Siguió bajando sin separar su boca de mi cuerpo, su lengua de mi piel, recorriendo cada rincón. Llegó hasta mi sexo y solo fue un roce, un simple roce el que me hizo delirar y pedirle más. Necesitaba más.

—Travis —jadeé su nombre a la vez que agarraba su cabello para hundirlo más contra mi sexo.

Estaba a punto de explotar, a punto de acabar en su boca. No podía dejar de arquear mi cuerpo, de temblar, de jadear y suspirar. No podía dejar de arder, de morirme de frío y de amor. Hacer el amor con Travis era precioso… él estaba siendo maravilloso, tierno y pasional. El orgasmo me atravesó, dejándome completamente desecha. Antes de que pudiera reaccionar, abandonó mi sexo, cogió un preservativo de su mesilla de noche y se lo puso delante de mis ojos. Tragué saliva; aun así, estaba preparada.

Metió sus manos entre mis piernas, abriéndolas con delicadeza, como si tuviera miedo a hacerme daño con solo eso. Se colocó en medio de ellas y me miró fijamente.

—¿Estás preparada, mi amor? Todavía podemos parar y… —Lo vi tragar saliva y sonreí, asintiendo.

—Hazme el amor, Travis… No quiero a otro que no seas tú —le pedí en un susurro casi inaudible.

Besando mis labios, empezó a entrar en mí, despacio, con tranquilidad y paciencia. Me dolía, pero tener su cuerpo pegado al mío compensaba todo el dolor. Llevé mis manos hasta su espalda cuando entró por completo y arañé su piel entonces.

—Perdón, no quería hacerte daño —le dije.

—Tranquila, Trish, tranquila —respondió mientras empezaba a moverse suave.

Poco a poco, el dolor intenso de mi primera vez se convirtió en una experiencia única e inolvidable. Ya no me dolía, ya podía soportar todo y dejarme llevar.

Sus movimientos se aceleraron, sus besos y caricias me estaban llevando a una locura que no podría controlar.

—No sabes cuánto te amo, Trish —declaró con la voz entrecortada —. Más de lo que un día creí que llegaría a amar a nadie.

Mis ojos se humedecieron y lo besé como respuesta. Con un movimiento rápido, acabé encima de él, sentada a horcajadas. Me quejé un poco, ya que así entró más si podía, cosa que lo hizo parar un momento.

—Tranquilo, no me duele —lo tranquilicé.

Ambos estábamos sentados, quedando su boca cerca de mis pechos. Recordé la noche de la hamaca e hice lo mismo que entonces: me moví hacia delante y hacia atrás mientras él acariciaba la piel caliente de mi espalda y lamía mis pechos sin descanso. Eso hizo que me acelerara. Me hizo desear más, mucho más de lo que ya teníamos. Si mi vida con él iba a ser así de bonita y especial, no quería que se acabara nunca.

Ambos estábamos a punto de llegar al éxtasis. Mi cuerpo comenzaba a arquearse, a temblar descontrolado. Entonces noté

cómo su cuerpo también se tensaba y aceleré las embestidas para llegar los dos juntos. Perdí la cuenta del tiempo que tardamos, pero fue espectacular. Con nuestros gemidos resonando en toda la habitación, los besos desesperados y nuestro amor. Llegamos juntos, tal y como yo quería, y caímos desplomados sobre la cama. Travis me apretó contra su cuerpo; este aún ardía y me giré para observar su rostro, grabando a fuego en mi retina este instante para toda la vida.

—Te amo —susurré, y él sonrió.

—No más de lo que te amo yo. —Volvió a besarme.

Estuvimos un rato así, abrazados y en silencio, a punto de quedarnos dormidos. No sabía qué hora era y tampoco me importaba. Solo quería que el tiempo se parase justo aquí y ahora, justo en el mismo instante en el que escuché su «te amo». Solo necesitaba que no se acabara, que siempre estuviéramos juntos.

Sobre las tres de la mañana, nos vestimos y me acompañó a mi casa. Me habría encantado amanecer con él, pero era imposible, estaba segura de que mi madre se opondría.

Llegamos y Travis se sentó en una de las sillas que teníamos en el porche y yo en sus rodillas, abrazándolo.

—Esta noche ha sido la mejor noche de toda mi vida —declaré en un hilo de voz.

—También lo ha sido para mí y me muero por repetirla. —Me guiñó un ojo con picardía.

—Hace una noche muy bonita, ¿verdad? —pregunté mirando al cielo.

—No más bonita que tú —dijo en mi oído, y mordió el lóbulo de mi oreja.

—Para, Travis —le pedí entre risitas llenas de amor—. Si seguimos así, no podremos separarnos.

—Está bien, ya paro. —Besó mi mejilla.

Antes de entrar en mi casa, vimos llegar la limusina y nos quedamos un poco más para ver a Tay. Se bajó junto con Derek, que la acompañó hasta la puerta; era todo un caballero. Nos sorprendimos al ver cómo él daba el paso y besaba sus labios. Cuando creímos que Taylor se apartaría, nos dejó con la boca abierta observar que ella profundizaba el beso. Travis y yo nos miramos y sonreímos, ya que ver a nuestra hermana feliz nos hacía felices a nosotros.

—Hasta mañana, mi amor. —Lo abracé—. Te amo.

—Mañana vengo a secuestrarte y nos vamos a dar un paseo, ¿te parece? —Asentí y besé sus labios.

Entré en mi casa y, al cerrar, pegué la espalda en ella y suspiré llena de amor. Subí a desvestirme y meterme en la cama, estaba muy cansada. Mi madre no estaba, algo que me extrañó, no sabía que iba a salir. Le mandé un mensaje a Taylor ya metida en la cama, sabiendo que estaba aún despierta.

¿Qué tal tu cita?

Su respuesta no tardó en llegar y me reí al leerla.

Joder, tía, qué bien besa Derek.
¿Por qué no me habré fijado yo antes en este chico?

Tecleé sin parar de reírme. Me hubiera gustado hacerle una videollamada, pero ya era tarde.

Mi noche ha sido maravillosa.
Pero te lo cuento mañana que me muero de sueño.
Buenas noches

Estaba segura de que querría matarme en cuanto lo leyera, así que puse el móvil en silencio y lo metí en el cajón para que me dejara dormir.

Por la mañana, el calor y el sol que comenzaba a colarse por las cortinas me despertaron. Miré la hora en el reloj de mi mesilla y bufé al comprobar que solo eran las ocho. Estaba muy cansada, así que cerré las cortinas y me metí en la cama de nuevo, escondiendo la cabeza debajo de la almohada.

Dos horas después y gracias a mi madre, me desperté. Había venido a mi habitación para llamarme porque mi novio estaba esperándome en la cocina. Fruncí el ceño y me levanté como un resorte.

—Mira qué rápido te levantas por Travis —expresó irónicamente—. Si te levantaras igual para todo, no llegaríamos tarde a nada.

Estaba siendo sarcástica, lo sabía. La miré fijamente y soltamos una carcajada. Se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Buenos días, cariño —me saludó.

—¿Estás bien? —le pregunté; estaba extrañamente feliz.

—Sí, perfectamente. ¿No se me nota? —Giró sobre sus talones, dando una vuelta completa, y volví a reírme a la vez que negaba con la cabeza—. Venga, ve a ducharte, que voy a recoger un poco aquí antes de que bajes.

Hice lo que mi madre me pidió, necesitaba una ducha con urgencia. No tardé más de quince minutos, no quería hacer esperar mucho más a mi novio y, cuando salí, estaba cerrando mi maleta, lo que me extrañó demasiado. ¿A qué venía todo esto?

—¿Qué haces, mamá? —Me interesé, acercándome.

—Tu maleta, ¿por? —dijo como si nada.

—¿Por qué? Aún no nos vamos a la playa, ¿no? Es la semana que viene. —Asintió y negó seguidamente, algo que me confundió

sobremanera.

—Nosotros nos vamos la semana que viene, pero Travis, Taylor y tú os vais hoy. —Formé una «o» exagerada y comencé a saltar como una niña pequeña a la que acababan de darle el mejor regalo de toda su vida.

—Gracias, mamá… —la abracé eufóricamente—. Gracias por apoyarme siempre en todas mis decisiones.

—Anda, vete antes de que me arrepienta. —Me dio un beso en la mejilla—. Es que —cogió un mechón de mi cabello—, aunque te faltan unos meses para cumplir dieciocho, has demostrado ser muy madura, y… bueno, sé que Travis y tú ya… ¿no? —¿Me estaba preguntando lo que creía que me estaba preguntando? No sabía qué responderle a eso—. Cogeré tu silencio como respuesta. —Me guiñó un ojo.

Se fue para dejar que terminase de arreglarme, cogí la maleta y bajé a toda prisa para ver a mi chico.

Tay y Travis estaban desayunando cuando entré en la cocina. Mi madre les había preparado tortitas, lo que me hizo entender el motivo por el que no me habían esperado para comer juntos.

—Buenos días, ¿están buenas las tortitas, glotones? —Interrumpí a Taylor y casi se atraganta.

Travis se levantó y me saludó como debía, pegando sus labios a los míos para besarme sin descanso, porque así era cada vez que nuestras bocas se unían, no podían volver a separarse. Con un carraspeo de mi madre, nos separamos y me sirvió mis tortitas para desayunar antes de irnos.

Mientras comíamos, Taylor nos contó cómo se lo pasó en la fiesta y mi madre nos miraba, ya que ese dato le hizo pensar que nosotros no estábamos con ella en el baile. Tragué saliva antes de mirarla y me sonrió agachando la cabeza. Solté todo el aire que había estado

reteniendo a la vez que le pegaba una patada a Tay por debajo de la mesa.

—Joder, lo siento —se disculpó.

—¿Te ha dicho tu madre que nos vamos antes a la playa? —comentó Travis.

—Sí, pensé que nos iríamos todos la semana que viene. —Aún seguía confundida.

—Ya, pero le he pedido permiso a mi padre y me ha dejado su coche para que nos fuéramos los tres.

En cuanto dijo que su padre por fin le había dejado el coche, Tay y yo nos miramos y comenzamos a dar saltitos como dos locas. En ese momento, su padre y mi madre entraron en la cocina y, al vernos liándola, comenzaron a reírse de nosotras.

Una hora después, nos despedimos de ellos y nos subimos al coche para irnos de una vez. Nos quedaba un largo camino por delante y le agradecí a Tay que me dejara sentarme delante con su hermano. En solo cuatro horas, llegaríamos a Isla Tybee y disfrutaríamos de la playa en la mejor compañía. Ese verano iba a ser el mejor de toda mi vida y cada instante, cada momento a su lado, lo guardaría como el mayor de los tesoros en mi corazón y mis recuerdos, sabiendo que tendría que sacarlos afuera cuando necesitara proyectar todo lo vivido con él.

No quería ponerme triste, no cuando teníamos casi tres meses por delante.

CAPÍTULO 38
TRAVIS
Cada instante a su lado



El camino hacia la Isla Tybee estaba siendo muy ameno. Entre la música que Trish elegía y los comentarios de mi hermana sobre la noche anterior, se nos hizo más corto de lo que era realmente: casi cuatro horas de coche, dependiendo del tráfico, aunque, por suerte, hicimos el viaje en menos tiempo.

Llegamos a la casa de mis abuelos y nos bajamos del coche para ver el paraíso que nos rodeaba con una mejor perspectiva. Taylor salió corriendo hacia la playa y Trish la siguió incluso antes de que cogiéramos las maletas para dejarlas en la casa. Las vi tirarse al agua sin pensarlo, con ropa y todo, y no lo pensé, fui directamente al agua para imitarlas. Empezamos una guerra de agua en la cual mi hermana perdía, éramos dos contra una. La cogí en brazos y la tiré con fuerza, haciendo que se sumergiera. Al salir a la superficie, vino hasta mí y se subió encima de mí para intentar ahogarme. Todo ese espectáculo fue bajo la atenta mirada de mi novia, que no paraba de reír.

Por un momento, solo por un instante, me quedé bloqueado mirándola. Su risa, el brillo de sus ojos, el dorado de su cabello que relucía más fuerte bajo el sol; era como ver a una sirena, mi sirena.

—Deja de babear ya por mi mejor amiga, hermanito —se quejó Tay, consiguiendo sumergirme al fin.

—Dirás mi novia, ¿no? —respondí al sacar la cabeza.

El agua estaba perfecta y si no hubiera sido porque teníamos que instalarnos, nos habríamos quedado allí metidos horas.

—Vamos, tenemos que guardar todo y cambiarnos —dije a la vez que salía del agua.

La ropa se me quedó pegada al cuerpo, así que terminé quitándome la camiseta de tirantes que llevaba. Mi novia me miró mientras se mordía el labio inferior, y menos mal que mi hermana no la vio. Trish salió y ahí sí que me quedé anclado a la arena. Vale, ya la había visto desnuda, había probado a qué sabía todo su cuerpo y recordar todo eso hacía que mi entrepierna se endureciera. La ropa mojada, que dejaba ver su cuerpo, el cabello, sus labios, toda ella así era más de lo que mi deseo podía soportar.

—Anda, os espero en la casa —mencionó mi hermana pasando por mi lado.

Trish se acercó a mí y tocó mis pectorales con los dedos, lo más delicadamente que pudo. La suavidad de su piel rozando la mía me erizaba por completo. Se quitó la camiseta, quedándose en sujetador, y la abracé encerrándola entre mis brazos con la necesidad de no volver a soltarla. Mis labios buscaron los suyos con desesperación, con la misma pasión de la otra noche y más ganas aún de volver a probar lo que era hacerle el amor.

Cada instante a su lado era como un regalo, algo que jamás olvidaría, y esas dos semanas que íbamos a pasar en esta playa serían la mejor parte de nuestra historia.

La alcé y ella enroscó las piernas alrededor de mi cintura, todo sin dejar de besarnos. Caminé hasta el agua, lo suficiente para que nos cubriera hasta el pecho y poder hacer lo que tanto ansiaba. Pese a estar deseando hundirme en ella, alguien podía vernos y no era plan de que nos pillaran.

—Estar aquí contigo… —Se quedó en silencio, buscando las palabras adecuadas. Suspiró antes de volver a hablar—. No quiero que este verano se acabe.

—Hagamos que sea inolvidable, pequeña. —Besé la punta de su nariz.

Volví a atacar su boca, devorándola como tanto amaba hacer. Porque, desde que probé sus labios, me había vuelto adicto a sus besos, a sus jadeos incontrolados, a escuchar cómo decía mi nombre cuando la acariciaba. ¿Sería posible curarme esa adicción? No creía que así fuera, jamás me curaría de mi enfermedad llamada Trish.

—Será mejor que vayamos a ducharnos —le pedí acariciando su mejilla, echando hacía atrás el cabello que se le había pegado a la piel.

—Sí, será lo mejor. —Soltó una sonrisilla que me enamoró.

—¿Te das cuenta de que hagas lo que hagas me enamoro más y más de ti? —Enmudeció—. Creo que no eres consciente de lo mucho que he soñado con esto.

Su mirada me decía mucho más de lo que sus labios podían pronunciar y solo con eso me bastaba. Yo sabía exactamente que ella sentía lo mismo que yo.

Salimos del agua agarrados de las manos y nos dirigimos a la casa, donde, nada más entrar, Tay ya había pedido unas pizzas para almorzar. Nos miró con una ceja alzada y nos echó para que nos pusiéramos presentables mientras ella ponía la mesa.

—Anda que si yo no estuviera aquí ibais a pasar más hambre… —soltó a la vez que subíamos las escaleras riéndonos. Ni siquiera terminamos de escuchar lo último que dijo.

—¿Qué tal si nos duchamos juntos? —Alcé una ceja—. Es por economizar.

—En ese caso… —Puse un dedo en mi barbilla, fingiendo que me lo pensaba—. Pero no te prometo que no intentaré devorarte, pequeña. —Suspiró.

—Te equivocas, te prometo que acabarás devorándome —respondió y salió corriendo, dejándome completamente descolocado.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan descarada? —pregunté corriendo detrás de ella sin dejar de reírnos.

Llegamos al baño y ella empezó a desnudarse sin dejar de mirarme. Sus ojos se habían oscurecido por el deseo, su cuerpo ardía y no sabía si era por el sol que nos había dado el poco tiempo que habíamos estado en la playa o por mí. Tragué saliva al tenerla completamente desnuda ante mí. Caminó hasta mí, subió sus brazos hasta mi cuello y me besó sin pedir permiso. Ya no tenía que hacerlo… yo era suyo.

Mientras su boca me enloquecía, me quité la parte de abajo. La alcé para que enroscara las piernas alrededor de mi cintura y entré en ella despacio mientras iba bajando. Se acopló perfectamente, parecía que nuestros cuerpos hubieran sido creados para unirse en todos los sentidos. Me adentré en la ducha sin dejar de lamer la piel salada de su cuello mientras ella se movía buscando nuestro placer. Abrí la llave del agua y esta cayó sobre nosotros helada, pero ni eso hizo que parásemos de comernos como si estuviéramos hambrientos.

Mi lengua repasó cada parte que le era posible, sus manos arañaban mi espalda con desespero mientras me hundía más y más

en su interior. Sus gemidos se hicieron míos, su cuerpo era mío y siempre iba a ser así.

Terminamos enloquecidos por la pasión. Terminamos de la mejor manera porque así lo pedían nuestros cuerpos.

—Deberíamos bajar ya —expresó tapándose las mejillas con sus manos, avergonzada.

—Sí, si no queremos que mi hermana suba a por nosotros. —Soltamos una carcajada.

Terminamos de ducharnos y nos vestimos tan rápido como pudimos. Más que nada, porque ya habíamos tardado suficiente en la ducha. Bajamos las escaleras de dos en dos y mi hermana ya se había comido la mitad de una de las pizzas. Ambos la miramos reprimiéndonos mucho, porque su cara era todo un poema.

—¿Qué? Habéis tardado demasiado y yo tenía hambre. —Levantamos las manos a modo de rendición—. Sí, a saber por qué habéis tardado tanto.

—No quieras saberlo —respondió Trish a la vez que se sentaba a su lado, y ella le dio un manotazo en el brazo.

—¡Diablos, señorita! —Taylor pasaba demasiado tiempo viendo memes y esa frasecita la había leído en uno de tantos.

—Bueno, ¿cuál es el plan para hoy? —Quiso saber mi novia.

—Primero, llamar a nuestros padres para que sepan que hemos…

—Hecho —me interrumpió mi hermana, y elevé una ceja—. Mientras estabais en la playa los llamé. —Asentí dándole un mordisco a la pizza—. Eso sí, papá me ha dicho que os controle.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Acaso vamos a hacer algo malo? —Mi respuesta hizo que mi hermana imitase mi gesto, elevando ahora ella la ceja, aunque con un significado completamente diferente al mío.

—Mejor lo dejamos ahí. —Le dio un sorbo a su refresco—. ¿Qué planes tenemos para hoy, parejita? —Cambió de tema.

Nos quedamos pensando un momento qué podríamos hacer el primer día en la isla y, aunque hacía mucho que no veníamos, recordé que hacíamos hogueras en la playa, pero eso era de noche. ¿Qué podríamos hacer mientras?

Trish sonrió como una niña pequeña y ya sabía yo lo que ella quería, la conocía demasiado bien.

—¿Podríamos ir al centro de ciencias marinas? ¿Por mí? —Puso cara de perro abandonado y sonreí, le había leído la mente.

Recordé que la última vez que estuvimos ya sabía lo que quería y amaba, y eso era la vida marina, los animales, y también rogó por horas que su madre la llevase a ese lugar.

—Vale, iremos, pero si vamos también al faro —propuso mi hermana—. Me gustan mucho las vistas.

—Está bien, vamos al faro primero con una condición. —Tay y yo nos quedamos expectantes a lo que iba a decir y solo esperaba que no fuera lo que nos imaginábamos—. ¿Vamos a bucear? Bueno, no era una pregunta.

Mi hermana se levantó como un resorte negando, lo que provocó que Trish se echara a reír. Yo aún no había gesticulado y tampoco era capaz. No es que me diese miedo zambullirme en las profundidades… Bueno, ¿para qué mentir? Me daba pánico no saber qué me iba a encontrar ahí abajo. A pesar de todo, si ella me lo pedía, lo haría solo por verla feliz.

—Tú estás loca, amiga. El sol te ha calentado más de la cuenta —replicó mi hermana.

—Tenemos tiempo para que te hagas a la idea, pero antes de irnos de este paraíso, tenemos que bucear.

—Si ella no quiere, yo bajaré contigo. —Trish se sorprendió al escucharme, pues ella sabía que había cosas que yo no era capaz de hacer, y esa era una de ellas.

—¿De verdad harías eso por mí? —Se levantó para acercarse a mí.

Abrí las piernas para que se colocase en medio de ellas y la abracé mientras asentía con una sonrisa.

—Por ti bajaré a las profundidades, incluso si hay algún tiburón que quiera comerme. —Elevó las comisuras de sus labios.

—Tranquilo, a ti solo te comeré yo. —Me guiñó un ojo, ya con eso me tenía a sus pies.

No nos dimos cuenta de que nos habíamos quedado solos hasta que mi hermana regresó y se colocó justo a nuestro lado con los brazos cruzados. Ambos la observamos fijamente y nos separamos de golpe, aunque sin dejar de reírnos por la situación.

—Chicos, os adoro, pero desde que sois novios me habéis excluido del grupo y eso no vale. Aquí siempre hemos sido tres y así tenemos que seguir… Excepto cuando estáis… —Sacó la lengua e hizo como que se besaba con alguien—. Ahí prefiero que seáis solo dos.

Trish la abrazó, apretándola todo lo que su fuerza le permitía, y ella se quejó. Mi hermana era la viva imagen de mi madre físicamente, pero cascarrabias como mi padre. Al final, terminamos los dos abrazándola como sabíamos que estaba deseando y se removió incómoda, o al menos fingiendo que lo estaba, porque yo tenía la certeza de que le encantaba.

Dejamos la cocina recogida antes de salir y nos fuimos al faro para hacer la primera visita de nuestras vacaciones. Mi hermana estaba feliz, pues a ella le encantaba y, para qué negarlo, a mí compartir estos momentos con las dos también me hacía muy feliz.

El faro medía cuarenta y cuatro metros, daba un poco de miedo saber que estabas tan arriba, pero las vistas eran espectaculares.

Tay sacó su móvil e hizo fotos de cada segundo. Se acercó a nosotros para hacernos una foto juntos y captar un momento perfecto. El sol estaba en todo su apogeo, la luz se colaba hasta alcanzarnos y convertía el lugar en algo mágico que merecía la pena captar.

Nos fuimos a comer algo a los puestos que ponían en el muelle, pero lo único que ellas buscaban era el algodón de azúcar.

Taylor se detuvo en uno de los puestos, y yo aproveché para ir con mi novia, que también miraba algo en otro: un hombre que hacía pulseras a mano. Ella le echó el ojo a una en especial que tenía colgantes de animales marinos, incluido un tiburón. Vi su sonrisa resplandeciente y no lo dudé, así que le compré la pulsera y se la puse enseguida.

—No hacía falta que me la compraras, mi amor —dijo con dulzura.

—¿Y perderme esa bonita sonrisa de felicidad? Ni loco. —Besé sus labios, que contenían restos del algodón de azúcar—. Tu boca ahora es más dulce, pequeña.

CAPÍTULO 39
TRISH
Frente al mar con él



Seguimos paseando por el muelle, viendo todo lo que nos daba tiempo porque el sol comenzaba a esconderse. El atardecer desde este lugar era impresionante y perfecto. Estar frente al mar con él era precioso, no hubiera cambiado nada de mi vida en ese momento.

Antes de que anocheciera, regresamos a la casa para cenar, luego haríamos la fogata que acostumbrábamos cuando veníamos a la playa. Tay volvió a pedir pizza, algo de lo que me quejé.

—¿Qué hay mejor que la pizza? —preguntó ella, dejándolas sobre la isla de la cocina.

—No sé, unos macarrones con queso o cualquier cosa que no sea comer todo el tiempo lo mismo. —Hizo muecas con la boca como si estuviera imitándome—. Para ya.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Travis entrando en la cocina, yo señalé la pizza—. ¿Otra vez? —Su hermana asintió, feliz de la vida—.

Tay, sé que no sabes cocinar, pero yo pensaba preparar algo esta noche.

—Has llegado tarde, hermano —ironizó—. No te preocupes, queda mucho tiempo para que nos enseñes tus artes culinarias. —Le guiñó un ojo y no me aguanté la risa.

Me quedé observándolos, divirtiéndome como una enana al verlos pelearse como cuando eran pequeños. Llegué a sus vidas con tan solo doce años, solo habían pasado cinco desde ese momento, pero, para mí, era como si los conociera de toda la vida, como si fuéramos familia de verdad. Me puse melancólica por un momento y evité echarme a llorar para no estropear el día que estábamos pasando.

Cenamos entre chistes, carcajadas y algún que otro chisme que Tay nos contaba. No sabíamos si era verdad o se lo estaba inventado. Aun así, siempre amenizaba cualquier instante de nuestras escapadas.

Terminamos de cenar y nos fuimos a la playa. Echamos unas toallas en la arena y Travis se encargó de encender el fuego. Habíamos comprado nubes para que todo fuera perfecto. Taylor se acordó de coger un altavoz pequeño que se había traído y se conectó con el móvil para poner algo de música.

—¿Qué creéis que están haciendo nuestros padres? —pregunté de pronto, acordándome de ellos.

—Cualquiera sabe, aunque conociendo a mi padre, seguramente estará dormido ya —respondió Tay mirando la hora en el móvil.

—No creo, seguro que está ocupado haciendo algo o con alguien —comentó mi novio y ambas nos quedamos mirándole fijamente.

Travis se tensó al notar nuestros ojos puestos en él y lo vimos tragar saliva, parecía nervioso. Taylor se sentó a su lado y puso su rostro muy cerca del suyo, intimidándole, y a mí no me quedó otra

que ayudarla, porque estaba claro que algo sabía y no nos lo había contado.

—¿Qué sabes y por qué no lo sabemos nosotras? —Su pregunta fue amenazante, aunque sabíamos que era incapaz de hacerle nada a su hermano.

No obstante, en un momento como ese no supe descifrar lo que estaba pasando por la cabecita de mi mejor amiga.

—No sé nada —titubeó a la vez que se levantaba para alejarse de su hermana lo máximo posible.

—Pues no te creemos, ¿verdad, Trish?

—A mí no me metas. —Me encogí de hombros.

—Ya veo, te tiene dominada. —Se levantó con la intención de coger a su hermano—. Pero a mí no se me va a escapar.

Travis comenzó a correr por la playa con su hermana pisándole los talones. Yo, en vez de ayudarle, me carcajeé porque estaban a punto de caer al agua. Escuché cómo mi novio me pedía ayuda cuando Taylor lo atrapó y se puso encima de él para hacerle cosquillas y así conseguir que hablase de una vez.

—¡Trish! ¡Ayuda! —Fui hasta ellos, pero sin prisa—. ¿En serio? ¡Ven ya!

Cada grito que soltaba iba seguido de una risotada y, por mucho que se quejara, lo estaba pasando en grande. Llegué hasta ellos e hice que Tay lo soltara. Ambos estaban muertos de risa. Cuando pensamos que mi amiga se había tranquilizado, comenzó a salpicarnos con el agua de la orilla.

Así fue nuestra primera noche en la isla Tybee, una de las mejores en ese precioso lugar. Me gustaba observar su decoración, ya que el abuelo de Travis era pescador y tenía figuritas de delfines, tiburones y tortugas por todas partes. Me encantaba rebuscar entre los cajones porque siempre me encontraba alguna concha especial, de

esas que encuentras y te llevas porque sabes que no volverás a ver una igual.

Miré los álbumes de fotos y encontré una en la que salíamos Travis y yo tumbados en el suelo, mirándonos. ¿Quién nos habría hecho esa foto?

—Me acuerdo de ese día —escuché de pronto.

Travis se había despertado y, al no encontrarme en la cama, me buscó hasta que me encontró en el estudio de su abuela viendo las fotos; a ella le encantaba pintar, hacía unos cuadros muy bonitos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Se interesó, sentándose a mi lado.

—Un rato. —Suspiré.

—¿No puedes dormir? —Negué—. ¿Quieres un vaso de leche calentita con…?

—Con una nube y chocolate —terminé por él, y asentí—. Me apetece mucho.

Se levantó y fue a la cocina para prepararme la especialidad de la familia Hamilton, o eso decía su abuela cuando nos la preparaba por la noche. Solo llegué a venir dos veranos, pero fueron suficientes para conocerla a ella, ya que a su abuelo no tuve el gusto. Todo lo que sabía de él me lo habían contado Travis y Taylor.

Llegó con la taza entre las manos y me la ofreció. Antes de darle un sorbo, olí el aroma que desprendía el chocolate con los ojos cerrados.

—Esa foto nos la hizo mi madre —declaró con la voz entrecortada —. Ella misma me la enseñó cuando la reveló.

—Pues es una foto muy bonita —musité.

—Quédatela. —La sacó del álbum para dármela y negué—. Así tienes algo con lo que…

—¿Recordarte? ¿Eso ibas a decir? —le interrumpí, y agachó la mirada.

—Lo siento, no quería —se quedó callado, no sabía qué más decirme.

—No importa, gracias por el detalle.

Esa noche no volvimos a hablar del tema y de nada que tuviera que ver con ello. Ni siquiera hablamos de nuestros padres, ya que había evitado por completo nuestras preguntas. Por alguna razón, sentía que todo comenzaba a acabarse, que después de estas dos semanas en la isla la realidad nos daría en la cara, con tanta fuerza que sería imposible sanar de las heridas que nos dejaría.

El segundo día estuvimos todo el día en la playa, comimos lasaña que nos hizo Travis y, aunque no se parecía a la de su padre, estaba muy buena. Estábamos relajados, bastante, y no teníamos ganas de ir a ningún lado a pesar de que me moría por bucear. Sin embargo, dejaría eso para otro día.

El tercero y cuarto fueron una copia y Tay se dio cuenta de que algo nos pasaba. No estábamos enfadados, pero tampoco disfrutábamos de nuestro tiempo juntos como prometimos que haríamos.

—Bueno, ya está bien —anunció Tay cabreada.

Había salido del agua y al vernos en silencio no aguantó más la tensión que había entre nosotros.

—¿Se puede saber qué cojones os pasa? Habéis pasado de comeros a besos a no miraros. ¿Qué pasa? Deberíais estar disfrutando de esta primera semana sin nuestros padres y solo estáis perdiendo el tiempo con alguna tontería que, seguramente, tiene solución. —Sí, definitivamente, estaba muy cabreada.

—Por desgracia esto no tiene solución —dijo él, dejándome completamente descolocada.

Travis se levantó y se metió en el agua tras decir ese comentario que, sinceramente, me hizo mucho daño. Su hermana iba a ir detrás de él, pero me levanté negando a la vez que cogía su brazo.

—No, esto tengo que hacerlo yo. —Suspiré.

—Suerte.

Me metí en el agua y lo abracé por detrás de la cintura. Travis, al notar mis manos, suspiró y yo besé su espalda. Giró entre mis brazos, quedando frente a mí. Sus ojos se clavaron en los míos y pude ver, entre el agua que salpicaba su cara, que estaba llorando. Subí mi mano hasta su mejilla y sequé esas estúpidas lágrimas que podríamos evitar si no sacábamos el tema de su marcha.

—Lo siento, no quería decir eso —declaró en un hilo de voz.

—Sí, sí querías decirlo… y te entiendo, de verdad. —Frunció el ceño—. Es una realidad, ¿no? Este verano será el último que pasemos juntos y después te irás, es hora de aceptarlo. —Me quedé en silencio, pensando en todo lo que yo misma había dicho y en lo mucho que me dolía.

—¿Y ya está? —preguntó incrédulo.

—¿Qué quieres que te diga, Travis? Te amo, te amo más de lo que un día creí, pero tenemos que entender que hay cosas que no se pueden cambiar… que yo no quiero que cambies. —Toqué su mejilla de nuevo—. Ya hemos hablado de esto antes y siempre te voy a decir lo mismo.

—Pero es que no quiero irme, no sin ti.

—Sabes que no es posible. —Pegué mi frente a la suya—. Solo te pido que volvamos a estar bien, por favor —supliqué cerrando los ojos, no quería ver su gesto si este llegaba a ser diferente de lo que yo esperaba.

Travis cogió mis mejillas y me besó, rozó sus labios con los míos en un intento fallido de contenerse, de escapar de lo que sentía. Me

abrazó fuerte, rodeándome con sus brazos, metiéndome en su pecho lo más profundo que podía.

—Perdóname, no quería que te sintieras mal estos días —se disculpó—. Pasemos un gran verano, ¿de acuerdo? —Asentí con una sonrisa y me cogió en brazos—. ¿Cuándo vamos a bucear? —me recordó, y elevé las comisuras de mis labios en una amplia sonrisa.

—Mañana.

Disfrutamos lo que quedó ese día los tres juntos; comimos, escuchamos música, nos bañamos en la playa y también enterramos a Travis en la arena. Tay volvió a sentirse bien al vernos de buen humor de nuevo y eso me gustó. Tampoco quería que ella fuera un daño colateral de nuestro amor, ¿no?

Por la mañana, me levanté feliz y cantando. Ayudé a Travis a preparar el desayuno y Taylor se despertó con mis berridos; cantar no era lo mío.

—¿Y este buen humor a qué se debe? —Se llevó los dedos hasta el puente de su nariz.

—Hoy vamos a bucear. —Abrió la boca exageradamente y comenzó a negar—. Tranquila, tú solo vendrás a acompañarnos, pero seremos nosotros los que bajemos. —Le guiñé un ojo—. Además, alguien nos tiene que sacar fotos.

Desayuné lo más rápido que pude, subí a la habitación y me cambié de ropa para no perder tiempo. Al bajar, Travis ya me esperaba en la puerta y solo faltaba que bajara Tay. Una vez que los tres estuvimos subidos al coche, pusimos rumbo a la tienda de buceo que estaba en el muelle. Llegamos enseguida y noté el nerviosismo de Travis, y eso que aún no habíamos bajado. Vale, yo también estaba nerviosa, era mi primera vez, pero me gustaba tanto que no podía esperar más para hacerlo.

Entramos en la tienda buscando a alguien que nos ayudara y encontramos a un hombre joven, de unos treinta años.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudaros? —dijo amablemente.

—Buenos días —le saludé—. Queremos bucear —dije sin más, y él se rio al notar mi entusiasmo.

—Pues habéis llegado al sitio indicado. ¿Cuántos seréis? ¿Es la primera vez? —Asentimos y señalé a mi novio y a mí, aunque Tay dio un paso atrás, acto que no le pasó desapercibido—. Bueno, rellenad esta ficha y ahora llamo al monitor, ¿de acuerdo?

Se metió en lo que supuse que sería la trastienda y salió un chico más joven, aunque parecía mayor que nosotros; era guapo, bastante, y Tay se quedó bloqueada ante semejante espécimen, como musitó bajito. Era rubio, de cabello rizado y ojos verdes. Se presentó como Sean y nos dijo todo lo que teníamos que saber antes de bucear.

Nos dio el equipo y fuimos a cambiarnos mientras Tay se quedaba hablando con él.

—Trish, ¿estás segura de que es esto lo que quieres hacer? —Escuché la voz de Travis a mi espalda.

Me di la vuelta, asintiendo llena de emoción, ¿cómo no iba a querer vivir esa experiencia con él? Haría todo con Travis, incluido esto.

—Una vez que lo hagamos, no habrá vuelta atrás —siguió intentando hacer que cambiara de opinión.

—Si no lo ves claro, puedo ir sola. —Comenzó a negar—. Pues entonces cámbiate y vamos. —Antes de que se metiera en la caseta que tenían preparada para estas cosas, me acerqué a él y le di un beso—. Eres el mejor.

Nos metimos para cambiarnos y tuve que llamarle para que me ayudara, era algo complicado ponerse el traje de neopreno.

Comenzamos a reírnos al mirarnos, ya que él tenía el mismo problema, y terminamos besándonos en esa caseta en la que estábamos preparándonos para vivir una de las mejores experiencias de nuestras vidas.

CAPÍTULO 40
TRAVIS
Por ella haría cualquier cosa



Miedo, incertidumbre y emoción. Bueno, para ser sinceros, no me emocionaba meterme en el agua para ver qué había bajo nuestros pies, pero por ella haría cualquier cosa.

Estábamos preparados para sumergirnos. No podía ver la cara de Trish por completo, pero con solo ver sus ojos sabía que estaba sonriendo; estaba feliz y eso me hacía feliz a mí.

—¿Estáis preparados, chicos? —Preguntó Sean antes de que nos bajáramos de la lancha.

Nos había llevado a un arrecife cerca de las rocas. No me hacía especial ilusión hacerlo por ese lado, pero según Sean, era el más propicio para principiantes, al no ser tan profundo. Eso me gustó más, pues no nos sumergiríamos tanto.

Antes de tirarnos al agua, me fijé en que mi hermana no paraba de mirar al monitor y tuve que reírme porque se dio cuenta y me sacó la lengua.

Llevábamos un arnés, y Sean nos explicó que solo tendríamos que tirar para que nos ayudase a subir en caso de que hubiera algún problema. ¿Problema? ¿Qué problema podía haber? No quería pensar en ello.

Trish cogió mi mano y nos tiramos hacía atrás. Sin soltarnos, fuimos bajando poco a poco, viendo lo que podía ser lo más bonito y espectacular que mis ojos hubieran observado antes. Estaba asustado, no podía negarlo, pero tenía que reconocer que ver los peces de cerca, la luz del sol que se colaba por las rocas y la sensación de libertad era algo indescriptible.

Trish me señaló algo con el dedo y vimos una tortuga bastante grande, jamás había visto ninguna de ese tamaño.

Se puso delante de mí y cogió mis dos manos, mirándome. Sus ojos estaban aguados, o eso creí. Me mandó un beso con la mano y comenzó a bucear conmigo detrás de ella. El tiempo que debíamos estar abajo era de treinta minutos y estaba seguro de que Trish lo disfrutaría al máximo.

Cogió una concha azul que se encontró en una de las rocas y me la mostró. Solo podíamos comunicarnos por señas, así que levanté el pulgar para que supiera que me gustaba.

El tiempo bajo el agua parecía ir más lento. Eso, o lo estábamos disfrutando tanto que no nos dimos cuenta de lo que llevábamos.

Cuando llegó la hora de salir, se acercó a unos peces de colores y puso su mano cerca para que estos la rodearan. Me habría gustado tener una cámara de fotos y captar justo este instante. Verla rodeada de esos peces fue algo increíble.

Ascendimos, nos quitamos las máscaras y subimos a la lancha.

—¡Ha sido una pasada! —gritó ella—. Gracias por cumplir uno de mis sueños y compartirlo conmigo, mi amor. —Besó mis labios sin importar nada más que ella y yo.

—Tengo que reconocer que ha sido increíble —admití—. No descarto la posibilidad de volver a hacerlo. —Sonrió complacida.

—Sabía que te gustaría.

—¿Qué has cogido, Trish? —intervino mi hermana, y ella le dio la concha azul—. Es preciosa.

—¿Por qué no te has animado tú? —le preguntó Sean a mi hermana, y ella se sonrojó.

—Yo, es que… yo, eh —estaba muy nerviosa—. Me da un poco de miedo.

—Si quieres podemos sumergirnos juntos —le propuso, y ella le sonrió, asintiendo—. Genial, pues mañana te espero a esta hora, ¿te parece? —volvió a asentir—. Y si queréis repetir, podéis venir con ella.

Trish y yo nos miramos y negamos. Dejaríamos que estuvieran solos y así también podríamos pasar un rato juntos.

Regresamos al muelle y, tras quitarnos todo el equipo, fuimos a dar un paseo mientras le contábamos a Tay todo lo que habíamos visto. También nos burlamos de ella un poquito porque no paraba de babear por Sean. Ella negó fingiendo enfado, pero se le quitó en cuanto comencé a hacerle cosquillas.

De camino al coche compramos unos helados y nos los comimos antes de irnos a la casa.

Por la mañana, Tay se fue con Sean a bucear y Trish y yo nos fuimos a la playa a hacer esas cosas que hacen los novios: pasear, coger piedrecitas, bañarnos y comernos a besos, en ese orden. Fue un día espectacular, también para mi hermana, que llegó a la casa con una sonrisa de oreja a oreja y suspirando a cada segundo.

—Vemos que lo has pasado muy bien, hermanita —comenté al verla aparecer en la cocina.

Primero había subido a la habitación para ducharse y ponerse algo más cómoda. Hacía bastante calor y, aunque teníamos aire acondicionado en la casa, preferimos cenar en la playa, algo que iba a extrañar cuando nos fuéramos de ese lugar tan espectacular. No solo iba a echar de menos las noches de hoguera o los paseos por la playa. Iba a extrañar cada segundo pasado a su lado en ese paraíso. Lo bueno era que siempre podríamos volver, aunque cuando eso pasase sería tarde para repetir todo lo que estábamos viviendo.

Mi hermana nos contó lo maravilloso que había sido bucear con Sean mientras mi novia se burlaba de ella.

—Siempre sé lo que te va a gustar, pero nunca me haces caso —dijo tirándole un currusco de pan.

Estábamos preparando bocadillos para llevárnoslos y así dejar de cenar pizza. Aunque, para Tay, fuera la mejor comida del mundo.

Pasamos la noche bajo la luz de la luna, las estrellas brillaban aún más esa noche. Observé a Trish, completamente embelesado por su belleza, por cómo esa luz la hacía ver más hermosa de lo que ya era. Mi hermana puso su mano debajo de mi barbilla y la limpió como si estuviera babeando.

—Es preciosa —musité para que solo lo escuchase Taylor—. La voy a extrañar demasiado.

—No te preocupes, hermano, yo cuidaré de ella en tu ausencia. —Puso su mano en mi hombro—. No sufras y disfruta, por favor.

—¿Qué estáis cuchicheando? —intervino Trish clavando sus intensos ojos azules en nosotros.

—Pues le estaba diciendo a mi hermano que estoy muy cansada y que me voy a dormir ya. —Trish hizo una mueca con sus labios en la que mostraba desconcierto y no podía creerme que, aun así, estuviera preciosa.

—¿No quieres esperarnos? No quiero que te vayas sola —refirió, levantándose para intentar convencerla.

Yo sabía que mi hermana lo único que quería era dejarnos a solas, que siguiéramos disfrutando de lo que nos rodeaba sin ella.

Taylor se levantó, negando. Le dio un beso en la mejilla y, después de que me diera las buenas noches mientras me guiñaba un ojo, le sonreí. Se marchó y yo cogí la mano de mi novia, tirando de ella para que se sentara delante de mí, entre mis piernas.

—¿Tay está bien? —se preocupó.

—Sí, tranquila —respondí acariciando su cabello—. Solo quería que estuviéramos solitos —declaré, haciendo que girase el rostro para mirarme.

—Solos, ¿eh? —Se dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre mí, haciendo que todo mi cuerpo se tensara por lo mucho que me gustaba.

Su boca atacó la mía y agradecí que no hubiera nadie en la playa, porque lo que quería hacerle no hubiera podido hacerlo de no haber estado solos. Mientras su lengua entraba en mi boca, buscando conectar con la mía, desabotoné su camisa verde de tirantes. No llevaba nada debajo, algo que me ayudó a acariciar sus pechos nada más quitarle la parte de arriba. Ella suspiró, mordiendo mi labio inferior, tirando de él despacio, matándome al segundo de hacerlo. Me quité la camiseta sin dejar de besarla, mi lengua buscó la manera de lamer su cuello, de devorar su cuerpo como tanto ansiaba. Se levantó un instante, solo un segundo para quitarse la parte de abajo, y quedó completamente desnuda ante mis ojos.

Mientras tanto, sin dejar de observar su belleza, cogí un preservativo de mi cartera y me quité lo que me quedaba de ropa. No me dio tiempo a reaccionar y ella ya se había sentado sobre mi

erección poco a poco, volviéndome jodidamente loco, como si fuera posible estarlo más.

Subió y bajó despacio, haciéndome el amor en este lugar donde nuestros gemidos serían arrastrados por la marea. La cogí para ponerla debajo de mi cuerpo y rodamos hasta la orilla entre risas. La miré fijamente y sus ojos brillaron con una luz especial. Sus labios me pedían a gritos que la besara y no la dejé esperar. Volví a entrar en ella a la vez que la besaba y fui yo quien tomó el control a pesar de que Trish manejara los hilos.

El agua salada comenzó a cubrirnos, pero ni siquiera eso hizo que dejáramos de amarnos bajo las estrellas.

Besé, lamí y acaricié su cuerpo sin descanso. Su piel se erizó por completo y no supe si fue el agua helada o fui yo. Fuera como fuere, me encantaba tenerla así.

—Te amo, Travis —titubeó agarrando mi pelo para tirar de él con delicadeza.

Estaba a punto de llegar al orgasmo, lo noté por cómo su sexo se apretaba, por cómo su bonita boca se abría buscando aire que llevar a los pulmones. Seguí moviéndome sin descanso, hasta que ambos acabamos explotando.

—Yo también te amo —respondí cuando recuperé el aliento.

Terminamos bañándonos desnudos, ya que después del sexo teníamos bastante calor. La cogí en brazos para apretarla contra mi pecho, metiéndola en mi corazón aun más de lo que ya estaba. ¿Sería posible amarla más? Tenía la certeza de que cada segundo de mi vida me enamoraría muchísimo más de Trish Evans.

Al salir, cogí la toalla y la abracé con ella para que entrara en calor. La noche era fresca, aunque supuse que estábamos tiritando por habernos metido al agua cuando teníamos calor. Sonreí al mirarla porque me la encontré observándome.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada, solo miraba lo guapo que estás ahora mismo… y la suerte que tengo de tenerte a mi lado. —Suspiró—. No quiero que acabe esta noche. —Besé sus labios con dulzura.

—Hagamos que sea interminable.

Cuando llegamos a nuestra habitación, volví a hacerle el amor, volví a adorarla como tanto había soñado todo el tiempo en que la quise en secreto.

* * *

Solo faltaba un día para que llegaran nuestros padres y yo estaba loco por contarles a las chicas que ellos por fin estaban juntos, pero mi padre me hizo prometerle que no lo haría y solo esperaba que no se enfadasen conmigo por no compartir esa información con ellas.

Teníamos que preparar las habitaciones que ocuparían ellos, tampoco sabía si dormirían juntos, así que debíamos hacer como si vinieran como amigos y no como pareja.

Por la tarde, nos fuimos al acuario como tanto había pedido mi novia. A mi hermana no le hacía mucha ilusión pasar tiempo entre animales; palabras de ella, no mías. Aun así, por Trish, también iría. Lo que no esperábamos era encontrarnos a Sean.

—Hola, Sean, ¿cómo tú por aquí? —lo saludó Trish con amabilidad.

—Hola, ¿qué tal? —respondió mirándonos a los tres y quedándose embobado al ver a mi hermana—. Pues trabajo aquí de voluntario. —Trish sonrió emocionada.

—¿Voluntario? Qué guay, tiene que ser una pasada pasar aquí el tiempo. —Asintió.

—Si quieres, puedes venir algún día para ayudarme a darle de comer a los peces —le propuso y comenzó a dar saltos de alegría.

—Eso está hecho. —Chocó el puño con él.

Nos hizo un tour por todo el acuario, hablándonos de los animales marinos. Mi novia respondía antes de que él pudiera decirnos cualquier dato extra y le comentó que estudiaría biología marina. La vi tan entusiasmada hablando sobre lo que haría en su futuro, que me di cuenta de que jamás la convencería para que se viniera conmigo. ¿Cómo iba a quitarle la posibilidad de cumplir uno de sus sueños? Aunque eso nos costase la relación, tendríamos que coger cada uno nuestro camino.

CAPÍTULO 41

TRISH

¿Cómo haría para cumplir mi sueño sin él?



Tenía muchas ganas de ver a mi madre, era la primera vez que estábamos separadas tanto tiempo. Sí, realmente me había venido muy bien esa semana sola con mis personas favoritas; de haber estado ella aquí no hubiera podido dormir con Travis, y ahora que había amanecido con él todos estos días, iba a extrañar hacerlo cuando llegaran nuestros padres.

Estábamos sentados en el porche. El padre de Travis lo había llamado para decirle que estaban muy cerca, a solo media hora de camino. Estaba ansiosa por ver a mi madre y poder contarle todo lo que hicimos esta semana sin ellos, como bucear. «Espero que sea lo único que le cuentes», pensé a la vez que escuchábamos el claxon de un coche que se acercaba a la casa. Nos asomamos y eran ellos, al fin. Cuando el señor Hamilton aparcó justo delante de la casa, mi madre se bajó corriendo para abrazarme.

—Mi niña, cuánto te he echado de menos —musitó apretándome.

—Mamá, solo hemos estado separadas una semana. —Me miró de manera irónica—. Vale, yo también te he extrañado mucho.

Travis y Taylor fueron a saludar a su padre y ayudarle con las maletas. El señor Hamilton se acercó a mí para darme un beso en la mejilla a modo de saludo, algo que me desconcertó, ya que él no era de dar muestras de cariño, nunca lo hizo.

—¿Qué tal estáis? —preguntó con una sonrisa. Se veía extrañamente feliz.

—Muy bien, papá —respondió Tay abrazándose a él para entrar a la casa.

Mi madre los siguió y yo me quedé un momento afuera, pensando el motivo por el que estaba así. Antes de venir a la isla, mi madre también estaba muy rara. Si no estaban juntos como yo creía, ¿qué era lo que los tenía así de felices?

Travis se acercó a mí y me abrazó por la espalda.

—Deja de darle tantas vueltas a la cabeza —dijo en mi oído.

—A veces creo que los hermanos Hamilton sois brujos o que tenéis un poder superior que yo no logro entender —mencioné girando entre sus brazos hasta quedar frente a él y encontrarme con su resplandeciente sonrisa.

—Puede ser. —Frunció los labios, para nada estaba de acuerdo conmigo—. Es solo que te he visto muy callada y te conozco cuando estás así. ¿Qué te preocupa? —Se interesó a la vez que me apretaba más contra su cuerpo.

—Nada, todo está bien —le mentí y él lo sabía; aun así, no me dijo nada más y respetó mi silencio.

Entramos en la casa cuando escuchamos la voz de Taylor llamándonos. Estaba en el salón sentada, esperando a que nuestros padres se instalaran porque querían ir a cenar a un restaurante. Nos

sentamos con ella y pusimos la tele, algo que no habíamos hecho desde que llegamos.

Tay puso YouTube para buscar la música de su cantante favorito y cuando encontró la canción que quería oír, subió el volumen. James Arthur era genial y su música una pasada.

—¿Por qué vamos a cenar afuera? Podríamos preparar algo nosotros, ¿no? —dije buscando apoyo.

—¿Qué tiene de malo cenar un día en un restaurante? A mí me parece buena idea —replicó Tay, y asentí retorciéndome los dedos de las manos.

—Tranquila, pequeña. —Travis cogió mis manos para evitar que siguiera nerviosa—. Sé lo que te estás imaginando y solo puedo decirte que puedes…

—¡Chicos! ¿Nos vamos? —La voz de mi madre nos interrumpió antes de que mi novio pudiera decirme algo.

Nos levantamos los tres y salimos de la casa con nuestros padres pisándonos los talones. El padre de Travis nos llevó a un restaurante que había cerca del muelle, era muy famoso y se comía muy bien. Recordé la primera noche que nos trajo y Tay preguntó por la pizza, algo que, en aquel momento, no hacían. Cuando mi mejor amiga se dio cuenta de que cenaríamos en ese sitio, se quejó porque sabía que en ese tipo de restaurantes no servían su comida favorita. Su comentario nos hizo reír, cosa que me relajó y me hizo ver que siempre seríamos los de siempre, por mucho que nuestras vidas se desviaran o volviéramos a vernos después de días o años. Eso no importaba. Nada importaba cuando sabíamos que la familia siempre iba a estar ahí y que las cosas nunca cambiarían.

Otra vez volvía a ponerme melancólica, tener a nuestros padres aquí me hacía recordar todo lo que queríamos evitar. Solo quedaba una semana para regresar a Atlanta, y después, ¿qué pasaría

después de este viaje? Travis tendrá que visitar la universidad, tendrá que viajar un fin de semana y luego, al regresar, el tiempo se iría volando. Yo sabía que esto pasaría, ambos lo sabíamos, y los dos teníamos sueños que cumplir en nuestra vida, aunque no fuera juntos. Pero… ¿Cómo haría para cumplir mi sueño sin él? Travis era parte de ese sueño y todo lo que consiguiera en mi vida no valdría de nada si no lo tenía a mi lado.

—Trish, cielo, estás muy callada. —Noté la mano de mi madre sobre la mía—. ¿Te pasa algo, cariño? —Negué.

Entramos al restaurante y nos sentamos en una de las mesas más grandes; al parecer, el señor Hamilton había hecho la reserva por la mañana, así que nos estaban esperando.

—¿Qué tal lo habéis pasado esta semana? —preguntó mi madre.

—Muy bien, Trish y yo fuimos a bucear —respondió Travis por mí, y se lo agradecí.

—¡No me digas! ¿Has tachado eso de tu lista? —me habló a mí y ni siquiera me había acordado de la lista que hice cuando tenía trece años.

Sí, era una lista absurda y en ella ponía que algún día bucearía, pero también escribí que estaría toda la vida con Travis y eso no lo iba a poder cumplir.

Vi cómo mi madre le pedía a Travis que saliera conmigo a tomar el aire, dándose cuenta de que yo no estaba en mi mejor momento. Debía estar feliz por verlos, por estar juntos esa semana en el paraíso. En cambio, por alguna extraña razón la tristeza me invadió y no sabía cómo controlarla. Joder, estaba siendo injusta con todos y no podía evitarlo.

Salimos del restaurante y Travis se puso delante de mí para hablarme.

—¿Estás bien? ¿Quieres que nos vayamos a la casa? —negué abrazándole, estaba a punto de echarme a llorar—. Eh, eh. ¿Qué te pasa, cariño?

—Que solo queda una semana para que nos vayamos. —Sonrió, al parecer creía que era algo más grave—. No te rías, esto es muy serio.

—¿Por qué? Estamos pasándolo muy bien, y…

—Sé que yo misma te he pedido que dejemos de hablar de lo que tú ya sabes, pero cada día que pasa me recuerda que estamos cerca del final de nuestra historia y no puedo soportarlo —dije todo deprisa, casi sin respirar, y él me apretó más contra su cuerpo—. No te pido que te quedes, es algo que jamás haré, es solo que..., joder, ¡mierda! Olvida todo lo que te he dicho, ¿vale?

Me giré para entrar de nuevo al restaurante, pero él cogió mi brazo para evitarlo.

—Lo sé, sé lo que estás sintiendo porque yo siento lo mismo, y si fuera egoísta, te convencería de que te vinieras conmigo, pero… no puedo hacerlo, Trish, y no debo hacerlo —declaró reprimiendo las ganas que tenía de echarse a llorar, yo ya lo hacía—. Te amo, eso no va a cambiar por muchos kilómetros que nos separen y haremos que funcione, ¿de acuerdo? —Asentí a la vez que él cogía mis mejillas y me besaba en la boca con todo su amor.

Decidimos olvidar algo que era imposible, al menos lo que quedaba de vacaciones. Entramos en el restaurante y me obligué a estar más contenta y sonriente. Mi madre agradeció el gesto y cogió mi mano.

Al parecer, tenían algo que contarnos y, ciertamente, nos lo imaginábamos.

Nos vimos interrumpidos por el metre que nos cogería nota de lo que íbamos a cenar y tardamos en decidirnos por algunos platos

variados para comer de todo un poco. Se fue para hacerle el pedido al cocinero y los tres nos quedamos en silencio, expectantes por lo que tenían que decirnos.

—Bueno, estoy un poco nervioso por lo que os voy a contar. Rectifico: lo que os tenemos que contar. —Cogió la mano de mi madre y Tay y yo nos miramos con una sonrisa—. ¿Se lo dices tú? —La miró a ella y asintió.

—Hemos hecho caso a vuestra petición y Travis y yo estamos juntos.

Tay se levantó como un resorte y comenzó a dar saltos de alegría. Lo siguiente que hizo fue ir hasta nuestros padres y abrazarlos feliz. Yo miré a mi madre y le sonreí a la vez que asentía, con lágrimas en los ojos. Por fin una buena noticia; por fin mi madre iba a comenzar a ser feliz con el hombre del que siempre estuvo enamorada.

—No sabéis cómo me alegro por vosotros, mamá. —Me sequé las lágrimas.

—Gracias por toda vuestra ayuda. —Nos miró a los tres—. Sin vosotros, creo que jamás habríamos sido tan valientes para dar el paso. —Besó los labios de su ahora pareja.

Verlos así de contentos compensaba todo el drama que rodeaba mi energía en ese momento. Travis le dio un abrazo a mi madre y la felicitó. Al final, nuestras familias iban a estar más unidas que nunca, y todo lo que siempre quisimos se iba a hacer realidad.

Cenamos en armonía mientras ellos nos contaban detalles de la noche de las cartas. Fue cuando fueron capaces de decirse lo que sentían el uno por el otro.

—Sabía que funcionaría —comentó Tay.

—Bueno, me costó convencerte —le respondí, y ella me sacó la lengua.

Claro que también nos preguntaron de quién había sido la idea de planear lo del admirador secreto, y cuando dijeron que fui yo, mi madre me guiñó un ojo. Obviamente, lo pensé en cuanto ella me contó lo de su primer amor. En ese momento aún no sabía que se trataba de Travis, aunque en el fondo sospechaba que era él. Al final no me había equivocado y todo tenía que salir como esperábamos.

Lo único que no me gustó fue enterarnos tan tarde, cuando lo de las cartas fue unos días antes del viaje a la playa.

Terminamos de cenar y fuimos a dar un paseo por el muelle, los puestos aún estaban abiertos y había muchas personas paseando. La noche era perfecta, la luna volvía a estar en todo su esplendor. Travis cogió su móvil y se puso a mi lado para hacernos un selfi. Su sonrisa resplandecía esa noche y me contagió con ella. Miramos a la cámara y captó nuestro amor, dejándonos ese bonito recuerdo.

Al regresar a la casa, me tocó dormir con Taylor como ya había pensado. No me quejé, no quería que mi madre se enfadase conmigo por esa tontería. Antes de entrar en la habitación, Travis vino a darme las buenas noches.

—Te voy a echar de menos esta noche, pequeña. —Besó la punta de mi nariz.

—Yo también, pero nuestros padres no estarían de acuerdo en que durmiéramos juntos. —Solté una risita burlona.

—¿Crees que no saben que esta semana lo hemos hecho? —me encogí de hombros, ciertamente no lo sabía—. Seguro que se lo imaginan, pero tienes razón.

Su boca atacó la mía antes de que alguien pudiera interrumpirnos y no nos dejara besarnos a nuestro antojo. Pensé que podríamos escaparnos a la playa cuando todos estuvieran dormidos, y cuando se lo dije, asintió complacido.

—Esperaba que me lo pidieras.

—¿Y si no lo hubiera hecho?

—Te lo habría pedido yo. —Solté una carcajada—. Nos vemos dentro de un rato, mi amor.

—Vale —musité a la vez que entraba en la habitación.

Tay me esperaba despierta y estaba segura de que había escuchado nuestra conversación por su forma de mirarme. Eso de mover las cejas sugestivamente era un clásico. Me acosté a su lado sin decirle nada, igualmente ella hablaría en menos de un minuto, no aguantaría más de ese tiempo.

—Así que…

—Sabía que no aguantarías sin decir nada —la interrumpí riéndome.

—Tened cuidado, ¿vale? —la miré—. Sé que nuestros padres están al tanto de vuestra relación y que la aprueban, pero no creo que a tu madre le guste que te escapes por la noche para follar como una loca con mi hermano en la playa. —Le pegué en la cara con la almohada.

—Serás bruta.

Nos levantamos y comenzamos a pegarnos con las almohadas como si fuéramos dos niñas pequeñas. Las risotadas resonaban en toda la casa y no tardaron en venir para ver qué ocurría. Cuando abrieron la puerta, se encontraron con dos locas rodeadas de plumas, y en vez de venir a pararnos, empezaron a reírse de nosotras. Claro que Travis se unió a nuestra lucha y acabamos destrozando lo poco que quedaba.

«Son estos pequeños detalles los que hacen que mi corazón explote de felicidad».

CAPÍTULO 42
TRAVIS
No te rindas ahora



Escaparme con ella a la playa era algo que me encantaba. Antes no teníamos que hacerlo a escondidas, pero tener a nuestros padres bajo el mismo techo complicaba un poco las cosas. Realmente no sabía si les importaba que lo hiciéramos, aunque era mejor no comprobarlo.

Estaba a punto de salir para esperarla en el porche y me la encontré bajando las escaleras. Nos miramos con una sonrisa sincera y cogí su mano para salir de la casa. No obstante, antes de poner un pie afuera, nuestros padres nos sorprendieron.

—Trish, Travis, ¿a dónde vais a estas horas? —La voz de mi padre sonó algo ruda, lo que no auguraba nada bueno.

—Oh, joder —musitó Trish a la vez que nos giramos y nos lo encontramos justo detrás—. Íbamos a dar un paseo nocturno por la playa, lo hemos hecho estos días, ¿algún problema con eso? —respondió ella sin darme tiempo a reaccionar.

—¿Paseo nocturno? —Abigail arrugó la frente, indecisa, y ambos asentimos.

—Hijo, ¿puedes venir un momento? —Le miré con el ceño fruncido —. Por favor.

Solté la mano de mi novia y me fui con mi padre al salón. Todo apuntaba a que me caería una charla y, bueno, no le culpaba. Vi cómo Abigail se llevaba a su hija a la parte de arriba y supuse que también le echaría la charla a ella. Joder, solo queríamos dar un paseo, ¿tan malo era? «No mientas, querías hacerle el amor bajo las estrellas», pensé dándole la razón a mi conciencia. No servía de nada mentirme a mí mismo.

Esperé a que mi padre comenzara a hablar y ya me tenía nervioso. Solo me observaba con cara de pocos amigos y eso no me gustó. Solo esperaba que ahora que él y la madre de Trish estaban juntos no se opusieran a nuestra relación.

—Hijo —empezó diciendo, y noté cómo intentaba calmarse—. Hay cosas que tenemos que hablar sobre…

—Trish —lo interrumpí acabando la frase por él y asintió—. ¿Qué te preocupa, papá?

—Verás, sé que Trish y tú estáis enamorados y estoy seguro de que ya… a ver, ¿cómo te digo esto? —Le miré reprimiendo una sonrisa.

—¿Piensas hablarme de sexo, papá? —Se río por lo bajo y asintió.

—Esa era la idea, sí.

—A ver, papá. Entiendo vuestra preocupación, de verdad, pero Trish y yo tenemos mucho cuidado y no pasará nada…

—Te equivocas, hijo.

La conversación parecía ponerse seria, por lo que acabé tensándome. No quería hablar con mi padre de algo que después me generaría desasosiego, pues no dejaría de darle vueltas.

—¿Has pensado en lo que ocurrirá cuando te vayas?

Algo me decía que lo que me iba a preguntar era justo eso en lo que no quería pensar, justo lo que Trish y yo prometimos que no volveríamos a mencionar. ¿Por qué lo preguntaba?

Me levanté frustrado, no quería seguir hablando del tema, y lo único que necesitaba era salir a tomar aire. No obstante, mi padre me siguió porque, para él, la conversación no había terminado. Pero yo no quería, no estaba preparado para hablar de ello con él porque me diría lo que no quería escuchar.

—Travis, espera. —Cogió mi brazo justo cuando mis pies tocaron la arena de la playa—. Tenemos que hablar de esto, hijo. Es importante y lo sabes.

—No, papá. Esto es algo que solo nos incumbe a Trish y a mí, no a vosotros.

—Te equivocas, hijo —respondió con seriedad—. No quiero hacerte sentir mal, pero entiende que, una vez que te vayas, tu relación con ella acabará. ¿Qué pretendéis hacer? ¿Lo has pensado siquiera?

Volví a girarme, no quería discutir con él, pero no entraba en razón, y aquello no terminaría nada bien.

—¿Que si no lo he pensado? No he dejado de hacerlo desde que empecé con ella, me carcome cada segundo que estoy a su lado, pero no hay nada que podamos hacer. —Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, unas que hacía tiempo que no derramaba por algo que no podía controlar.

Joder, ¿por qué era tan difícil? Quería olvidarlo, queríamos pasar un bonito verano que nos llenara de por vida y no vivir marcados por el dolor de separarnos.

Me senté en la arena sin importarme nada, solo quería tranquilizarme, buscar la calma que en ese momento no sabía dónde

se había instalado. Mi padre me imitó, sentándose a mi lado, y puso su mano sobre mi rodilla.

—Lo siento, Travis, no quería que te pusieras así. —Le miré de nuevo, negando, porque claramente podíamos evitar hablar del tema —. Entiéndenos, hijo, estamos preocupados por vosotros, por lo que pasará y cómo os quedaréis.

—¿Qué sugieres que hagamos? ¿Quieres que terminemos? ¿Es eso? —Mis preguntas salieron atascadas, ni siquiera aceptaría que mi padre me pidiera eso. Gracias a Dios, negó—. Pues no entiendo nada.

—Estoy orgulloso del camino que vas a tomar, hijo y también feliz por haber sido valiente para mostrar tus sentimientos, pero hay cosas que no son compatibles, y menos con la edad que tenéis. El futuro es muy incierto, y…

—Haremos que funcione, no creo que seamos la primera pareja que tiene una relación a larga distancia, ¿no?

—Esas relaciones no siempre funcionan. —Bufé exasperado—. Travis, por favor.

Volví a alejarme de él, estaba cansado de esa conversación absurda que no llegaría a nada. Corrí hasta la orilla y agradecí porque no viniera detrás de mí. Metí los pies en el agua, notando el frío que me calaría los huesos si me metía por completo. No lo pensé, me quité la camiseta y me hundí hasta la cabeza, todo el tiempo que mis pulmones me pidieron respirar. No supe cuantos minutos duré, pero al salir necesité aire. Empecé a nadar lo más rápido que pude, solo quería cansarme lo suficiente para quedarme dormido de puro cansancio cuando llegara a mi cama.

Después de mucho rato y solo cuando vi que las luces de la casa estaban apagadas, regresé. Subí a mi habitación, me encerré con pestillo y me desnudé para darme una ducha templada. Luego me

metí en la cama y estaba tan agotado que me quedé dormido enseguida.

Pasaron tres días, tres días en los que no nos dejaron solos ni un instante, cosa que nos cabreó. Decir que nos habían fastidiado las vacaciones era quedarse corto.

Mi hermana me dio una nota de Trish sin que nuestros padres se dieran cuenta y la leí a solas en mi habitación. Podríamos haber hablado por mensaje, pero no estábamos seguros de que ellos lo vieran, así que las notas eran la mejor opción.

> Te echo de menos, mi amor, y quiero estar contigo a solas. Te espero en la parte trasera de la casa a las cuatro, y ten cuidado de que no te vean.

Sonreí y bajé las escaleras de dos en dos, feliz. A pesar de mi felicidad, me parecía estúpido tener que esconderme de nuestros padres cuando ellos sabían que estábamos juntos. ¿Qué mosca les había picado? Empezaba a arrepentirme de haberlos juntado, porque antes no les importaba nada de lo que tuviéramos ella y yo.

—Hijo, ¿vas a comer con nosotros? —me preguntó mi padre. Asentí y me senté al lado de mi novia; era el único momento en que podía estar cerca de ella.

—Hola —me dijo cogiendo mi mano por debajo de la mesa.

—Hola, pequeña. —Le guiñé un ojo.

Nos dimos cuenta de que nuestros padres nos miraban fijamente. Lo cierto era que me sentía atosigado. Estuve tentando de preguntarles, pero preferí no remover el tema que no habíamos zanjado en la playa por culpa de mi huida.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar. Lo saqué del bolsillo de mi pantalón y lo descolgué, aunque ciertamente, no conocía el número.

—Diga.

Escuché la voz de un señor, por el tono parecía mayor. Preguntó por mí y le respondí que era yo. Mis ojos se abrieron llenos de sorpresa, ya que la llamada era de la universidad de Nueva York. Por un instante me puse nervioso, pero se me quitó en cuanto me explicó el motivo de la llamada.

—Perfecto, allí estaré. Gracias.

Todos esperaban que le dijera quién me había llamado y a dónde tenía que ir. ¿Me había ilusionado? Una parte de mí sí se había emocionado al recibir la llamada. Sin embargo, también me entristeció porque mi marcha cada vez estaba más cerca.

Me preguntaron quién era, qué había pasado y no sé cuántas preguntas más. No quería contarles nada hasta no hablar con Trish, pero insistieron tanto que no me quedó más remedio que decírselo a los cuatro.

—Era de la universidad, se ha adelantado la visita al campus y tengo que estar en dos días allí. —Trish soltó mi mano y yo suspiré, mirándola a los ojos—. Tengo que buscar un vuelo para poder salir mañana y, si no hay, me iré esta noche en coche.

—En coche son muchas horas, hijo, y puedes salir del aeropuerto de Savannah. Deja que yo me encargue, ¿de acuerdo? —Asentí y Trish se levantó para irse.

—Trish, espera, por favor. —Me levanté para seguirla, pero Abigail cogió mi mano y negó.

—Ahora necesita estar sola, Travis.

—No, no dejaré que esté sola y voy a ir a hablar con ella, aunque os opongáis. —Frunció el ceño sin entender—. ¿Qué? ¿Me vais a decir ahora que no os importa que estemos juntos? Lleváis tres días aquí y no he tenido ni un minuto para estar con mi novia a solas porque no nos habéis dejado. —Abigail se quedó en silencio y mi padre se levantó para hablar conmigo—. No, no quiero escuchar

nada más, y ahora, si me disculpáis, voy a hablar con la chica a la que amo, ¿puedo? —Asintieron—. Gracias.

Salí de la casa para buscarla, aunque no fue difícil encontrarla, porque estaba sentada en la orilla de la playa. Caminé despacio, necesitaba pensar las palabras que le diría en cuanto me pusiera delante de ella. No quería que estuviera mal, que sufriera. «Pides demasiado», pensé, y cerré los ojos justo cuando llegué a ella. Me quedé de pie detrás sin decir nada, no podía aún. La escuché sorberse la nariz, lo que hizo que me sintiera aún peor.

—Si no vas a hablar, puedes irte —musitó haciéndome reír.

Me senté a su lado, pasé mi brazo por sus hombros y la atraje hasta mi cuerpo, apretándola fuerte sin llegar a hacerle daño, no el que le estaba provocando en su corazón, al menos. No me miró, no podía, pero yo sí, no podía apartar mis ojos de ella, de su nariz y sus mejillas rojas por las lágrimas. Cogí su barbilla para obligarla a mirarme a los ojos, para conseguir que clavara sus intensos océanos en mí, y creí que desfallecería justo en este momento. La tristeza que se veía en su mirada era superior a lo que creí que encontraría y mi corazón se apretó tanto que comenzó a dolerme fuertemente. ¿Por qué el amor era tan complicado?

—Te amo y lo sabes. —Cerró los ojos—. Trish, mis sentimientos no van a cambiar porque me vaya a la universidad.

—Lo sé, y te pido perdón por haberme ido así, es solo que… —No podía hablar, le costaba demasiado—. Nuestra separación está más cerca que nunca y hoy lo he visto claro. —Besé sus labios, los besé porque no quería que siguiera hablando, no si lo que me iba a decir no era lo que yo quería escuchar—. Travis, por favor.

—¿Qué? No pienses más en eso, pequeña. Sí, tengo que hacer esa visita y estaré dos días allí, pero luego regresaré…

—Y te volverás a ir en un mes —me interrumpió—. Esto es lo que hay, no más.

—Trish, tú y yo estaremos juntos para toda la vida, ¿de acuerdo? Me iré a la universidad y haremos que nuestra relación funcione. Vendré a verte en vacaciones y tú vendrás también. No te rindas, amor… no te rindas ahora.

Sus labios se pegaron a los míos y sonreí con nuestras bocas dándose calor. Cogí sus mejillas para profundizar en el beso; la había extrañado demasiado. Había echado de menos poder besarla a mi antojo, poder tocarla sin que nadie estuviera pendiente de todos nuestros movimientos.

—Te amo y te amaré toda mi vida —dijo pegando su frente a la mía.

—¿Por qué creo que te estás despidiendo? —pregunté, confuso.

—Porque te vas. —Me sonrió.

Me levanté y extendí mi mano para tirar de ella. La cogí en brazos y enroscó sus piernas alrededor de mi cintura. Lo siguiente que hice fue meternos en el agua para disfrutar de nuestro último día juntos en el paraíso.

CAPÍTULO 43
TRISH
Odio las despedidas



Saber que tenía que irse tan pronto a la visita de la universidad me puso demasiado triste y la realidad me golpeó de lleno, sin miedo a hacerme daño. No era culpa suya, ni mía, en realidad, solo era culpa de la vida, que nos daba lo que queríamos y nos lo quitaba cuando más lo amábamos.

Pasamos el día en la playa y agradecí que nuestros padres nos dejaran tranquilos. La conversación de hacía tres días con mi madre fue demasiado dura y me había cabreado muchísimo. Había pasado de estar feliz por mí y Travis a negarse en rotundo a que siguiera con nuestra relación, alegando que no quería verme sufrir. Ya sufría, ¿y qué más daba? Lo prefería, sabiendo que lo iba a perder, a no haber vivido este tiempo sabiendo lo que era sentirse amada por él. Una vez que sus labios rozaron los míos, lo supe… supe que nuestro amor estaba abocado al fracaso y, aun así, decidimos jugarnos todas las cartas que teníamos sin pensar en las consecuencias.

Por la mañana, el padre de Travis ya tenía su billete de avión comprado, se iría después de comer para llegar a Nueva York por la noche. Tenía que instalarse en el campus, en las habitaciones que les daban a los alumnos que iban de visita, los que estudiarían allí. Nos quedaba solo una comida juntos en este lugar y se acabó. Qué rápido se había terminado algo que prometía ser tan perfecto.

—¿Vendrás al aeropuerto? —me preguntó, abrazándome por la espalda.

Estaba asomada a la ventana de la habitación. Él había entrado para decirme a la hora que tenía que irse y no soportaba mirarle sin echarme de nuevo a llorar. Habíamos pasado una noche preciosa, hicimos el amor en la playa bajo las estrellas, y ahora… joder, estaba a punto de llegar a su fin.

—Trish, cuando regreses a Atlanta estaré allí esperándote, ¿de acuerdo? Piensa que solo iré por dos días y que cuando te des cuenta de que me he ido, habré vuelto. —Me giré entre sus brazos y asentí.

—Odio las despedidas… Aun así, iré al aeropuerto, mi amor. —Acaricié su mejilla—. Tranquilo, estoy mejor. —Alzó una ceja incrédula—. De verdad, te prometo que me siento mejor.

Le di un beso en los labios y se fue a su habitación para preparar la maleta. Yo necesitaba ocuparme en algo para dejar de pensar, así que bajé a ayudar a Tay y a mi madre con el almuerzo. No es que tuviéramos que hacer demasiadas cosas, pero seguro que podría ayudarlas en algo.

Entré en la cocina y ambas estaban cortando verduras. Me senté al lado de Tay y le pedí que me dejara hacer algo. Se levantó y me trajo otro cuchillo y más verduras para el salteado. Prepararían una carne con salsa, pero como sabían que a mí me gustaban las verduras, también las incluirían. Ocupé mi mente con lo que estaba

haciendo, concentrándome en no cortarme con el cuchillo, que estaba bastante afilado. Mi madre cogió mi mano al darse cuenta de que estaba llorando. Claro, que no ayudaba mucho el estar cortando cebolla.

—Cielo, ¿estás bien? —la observé y asentí—. Pues no llores, por favor.

—Mamá, es la cebolla, no te preocupes. —Bueno, era un poco de todo.

—¿Seguro? —Asentí—. Vale, te creo.

Terminamos de preparar todo y Tay y yo dejamos que mi madre hiciera lo que faltaba con la ayuda de su padre. Mientras tanto, nosotras fuimos a poner la mesa.

—Trish. —Tocó mi mano—. Yo estoy contigo, ¿vale? Siempre estaré contigo. —Le di un abrazo.

Con todo ese lío, habíamos estado un poco distanciadas y no sabía que la echase tanto de menos hasta que me dijo eso. Adoraba a Tay y tenía la certeza de que pasaríamos toda la vida juntas. Aunque cada una hiciera su vida, siempre íbamos a ser mejores amigas… hermanas.

Comimos en silencio, la tensión se podía cortar con un cuchillo. El padre de Travis había estado a punto de hablar en más de una ocasión, pero sin éxito. Mi madre también quiso decir algo y tampoco se atrevió. No podíamos seguir así, por lo que me armé de valor, dejé a un lado mi tristeza e hice que cambiaran los humos. Estábamos de vacaciones, por el amor de Dios.

—Ya está bien, por favor. —Los cuatro pusieron toda su atención en mí—. Dejemos a un lado todo el drama y sigamos disfrutando de estas vacaciones, ¿vale?

—Esa es mi chica. —Travis me abrazó.

—Sí, Travis se va dos días y no terminaremos las vacaciones juntos, pero no pasa nada. Cuando vuelva, recuperaremos estos días y ya está.

Quería convencerme a mí misma de que así sería y parece que me creyeron. El problema era que ni yo misma me creía mis palabras. De igual forma, mientras ellos volvieran a sentirse bien, todo lo demás no importaba.

Había llegado la hora de llevar a Travis al aeropuerto y fuimos todos a despedirnos de él, como si no fuéramos a volver a verle. Mierda, solo se iba dos días y yo ya estaba así, no me quería imaginar cómo acabaría cuando se fuera a estudiar. Llegamos al aeropuerto y entramos todos juntos. La primera en despedirse de él fue su hermana. Le dio un abrazo y escuché lo que le dijo, que me hizo reír.

—Pobre de ti como no vuelvas en dos días.

—Claro que volveré, tontita. —Besó su frente.

Luego se despidieron nuestros padres y yo me quedé la última. Agradecí que nos dejaran solos y fueran a esperarme al aparcamiento. Travis cogió mi mano y me llevó a una de las tantas sillas que había en el aeropuerto para poder hablar más cómodamente.

—¿Recuerdas lo que te dije anoche? —me preguntó y yo asentí—. Pues no lo olvides, Trish. Te amo y nada cambiará.

—Te voy a echar de menos, aunque solo sean dos días. —Nos reímos—. Te amo, Travis.

Me abrazó con fuerza, escondiendo su cabeza en mi cuello. Noté sus lágrimas caer en mi hombro e hice que me mirara para secárselas. Besé sus labios con dulzura, y nos quedamos unos instantes así, con nuestras bocas unidas, solo rozándonos sin hacer nada más. No aguantamos mucho tiempo y profundizamos el beso a

la vez que él me subía; al ser más alto que yo, lo tenía bastante fácil. Seguimos abrazados y se escuchó por los altavoces cómo llamaban a los pasajeros del vuelo a Nueva York.

—Ha llegado la hora —musitó.

—Sí, ha llegado la hora. —Cogió mi mano por última vez y fue soltándose poco a poco hasta que lo hizo por completo.

—Nos vemos en Atlanta —dijo antes de pasar por el control—. ¡Te amo! —gritó, y le lancé un beso que cogió y se llevó al corazón, haciéndome sonreír como una tonta.

Nos miramos antes de que tuviera que pasar al otro lado y, cuando lo hizo, solté un suspiro y me giré para salir del aeropuerto.

Creía que despedirme de él iba a ser más duro, aunque saber que nos veríamos pronto calmaba la tristeza de verle partir. Volvimos a la casa de la playa y a mí ya no me interesaba estar allí. Si me decían que nos íbamos a Atlanta haría las maletas sin pensarlo dos veces. No obstante, no podía fastidiarles las vacaciones a ellos, así que hice de tripas corazón y le propuse a Tay ir al acuario para ver a Sean. No se negó; a decir verdad, supe que no lo haría, y justo por eso se lo propuse.

Cogimos un taxi. No íbamos a pedirle a su padre que nos llevase ahora que se iba a quedar a solas con mi madre. Cuando llegamos, buscamos a Sean y lo encontramos dentro de una de las peceras buceando y dando de comer a los peces. Sonreí llena de emoción y deseando que me preguntara si quería hacerlo.

Al vernos, nos saludó con la mano y nos señaló las escaleras que daban a la parte de arriba, por donde se metía en el agua. Por un momento pensé que no nos dejarían pasar, pero al ser él quien nos lo pidió, no hubo problema.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis? ¿Habéis venido solas? —preguntó saliendo del agua.

—Sí, mi hermano ha tenido que irse a Nueva York —respondió Tay.

Sean le dio un beso en la mejilla y otro a mí; era un chico muy simpático y agradable. Tampoco podíamos negar que era bastante guapo.

—¿Vosotras cuando os vais? —se interesó.

—En dos días volvemos a Atlanta —hablé yo al notar que Taylor se quedaba callada.

—Tendremos que aprovechar estos días entonces, ¿no? —Asentimos—. Trish, ¿quieres entrar en la pecera?

—¿De verdad? ¿Puedo? —pregunté entusiasmada.

—Claro, mientras tanto Taylor y yo te esperaremos aquí. —Le guiñó un ojo y se sonrojó.

Fui a ponerme el equipo y cuando estuve lista, me metí en el agua. Estaba nerviosa, aunque no tanto como cuando buceé con Travis. Recordé esa tarde y me emocioné, fue un día espectacular.

Me sumergí y buceé entre los peces, tortugas y… no podía ser: había un pequeño tiburón precioso. Me acerqué despacio, tenía miedo de que me hiciera algo, aunque siendo tan pequeño no creía que fuese agresivo. El tiburón ni siquiera se inmuto cuando pasé por su lado y yo solo pude sonreír al ver tan de cerca mi animal marino favorito.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que entré en el agua, pero tampoco tenía la necesidad de salir aún, por lo que me quedé un ratito más.

Cuando salí, me encontré a Sean y Tay besándose y solté un «ah» emocionado que los interrumpió.

—No, por favor, no paréis por mí. —Apiñé los labios reprimiendo las ganas que tenía de echarme a reír.

Sean me ayudó a salir y volví a dejarlos solos para ir a cambiarme. Después de eso, nos invitó a unos batidos en la playa y paseamos con él mientras nos contaba un poco de su vida. Él era de Atlanta, pero siempre venía en verano a la isla para trabajar en el acuario, que era de un amigo de su padre. También estudiaba biología marina y cuando supo que yo iría a la misma universidad que él, se puso muy contento. Era cierto que cuando yo entrara, él llevaría dos años, pero me gustó saber que habría alguien conocido en ese sitio.

Nos despedimos de él prometiéndole que nos veríamos a la mañana siguiente para pasar el último día juntos. Tay y él se dieron un casto beso, algo que me alegró mucho.

—Vaya, vaya, mi amiga está enamorada —ironicé, dándole un pequeño empujón.

—Joder, me encanta, me gusta muchísimo —declaró entre suspiros.

—Se nota, y a él también —respondí—. Te echó el ojo el primer día que nos vimos. —Se carcajeó—. De verdad, yo me di cuenta.

—No exageres. —Siguió riéndose, contagiándome.

Llegamos a la casa riéndonos sin parar y nuestros padres nos preguntaron qué nos hacía tanta gracia. Y cuando pretendía responderles, Tay me dio un codazo en el costado para que no se me ocurriera la grandiosa idea de decirles que un chico la había besado. Así que me quedé en silencio y dejé que fuera ella la que respondiera lo que le diese la gana.

—Nada, Trish y sus chistes malos. —Me llevé la mano a la cara sin medir la fuerza.

—Hija, ¿por qué te pegas?

—Eh, por nada, mamá —respondí sobándome la zona dolorida.

—Estáis muy raras —comentó Travis. Nuestra respuesta fue encogernos de hombros.

Subimos las escaleras de dos en dos, huyendo de preguntas que no íbamos a responder. Entramos en la habitación, nos miramos y volvimos a soltar una estruendosa carcajada. Nos tiramos en la cama boca arriba, nos quedamos en silencio, y fue entonces cuando Travis entró en mi mente. Cogí el móvil para enviarle un mensaje y saber que había llegado ya, pero no me respondió.

—Tranquila, estará instalándose y pronto se comunicará contigo —dijo Tay, sabiendo exactamente lo que quería escuchar, como siempre.

—Lo sé —musité.

CAPÍTULO 44
TRAVIS
La extrañaba demasiado



La llegada a Nueva York me puso nervioso, no solo porque iba a pasar todo un fin de semana en el campus y conocería a gente nueva con la que tenía que compartir mucho tiempo, también por el hecho de que estar en este lugar daba pie a un gran cambio en mi vida, una vida sin Trish. Solo hacía unas horas que no la veía y ya la extrañaba demasiado.

Recibí su mensaje y pese a que quise responderle, no tuve tiempo, ya que al llegar me recibió una chica que sería la encargada de enseñarme a mí y varios novatos más, como ella había dicho, todo el campus. Se llamaba Megan, Meg para los amigos, y ya nos trataba como amigos; era muy simpática y también estudiaba arquitectura, aunque iba un año por delante de mí.

—Bueno, os dejaré tiempo para que soltéis vuestras cosas en las habitaciones designadas y os espero aquí en una hora, ¿de acuerdo? —Respondimos con un sí y cada uno se fue a su residencia.

Tardé unos veinte minutos en encontrar mi habitación y cuando entré, solté la maleta y me tumbé en la cama boca arriba. Cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón y llamé a Trish por videollamada. No tardó en responderme y me encontré con su bonita sonrisa, la más bonita que había visto en toda mi jodida vida.

—Por fin —dijo nada más verme—. Ya creía que te habías olvidado de mí.

—Lo siento, he tardado en encontrar la habitación. De todas formas, no me olvidaría de ti ni dándome un golpe en la cabeza. —La vi carcajearse y fue como música para mis oídos.

Me contó que había ido al acuario con mi hermana y que se metió en la pecera a bucear gracias a Sean, que la dejó hacerlo. Estaba tan entusiasmada que no quise interrumpirla.

De un momento a otro, se quedó en silencio mirándome fijamente. Percibir su mirada, sea de la forma que fuera, hacía que mi corazón se derritiera. Ni siquiera la tenía cerca y conseguía eso; era de locos.

—Te echo de menos —dijo al fin, tras una pausa bastante larga.

—Yo también a ti, pequeña —respondí suspirando—. En dos días nos volveremos a ver y te daré un beso enorme que cubra estos días. —Me sonrió de nuevo, aunque con tristeza en sus ojos—. No estés triste, amor.

—No te preocupes.

—Te tengo que dejar, pero te llamaré mañana para darte los buenos días, ¿de acuerdo? —Asintió, aunque no parecía muy convencida—. Te amo.

—Yo también te amo.

Unos segundos después, colgué y escuché a alguien aplaudir. Me giré y un chico de más o menos mi edad estaba sentado en la cama de al lado, supuse que sería mi compañero de habitación.

—Joder, qué bonito, tío —dijo antes de presentarse—. Oh, lo siento. Soy Pit.

—¿Pit? —pregunté, confuso. Era un nombre extraño.

—Bueno, Peter, pero todos me llaman Pit.

Nos levantamos y estrechamos nuestras manos; me cayó bien. Por lo visto, también estudiaría arquitectura, a pesar de que no era lo que quería hacer en su vida; tenía unos padres un poco controladores, tanto que habían planificado su vida sin consultarle. Prácticamente me contó toda su vida en minutos, cogió confianza conmigo enseguida y me gustó que lo hiciera.

No tenía novia, aunque tampoco era de relaciones estables. Era el típico tío parecido a Logan, pero en simpático. Lo que quiero decir era que le gustaba salir con varias chicas a la vez sin estar con ninguna. Algo raro, aunque le entendí a la perfección.

—¿Qué hay de ti? —se interesó—. Supongo que hablabas con tu novia, ¿no? —Asentí a la vez que soltaba un suspiro—. Vaya, no había visto nunca a alguien de mi edad así de enamorado, aunque, a decir verdad, tu novia es preciosa.

—Sí que lo es.

Seguimos hablando de nuestra vida, incluida la locura de tener una relación a distancia, algo que él tampoco veía favorable y que no me importó escuchar. Yo sabía lo que quería y eso era seguir siendo el novio de Trish.

Fuimos hasta la entrada del campus, donde nos recibió Meg, y Pit, nada más verla, ya que llegó tarde y no la conoció antes, se acercó a ella para presentarse como todo un don Juan. Pensé que la chica caería en sus redes, pero nos sorprendió a todos con una respuesta bastante increíble.

—Te equivocas de chica, romeo —dijo soltando su mano—. Para que tú me entiendas, ambos tenemos los mismos gustos. ¿Lo pillas?

—Pit me miró y soltamos una carcajada—. Venga, vamos a un bar que hay aquí cerca, es la primera parada que haremos.

—¿En serio? —pregunté, incrédulo.

—Claro, ¿pretendes que te enseñe el campus a esta hora? —Me encogí de hombros—. Lo primero que tenemos que hacer es relajarnos y conocernos. Pasaremos mucho tiempo juntos y no quiero sorpresitas. —Eso último lo dijo mirando a Pit.

—¿Por qué me mira a mí? —me preguntó, poniéndose un dedo en el pecho.

—No lo sé, tío.

Caminamos hasta un pub que había a dos calles y entramos. El lugar estaba bastante concurrido de jóvenes, todos universitarios, bebiendo. Seguimos a Meg hasta la barra y pidió birras para todos, que éramos los novatos y que más tarde tenían que darnos el chupito especial. Yo me negué, no era de beber mucho alcohol. Meg se acercó a mí con la jarra de cerveza y me la tendió.

—Chico nuevo, tienes que beber para relajarte. —Parecía que me estaba obligando—. Por favor. —Pero con educación, claro.

Nos sentamos en unos asientos que quedaron libres, éramos como siete «novatos» y ella. Lo primero que hizo Meg fue brindar por nuestro futuro en la universidad, el lugar donde creíamos que todo se hacía realidad, pero… ¿qué?

—Es una mierda muy grande, no os voy a mentir. —No nos quedó otra que echarnos a reír.

De pronto, se subió a cantar una canción de Benson Boone: *My Greatest Fear*. Conocía bastante bien su música, era uno de los cantantes favoritos de mi Trish. Cogí mi móvil y le envié un mensaje de buenas noches.

Hola, pequeña
Solo quería darte las buenas noches.

Su respuesta no tardó en llegar y la leí de inmediato:

Buenas noches, mi amor.
Sueña conmigo.

—Eh, deja el móvil guardado —me pidió Meg cuando acabó de cantar.

—Estaba enviándole un mensaje a mi novia. —Alzó una ceja.

—Así que el guaperas tiene novia. Lo siento chicas, ya está cogido. —Miró a dos compañeras que estaban sentadas con nosotros.

—Joder, que tirón tienes con las tías —mencionó Pit en mi oído—. Tranquilas, muñecas, que yo estoy libre. —Nos carcajeamos a la vez que él se levantaba para sentarse al lado de ellas.

Comencé a negar y a relajarme. Me sentía a gusto, y también me sentí culpable por ello. Se suponía que yo quería estar aquí, que había elegido bien mi futuro y no, claro que no me arrepentía. Sin embargo, pensar en lo que estaba sacrificando me jodía lo suficiente como para querer seguir bebiendo. Total, no creía que me pasara nada por una vez.

Me acerqué a la barra para pedir los chupitos especiales y Meg, al verme, se acercó a mí para ayudarme. Puso su mano en mi hombro y me sonrió. Algo me decía que íbamos a ser buenos amigos.

Antes de regresar a la mesa, alguien conocido y que no esperé jamás encontrarme en este lugar se puso ante mis ojos.

—Vaya, Travis Hamilton —habló Lucy.

—¿Qué haces aquí, Lucy? —pregunté, antes de nada.

—¿Así saludas a tus amigos? —Respondió con otra pregunta y no con lo que quería oír.

—Hola. —Me sonrió coqueta.

—Qué seco.

Yo quería volver a mi mesa, pero Lucy parecía no estar de acuerdo con ello. Cogió mi brazo y me llevó hasta otra mesa en la que estuviéramos solos para poder hablar conmigo sin tanto ruido, algo bastante complicado en un lugar como aquel, pero fue la excusa que me puso y no le rebatí.

Le pidió al camarero una cerveza para ella y esperó a que se la trajera para empezar a hablar. Algo me decía que me levantara y me fuera, pero aun así no lo hice. Ante todo, tenía educación, una cualidad que no debía utilizar siempre, como era este caso.

—¿Vas a estudiar aquí? —comenzó a hablar.

—Perdona, Lucy. ¿Qué quieres? Es que me resulta extraño estar aquí hablando contigo después de los problemas que he tenido con tu novio. —Su gesto cambió, aunque no me creía nada.

—Logan y yo no somos novios —rebatió, molesta.

—Pues no era eso lo que gritabas a los cuatro vientos en el instituto —le recordé, había personas que tenían memoria selectiva.

De pronto, comenzó a llorar y me preocupé. ¿Qué le habría pasado con Logan? Como un chico bueno que se creía todas las patrañas que le contaban sus amigos, me levanté para sentarme a su lado. Puse mi mano sobre la suya y me miró fijamente agradeciéndome el gesto.

Supuestamente, después de lo que pasó con Logan, lo del vídeo y cuando besó a Trish, ella se cabreó con él y le pidió que no volvieran a verse. No obstante, mi ex mejor amigo no estaba de acuerdo con eso y empezó a atosigarla. Por eso decidió venirse a Nueva York con su hermana mayor. ¿Me la creí? Pues sí, conocía a Logan y sabía que podía llegar a ser muy insistente, le encantaba tener todo bajo control y saber que tenía a Lucy comiendo de su mano le subía mucho el ego.

—Lo siento, no sabía nada. —Se sorbió la nariz y le di una servilleta.

—Qué suerte tiene Trish —mencionó de pronto, acercándose a mí para abrazarme—. Ojalá yo tuviera a alguien tan especial como tú, Travis.

Quise apartarme, claro que sí, y me costó bastante hacerlo, Lucy me tenía bien agarrado y no quería hacerla sentir peor.

Se separó de mí y me levanté para ir con mis compañeros. Ella se levantó y se iba a despedir de mí dándome un beso en la mejilla, pues se suponía que éramos amigos. Lo que no me esperé es que acabaría besándome en la boca. Me quedé congelado, no sabía qué hacer. Fue de esos momentos en la vida en que te quedas atónito, sin respuesta, sin preguntas. ¿Qué cojones? Cuando reaccioné, la aparté de mí, cabreado; por mucho que se disculpase, no quería seguir escuchándola.

La vi salir del bar y me senté al lado de Meg. Lo había visto todo y agradecí que no me hiciera ninguna pregunta que no sabría responder, no en este momento.

Joder, ¿cómo me dejé besar así? Qué estúpido era, siempre confiando en las personas incorrectas. Decidí olvidar el tema y disfrutar un poco. Cogí el chupito y lo miré; era de color verde y si no fuera porque ya algunos se lo habían bebido y seguían vivos, ni siquiera lo habría probado. El alcohol me rasgó la garganta, provocándome una tos incontrolada; estaba demasiado fuerte. Todos se rieron mientras yo seguía con un ojo cerrado y tragando saliva para quitarme el mal sabor de boca.

—Bebe cerveza, así se pasa el sabor —me sugirió Meg, y le hice caso.

Tenía razón, en cuanto di un sorbo de la cerveza, se pasó el amargo sabor del chupito que, cómo no, era tequila con algo más

que ni siquiera escuché, o no quise escuchar.

Estuvimos en el pub hasta las cuatro de la madrugada y yo quería irme ya. Pensé que se negarían, pero todos me hicieron caso y regresamos a nuestras residencias. Ayudé a Pit a subir las escaleras, estaba algo borracho y decía muchas tonterías que me hicieron reír. Entramos en nuestra habitación y él se tiró en plancha sobre su cama, quedando boca abajo, donde se quedó dormido al instante.

Yo, en cambio, estuve dando vueltas bastante tiempo. No podía quitarme de la cabeza el beso de Lucy, no porque me gustase, claro que no… era solo que no entendía por qué había hecho eso.

CAPÍTULO 45
TRISH
Regresar a Atlanta para verle



Los días sin Travis se me estaban haciendo eternos, menos mal que por la mañana saldríamos temprano para Atlanta. Iba a extrañar la isla, todo lo que hemos vivido aquí se quedará clavado en mi corazón, y no creía que fuera capaz de olvidarme de ningún detalle.

Me acosté temprano, como cuando era pequeña y me iba a la cama para que viniera Papá Noel. Se decía que cuanto antes te durmieras, antes amanecía, ¿verdad? Pues no, era una gran mentira, llevaba en la cama una hora y no era capaz de conciliar el sueño, estaba muy nerviosa y solo pensaba en que amaneciera de una vez para irnos a casa. Este lugar, sin él, no era lo mismo.

—¿Qué te pasa, Trish? —Escuché la voz de Tay—. ¿No puedes dormir?

Me giré para quedar de lado, frente a ella, y me imitó, para que pudiéramos mirarnos mientras hablábamos.

—No, quiero irme ya y ver a tu hermano. —Se rio bajito, como si no la fuera a escuchar.

—En cambio, yo… —Suspiró a la vez que se incorporaba—. No quiero irme.

—¿Por Sean? —Asintió—. Piensa que él pronto también volverá a su casa y tienes su número, podrás seguir en contacto con él. —Se encogió de hombros.

Al final, hablando con ella de todo un poco, acabamos quedándonos dormidas.

Por la mañana, el despertador de móvil nos hizo dar un brinco de la cama a las nueve de la mañana y Taylor casi me mata por haberlo puesto. Quería seguir durmiendo y yo comencé a asearme para vestirme y meterle prisa a nuestros padres.

Cuando estuve vestida, cosa que hice en tiempo récord, todo hay que decirlo, cogí mi móvil y le envié un mensaje a Travis de buenos días recordándole que, en solo unas horas, volveríamos a estar juntos.

Buenos días, pequeño

Me burlé un poquito de él, para nada era pequeño y mucho menos si hablábamos de eso que… joder, qué calor de pronto. Necesitaba sus besos con urgencia.

Nos vemos en unas horas.

Vi cómo escribía la respuesta y sonreí al leerla.

¿Pequeño? Tú eres mi pequeña.
Estoy deseando comerte a besos.

Guardé el móvil en el bolso y volví a despertar a Tay. Se cagó en todos mis antepasados y la dejé refunfuñando. En la cocina mi madre y Travis desayunaban tranquilamente. En cuanto me vieron, ya con las maletas listas y todo, comenzaron a reírse de mí. Alcé una

ceja mientras cogía una tostada y me sentaba para untarle mantequilla.

—Hija, es muy temprano. —Me encogí de hombros—. Todavía no nos vamos.

—¿Por qué? ¿Qué estamos esperando? Yo ya estoy lista. —Le señalé las maletas.

—Ya, pero Tay.

—Aquí estoy, aquí estoy —dijo entrando en la cocina, arrastrando los pies como si se le fuera la vida en ello—. Vamos a desayunar y vayámonos antes de que la mate. —Se carcajearon.

—Sois de lo que no hay, chicas —mencionó su padre.

En menos de una hora, ya estábamos subidos al coche y saliendo de la isla Tybee. Yo solo quería regresar a Atlanta para verle, para volver a estar con él y disfrutar del poco tiempo que nos quedaba juntos. En menos de un mes, Travis se irá y no regresará en dos días como ahora. ¿Qué iba a hacer sin él?

Por el camino, nuestros padres hablaban de los estudios de Travis y, cómo no, nos preguntaron a nosotras si teníamos claro lo que haríamos con nuestra vida.

—Aún es pronto para saber eso, papá —respondió Tay; ella aún no tenía claro lo que iba a estudiar. Ni siquiera tenía claro que quisiera estudiar.

—Pues deberías de ir pensándolo, hija. El año que viene terminái s el instituto y es un año duro en el que debéis tener claro lo que haréis.

—Yo lo tengo clarísimo —respondí, convencida—. Estudiaré biología marina y trabajaré en el acuario de Atlanta.

—Ya, cielo, sabemos que tú harás eso…

—Trish, la pregunta iba para mí, pero han hecho como que era para las dos para meter presión —me interrumpió—. Ya lo pensaré,

¿vale?

Lo que quedó de camino no volvimos a hablar del tema. Tay se puso los cascos para escuchar música y dormir un poco y yo solo miraba por la ventana, aunque sin dejar de observar la hora y calcular el tiempo que nos quedaba para llegar a nuestra casa.

Recibí un mensaje de Travis informándome de que ya estaba en el aeropuerto y que llegaría en unas cuatro horas. Lo bueno era que podría esperarle en la puerta de su casa.

Tras el mensaje de mi novio, recibí otro de un número que no conocía. Este contenía una foto con un mensaje que no me hizo mucha gracia. Me quedé unos segundos leyéndolo repetidas veces y lo que menos quería era descargar la foto.

¿Este es el chico que tanto te ama?

Pensé, pensé mucho antes de abrir el archivo que contenía la foto y al final lo hice, lo vi y puse mi mano en mi boca antes de que nuestros padres escucharan el quejido. Tay fue la única que se dio cuenta. Al mirarme, se preocupó al verme llorando. Me quitó el móvil de las manos y lo vio, quedándose igual de sorprendida que yo. Aunque yo, más que sorprendida, sentía un profundo dolor en mi corazón… Fue como si me arrancasen el corazón de cuajo y se lo tiraran a los lobos.

—No puede ser, tiene que haber una explicación —intentó calmarme mientras me abrazaba—. Ya verás, mi hermano tiene que…

—¿Qué? ¿Qué me va a decir? ¿No lo has visto con tus propios ojos? Se está besando con Lucy… con Lucy —repetí en un hilo de voz.

No solo porque no me saliera la voz, es que no quería que se enteraran mi madre y su padre. Joder, no podía ser verdad, Travis no

me había engañado con Lucy; era un error, seguro que era un error. «¿Error? Lo has visto, no te lo han contado», pensé a la vez que me secaba las lágrimas con pura frustración.

Cuando llegamos a nuestra casa, estaba cansada, abatida. Mi madre se percató de mi cambio de humor, había pasado de estar feliz a tener un gesto completamente diferente. Iba a preguntarme qué me pasaba, pero no le di tiempo; cogí mis maletas y me fui corriendo hasta mi casa para encerrarme en mi habitación. Escuché cómo Tay le pedía que me dejara y lo agradecí, al menos ella estaba de mi lado.

No sabía cuánto tiempo llevaba en mi habitación encerrada, solo que me había metido en la cama y no quería salir de aquí. Escuché a mi madre al otro lado de la puerta, vino varias veces para saber si estaba bien y, al no obtener respuesta, escuché sus pasos alejándose.

Me levanté y me asomé a la ventana cuando escuché la puerta de un coche cerrarse con fuerza y lo vi: Travis había llegado. Por un momento quise ir corriendo a su encuentro y gritarle todo lo que estaba sintiendo… no lo hice, no podía. No ahora. Sus ojos viajaron hasta mi ventana y, al verme, me sonrió alzando una mano. No le respondí, giré sobre mis talones ignorándole.

—Trish, cielo. ¿Puedo pasar? —Escuché a mi madre de nuevo—. Hija, está aquí Travis. —Mi corazón se encogió, aún estaba dolorido.

—Trish, pequeña. ¿Qué te pasa? ¿No quieres verme?

Sus palabras eran como cuchillos afilados entrando en mi estómago, cortando todo a su paso.

—Te dejaré aquí, a ver si te abre —dijo mi madre, y supuse que se fue por el sonido de sus zapatos de tacón chocando con el suelo.

—Mi amor, ábreme, te lo suplico. —Lloré, lloré sin parar—. No sé qué habrá pasado, pero sea lo que sea, se arreglará. Te amo, no lo

olvides.

Fue entonces, cuando dijo eso, cuando me levanté de la cama como un resorte y abrí la puerta de par en par. Mis ojos se clavaron intensamente en su rostro y en este momento no pude ver al chico del que me enamoré, solo a un embustero que me había prometido amor eterno y que se besaba con la primera que se cruzaba en su camino en cuanto tenía oportunidad.

—Por fin. —Cogió mis mejillas con la intención de besarme, pero giré mi rostro antes de que sus labios tocasen los míos.

—No quiero que me beses nunca más —le pedí de mala manera.

—Dime qué pasa, por favor. No entiendo nada. —Alcé una ceja incrédula y negué.

—Necesito tiempo —le pedí—. Vete, por favor… no compliques más las cosas. —Agachó la cabeza, clavando los ojos en sus pies.

—No me iré hasta que no me digas el motivo por el que estas así. —Volvió a mirarme, volvió a traspasarme el alma con su mirada.

—¡No! ¡Vete! ¡Vete de una maldita vez! —Le repetí alzando la voz.

Sus ojos se aguaron y eso me dolió más de lo que me dolían mis lágrimas. Se acercó a mí, besó mi frente y se fue, dejándome más destrozada de lo que ya estaba. ¿Por qué no había sido capaz de decírselo, de encararle? ¿A qué estaba esperando? Tenía que hablar con él, pedirle explicaciones, que me jurase que no era verdad y que todo había sido una broma pesada. Me tumbé en la cama sin dejar de llorar, olvidándome por completo de cerrar de nuevo la puerta.

Poco después, mi madre entró y sin preguntarme qué pasaba, me acunó entre sus brazos, dándome su apoyo y cariño como solo una madre es capaz de hacer. En ese momento solo necesitaba cariño, silencio y cero preguntas.

—No sé qué habrá pasado, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti, ¿vale? No llores más, por favor —me pidió suplicante,

besando mi cabeza.

—Gracias, mamá. —La abracé con fuerza—. Necesito estar sola. —Se separó de mí para salir de mi cuarto.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —Negué—. Tienes que comer, Trish.

—Lo haré más tarde, te lo prometo.

Resignada, salió cerrando la puerta tras de sí. Cogí mi móvil y volví a ver la imagen en la que mi novio se besaba con la estúpida de Lucy. Mierda, Lucy. Si ella estaba con Logan, ¿qué hacía en Nueva York y por qué se estaba besando con Travis? ¿Será que quedaron en verse allí? A lo mejor por eso inventó que habían adelantado la visita al campus.

Me pasé todo el día metiéndome cosas en la cabeza, detalles que no tenían sentido y que solo él podría responderme.

Una hora después, recibí la visita de Tay; estaba preocupada por mí y más cuando vio llegar a su hermano abatido; fue lo primero que me dijo.

—¿No le has dicho nada? —preguntó, y agaché la cabeza, negando.

—No he podido. —Bufé exasperada—. Cuando lo he visto frente a mí, solo quería que se fuera y me dejara sola —mencioné reprimiendo las ganas que tenía de volver a echarme a llorar.

—No puedes retrasarlo, Trish. Tienes que hablar con él y…

—¿Y qué? ¿Qué cambiará si hablo con él? El daño ya está hecho. ¡Joder, Tay! Tú has visto la foto tanto como yo, no son invenciones mías y nada que pueda perdonar así como así. —Sabía que estaba siendo dura con ella, pero no hablaba yo, era mi dolor el que gritaba por mí.

—Lo sé, pero creo que merece que le digas por qué ha llegado y su novia no quiere verle, ¿no crees? —Comencé a llorar dándole la

razón—. Lo siento, Trish. De verdad que yo estoy de tu lado y siempre te apoyaré… —La miré—. Tienes que hablar con él.

—Está bien, lo haré, pero hoy no puedo… hoy soy incapaz de ponerme frente a él.

Un rato después, Tay se fue y bajé a la cocina para cenar algo. Estaba sola, mi madre había ido a su despacho, ni siquiera la escuché cuando se fue. Vi luz en la ventana de la cocina y me asomé para ver qué era. Travis estaba en el jardín, esperando a que saliera. Estuve tentada a echarle de nuevo, pedirle que me dejase en paz. Sin embargo, recordé lo que Tay me dijo y salí para hablar con él de una vez.

CAPÍTULO 46

TRAVIS

Estaba a punto de perderla



Las horas pasaban muy lentas y yo quería llegar de inmediato a Atlanta. No había vuelto a hablar con Trish y sentía una extraña punzada en el estómago, como si algo no fuera bien. Estuve tentado a coger el móvil y llamarla, pero el avión estaba a punto de despegar y no me gustaba usarlo en el viaje. Prefería ver alguna película o simplemente descansar, aunque no estuviese tan cansado.

El fin de semana en la universidad había ido muy bien. Quitando el pequeño inconveniente con Lucy, todo fue sobre ruedas. Estuvimos en varias clases con algunos de los profesores que tendríamos cuando empezáramos la carrera, nos dieron una charla de bienvenida, una comida con todos los alumnos nuevos, que no éramos pocos, y luego tuvimos un rato de descanso. Por la noche, íbamos al pub para pasar el rato, no es que me gustase mucho asistir a ese tipo de lugares, pero quería integrarme y hacer amigos con los que poder compartir los años que estuviera allí metido.

El domingo vimos lo que quedó de campus, conocimos al decano y otros profesores, nos volvieron a dar una charla y se terminó la visita. Me encantó estar en la universidad, conocer el lugar donde viviría y estudiaría lo que más me gustaba. Estaba claro que iba a ser muy feliz en este lugar… bueno, sería más feliz si Trish estuviera conmigo.

Antes de despedirnos, nos dimos todos el teléfono. Pit era un buen tío y seríamos buenos amigos, igual que Megan, que era increíble.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Atlanta y, aunque mi padre quiso venir a recogerme, me negué y cogí un taxi. Ya había conducido muchas horas desde la isla Tybee hasta casa y no iba a dejar que volviera a salir.

Por el camino, no paraba de mirar la hora en mi reloj y pese a estar loco por llamar a mi novia y decirle que estaba llegando, preferí no hacerlo y darle una sorpresa. Lo que no sabía era que la sorpresa me la llevaría yo. Salí del taxi, miré a su ventana y la saludé con una mano. Pensé que saldría corriendo para recibirme, pero me miró de una manera completamente diferente a como solía hacerlo y me tensé. Se dio la vuelta y no volví a verla.

—Hijo, ¿qué tal te ha ido? —Mi padre me abrazó y yo seguía mirando a la ventana de mi novia.

—Bien, bien —respondí con seriedad.

—Pues no lo parece. —Se rio.

—Eh. —Me pasé las manos por el cabello—. Voy a ver a Trish, ¿vale?

—Claro, ve.

—¿Podrías llevarte las maletas? —Asintió y las cogió.

Iba hacia la puerta de su casa y mi padre volvió a hablarme, impidiendo que tocase la puerta.

—Travis, ¿estás bien? —Me di la vuelta y asentí, no quería preocuparle.

Antes de que mi dedo tocase el timbre, Abigail me abrió, pues me había escuchado llegar y estaba esperándome. La noté tensa, bastante preocupada por Trish, aunque no supo decirme nada al respecto.

—No sale de su habitación desde que hemos llegado y no quiere ver a nadie —comentó, afligida—. ¿Habéis discutido por algo?

—No, esta mañana hablamos por mensaje y todo estaba bien. —Estaba tan sorprendido como ella.

—Ven, a ver si al escucharte abre la puerta.

Subimos las escaleras y su madre tocó su puerta pidiéndole que abriera, pero no lo hizo, no habló y yo ya me estaba poniendo nervioso. No sabía qué hacer, así que Abigail se fue para dejarme solo y así intentarlo yo.

—Mi amor, ábreme, te lo suplico. —La escuché llorar—. No sé qué habrá pasado, pero sea lo que sea, se arreglará. Te amo, no lo olvides.

Fue entonces cuando me abrió la puerta. La miré de arriba abajo, noté su tristeza y vi su rostro enrojecido de llorar. ¿Qué cojones había pasado?

Me miraba con una intensidad que me dolió. Nunca, ni siquiera siendo amigos, me había mirado de esta manera. Intenté acercarme a ella, cogiendo sus mejillas para besarla, pero giró su rostro a un lado, impidiendo así que mis labios tocasen los suyos, así como deseaba desde que me despedí de ella en el aeropuerto de Savannah.

—No quiero que me beses nunca más —escupió de mala manera.

—Dime qué pasa, por favor. No entiendo nada. —Alzó una ceja irónicamente, como si yo estuviera mintiéndole.

Me pidió tiempo y me echó de su habitación. ¿Qué había pasado con mi Trish? ¿Qué había sido tan fuerte para que estuviera así conmigo?

No me moví ni un milímetro, no me iría hasta que no me dijera qué había pasado. Merecía una explicación, algo que me hiciera entender ese cambio tan brusco. Cuando se lo dije, cuando le comenté que no me iría, volvió a mirarme con enfado… traspasándome el pecho con sus ojos como si fueran dagas.

—¡No! ¡Vete! ¡Vete de una maldita vez! —repitió alzando la voz.

No pude hacer nada más, Trish no hablaría conmigo y no quería verme. Al final, desistí y salí de su casa. ¿Qué más podía hacer? En el porche, no me aguanté más y mis ojos se llenaron de lágrimas, unas que se unirían a las suyas. Trish no solo estaba enfadada, sino que parecía decepcionada, algo que me dolió mucho más.

Arrastré los pies hasta mi porche y me senté en las escaleras. Necesitaba respirar, calmarme antes de entrar en mi casa. Escondí el rostro entre mis manos y grité de pura frustración. Si al menos supiera lo que le pasaba, podría… entonces lo entendí. No, no podía ser eso. Entré en mi casa a toda prisa, buscando a mi hermana, pero había salido a comprar algo a la tienda que había a dos calles de nuestra casa. Mi padre, al verme en aquel estado, me pidió que me sentara a su lado.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Has estado llorando? —Agaché la cabeza, asintiendo.

—Trish no quiere ni verme y creo saber por qué —afirmé.

Ciertamente, no lo creía, estaba seguro de que se había enterado del maldito beso que me había dado Lucy, pero ¿cómo? Si era eso, ¿cómo se enteró? Necesitaba respuestas y la única que podía dármelas era mi hermana.

—¿Por qué?

—¿Tay tardará mucho? —respondí con otra pregunta.

—Creo que después va a casa de Trish. —Me levanté como un resorte para ir a buscar a mi hermana, necesitaba hablar con ella antes de que fuera a ver a Trish—. ¿A dónde vas?

—Voy a buscar a Taylor, necesito que me ayude —dije acelerando el paso para salir de mi casa.

—Espera, Travis. —Cogió mi brazo, haciéndome girar—. Espera a que tu hermana venga, será lo mejor. —Agaché la cabeza y volví a llorar.

Mi padre me abrazó, me cobijó entre sus brazos como cuando era niño y me daba miedo el monstruo invisible de mi armario, invisible porque no había nada, solo eran imaginaciones de un niño introvertido. Me pidió que subiera a mi habitación y me diese una ducha para relajarme y en cuanto mi hermana llegase, él mismo me avisaría. Le hice caso, la idea de la ducha no era mala y realmente necesitaba una con urgencia.

Subí a mi habitación y fui directo a mi baño. Estuve bajo el agua fría más tiempo del que mi cuerpo podía soportar, pero la tensión en mis músculos me ayudó a que la rabia que sentía se fuera por el desagüe.

Pensé en el beso de Lucy, no podía dejar de darle vueltas a todo eso, a lo que me contó y la casualidad de que se acercase a mí en el pub. ¿Y si todo estaba planeado? No, no creía que ella fuese tan inteligente como para hacer algo así sin ayuda. Salí de la ducha y enrollé una toalla alrededor de mi cuerpo. Sin vestirme, me tumbé boca arriba en mi cama, clavando mi mirada en el techo. Estaba bastante cansado, los días que estuve en la universidad, no había dormido muy bien pensando en ella y lo que nos depararía el futuro y ahora… ahora estaba a punto de perderla para siempre.

Tras un par de horas acostado, en las que me quedé dormido, escuché varios toques en mi puerta que me despertaron de golpe. Me incorporé rápidamente y me puse unos pantalones antes de abrir la puerta.

—Hola, hermanito. ¿Te he despertado? —Tay entró sin permiso, siempre lo hacía y no me importaba.

—¿Has visto a Trish? —Asintió, apiñando los labios—. Tienes que contarme qué ha pasado, ¿por qué está así? Por favor, Tay. —Apreté su mano con fuerza y se quejó, no me había percatado de que le estaba haciendo daño—. Lo siento. —La solté y me senté en la cama —. Es que no entiendo nada, Taylor, y no quiere verme.

—Ya sabes que no me gusta meterme entre vosotros, os quiero demasiado a los dos, pero lo que has hecho no ha estado bien, Travis. —Fruncí el ceño confundido, y mi hermana se dio cuenta—. Lo del beso con Lucy —comentó, y suspiré.

—¿Cómo se ha enterado? —Quise saber, ya que seguía sin entender cómo había sido posible.

—Recibió una foto de alguien anónimo en la que os estabais besando.

Estaba seguro de que había sido por el beso y ahora más que nunca sabía que todo había sido preparado.

—¡Mierda! —me levanté y le di una patada a la silla del escritorio.

—Tranquilo, hermano. —Tay puso sus manos en mis hombros—. ¿Quieres contarme lo que ha pasado de verdad? —respondí con lágrimas. N me salían las palabras.

—Todo ha sido una trampa, estoy seguro de ello. Joder, no fui yo quien besó a Lucy, ella lo hizo y la aparté… te juro que la aparté — repetí lleno de frustración.

—Tranquilo, te creo. —La miré fijamente, moviendo mis cejas a modo de pregunta—. Sí, te creo. Algo me olía demasiado mal, yo

sabía que tú no eras capaz de engañar a Trish y mucho menos con Lucy.

—¿Me ayudarás a que me crea? —Se encogió de hombros, frunciendo los labios—. Por favor, Tay. Estoy seguro de que a ti te escuchará.

—No puedo meterme, Travis… ella es mi mejor amiga, y sí, tú eres mi hermano, pero tiene motivos para estar así contigo. Vale, yo sé la verdad, ahora te toca contárselo a Trish tú mismo. —Asentí, soltando un suspiro desde lo más profundo de mi alma.

Taylor me dejó solo y no podía dejar de pensar en cómo se había arruinado algo tan bonito, lo más bonito que nos había pasado en la vida. Yo amaba a Trish con todo mi corazón y, aunque me dolía muchísimo que no confiase en mí, entendía que ver una foto así no tenía que ser nada bueno. De haber sido al contrario, yo estaría igual.

Me vestí, decidido a ir a buscarla y no moverme de su jardín hasta que no me recibiera. Estaba dispuesto a escalar las ramas hasta su habitación, lo que hiciera falta con tal de que me escuchase. Nuestro amor no se iba a romper por culpa de alguien que había actuado con mala intención solo para conseguir lo que, en este momento, estaba pasando. Salí de mi habitación y bajé hasta la cocina para salir al jardín desde allí. Caminé hasta la ventana de su cocina y al encender la linterna del móvil comprobé que estaba sentada ahí.

Por un momento pensé que se iría, que nada más verme saldría corriendo, escapando de mí, y me sorprendió cuando la vi salir y caminar hacia mí con los ojos llenos de lágrimas. No sabía qué hacer, si abrazarla o no. Si besarla o no. Solo quería encerrarla entre mis brazos, meterla en mi corazón y que no saliera de ahí jamás.

—Te he pedido tiempo —me recordó.

—Sé por qué estás así y tiene explicación. —Soltó un «ja» bastante perspicaz y era como si delante de mis ojos no estuviera la Trish que me amó en la isla—. Por favor, déjame explicarme. —Me acerqué a ella, pero se alejó, dando unos pasos atrás.

—Está bien, tienes cinco minutos… pero no te acerques.

Que no me dejara estar cerca de ella me destrozó el corazón. Si tan solo me creyera un poquito, si fuera capaz de entender lo que le iba a decir... No quería perderla, aunque cada vez la sentía más lejos.

CAPÍTULO 47

TRAVIS

Nuestro amor había sido una mentira



No quería escuchar ninguna explicación, más bien era yo la que quería gritarle todo lo que mi corazón estaba sintiendo por su culpa. Aun así, le di cinco minutos para que me diera la explicación que él tenía. No obstante, no estaba segura de creerle cuando las pruebas de su engaño estaban en mi móvil.

—¿Podemos sentarnos? —musitó echo un manojo de nervios.

—Estás perdiendo tiempo —respondí toscamente.

—Por favor, pequeña… Está bien —dijo abatido—. Me encontré a Lucy en el pub al que nos llevó la chica que nos recibió en el campus. Yo no quería hablar con ella, no me interesaba, pero estaba mal. —Hizo una pausa, le estaba costando contármelo—. Me contó que había dejado a Logan por lo que nos hizo y, ciertamente, no me creí ni una palabra. Ya sabemos lo mentirosa que…

—Al grano, Travis —le interrumpí, y sentí su dolor al escucharme decir su nombre de un modo tan despectivo.

—Fue ella la que me besó y la aparté enseguida, te lo juro. —Sonreí irónicamente—. Es más, creo que ella misma lo planeó para después enviarte esa foto. ¿No te das cuenta, Trish? Todo ha sido una trampa de ella y… —Se quedó pensando y yo no podía creer lo que me estaba diciendo—. Estoy seguro de que Logan está en medio de todo esto.

Me quedé callada unos segundos, unos malditos segundos que parecieron horas y no estaba segura de creerme esa historia. ¿Por qué nos tenderían una trampa? ¿Con qué fin? «Jodisteis a Logan, ¿te parece poco?», mi conciencia parecía tenerlo más claro que yo. No podía mirarle, estaba demasiado nerviosa. Entrelacé mis dedos con fuerza, retorciéndolos sin parar. Mi corazón me decía que tenía sentido, que lo que me estaba contando podía ser verdad, pese a eso, la foto se me clavó en la mente y no logré sacarla de ahí.

De pronto, sentí sus brazos rodeando mi cuerpo, apretándome contra su pecho y me tensé, aunque al aspirar su olor, ese maldito olor que me volvía loca, me relajé y me dejé llevar por mis sentimientos, unos que eran tan fuertes como el cabreo que tenía.

No podía dejar de llorar, mis lágrimas tenían vida propia y quería parar, juro que quería. ¿Por qué dolía tanto? Era una jodida locura, habíamos pasado de comernos a besos en la playa a estar a punto de romper.

—¿Tú crees que después de todo lo que hemos pasado te mentiría de esta manera tan ruin? Yo no soy así, Trish. —Cogió mi barbilla con su mano, obligándole a mirarle—. Me conoces… sabes lo mucho que te amo, lo que me costó declararte mis sentimientos, y ahora que te tengo conmigo, no voy a echar por tierra algo que es tan fuerte.

Mis ojos se clavaron en su rostro, aún no había podido decirle nada. Secó las lágrimas que quedaban vagando por mis mejillas,

acariciándome en el camino, y suspiré cerrando los ojos un instante, disfrutando de su contacto. Al abrirlos, solté un suspiro desde lo más profundo de mi corazón al notar que acercaba su rostro para besarme. ¿Quería que lo hiciera? ¿Qué más daba? La cuestión era que deseaba que lo hiciera, que todo fuera una vil mentira y que sí, que fuese una maldita trampa de la estúpida de Lucy. Sin embargo, volví a separarme de él para alejarme lo más posible, creando un muro entre ambos.

—No sé… no sé nada, Travis. Estoy confusa. —Saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón—. Míralo por ti mismo. ¡Mierda, Travis! No sé si podré borrar de mi mente esta maldita imagen.

—¿Te crees que no lo sé? Yo mismo me siento confuso y estúpido. Joder, Trish… Me besó ella y yo... Mierda.

Se arrodilló en el césped y comenzó a llorar, lo que me hizo mucho más daño. ¿Estaba siendo demasiado dura con él? Verle así me partió el corazón en dos, me dolía mucho más que ver una maldita foto de él con otra chica. Recordé que Logan también me besó a mí y él no se enfadó conmigo, al contrario, fue a partirle la cara. ¿Por qué yo no actuaba igual que él? Tenía que creerle, la confianza entre nosotros siempre había estado intacta.

Caminé hasta él, arrodillándome delante de su cuerpo. Cogí sus mejillas con ambas manos e hice que me mirase.

—Lo siento —me disculpé—. De verdad que no quiero hacerte daño, pero…

No me dejó hablar, sus labios se pegaron a los míos sin piedad, con la rabia y el amor contenido. Habían pasado dos días, con sus dos noches, pensando en ese momento… Justo en el instante en el que su boca volvía a devorar la mía, y ahora que estaba ocurriendo, por mi cabeza solo podía pasar el hecho de que sus labios habían sido besados por otra.

—Perdóname, no puedo —dije cuando separé nuestros labios y me levanté—. Necesito tiempo, Travis. —Se levantó y cogió mi mano —. Te amo, te amo más de lo que mi corazón puede soportar, pero ahora mismo no puedo. —Agaché la cabeza sin poder mirarle siquiera.

—Te entiendo y lo acepto. —Volvió a abrazarme y volví a dejarme.

¿Cómo me iba a negar a estar entre sus brazos si era lo que más deseaba? Sin embargo, estaba sintiendo que nuestro amor había sido una mentira y debía echar esos pensamientos de mi cabeza, de mi corazón.

—Te daré el tiempo que necesites, mi amor. —Me dio un casto beso en los labios—. Te amo.

Se dio la vuelta y se metió en su casa por la cocina. En cambio, yo me senté en el césped y lloré de nuevo, y ya no sabía si lo hacía por lo que había pasado con Lucy o porque estaba siendo muy dura con la persona que amaba. En cualquiera de los casos, ambos estábamos sufriendo.

Me levanté y me encerré en mi habitación, era tarde y necesitaba descansar; estaba agotada física y mentalmente.

Después de esa noche, pasaron tres noches más y no volvimos a vernos. No insistió, no me llamó, me dio el tiempo que yo necesitaba, aunque seguía confundida. No había sido capaz de salir de mi cuarto, no comía y mucho menos podía dormir bien. Mi madre estaba muy preocupada y Tay, aunque habíamos hablado por mensaje, no había vuelto a visitarme y lo entendí. Al fin y al cabo, yo solo era su amiga y él su hermano. Ella estaba donde debía estar.

—Bueno, creo que ya es hora de que salgas de aquí, señorita. —Mi madre entró en mi habitación como un vendaval—. Ya estoy harta de tenerte aquí encerrada, perdiéndote el verano.

—No tengo ganas de salir —respondí en un hilo de voz, hasta me costaba hablar.

—No eres la única. —Fruncí el ceño incorporándome—. Travis está igual que tú, sin salir de su habitación y sin querer comer. ¿Se puede saber qué coño ha pasado?

—Mamá, esa boca —le regañé, ella nunca decía palabrotas.

Se sentó a mi lado y me obligó a poner mi cabeza en su pecho para abrazarme.

—Cuéntame, Trish. ¿Por qué estáis así? Si os habéis peleado con nosotros por estar juntos… si habéis pasado tanto tiempo queriéndoos en secreto. Un amor como el vuestro no se acaba de un día para el otro.

Sus palabras me calaron el alma y sonreí. Ella tenía razón, un amor como el nuestro no se podía acabar así, con una mentira. Pero ¿estaba segura de que era una mentira? La frustración que sentía me tenía cansada.

—Me enviaron una foto donde se ve a Travis besándose con Lucy —solté al fin, diciéndolo en voz alta para oírlo con mi propia voz.

—¿Qué Lucy? ¿Lucy Miller? —Asentí—. Eso es ridículo, hija. Tiene que haber un error, Travis jamás se fijaría en ella. Créeme, paso muchas horas con ellos en el instituto y puedo asegurarte que él nunca ha mirado a Lucy. —La miré mientras me daba su argumento, uno bastante esperanzador.

—Él dice que fue ella quien lo besó, piensa que es una trampa orquestada por Logan.

—Tiene sentido —respondió, levantándose—. Piénsalo, por vuestra culpa lo expulsaron del instituto sin poder graduarse y también del baloncesto. Realmente me sorprende que haya tardado tanto en devolvérosla.

Lo que decía mi madre tenía sentido, cobraba mucho más sentido que nunca y era prácticamente lo mismo que me había dicho Travis. Tenía que averiguarlo, saber si Logan estaba metido en todo eso, pero no podía hacerlo sola.

Comencé a vestirme sin decirle ni media palabra a mi madre, tenía que salir a toda prisa para buscar a Tay. Necesitaba que me acompañase a ver a Logan.

—¿Vas a salir? —Asentí calzándome.

—Tengo algo que averiguar.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras de dos en dos, con mi madre pisándome los talones. Me siguió hasta la calle y cogió mi brazo para frenarme. La observé y parecía preocupada. No quería que pensara que iba a cometer una locura, pero si mi relación con Travis estaba en juego, debía jugar todas mis cartas.

—No hagas tonterías, Trish, te lo pido por favor. —La abracé.

—Tranquila, Taylor es mi escudo. —Me sonrió y le di un beso en la mejilla.

Fui en busca de Taylor y fue su padre quien me abrió cuando toqué el timbre. Le pedí que llamase a su hija y me quedé esperándola afuera, aunque él me pidió que entrase. No podía, no si había posibilidad de verle y aún no estaba preparada para ponerme frente a él, no sin saber la verdad de la boca de la persona que lo había planeado todo para jodernos la existencia.

Me senté en el último escalón del porche hasta que noté la mano de mi mejor amiga ponerse en mi hombro. Al verla, lo primero que hice fue darle un abrazo; la había necesitado tanto esos días que no me creía que los hubiéramos pasado sin vernos.

—Vale, yo también te he extrañado. —Me hizo reír; por primera vez en tres días volvía a reír.

—Necesito hacer algo y solo tú puedes ayudarme. —Arrugó la frente—. Vamos a saber la puta verdad de una vez por todas. —Sonrió al escucharme hablar así, a mí, la misma que la regañaba cuando soltaba tacos sin ton ni son.

—Has tardado, hermana. ¿Vamos a patearle las pelotas al capitán? —Le guiñé un ojo, devolviéndole la sonrisa.

Fuimos en busca de Logan hasta su casa, pero no estaba. Su madre nos dijo dónde encontrarle, en el polideportivo jugando un partido de baloncesto con unos amigos. No tardamos mucho en llegar, estábamos tan activas que fue como si hubiéramos ido corriendo. Ya estábamos listas para correr en una maratón. Entramos en el polideportivo y nos sentamos en las últimas gradas para esperar a que acabase el partido. Aunque, si por mí fuera, los habría interrumpido y que se jodieran. Tay, por primera vez en la vida, fue más precavida que yo y pensó que sería mejor cogerlo cuando estuviese cansado de jugar.

Esperamos unos quince minutos y justo cuando estaban despidiéndose, salimos para esperarle afuera. Nos pusimos al lado de su moto y cuando salió y nos vio, elevó una ceja a la vez que soltaba una risita irónica que me sacó de quicio.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó acercándose a su moto.

—Verás, Logan… iré al grano, no tengo tiempo para perderlo contigo y no creo que tú quieras tampoco perderlo con nosotras, ¿me equivoco?

Estaba tan cabreada que las palabras salían como cuchillos afilados, unos que iban directos hacia él.

—Veo que has sacado las uñas, eso de tener novio te ha espabilado —ironizó apoyándose en la moto.

—¿Qué cojones tienes que ver con esta foto? —le enseñé el móvil y soltó una carcajada.

—¿Has venido por eso? ¿No crees que deberías pedirle explicaciones a tu novio? No pierdas el tiempo conmigo, muñeca. Yo no tengo nada que ver con eso —habló con tanta seguridad que me dio coraje que me confundiera mucho más.

—No te creemos ni una palabra —intervino Tay, y lo agradecí—. Tú le pediste a Lucy que besara a mi hermano y que les hicieran una foto para joderles la relación. —Se quedó durante unos segundos callado.

—¿Por qué debería de haberlo hecho? No tengo motivos…

—¿Perdón? ¿Tengo que recordarte que por nuestra culpa te expulsaron del instituto y del equipo de baloncesto? Cualquier persona que haya pasado por lo mismo que tú se habría vengado —lo interrumpió, dejándolo completamente descolocado.

Cuando reaccionó, se acercó a nosotras con la clara intención de intimidarnos, de asustarnos y, ciertamente, me asusté. Ya había visto de lo que era capaz y no estaba segura de que no fuera a hacernos lo mismo a nosotras. Estando a solo unos milímetros, a punto de decirnos Dios sabe qué, se vio interrumpido por alguien que no me imaginé que vendría.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? —La voz de Travis sonó en mi espalda.

Me di la vuelta y le miré. Llevábamos tres días sin vernos y hacerlo en este momento, cuando estábamos intentando saber la verdad, hizo que mis piernas flaquearan. Estaba serio, demasiado, y no me miró, solo podía mirar a Logan. Caminó en nuestra dirección y apartó a su examigo de un empujón, lo que me asustó. Lo que menos quería era que Travis tuviera problemas con ese tipo.

CAPÍTULO 48

TRAVIS

La verdad siempre salía a la luz



¿Qué iba a hacer para que Trish volviera a confiar en mí? Llevábamos tres días sin vernos, sin saber nada el uno del otro. Los mismos días que estuve encerrado en mi habitación porque no tenía ganas de hacer nada, de salir ni mucho menos comer. Estaba tan triste, me dolía tanto el corazón, que no estaba seguro de llegar a sanar algún día.

Quedaban menos de dos semanas para irme a la universidad y, ciertamente, una parte de mí deseaba irse mañana mismo y olvidarme de todo lo que había pasado… la otra, la que amaba a esa rubia que me volvía loco, no quería irse para estar a su lado toda la vida. Lo único que me importaba era obtener su perdón y saber que, cuando me fuera, ella seguiría estando a mi lado. Sabía que estaba siendo egoísta, que pedirle que me esperase podría ser horrible, pero ¿cómo me iría sabiendo que estaríamos tanto tiempo sin estar juntos?

Estaba agotado física y mentalmente, no dejaba de darle vueltas a la cabeza buscando una respuesta que lo solucionase todo sin éxito. Lucy lo planeó todo muy bien y no se me quitaba de la mente que Logan estaba metido hasta el fondo.

Escuché el timbre de la puerta, me asomé para ver quién era, pero hasta que no salió del porche, no la vi. Trish había venido en busca de mi hermana y ni siquiera pasó a verme. Estaba claro que la había perdido para siempre. Me senté en la cama, pasando las manos por mi rostro.

—Hijo, ¿puedo pasar? —La voz de mi padre se escuchó al otro lado de la puerta.

—Pasa —se lo permití.

Desde que me había encerrado, no había querido ver a nadie, y mucho menos a mi familia.

—¿Estás mejor? —se interesó, y negué. No creía que fuese a mejorar—. Trish vino en busca de tu hermana —anunció, y volví a asentir.

—Las he visto… ¿no ha preguntado por mí? —quise saber, y su respuesta fue la que yo esperaba: No.

—¿Quieres comer algo? Creo que deberías alimentarte. —Me sonrió tocando mi estómago.

—No tengo apetito.

—No puedes seguir así, sigues tomando una medicación para la espalda, y vale, estás muchísimo mejor, pero no puedes estar sin comer —me recordó y, la verdad, tenía razón.

No dejé que se preocupase más y bajé a comer algo antes de que quisiera metérmelo a la fuerza, le creía capaz de hacerlo. Había sobrado arroz y un poco de carne, así que lo calenté en el microondas y me senté a comer mientras miraba algo en el móvil. Estuve tentado a enviarle un mensaje a Lucy para decirle que era

una… ¿qué más daba ya? El daño estaba hecho. De pronto, recibí uno de mi hermana y lo leí de inmediato.

> Hermano, hemos venido a hablar con Logan para
> preguntarle sobre la foto.

Me levanté como un resorte y comencé a dar vueltas de un lado al otro. ¿Cómo se le ocurría hacer eso?

> Te lo digo para que vengas.
> Ya sabes cómo es este tío y no quiero tener
> problemas con él.
> Estamos en el polideportivo.

Subí a mi habitación para cambiarme, pues no era plan de salir en pijama, y nada más lo hice, salí a toda prisa de mi casa sin decirle nada a mi padre.

No tardé mucho en llegar, estaba tan preocupado que aceleré el paso. Necesitaba llegar antes de que a mi examigo se le ocurriera ponerse tonto con ellas. Cuando llegué, me lo encontré intimidándolas, como si fueran otros tíos y no dos adolescentes incapaces de hacerle daño a nadie.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? —bramé acercándome a él sin apartar mi mirada de su rostro.

Lo separé de ellas de un empujón con todas mis fuerzas, había llegado la hora de hacerle pagar todas las que me había hecho. Partirle la nariz no fue suficiente, no cuando estaba en juego mi relación con Trish. Eso no se lo iba a perdonar jamás. Me miró con una ceja alzada y una sonrisita que me sacó de quicio.

—¿Quién cojones te crees para venir a empujarme, Hamilton? ¿Es que acaso quieres que te parta la cara? —dijo cabreado, y ahora fui yo quien se puso delante de su rostro, haciéndole lo mismo que él a las chicas.

—Di la verdad —le pedí intentando calmarme, y soltó una risita irónica que hizo que estallase contra él.

Le pegué un puñetazo en el pómulo haciéndolo caer de culo. Con la mano en su cara, se levantó y vino hacia mí con la intención de devolverme el golpe, pero no le di tiempo cuando le golpeé de nuevo y seguí haciéndolo mientras le gritaba que dijera la puta verdad de lo que había pasado con Lucy.

—¡Para, Travis! —escuché su voz—. ¡Lo vas a matar!

—Es lo que se merece, por hijo de puta. —Entre mi hermana y ella me agarraron para que lo soltase de una vez.

La pelea hizo que los demás salieran del polideportivo. Derek me vio y se acercó a mí para intentar alejarme de Logan y que no volviera a pegarle.

—Déjame, Derek, si no quieres recibir también. —Lo aparté y volví a ponerme delante—. ¡Habla! —Le grité—. ¿Le pediste a Lucy que me besara y nos sacasen una foto? ¿Sí o no? —No respondió, solo me miraba con odio y yo no aguantaba más la incertidumbre, y mucho menos la rabia que sentía en este momento.

—Dilo, Logan —le pidió Trish, y la miré de reojo.

Logan aprovechó mi descuido y me propinó un puñetazo en la boca, partiéndome el labio. Tay y Trish vinieron a ayudarme a levantarme. No obstante, no sentía dolor físico, me dolía más saber que estaba perdiendo al amor de mi vida por culpa de alguien que había sido mi mejor amigo desde que éramos niños. ¿Cómo podían cambiar tanto las personas?

Volví a pedirle que respondiera mientras le cogía del cuello de la camiseta y lo estampaba contra su moto. Estaba harto de perder el tiempo con alguien como él.

—¡Está bien! ¡Para ya, animal! —me pidió, alzando las manos—. ¡Sí, fui yo quien se lo pidió! ¿Contento? ¿Qué esperabais? Me

jodisteis la vida y os lo debía —declaró cabreado, aunque también asustado.

Antes de responderle, miré a Trish y ella comenzó a llorar. La verdad siempre salía a la luz y me cabreaba tener que haber hecho eso para conseguirlo.

—No vuelvas a acercarte a nosotros, Logan, o tendré que volver a darte tu merecido, ¿queda claro? —Asintió y me giré para largarme de allí de una jodida vez.

Tay y Trish venían detrás de mí, aún no habían dicho nada y lo agradecí, estaba demasiado cabreado como para hablar con ellas en este momento. Antes de llegar a nuestra casa, mi hermana cogió mi brazo y movió la cabeza hacia Trish, pidiéndome, sin palabras, que hablase con ella. Taylor se adelantó para dejarnos solos.

No me moví del sitio, mis pies no querían moverse y, ciertamente, yo tampoco tenía fuerzas para hacerlo. Fue ella la que se acercó, poniéndose frente a mí. Sus ojos llorosos me traspasaron el alma y deseé borrar cada rastro de lágrimas con mis besos, y lo habría hecho de no ser porque ahora era yo quien estaba demasiado enfadado como para hacerlo.

—Lo siento —se disculpó—. Tenías razón en todo.

—¿Has tenido que escucharlo de Logan para creerlo? —Se quedó callada—. Yo pensaba que confiabas en mí, que tú y yo estábamos por encima de todo y de todos, pero veo que no es así, y ahora soy yo quien necesita tiempo.

No quería sonar duro y mucho menos volver a hacerla llorar, pero me enervaba saber que mis palabras no le fueron suficientes. Tuvo que escuchar la verdad de boca de otra persona antes que creer en mí. Yo no quería perderla; aun así, nuestra relación estaba herida de muerte.

—Lo entiendo —musitó, secándose las lágrimas—. Te daré el tiempo que necesites.

Fue lo último que dijo antes de emprender camino hasta su casa. Quise ir tras ella, encerrarla entre mis brazos y gritarle lo mucho que la amaba. Sin embargo, no podía.

Llegué a mi casa y volví a encerrarme en mi habitación y me acosté en la cama a dejar el tiempo pasar. Era así como debía hacerlo, ¿no? Dejar que los días pasasen y tomar la decisión acertada. ¿Cuál era? ¿Qué debía hacer? ¿Tenía que luchar por nuestro amor? ¿O dejarlo así e irme sin más? Estaba confundido y aterrado. No sabía vivir sin Trish, sin su amor y su mirada. Sin sus caricias y besos. ¿Cómo haría para superar todo eso?

No sabía la hora que era, me desperté de noche. Estaba tan cansado que el sueño me venció, ni siquiera me había curado el labio y lo tenía bastante hinchado. Bajé a la cocina para buscar el botiquín y me encontré a mi hermana bebiendo un vaso de agua.

—Joder, qué susto. ¿Qué haces a oscuras? —le pregunté.

—Ni siquiera me había dado cuenta, estoy medio dormida. —Me miró—. Tienes el labio fatal, hermanito. Ven, que te lo curo. —Cogió mi mano e hizo que me sentara.

—¿Tienes también una cura para el corazón? —le pregunté, y me miró de reojo mientras cogía lo necesario.

—No, pero si tengo consejos… de esos me sobran y te digo que tanto tú como Trish sois unos tontos. —Alcé una ceja, incrédulo—. Joder, habéis dejado que Logan se salga con la suya. Es para mataros —terminó diciendo, poniendo el algodón con alcohol sobre mi labio.

Me quejé por el dolor y a ella le importó muy poco porque siguió echando más alcohol en el dichoso algodoncito.

—¿Crees que…? —me quedé callado—. Da igual, no he dicho nada.

—Exacto, no has dicho nada. ¿Qué ibas a decir? Y espero que hables, no soporto cuando mi hermano se queda mudo, esa etapa ya pasó —ironizó, haciéndome reír.

—La semana que viene me voy, Tay. —Alzó los hombros—. ¿No lo entiendes? No sé si es mejor dejar las cosas así y…

—¿Y qué? ¿Crees que irte, sabiendo que no estáis juntos, es la solución a todos los problemas? ¿Eso es lo que me vais a enseñar del amor?

—No entiendo la pregunta —dije arrugando la frente.

Mi hermana guardó todo en el botiquín y se sentó frente a mí para decirme algo que jamás creía que escucharía de ella. Era bastante buena dando consejos y escuchando, sobre todo, escuchando.

—Siempre he envidiado lo que tú y Trish tenéis. Ese amor tan fuerte e irrompible. —Suspiró—. Es lo que quiero para mí algún día…, bueno, lo que quería, porque ahora no sé qué pensar de dos personas que se rinden con el primer obstáculo que se les pone por delante.

Me quedé mirándola embobado, dándome cuenta de cómo había crecido mi hermana pequeña y de lo mucho que la iba a extrañar cuando me fuera. Sin responderle, la abracé con fuerza, con todas las fuerzas que me quedaban después de un día tan duro. Ella no se quejó; al contrario, me estrechó y se emocionó por lo que significaba este abrazo. Las despedidas no eran lo suyo y tenía la certeza de que, cuando llegase el momento de irme, lo iba a pasar muy mal.

—Estoy muy orgulloso de ti, hermanita. —Toqué su nariz con mi dedo como cuando éramos pequeños y sonrió.

—Anda, ve a verla y arréglalo antes de que te arrepientas —me pidió levantándose—. No quiero que regreses hasta que no hayáis

hecho las paces, ¿de acuerdo? —Asentí y volví a abrazarla.

Salí por la cocina y caminé por el jardín hasta su ventana para escalar las ramas que daban a su habitación. Cuando llegué arriba, entré despacio, no quería asustarla. Caminé hasta su cama y me senté a orillas de esta. Trish dormía y me dolió darme cuenta de que había seguido llorando, incluso apostaría que se quedó dormida entre lágrimas. Acerqué mi mano hasta su mejilla y la acaricié con delicadeza, con cuidado de no despertarla abruptamente. Sus ojos se abrieron despacio y se clavaron en los míos, haciendo que volviera a perder el rumbo de mis pensamientos.

CAPÍTULO 49
TRISH
No quería perderle



Me había pedido tiempo y no le culpaba. Tenía razones para estar cabreado conmigo, no había creído en su palabra y tuve que escuchar a Logan para hacerlo. Ni yo misma me lo perdonaba. Ahora estábamos en un punto que no sabía cómo iba a acabar, y no quería perderle.

Llegué a mi casa como alma en pena. Busqué a mi madre para contarle lo que había pasado, pero no estaba por ninguna parte. Supuse que habría ido a algún lado con Travis, o sola, qué sabía. Fui a la cocina a tomar un vaso de agua helada y cogí una manzana para comer algo, estaba realmente hambrienta. Antes de subir, el timbre de la puerta sonó y recé porque fuera Travis que venía a arreglar lo nuestro, a decirme que seguiríamos juntos. Pero no: era Tay, preocupada por cómo estaría. Nada más entrar, la abracé llorando; necesitaba que alguien me consolara, me escuchara, y nadie mejor que ella para hacerlo.

—Eh, tranquila. ¿Qué ha pasado? —preguntó, llevándome al salón para sentarnos.

—Le he perdido, Tay. Tu hermano no quiere saber nada de mí y lo entiendo, yo tengo la culpa por no creer en su palabra. —Me sequé las lágrimas con pura frustración.

—No seas tan dura contigo misma, Trish. —Cogió mi mano—. Estoy segura de que se le pasará y volveréis a estar juntos. Ya lo verás. —Negué, esto se había acabado.

—Tú no has visto cómo me ha mirado, ni escuchado cómo me habló, Tay. —Agaché la cabeza—. Y la semana que viene se irá y no sé cuándo volveré a verle. —Me levanté llena de rabia e impotencia —. Esto se ha acabado y tengo que aceptarlo.

Tay no me dijo nada más sobre el tema, estaba claro que yo tenía razón y no podía seguir mintiéndome ni dándome falsas esperanzas. Se quedó conmigo un rato más, hasta que se fue a su casa para cenar. Yo volví a mi habitación y me acosté para intentar dormir, aunque dudaba mucho que lo consiguiera, las lágrimas no me dejaban y me dolía la cabeza de tanto llorar.

* * *

Sentí una caricia en mi mejilla y abrí los ojos lentamente creyendo que era mi madre. Cuando lo vi, pensé que era un espejismo y me incorporé para tocarle y saber si era verdad que estaba frente a mí, en mi habitación.

—¿Eres tú? ¿Estás aquí? ¿No es un sueño? —Solté cada pregunta llena de nervios, reprimiendo las lágrimas que estaban a punto de volver a salir sin control.

—Sí, soy yo, pequeña. —¿Pequeña? ¿Me había llamado pequeña? Le abracé—. No llores más, por favor. No soporto seguir viéndote

así.

—Lo siento, es que no puedo… debí haberte creído y no…

—Shh, no digas nada más. No merece la pena recordarlo y estoy aquí para decirte lo mucho que te amo. —Cogió mis mejillas con ambas manos y rozó sus labios con los míos.

Volver a sentir su boca pegada a la mía, sus brazos alrededor de mi cuerpo… Fue como si el tiempo no hubiese pasado y solo hubiéramos estado en una pesadilla de la que, por fin, despertamos.

Hice que se recostara conmigo para que siguiera abrazándome. Quería pasar todo el tiempo posible a su lado y no seguir perdiéndolo con estupideces que solo nos hacían daño. Le amaba demasiado como para consentir que volvieran a separarnos.

—Perdóname por haberte hecho llorar, Trish —se disculpó y yo negué a la vez que le besaba.

Nuestras bocas encajaban a la perfección. Nuestros cuerpos eran como dos piezas de un puzle que quedaban unidas simétricamente. Travis profundizó el beso, metiendo su lengua en mi boca, buscando la mía. Me senté a horcajadas sobre su cuerpo sin dejar de besarle y sentí sus caricias en mi espalda, algo que había necesitado desde que dejamos la isla. Le quité la camiseta y él hizo lo mismo conmigo, dejando mis pechos delante de su rostro. Llevó sus labios hasta mis pezones, pasando ligeramente su lengua; primero uno y luego el otro. Un jadeo involuntario se me escapó y solo necesité sentirle dentro de mí. Terminamos desnudándonos por completo y, sin pensarlo dos veces, me senté sobre su erección, llenándome por completo. Soltó un gruñido de puro éxtasis a la vez que yo me movía arriba y abajo, sin alejar mis labios de los suyos.

Sus manos me acariciaban por todas partes, erizándome la piel por completo, provocándome frío y calor a partes iguales. Era de locos sentir algo así, algo tan fuerte que dolía.

—Te he echado de menos, mi amor —musitó entre mis labios, entre gemidos de placer.

Yo aceleré el ritmo, buscando el orgasmo que comenzaba a reproducirse en nosotros. Travis lamió mi cuello despacito, como si estuviera grabando mi sabor para siempre, para no olvidarse jamás. Llegó a mis pechos de nuevo y los devoró. Mi cuerpo se arqueó buscando más, pidiéndole mucho más. Con un movimiento maestro, me puso debajo de su cuerpo para tomar el control y se movió tan despacio, entre besos y caricias, que sentí que perdía el rumbo de mí misma, de mi vida. El tiempo junto a él se congelaba y quería que fuera así siempre, toda la vida. Era la única manera de seguir juntos sin la amarga despedida que nos acechaba.

Llegué al orgasmo rápidamente, arañando la piel de su espalda y gritando su nombre. Travis me besó para acallar mis gemidos, para que nadie nos oyera. Y, antes de terminar, salió de mi interior para acabar afuera, ya que no habíamos cogido ningún preservativo. Había sido todo tan espontáneo y nos necesitábamos tanto, que no pensamos en nada más que amarnos.

—Te amo —musité. Aún me costaba hablar.

—Yo también te amo, pequeña. —Me apretó contra su pecho.

Nos quedamos en silencio, solo escuchando nuestra respiración y, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos plácidamente. Estábamos tan cansados de esos días, que el sueño nos venció.

Por la mañana, la luz del sol comenzó a colarse por las cortinas y mis ojos se abrieron lentamente. Miré a mi derecha y Travis seguía a mi lado, desnudo. Escuché unos pasos en el pasillo, acercándose a mi puerta, y me levanté corriendo para cerrar el pestillo antes de que a mi madre se le ocurriera entrar. Si nos pillaba, nos mataba.

—Travis, Travis —lo llamé moviéndolo con la mano—. Nos hemos dormido.

Se levantó como un resorte, haciéndome reír cuando comenzó a ponerse la ropa y se cayó de culo. Mi madre golpeó mi puerta tres veces a la vez que me preguntaba si estaba bien.

—¡Un momento, mamá! —grité para que me escuchara—. ¡Ya te abro!

Me acerqué a mi novio y lo ayudé a subirse a la ventana para que pudiera escaparse antes de que alguien lo echase en falta en su casa. Me dio un beso en los labios, uno de esos besos que te hacen temblar, tenía que irse de una vez o lo encerraría en mi habitación toda la vida.

Entre risas, bajó las ramas y cuando estuvo abajo, me mandó un beso con su mano y le guiñé un ojo. Me puse una camiseta larga y abrí la puerta a mi madre. Me miró de arriba abajo, aunque se quedó más tiempo observando mi cabello.

—Buenos días, hija. ¿Te has peleado con la cama? —Sonreí recordando la noche.

—Algo así —respondí, caminando por mi habitación para recogerla.

Entonces, me fijé en que el móvil de Travis estaba en el suelo y le di una patada para meterlo debajo de mi cama. Giré sobre mis talones y mi madre seguía observándome, como si estuviera analizándome.

—¿Estás bien? —Se interesó.

—Claro, mamá. —Le di un beso en la mejilla—. Me voy a duchar, ahora bajo a desayunar, ¿vale?

—¿Todo bien con Travis? —Asentí sin ser capaz de borrar mi sonrisa—. Ah, entonces por eso parece que tienes asma. —Solté una carcajada sin entender a qué se refería—. No paras de suspirar.

—Oh, no lo había escuchado nunca.

—Me alegro de que todo se haya arreglado, cariño. —Besó mi frente—. Te esperamos abajo.

¿Esperamos? ¿A quiénes se refería? Arrugué la frente en modo de pregunta y me comentó que Tay y su padre habían venido a desayunar con nosotras. De Travis, raramente, no se sabía nada y enmudecí, poniéndome nerviosa. Si supiera que se fue por la ventana antes de entrar en mi habitación, me encerraría de por vida.

—Bueno, no tardes.

Salió y cuando terminé de recoger mi habitación, cogí el móvil de mi novio y lo dejé sobre la mesilla de noche. Fui a ducharme y me vestí rápidamente para bajar a desayunar con mi nueva familia. Al salir del baño, me encontré con Tay y su sonrisa burlona. Tenía el teléfono de su hermano en la mano y solté una carcajada, abrazándola. Le conté que habíamos hecho las paces y se puso feliz por nosotros.

Bajamos a desayunar y Travis ya había llegado, diciendo que había salido muy temprano a correr. Su padre no le creyó demasiado, y Tay y yo, que sabíamos dónde había estado, no mencionamos nada. Me senté a su lado tras darle un beso en los labios y le di el móvil por debajo de la mesa. Lo que menos quería era que se dieran cuenta de todo.

—Gracias, me he vuelto loco buscándolo —dijo en mi oído bajo la atenta mirada de nuestros padres.

—Veo que habéis hecho las paces por fin —mencionó su padre, y asentimos—. Me alegro mucho, de verdad.

—¿En serio? ¿No volverás a decirme que esto es una locura y que no debemos estar juntos? —Le rebatió él a su padre, y yo me tensé.

No sabía que el señor Hamilton le dijera eso a su hijo. Bueno, mi madre prácticamente me dijo lo mismo en la isla, así que supuse que se pusieron de acuerdo para pedirnos lo mismo a los dos.

—No, ya sois mayorcitos y sabéis lo que tenéis que hacer —respondió, tomando un sorbo de su café—. Yo solo me preocupaba por vosotros, pero si tenéis claro que podéis seguir juntos a pesar de que te vas la semana que viene, os apoyaré.

Me tensé al recordarlo. Nos quedaba muy poco tiempo de estar juntos y después se iría. ¿Cómo íbamos a hacer para que funcione? Las relaciones a distancia eran muy complicadas y tenía miedo de que eso fuera un motivo lo suficientemente grande como para seguir con nuestras vidas, cada uno por su lado.

Travis apretó mi mano por debajo de la mesa y le miré de reojo a la vez que negaba. Habíamos estado evitando hablar de su marcha para no sufrir, pero ahora que estaba a punto de irse era cuando más teníamos que comentarlo.

Terminamos de desayunar entre risas, aunque yo, por dentro, no dejara de pensar en Nueva York. ¿Por qué tan lejos? ¿Y si me iba con él? No, no podía. Tenía que acabar el instituto, solo me quedaba un año y no podía tirarlo por la borda. Mucho menos, dejar de estudiar lo que tanto soñaba. Todo comenzaba a estropearse de nuevo y, esta vez, la solución era muy clara.

Nos fuimos al jardín después de desayunar y nos sentamos en el césped tranquilamente. Travis estaba detrás de mí, abrazándome, mientras yo reposaba mi cabeza sobre su pecho.

—¿En qué piensas? —me preguntó al oído.

—En Nueva York —musité con la voz entrecortada—. Lo siento, no quería decirlo en voz alta, pero…

—¿Qué? Dijimos que no hablaríamos de ese tema —me interrumpió.

—Eso era cuando quedaba más de una semana para irte, Travis. —Me giré para sentarme frente a él—. Tengo miedo y no sé si es correcto seguir…

—No termines esa frase, por favor. —Acarició mi mejilla a la vez que pegaba su frente a la mía—. Haremos que funcione, sé que va a funcionar —dijo en un susurro.

Asentí y me besó, sellando así el compromiso de amarnos para siempre. Daba igual que estuviéramos a mil cuatrocientos kilómetros, haríamos todo lo posible para cumplir nuestra promesa.

CAPÍTULO 50
TRAVIS
Última semana a su lado



Teníamos solo una semana por delante, una que aprovecharíamos al máximo. La necesidad de secuestrarla y llevarla conmigo era demasiado grande y, si no hubiera sido porque aún le quedaba un año de instituto, lo habría hecho… llevármela lejos para siempre, para estar juntos toda la vida.

Estaba en mi habitación, pensando qué hacer estos días a su lado. Podríamos ir a la playa, eso era algo que a ella le encantaba. Me recosté boca arriba, divagando, y no llegué a ninguna conclusión.

—Hola, hermanito. ¿Estás bien? —Tay entró en mi habitación y se acostó a mi lado.

—Sí. —Suspiré.

—¿Seguro? —Me incorporé y negué.

La sinceridad entre nosotros era algo admirable y no iba a mentirle a estas alturas. Claro que no estaba bien, ¿cómo iba a estarlo si ni siquiera sabía que hacer la última semana con ella? ¿Cómo estarlo si no quería irme?

—Esta semana…

—Lo sé, no tienes que decírmelo —me interrumpió.

—Es que no sé qué hacer para que sea inolvidable. He pensado mil planes, pero ninguno me convence. ¿Tienes alguna idea? —Se quedó pensando unos segundos y se levantó como un resorte, sonriendo feliz.

—¿Y si nos vamos a la casa de los abuelos? —Fruncí el ceño—. ¿Qué? Tuviste que irte antes y creo que es el mejor lugar para pasar esta última semana con nosotras.

La idea no era mala, me gustaba, pero no estaba seguro de que nuestros padres nos dejaran irnos solos de nuevo. No obstante, intentaría convencerles, y para eso tenía a la mejor aliada. Mi hermana sabría cómo ablandar a nuestro padre y él mismo se lo diría a Abigail.

Cogí la mano de mi hermana y tiré de ella para ir a hablar con nuestro padre de una vez. No podíamos perder más tiempo, ya que cada segundo contaba.

Mi padre estaba en el salón viendo la tele, cosa rara, pues no era de ver mucho «la caja diabólica que nos atontaba»; era lo que nos decía cuando éramos pequeños y nos pasábamos horas viendo series animadas.

Nos sentamos a su lado y nos miró de hito en hito, algo preocupado, aunque teniendo claro que estábamos a punto de pedirle algo.

—Vamos, soltadlo ya —mencionó, haciéndonos reír.

—¿Tanto se nota que te vamos a pedir algo, papi? —preguntó mi hermana utilizando su arma mortal, la vocecilla de princesita que tanto le gustaba al señor todopoderoso Hamilton.

—Cuando me dices papi así, es porque queréis algo que puede que no me guste. —Eso sí que nos hizo reír, nos conocía demasiado

bien.

Fue mi hermana la que empezó a narrarle una historia que nada tenía que ver con Trish y yo, pero parecía que estaba convenciéndole, hasta que preguntó que si podíamos irnos a la isla Tybee esa semana. Primero se levantó negando, nos miró y volvió a negar. Al parecer, no estábamos convenciéndole y me estaba empezando a poner nervioso.

—Por favor, papá —le supliqué—. Quiero que esta semana sea inolvidable para nosotros tres. Después, me iré y no sé cuándo volveré.

Se quedó pensando y, aunque volvió a negar, al mirarnos no pudo más que decirnos que sí pese a que no sabía si Abigail estaría de acuerdo. Ahora nos tocaba convencerla a ella. No quería que Trish se enterase aún, así que le pedí a mi padre que la llamara para poder hablar con ella en nuestra casa.

Mi padre fue a buscarla a su casa, porque no cogía el teléfono, y nosotros nos quedamos esperándola en el salón. No tardaron ni cinco minutos y cuando llegó, nos miró con preocupación, como si hubiera pasado algo.

—¿Estáis bien? Vuestro padre me ha dicho que queréis hablar conmigo. ¿Qué ha pasado? —le pedimos que se sentara y fue de nuevo mi hermana la que comenzó a hablar, algo que agradecí porque a veces me costaba empezar.

Abigail nos miró fijamente cuando Tay le dijo lo de la isla y eso no auguraba nada bueno. Iba a decirnos que no y se me agotaban las ideas. ¿Cómo íbamos a convencerla?

—Travis, entiendo que quieras pasar el máximo de tiempo posible con mi hija, pero ¿no crees que iros a la isla de nuevo será demasiado? —Me encogí de hombros para después sentarme frente a ella.

—Por favor, Abigail, deja que vayamos —volvió a pedírselo Tay—. Yo los controlaré. —Me guiñó un ojo.

—No lo digo por eso, cariño…

—Vamos, cielo —intervino mi padre, cosa que me sorprendió—. Yo les he dado permiso. Además, ya son mayorcitos y tenemos que confiar en ellos.

Abigail volvió a quedarse en silencio, uno que comenzó a ponerme nervioso porque tardaba mucho en decirnos que sí. Al final y tras mirar a mi progenitor, asintió, devolviéndonos la mirada a nosotros. Tay se puso a saltar y se acercó a ella para darle un fuerte abrazo. Yo le di las gracias y también la abracé.

No terminé de escuchar nada de lo que empezaron a decir, yo ya estaba saliendo de mi casa para buscar a mi novia y decirle los planes que teníamos para esta semana. Toqué el timbre y me abrió rápidamente. Lo primero que hice, nada más verla, fue besar sus labios con pasión, con toda la pasión que mi corazón podía sentir por ella. Ella subió los brazos hasta mis hombros y me atrajo hasta sí para apretarme más a su cuerpo. La rodeé con mis brazos sin dejar de besarla, era tan adictiva que no podía parar.

—¿Y esto? —Musitó al separar nuestros labios.

—Nos vamos a la isla. —Abrió los ojos, sorprendida—. Prepara las maletas porque salimos esta misma tarde.

—¿En serio? ¿Por eso fue mi madre a tu casa? —Elevó una ceja coqueta y asentí.

—Nos ha costado convencerla, pero mi padre nos ha ayudado —le expliqué mientras subíamos a su habitación para ayudarla a guardar lo necesario—. Nos vamos los tres y, aunque mi hermana lo hace por nosotros, estoy seguro de que quiere ver a Sean. —Sonreímos.

Preparamos la maleta en tiempo récord y fuimos hasta mi casa para almorzar todos juntos. Abigail se había quedado allí para

ayudar a mi padre a preparar la comida mientras que Tay hacía su maleta. Solo quedaba yo, pero Trish me ayudaría, así que pronto estaríamos saliendo de Atlanta para regresar al paraíso.

Estaba feliz por pasar mi última semana a su lado en un lugar tan mágico e importante para nosotros. Sin embargo, había algo de tristeza en esta emoción y no podía controlarla.

Trish le dio las gracias a su madre cuando llegamos a mi casa y subió conmigo a mi habitación para ayudarme con la maleta. No tardamos demasiado, ya que Tay también nos ayudó. Tenía tantas ganas de ir como nosotros y se notaba. Bajamos con todo para dejarlo en la entrada y así no tener que volver a subir y fuimos a comer.

—Chicos, poned la mesa —nos pidió Abigail.

Pusimos todo en el jardín, era el único sitio donde cabíamos sin complicaciones y hacía buen tiempo; eran todo ventajas.

Almorzamos en familia y me di cuenta de que sería el último almuerzo que disfrutara a su lado. Me puse melancólico e incluso tuve que secarme algunas lágrimas traicioneras. La única que se dio cuenta de que estaba llorando fue mi novia, que apretó mi mano bajo la mesa, mirándome a los ojos. Su sonrisa hizo que se me quitara toda la tristeza, porque ella era mi cura, mi salvación… mi hogar.

Sobre las cuatro de la tarde, nos despedimos de nuestros padres y pusimos rumbo a la isla Tybee. Con la música elegida por mi hermana, ya que ella había sido la de la idea y la que consiguió que mi padre nos dejara ir. No le faltaba razón.

—¿Estás contenta? —le pregunté a Trish, cogiendo su mano cuando paré en un semáforo.

—Mucho… volver a ese lugar contigo es más de lo que había soñado para nuestra despedida. —Se dio cuenta de lo que había

dicho y se puso la otra mano en la boca—. Lo siento —se disculpó.

—No pasa nada, pequeña. —Besé su mano sin dejar de mirarnos fijamente y si no fuera porque mi hermana comenzó a quejarse, aún estaríamos ahí parados.

Llegamos a la casa de mis abuelos y lo primero que hicimos fue soltar las cosas en las habitaciones que ocupamos la última vez que vinimos. Nos pusimos los bañadores y corrimos hacia la playa para bañarnos.

—¡El último que llegue invita a pizzas! —gritó mi hermana.

Pero las dejé ganar para invitarlas yo y me metí en el agua despacio, bajo su atenta mirada.

—Dejarnos ganar no vale, morenazo —dijo Trish, acercándose a mí peligrosamente.

Miró a Tay y ambas empezaron a salpicarme. Cogí a mi hermana primero y la tiré al agua hasta sumergirla por completo. Luego me acerqué a mi novia, la cogí en brazos, pero no me dejó hacer lo mismo. Enroscó las piernas alrededor de mi cintura y besó mis labios, sorprendiéndome. Estaba seguro de que podría hacer conmigo lo que ella quisiera. Con las quejas de Tay, al sacar la cabeza, nos separamos y comenzamos a reírnos sin parar de salpicarnos.

Justo esto era lo que quería, pasar este tiempo junto a ellas, grabar a fuego cada recuerdo, cada segundo a su lado. Esto sería lo que me llevaría a Nueva York, estos instantes que eran tan importantes en nuestras vidas.

—Más tarde podríamos ir al muelle, quiero algodón de azúcar —propuso Trish, y asentimos.

—Eres una golosa —susurré en su oído, erizando la piel de su cuello al instante.

—No sabes cuánto. —Me dio un beso en la comisura de mis labios y salió del agua para tumbarse a tomar el sol.

Mi hermana estaba a punto de salir, pero agarré su brazo para decirle algo.

—¿Qué? —me observó.

—Gracias, hermanita. —la abracé—. Gracias por tu apoyo siempre y por escuchar cada cosa que te digo, a pesar de lo pesado que sé que suelo ser. —Me regaló una bonita sonrisa devolviéndome el abrazo.

—Eres mi hermano y siempre te apoyaré, incluso cuando no esté de acuerdo en la decisión que tomes en el futuro. —Me guiñó un ojo —. Anda, vamos a tomar un poco el sol.

Me acosté en la toalla que estaba justo al lado de mi novia y besé su hombro. Trish mantuvo los ojos cerrados mientras yo seguía dándole besos. Llegué hasta su cuello y tras pasarle ligeramente la lengua, algo que la hizo suspirar, besé sus labios. Agradecí que Tay estuviera también con los ojos cerrados, porque aproveché para dejarme llevar un poquito. Trish negó sin dejar de enseñarme su bonita dentadura, no quería que Taylor nos viera o se diera cuenta de lo que yo pretendía hacerle.

—Travis, por favor —se quejó en un susurro—. Después, ¿vale? —Fruncí los labios y me eché hacia atrás, riéndome.

—¿Podéis parar de comer delante de los pobres? —Nuestras carcajadas resonaron en toda la playa, haciendo que algunas personas que teníamos al lado nos miraran como si estuviéramos locos.

Pero mi hermana era tan rematadamente irónica, que sus comentarios te hacían reír sin mucho esfuerzo.

Regresamos a la casa y nos duchamos por separado, una regla de Tay que solo cumpliríamos este día y solo porque queríamos ir al

muelle y ya era algo tarde. Ellas se vistieron juntas mientras yo las esperaba abajo y llamaba a nuestros padres para decirles que habíamos llegado bien. Me regañaron por no avisar antes y argumenté que teníamos mucho calor y fuimos primero a la playa para refrescarnos. Les convencí de que todo estaba perfecto y colgué en cuanto bajaron.

—¿Eran ellos? —se interesó Trish, y moví la cabeza afirmativamente—. ¿Te han dicho algo?

—No, solo que tengamos cuidado y todo lo que unos padres preocupados suelen decir. ¿Nos vamos? —Cogí su mano y salimos a la calle. Antes de bajar las escaleras del porche, la atraje hasta mi cuerpo, sorprendiéndola—. Por cierto, esta noche estás preciosa. —Le di un beso en los labios.

—Gracias —respondió, sonrojada. No había cosa que me gustase más de ella.

Bueno, sí había muchas cosas que adoraba de Trish Evans, aunque la única importante era que no había ninguna como ella.

CAPÍTULO 51
TRISH
No quería despedirme de él



Cuando supe que volveríamos a la isla para pasar nuestra última semana juntos, me emocioné y entristecí a partes iguales. Aunque pasásemos los días más espectaculares de nuestras vidas, no podía dejar de pensar en que solo nos separaba del final unos días y no podía soportarlo. No quería despedirme de él, no todavía. No estaba preparada para este final.

Paseamos por el muelle con nuestras manos entrelazadas, aunque con la que me quedaba libre, cogía el algodón de azúcar que nos habíamos comprado. Tay no paraba de mirar a todos lados y supuse que estaba rezando por encontrarse con Sean.

—¿No has pensado en llamarle y decirle que estás aquí? —La sorprendí con mi pregunta.

—¿Cómo sabías que estaba buscándole a él? ¿Acaso eres bruja? —Afirmé sin palabras.

—Se me habrá pegado de ti. —Le di un empujón cariñoso—. Anda, llámale de una vez.

Tay se apartó de nosotros para llamar a Sean y aprovechamos para ir hasta el final del muelle y sentarnos en uno de los bancos a ver el atardecer. Eché la cabeza sobre su hombro mientras él pasaba su brazo por encima de los míos, atrayéndome lo máximo posible a su pecho. Hacía una noche mágica, preciosa, y me quedaría sentada en este lugar junto a Travis toda la vida. Por unos instantes, soñé despierta con algo que me hizo sonreír: Travis y yo, sentados en este mismo lugar, de viejitos. Suspiré a la vez que cerraba los ojos para imaginármelo y mi corazón se aceleró porque era un sueño que no sabía si se haría realidad.

—Prométeme una cosa —dije de pronto, clavando mis ojos en los suyos—. Prométeme que, cuando seamos viejos, vendremos a este lugar a pasar el resto de nuestras vidas y que, cada noche, nos sentaremos en este mismo banco para ver cómo las estrellas van apareciendo poco a poco. Prométemelo, por favor.

Pegó su frente a la mía, con los ojos cerrados, y suspiró.

—Te lo prometo, mi amor. —Besó mi frente—. Te aseguro que vendremos a este paraíso a vivir lo que nos quede de vida juntos.

Subí mi mano hasta su mejilla y lo besé, choqué mi boca con la suya con desesperación. No podía pasar más de cinco minutos sin sentir sus labios, sin besarle y mucho menos sin sentirme protegida entre sus brazos. Era una persona tan especial y me había enamorado de él tan fuertemente, que sabía que mi corazón siempre sería suyo. Por mucho que el tiempo nos alejara, que nos alejáramos. Travis Hamilton era y sería el dueño de mi alma.

Tay apareció a los diez minutos junto a Sean, que le pidió permiso a Travis para dar un paseo con ella, y, aunque le costó, aceptó. Ella ya era mayorcita para saber con quién se relacionaba. Además, Sean parecía un buen tipo.

Nos quedamos un rato más sentados en este lugar tan maravilloso, mirando la luna y abrazándonos.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —me propuso, y asentí a la vez que nos levantábamos.

Bajamos hasta la arena. La casa no estaba demasiado lejos, lo suficiente para caminar un poco por la orilla, agarrados de la mano. Lo hicimos en silencio, disfrutando de nuestra compañía. Las palabras, entre nosotros, no hacían falta. Era suficiente una mirada, un roce, un beso, para entendernos.

La luna estaba en todo su esplendor, alumbrándonos el camino, como si estuviéramos buscando nuestro destino en el mundo. Es extraño, saber lo que quieres hacer en la vida y no disfrutarlo por no tener a la persona que amas cerca. Nuestra existencia se basa en vivir, amar, equivocarse y seguir amando. El problema está en que nunca se olvida a la primera persona que te hizo entender ese sentimiento, aunque después también llegue a enseñarte la cara amarga del amor.

Al llegar a la altura de la casa, nos sentamos en la orilla para seguir disfrutando de esos momentos tan especiales. Travis estaba detrás de mí, abrazándome mientras besaba mi hombro.

—Este lugar es precioso, ¿verdad? —pregunté con un hilo de voz.

No quería llorar, no podía seguir mostrándole lo duro que estaba siendo para mí recordar que pronto se marcharía. Sabía que debíamos disfrutar sin divagar en ello y, pese a que estaba de acuerdo, me costaba mucho no hacerlo.

—Sí, pero ahora es más precioso porque tú estás aquí. —Besó mi cuello con delicadeza, erizándome la piel por completo.

Cogió mi mejilla para que subiera la cabeza y poder besar mis labios. En esa postura, con él detrás de mi cuerpo, su boca inundando la mía y sus manos tocando todo lo que alcanzaba… era

como estar en el cielo. Travis me hacía soñar, volar, sentir, amar. Travis me enseñó el significado de cada roce, de cada mirada. Porque todas tienen un significado, inclusive aquellas que no entendemos.

Me tumbó en la arena y, con una lentitud que me desesperaba, empezó a desnudarme, besando cada trocito de piel que iba apareciendo. Bajó a la altura de mi sexo y me quitó la ropa interior. Sentí su aliento ahí abajo, en el centro de mi deseo. Pasó su lengua fugazmente por mi clítoris y arqueé mi cuerpo a la vez que soltaba un gemido lastimero. Apreté las piernas cuando sacó su cabeza de entre mis piernas, necesitaba calmar la excitación unos segundos hasta que, sin esperármelo siquiera, entró en mí de una sola estocada.

—Abre los ojos, pequeña —me pidió de un modo que me hizo delirar—. Mírame todo el tiempo, necesito grabar a fuego tu rostro en mi memoria.

Sus palabras eran perfectas, románticas. Hacían que me sintiera especial, feliz. Travis era puro amor, pasión, deseo, y todo me lo entregaba sin preguntas, sin excusas, sin pedir nada a cambio, y por eso justamente le amaba.

Se movió despacio mientras sus labios seguían pegados a los míos. Nuestras lenguas se entrelazaron al igual que nosotros, haciéndose el amor despacito.

Así pasamos todos los días. Primero íbamos a la playa con Tay y con Sean, que también se nos unía a diario; cada vez estaba más encariñado con nosotros y eso me gustó, me caía bien. Fuimos a bucear y al acuario, nos subimos de nuevo al faro y, cada noche, íbamos a la orilla de la playa y nos amábamos sin reparo, sin pensar en nadie más que él y yo.

* * *

Solo faltaba un día para volver a Atlanta. Travis tenía que coger el avión un día después. Nos quedaba tanto por hacer, por pasar juntos, y el tiempo se agotó casi sin darnos cuenta.

Estaba en el porche, eran las nueve de la noche y no quería irme a la cama, no cuando sabía que mañana teníamos que irnos. Si por mí fuera, me hubiera quedado despierta toda la noche a su lado, en ese lugar, en ese mismo instante y ahí sentados mirando a la nada. Se sentía tan bonito.

—Trish, ¿estás bien? —La voz de Tay me asustó y se rio al ver mi saltito—. Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada. —Negué a la vez que me encogía de hombros, restándole importancia.

—¿No tienes hambre? Ha sobrado pizza. —Me carcajeé, nos iba a salir la pizza por las orejas.

—Prefiero comer otra cosa esta noche, algo que no sea tan pesado y me ayude a conciliar el sueño rápido —dije en un hilo de voz—. ¿Sabes? Pensé que esta semana sería más larga, que no terminaría nunca. Qué tonta, ¿no? Así no funciona la vida. —Suspiré reprimiendo las lágrimas que estaban locas por salir a borbotones.

—Te entiendo, yo también estoy triste. —Cogió mi mano—. Pero piensa que lo tendremos aquí en navidad y, como ves, el tiempo pasa deprisa.

—No, eso solo sucede cuando no quieres que se acabe. Sin embargo, cuando estás esperando algo con muchas ganas, parece congelarse. ¿No es de locos? —Me sequé las primeras lágrimas.

Nos quedamos un momento en silencio, cada una metida en sus pensamientos. Travis estaba preparando su maleta, pues saldríamos temprano para que estuviera descansado para viajar a Nueva York.

—¿Te has despedido de Sean? —quise saber. Ella movió la cabeza afirmativamente, aunque cambiando su gesto por uno triste—. Él regresará pronto a Atlanta, así que lo verás antes.

—El problema es que ya he decidido lo que estudiaré y, probablemente, me vaya a otro estado. —La miré de soslayo—. No quería decírtelo hasta que no lo tuviera decidido, pero estudiaré magisterio y creo que iré a la universidad de California.

Me levanté como un resorte y comencé a llorar. Los hermanos Hamilton se habían propuesto ponerme aún más triste. ¿Cómo iba a vivir sin las dos personas que más quería en esta vida? Travis se iba prácticamente ya, y al año siguiente Tay también me abandonaría. Vino hasta mí y me abrazó, cobijándome, consolándome. No podía hacerle sentir que me abandonaba, no era justo para ella. Merecía elegir su propio destino y yo, como su hermana, tenía que apoyarla.

—Me vas a hacer mucha falta, Tay —sollocé, provocando que sus lágrimas también se hicieran visibles.

—No llores, aún nos falta todo un año para separarnos.

—Eh, eh, ¿qué os pasa? —Travis apareció, encontrándonos llorando a moco tendido.

—Que ya he elegido universidad. —Abrió los ojos llenos de sorpresa—. Estudiaré magisterio como papá, en California.

—Me alegro mucho, hermanita. Pero, entonces, ¿por qué lloráis?

—Porque los dos me dejaréis sola —titubeé y entré en la casa para estar un momento a solas.

Subí a la habitación y me senté en la cama sin poder dejar de llorar. Estaba siendo injusta y no quería. Tenía que decirle que estaba bien, que no se preocupara. Justo cuando iba a salir, encontré a Tay en la puerta, a punto de entrar.

—Perdóname, por favor. No tenía que haberme puesto así y te apoyaré en cualquier cosa que decidas, ¿de acuerdo? Te quiero

muchísimo, Tay. —La abracé sin dejarla hablar y se rio.

—Tranquila, te comprendo, yo me habría puesto peor de haber sido al contrario. ¿Tú sabes lo mal que lo estoy pasando, sabiendo que mi hermano se irá? No tienes que pedirme perdón, sé que me quieres y que me apoyas en todo lo que hago. —Asentí y volví a abrazarla.

Tras nuestras demostraciones de amor, nos fuimos a la cama. Travis vino unos minutos después y nos dormimos abrazados.

Por la mañana, las horas pasaron muy deprisa y entre el desayuno y recoger la casa se nos fue el tiempo. Íbamos de camino a Atlanta, llegaríamos a mediodía y, la verdad, no quería llegar… eso significaba que todo se acababa.

Unas horas después, Travis aparcó delante de la puerta de su casa, nos bajamos del coche y me despedí de ellos para ir a mi casa a soltar mis cosas. Sabía que su padre y mi madre habían preparado una cena para despedirnos de él. Entré en mi casa y me encontré a mi madre en la puerta de la cocina. Corrí hasta ella y la abracé llorando, no podía dejar de hacerlo.

—Ya, cielo. —Acarició mi cabello—. Sabías que esto pasaría, Trish.

—Lo sé, pero no creí que llegaría tan pronto y le voy a extrañar demasiado, mamá —declaré entre sollozos—. ¿Qué voy a hacer sin él? No sé cómo voy a…

—Tranquila, cariño. Travis vendrá en unos meses y pasaréis unas semanas juntos, piensa en eso y verás que se te hace más llevadero —me interrumpió y agaché la cabeza aceptándolo.

Subí las maletas a mi habitación, me cambié de ropa y fui a su casa. Tenía que pasar cada segundo a su lado, aprovechar lo que nos quedaba.

—Hola, Trish, ¿qué tal estás? —Su padre me dio un beso en la mejilla.

—Bien, vengo a…

—Lo sé, está en su habitación.

Sin responderle, subí y entré. Escuché el agua de la ducha y me senté en la cama a esperarle. De pronto, su móvil se alumbró, parecía un mensaje. Me quedé mirando la pantalla y vi que una tal Megan le había escrito. Leí por encima antes de que la pantalla se pusiera negra de nuevo y me tensé.

> Hola, guapo, tengo muchas ganas de volver a verte.

Me levanté como un resorte con la intención de irme. No podía lidiar con algo así en aquel momento, cuando sabía que se iría y que había alguien esperándole. ¿Quién era ella? ¿Y si Travis se enamoraba de ella? ¿Y si ya lo estaba? Todas estas preguntas solo me llevaron a una conclusión y la decisión que debía tomar respecto a nosotros.

CAPÍTULO 52
TRAVIS
Necesito que seas fuerte



Estaba triste, demasiado, y no sabía cómo quitarme la agonía del pecho. Mañana me iría, no volvería a besarla, tocarla. Joder, no quería irme sin ella, pero era mi futuro y deber. No podía tirar por tierra todo por lo que había luchado para llegar hasta ese momento.

Llegamos a nuestra casa y mi padre me dijo que por la noche cenaríamos todos juntos para darme la despedida que me merecía; eso me puso feliz y también me entristeció. Era demasiado difícil y no podía cambiar nada de lo que había elegido. Solo esperaba que, cuando Trish tuviera que ir a la universidad, pudiera convencerla de que estudiara en Nueva York y poder empezar nuestra vida juntos.

Subí para soltar las cosas y darme una ducha. Estaba agotado y tenía demasiado calor. No podía quitarme de la cabeza la semana que habíamos pasado, las noches en la playa haciéndole el amor, devorando su cuerpo, haciéndola mía en cuerpo y alma. Jamás olvidaría su rostro, su gesto al tocarla, sus gemidos al besarla. Como

tampoco podría olvidar sus te amo, sus miradas. Joder, no podía más.

Al salir, me encontré la puerta de mi habitación abierta y me extrañé. Me asomé por la ventana y vi a Trish ir su casa a toda prisa. ¿Qué habrá pasado? Me vestí de inmediato y cogí mi móvil. Me di cuenta de que tenía un mensaje de Meg diciéndome que tenía muchas ganas de verme. Me hizo sonreír y le respondí.

Mañana nos veremos.
Aquí te esperamos Pit y yo.

Guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón y bajé a la cocina para preguntarle a mi padre si Trish había venido.

—¿Ya te has duchado? —me preguntó—. ¿Y Trish? ¿Se ha ido? —Sabía que había venido.

—No lo sé, no estaba cuando he salido del baño. ¿Ha venido a verme?

—Así es.

—Qué raro —musité—. Bueno, cuando venga le preguntaré. Seguramente le habrá llamado su madre para algo.

Me puse a ayudar a mi padre a preparar la cena y segundos después vino mi hermana. Entre los tres, preparamos varias cosas y sobre las ocho, Abigail llegó con un pastel de carne que ella había preparado y lo puso en la mesa del jardín. Me extrañé al no ver a Trish con ella, así que le pregunté. Ya me estaba preocupando.

—Está en casa, dice que no se siente muy bien y que necesita dormir. —Fruncí el ceño sin creérmelo del todo. Iba a ir a verla, pero Abigail me lo impidió—. Déjala, Travis. Ahora mismo necesita estar sola, entiéndelo.

—Tienes razón, esto es muy difícil y entiendo que no pueda estar aquí ahora —dije en un hilo de voz—. Pero más tarde iré a verla,

¿vale?

—Está bien.

Me pasé toda la cena moviendo la pierna de arriba abajo, con un tic incontrolable. No me gustaba estar aquí los cuatro sin ella y más siendo mi última noche. Deberíamos estar todos pasándolo bien. Le pedí a mi hermana que se escapara para ir a verla mientras que yo hablaba con mi padre y Abigail, entreteniéndoles para que no se dieran cuenta de que Tay se había ido.

Mi hermana regresó tras quince minutos, contados por el reloj, y se sentó a mi lado. Quería decirme algo, aunque no pudo hasta que no nos quedamos solos.

—Me ha dicho que la disculpes, que se siente muy triste y que prefiere estar sola. —Me dio su mensaje y no parecía muy convencida—. Yo no me lo he creído, pero tampoco he querido atosigarla, así que ya le preguntas tú cuando la veas.

—Está bien, Tay. Gracias.

Miré la hora en el móvil y ya eran las once de la noche. No podía irme a la cama sin darle las buenas noches, así que me excusé con ellos y me levanté para entrar en mi casa. No obstante, salí por la otra puerta y escalé las ramas para entrar en su habitación. Trish estaba sentada en la cama, tenía la mirada fija en un punto y los ojos rojos; había estado llorando.

Me acerqué a ella y se asustó, y lo primero que hice fue abrazarla, encerrarla entre mis brazos.

—Te amo, te amo, te amo —le dije repetidas veces—. Sé que esto está siendo muy duro, pero necesito que seas fuerte y que cumplamos nuestra promesa.

Noté cómo sus brazos no me apretaban y la miré a los ojos. Trish ni siquiera podía mantenerme la mirada y se levantó de la cama, alejándose de mí.

—He estado pensando, Travis —musitó con la voz entrecortada—. Creo que es mejor que lo dejemos.

—¿Cómo dices?

—Es lo mejor para los dos —siguió diciendo, y yo no podía creer lo que estaba escuchando—. Con el tiempo lo agradecerás.

—¿Cómo puedes estar diciéndome esto justo ahora, Trish? No podemos dejarlo, pequeña. —Me puse frente a ella—. Irme será lo más duro que haga en mi vida, pero si encima me voy sabiendo que no estamos juntos, no podré soportarlo.

Entonces me miró, sus ojos mostraban dolor, uno que apagaba cualquier resquicio de amor que hubiera entre ambos. No podíamos acabar así, no cuando nos amábamos tanto. ¿Tan difícil era de entender?

—Lo siento, Travis. —Se secó las lágrimas—. No puedo pasarme meses esperando a que vuelvas porque sé que llegará el día en que no regreses más, y es lógico… harás tu vida en Nueva York y no quiero que cargues con la promesa que nos hicimos. —Tragó saliva. Estaba sufriendo, ambos lo estábamos.

Si quería dejarme, ¿por qué me pidió que le prometiera aquello en el banco de la isla? ¿Qué pretendía? Me estaba destrozando el corazón y no soportaba el dolor tan grande que estaba sintiendo.

—¿Y ya está? ¿Así acaba lo nuestro? —Me sostuvo la mirada unos instantes, endureciendo el gesto.

—Así debe ser.

—Está bien, me iré y será como si no hubiese pasado nada entre nosotros —susurré entre lágrimas.

Le di un beso en la frente y me quedé unos segundos así, oliendo el aroma que desprendía, clavándolo en mi corazón y mi memoria, y salí de su habitación por la ventana. Miré hacia arriba para ver si se había asomado, pero no lo hizo y no podía reprocharle nada más.

Ella eligió que nos separásemos y a mí no me quedaban fuerzas para seguir luchando.

Me encerré en mi cuarto sin decirle nada a nadie e intenté dormir para ver si la noche se iba rápido y me iba de una vez por todas.

Me desperté con el sonido del móvil, había puesto la alarma. Me aseé y vestí, cogí las maletas y bajé a desayunar. Tenía que estar en una hora en el aeropuerto y estaba deseando irme de una vez.

—Buenos días, hijo. ¿Qué tal has dormido?

—Muy mal, pero ya dormiré algo en el avión. —Me senté para comer tostadas, aunque no tenía mucho apetito.

—Esperamos a tu hermana y nos vamos al aeropuerto. ¿Trish vendrá a despedirte? —Me tensé al escuchar su pregunta y negué al instante.

—Trish y yo lo hemos dejado —anuncié para que se enterara por mí primero—. Bueno, ella me ha dejado —recalqué.

—Lo siento, Travis, de verdad. —Cogió mi mano y la apretó.

—No importa, era cuestión de tiempo que esto pasara y es mejor que haya sido ahora y no después de unos meses.

Quería que me vieran duro, aunque por dentro me estaba muriendo. Mi hermana escuchó toda la conversación, pero no me dijo nada y se lo agradecí. Recogimos las cosas del desayuno y mi padre fue a meter las maletas en el maletero del coche. Tay salió detrás y yo me quedé en la puerta, mirando hacia adentro de mi casa, despidiéndome de ella, sabiendo que no volvería en mucho tiempo.

En el coche no paraba de pensar en ella; ni siquiera me envió un mensaje, nada que me dijera que estaba arrepentida y que volveríamos a estar juntos. Una parte de mí la entendía, era muy frustrante pasar por todo esto y no era la única que lo estaba

pasando mal. Por otro lado, las promesas estaban para cumplirlas y no olvidarnos de ellas como si nada, como si no fueran importantes.

Llegamos al aeropuerto y nos acercamos al mostrador para facturar las maletas y nos sentamos en una cafetería a esperar una hora. No quería despedirme de mi familia, los iba a extrañar demasiado y mi padre solo podía decirme que estaba muy orgulloso del camino que estaba cogiendo. Yo no estaba tan seguro de ello.

—Bueno, llegó la hora, hermanito. —Me abrazó y la apreté entre mis brazos—. Te voy a echar mucho de menos. —Sollozó.

—Yo también a ti, hermanita —susurré emocionado—. Pero te llamaré a menudo y será como si no me hubiera ido, ¿de acuerdo? —Asintió y le sequé las lágrimas.

Mi padre también estaba llorando y hacía mucho que no lo veía así de emocionado. Le di un fuerte abrazo y fue él quien me apretó con fuerza, diciéndome al oído que siguiera luchando por lo que me hacía feliz, aunque pasase mucho tiempo para conseguirlo. No podía dejar de pensar que lo que me decía iba con segundas y pensé en Trish.

—Te quiero mucho, papá.

—Yo también, hijo.

—Os quiero a los dos. —Suspiré y me eché a llorar—. Os voy a extrañar demasiado.

Nos dimos un abrazo los tres y me di la vuelta para entrar de una vez al otro lado.

Estaba a punto de cruzar el control policial cuando escuché su voz llamándome. Giré sobre mis talones y vi a Trish corriendo hacia mí. Cuando me alcanzó, me abrazó con todas sus fuerzas y yo sentí que me volvía el alma al cuerpo.

—No podía dejar que te fueras sin despedirnos —declaró sin dejar de llorar—. Yo también te amo y te voy a extrañar demasiado.

—Gracias por venir, por hacerme ver que todavía me amas. —La miré a los ojos a la vez que cogía sus mejillas con ambas manos y la besaba.

No supe el tiempo que estuvimos besándonos hasta que fuimos interrumpidos por las personas que estaban esperando para pasar. Nos apartamos un poco para volver a besarnos, para darnos el último beso. Pegué mi frente a la suya, ambos estábamos llorando, sufriendo. ¿Por qué dolía tanto?

—La vida volverá a juntarnos, mi amor —titubeó hecha un manojo de nervios—. Yo sé que pasaremos el resto de nuestra vida juntos, aunque ahora nos estemos separando.

—¿Eso significa que seguiremos juntos? —pregunté, acojonado—. Tenemos que cumplir la promesa de terminar nuestros días en la isla, no lo olvides.

—Es mejor que… —Su voz temblaba y mi cuerpo se tensó—. Lo mejor es que no, Travis —acabó diciendo, destrozándome el corazón —. No quiero que pienses que no te amo lo suficiente, es solo que prefiero que te centres en tus estudios y después, en el futuro…

—No puedes decirme esto ahora, Trish. Pensaba que habías venido porque habías cambiado de opinión. —Agaché la cabeza a la vez que me secaba las lágrimas.

—Seguiremos siendo los mismos, Travis y Trish, pero en otro momento. —Me sonrió y fue cuando me di cuenta de que nos teníamos que separar—. Volveremos a vernos, morenazo. —Besé la punta de su nariz.

—Así será, pequeña.

Emprendí camino con su mano aún cogida, estirando el brazo al límite y soltando sus dedos al final. No dejamos de mirarnos en todo momento. No dejamos de imaginar nuestro futuro juntos, porque estaba seguro de que llegaría antes de que nos diésemos cuenta.

Cuando conocí a Trish, vi en ella mi futuro. En sus ojos podía ver el momento en el que la besaría por primera vez. No me arrepentía de haberme declarado aquel día, de contarle mi mayor secreto… el secreto de quererla desde que la conocí. Como tampoco me arrepentía de haberla besado en la fiesta sin decirle que era yo. Si no lo hubiera hecho, entonces sí me habría arrepentido, porque no hubiéramos pasado el mejor verano de nuestras vidas… y tampoco habría tenido la oportunidad de saber lo que es sentirse amado por ella. Ahora, cada vez que mirase la luna, me acordaría de nuestras noches en la isla Tybee y soñaría cada día con regresar a ese lugar de su mano.

CONTINUARÁ…

Agradecimientos

A mi familia, por ser mi hogar, mi calma y mi fuerza.

A mi marido y a mi hijo, por su amor incondicional, por hacerme la vida más fácil, por comprender mis silencios cuando me pierdo entre personajes y por devolverme siempre a la realidad con una sonrisa. Sin vosotros, nada tendría sentido.

A Fanny Ramírez, por estar siempre ahí. Por su amistad, su cariño, por escucharme incluso cuando no hacía falta hablar. Por ser luz en los días grises y una de las personas más importantes de mi vida.

A Scarlett Butler, por su apoyo, por su cariño, por compartir conmigo esta locura de escribir y soñar. Gracias por tu amistad, por los consejos, por creer en mí.

A Anabel, mi lectora cero, aunque ya es mucho más que eso. Gracias por tu tiempo, por tu sinceridad, por leer cada página con el corazón y por hacer que esta trilogía sea lo que es. Tu mirada lo cambia todo.

Y a vosotros, mis lectores, por acompañarme libro tras libro, por emocionaros conmigo, por creer en mis historias y en mis personajes como si fueran parte de vuestra vida.

Gracias por dar sentido a cada palabra y por hacer que escribir siga siendo mi forma favorita de respirar.

Biografía



Priscila Serrano nació en Málaga, en un frío invierno de 1985. Casada y madre de un hijo al que adora, descubrió su verdadera pasión en la escritura y desde entonces no ha dejado de crear historias que laten con emoción y humanidad.

Autora de más de **treinta novelas**, Priscila se ha consolidado como una de las voces más sensibles y auténticas de la narrativa romántica contemporánea. Su estilo combina emoción, drama y ternura, con personajes reales, imperfectos y profundamente humanos.

A lo largo de su carrera ha publicado con sellos como **Selecta (Penguin Random House)**, **Romantic Ediciones**, **Harlequin** y **Click Ediciones (Grupo Planeta)**, además de autopublicar varias de sus obras con gran acogida entre los lectores.

Entre sus títulos más destacados se encuentran *Tentando a la suerte*, *Juntos en medio del caos*, *Cuestión de segundos*, *El puzle de nuestras vidas* y la emotiva *Bilogía Para Siempre*.

Su próxima publicación, la *Trilogía Travis y Trish*, marca una nueva etapa en su trayectoria con **Click Ediciones**, donde una vez más demuestra su talento para crear historias que hablan de amor, crecimiento y esperanza.

Priscila Serrano es, ante todo, una narradora apasionada: una mujer que escribe desde el alma y para el alma, convencida de que

cada historia tiene el poder de transformar a quien la lee.

El secreto de quererte
Trilogía Travis y Trish 1
Priscila Serrano

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Priscila Serrano, 2026

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración/fotografía de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31625-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Si tuviera alas para volar
Priscila Serrano

Solo por quererte
Corr Dress

Bickenzy
Andrea Fernández Cruces

Pack Trilogía Los Bianchi
Moruena Estríngana

Sol en invierno

Yessi Esmeralda